

Robert Ambelain

JESUS o el secreto mortal de los Templarios

ENIGMAS DEL
CRISTIANISMO

martinez roca



Robert Ambelain

Jesús o el secreto mortal de los templarios

Colección Enigmas del Cristianismo

Ediciones Martínez Roca, S.A.

Título original: *Jesús ou le mortel secret des Templiers*, publicado por Éditions Robert Laffont, París

© 1970, Éditions Robert Laffont
© 1982, Ediciones Martínez Roca
Gran Vía, 774, 7.º, Barcelona -13
ISBN 84-270-0727-2
Depósito legal: B. 11280-1985
Impreso por Diagràfic, Constitució 19, 08014 Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

Índice

Advertencia.....	7
1.- Introducción	10
2.- Las piezas del expediente.....	19
3.- La pseudo anunciación.....	32
4.- Las diversas fechas de nacimiento de Jesús.....	40
5.- Los hermanos de Jesús	49
6.- El hermano gemelo de Jesús	55
7.- Las claves del enigma	64
8.- El nido de águilas: Gamala.....	84
9.- Para dar el cambiazó: Nazaret.....	91
10.- El misterioso José y la Sagrada Familia.....	96
11.- Los años oscuros de Jesús	106
12.- Jesús entre los doctores	114
13.- Juan, el Precursor y el Bautista	117
14.- La magia en la vida de Jesús	129
15.-El Rey de los Judíos	142
16.- El diezmo mesianista.....	150
17.- La huida a Fenicia	170
18.- Los enigmas del último día	177
19.- El acta de acusación de Jesús	184
20.- La maldición sobre Jerusalén	197
21.- La ejecución de Jesús	205
22.- La pseudo resurrección	223
23.- Apariciones y Ascensión de Jesús.....	239
24.- La Redención	247
25.- La ejecución de Judas.....	253
26.- Jesús y las mujeres	268
27.- Epílogo: La hoguera.....	282

Los defensores de la historicidad de Jesús deben considerar seriamente la importancia de su posición... Corren el riesgo de sostener los títulos históricos de una personalidad que puede resultar ser completamente diferente a aquella que imaginaban cuando emprendieron su defensa.

A.SCHWEITZER, doctor en teología, antiguo pastor, director del hospital de Lambaréne premio Nobel de la Paz en 1952, en *Recherches sur l'historicité de Jesús.*)

NOMBRES ADAPTADOS Y NOMBRES HEBREOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

<i>Nombre adaptado</i>	<i>Nombre hebreo</i>	<i>Significado</i>
Adonis	Adón	Señor
Ananías	Hanania	Dios le es propicio
Anas	Hanna	Favorecido(a) por Dios
Bartolomé	Bar-Talmai	Hijo de Talmai
Bernabé	Bar-Nabi	Hijo del Vidente
Caifas	Kaiapha	Adivino
Cefas	Kepha	Roca
Cleofás	Kalpai	Toda gloria
Elias	Eliyahu	Yahvé es mi Dios
Elisabeth-Isabel	Elisheba	La que jura por Él (Dios)
Gabriel	Geber-El	Héroe de Dios
Gamaliel	Garniil	Aquel al que Él (Dios) re tribuye
Iscariote	Ish-sikarioth	Criminal
Juan	Ióhanan	Favorito de Yahvé
Juan Bautista	Ióhanan-bar-Zekarya	Juan hijo de Zacarías
Juan el Evangelista	Ióhanan-bar-Zebadya	Juan hijo de Zebedeo
Jesús	Ieschua	Salvador
Joaquín	Ichoyakim	Dios es su ayuda
José	Iossef	Añadido por Dios
Judas o Judá	Iehuda	Celoso de Dios
Lázaro	Eleazar	Aquel al que I-1 (Dios) asiste
Le vi	Levi	Adhesión
Magdalena	Magdalaenne	La que es de Magdala
María	Myrhiam	Bien criada (o Princesa)
Marta	Tamar	Palma
Mateo	Matathiah	Don de Dios
Menahem	Menahem	Consolador
Salomé	Salome	Feliz
Santiago	Iaakob	Suplantador
Saúl	Schaul	Solicitado
Simón	Shimcon	Que escucha y obedece
Simón Bar Joná	Shiméon barjona	Simón el fuera de la ley
Susana	Schoschanna	Lis
Tadeo	Thaddai	Adulador
Tomás	Taóma	Gemelo
Zacarías	Zekarya	Memoria de Dios
Zaqueo	Zakkai	Aquel del que Dios se acuerda
Zebedeo	Zabdai	Servidor de Dios

Advertencia

La hipótesis de que Jesús era hijo de Judas el Galileo (*Hechos*, 5, 37), alias Judas de Gamala, o Judas el Gaulanita, el héroe judío de la revolución del Censo, no es nueva. Ya resultaba molesta en los primeros siglos del cristianismo, y esto se observa en Lucas, quien al redactar los *Hechos* lo sitúa después de Teudas, otro rebelde que se sublevó entre los años 44 y 47 de nuestra era, mientras que Judas de Gamala lo hizo en el año 6.

Y aún sigue molestando, ya que los historiadores racionalistas que quieren hacer de Jesús un mito solar se guardan bien de citarla. Ernest Renán, en su *Vida de Jesús*, publicada en 1863, hace una vaga alusión a ella, porque ya había tomado partido: quería un Jesús idílico y al estilo de Jean-Jacques Rousseau. De hecho, fue Daniel Massé quien, a partir de 1920, y a lo largo de un cuarto de siglo, en cuatro obras consagradas a este tema, defendió valientemente la citada teoría. Por desgracia, no supo fijarse unos límites precisos, y sus imprudentes extrapolaciones han sido utilizadas por sus adversarios. Historiadores católicos y protestantes ignoraron voluntariamente su obra, y Daniel-Rops se guarda bien de citarlo entre aquellos que gozaron del favor de sus réplicas.

Y todavía hay más: en los mapas geográficos que acompañan a veces los trabajos de los historiadores católicos o protestantes, las diversas localidades situadas a orillas del lago Genezaret aparecen todas ellas mencionadas: Cafamaúm, Tiberíades, Magdala, Tari-quea, Hippos, Kursi, Betsaida. Todas, salvo una: ¡Gamala! A partir de los trabajos de Daniel Massé, la ciudad zelota, la «ciudad de los Puros», el nido de águilas desde donde un día descendió Judas el Gaulanita, el verdadero «nazaret» donde nació Jesús-bar-Juda, Gamala, ha desaparecido de los mapas geográficos. Para situarla, hay que consultar los mapas anteriores.

El autor del presente estudio, por consiguiente, no pretende en es-

tas páginas una hipótesis original y nueva, dado que los exegetas austríacos y alemanes de mediados del siglo xix no la ignoraron. Su único mérito radica en haber *descubierto la prueba* de dicha identidad de Jesús, llamado «de Nazaret», e hijo, en realidad, de Judas el Galileo. Esta prueba es muy sencilla: *consiste en un simple silogismo*. Sólo que había que reunir y ordenar sus premisas. Sobre ello versará la presente obra.

Todavía queda por precisar un último punto. En el estudio del cristianismo y de sus orígenes, podemos considerar tres corrientes:

a) la corriente *sobrenaturalista*, que agrupa a los fieles de las diversas Iglesias que creen en un Jesús «hijo de Dios», muerto, resucitado y que después subió a los cielos;

b) la corriente *naturalista*, que agrupa a los partidarios de un Jesús humano a más no poder, jefe de un movimiento político anti-romano (los zelotas), o bien un simple místico de tipo más o menos eseniano;

c) la corriente *mítica*, que agrupa a los partidarios de un Jesús totalmente imaginario, cuya leyenda se ha ido elaborando poco a poco, mezclando tradiciones que pertenecían a doctrinas diversas, y fundiendo elementos históricos que correspondían a diversos personajes llamados Jesús.

Nuestro estudio debe clasificarse, evidentemente, dentro de la segunda categoría. Y la principal de nuestras razones es la siguiente:

En el *Dictionnaire rabbinique* de Sander (París, 1859), encontramos, al final, un estudio biográfico consagrado a aquellos a los que la tradición judía considera los «príncipes de la Tora». Y sobre el gran Gamaliel, citado en los *Hechos*, podemos leer:

«Rabban Gamaliel I, llamado el Anciano, nieto del gran Hillel, sucedió a su padre, Simeón, en la calidad de Naci.

»Fue el primero que adoptó el título de rabban, título que llevaron después de él sus descendientes y sucesores hasta Gamaliel III, hijo del rabban lehuda-el-Naci. Sostuvo frecuentes relaciones con los generales y los miembros del Gobierno romano.

»Fue bajo su presidencia cuando Samuel, apodado el Pequeño o el Joven, *compuso la fórmula de oración contra los apóstatas y los traidores*, fórmula que fue aceptada y conservada en la liturgia.

Según diversos cronistas, Rabbi Gamaliel murió dieciocho años antes de la destrucción de Jerusalén por los romanos. "Con él, nos dice la Mischna, se han apagado la gloria de la Tora, la pureza y la austeridad de la vida religiosa."» (*Sota*, cap. IX, 15.)

En otro lugar, el mismo estudio nos revela que Samuel el Pequeño, o el Joven (llamado así para diferenciarlo del profeta de dicho nombre), murió antes que Gamaliel.

Recapitulemos, pues:

— Jerusalén fue destruida por los romanos en el año	70
— Gamaliel I murió dieciocho años antes, o sea en el	52
— Samuel el Joven murió antes que Gamaliel I, o sea que, <i>todo lo más tarde</i> , en el	51
— Fue él quien compuso la fórmula de la oración contra los apóstatas y los traidores, es decir, que <i>todo lo más tarde</i> tendría que haber sido en el	50

¿Quiénes eran esos *apóstatas*? Evidentemente, aquellos que habían apostatado de la ley de Moisés y abandonado las prácticas religiosas judías, en una palabra, aquellos a quienes se les conocía ya, desde el año 40, en Antioquía, como *cristianos*.

Nos parece muy extraño que el Sanedrín esperara diez años (hasta el 50) para aplicar sanciones litúrgicas contra esos *apóstatas*. Por lo tanto, habría que situar dicha medida entre los años 40 y 50.

Pues bien, si entre los años 40 y 50 el judaísmo sancionaba a los discípulos de un cierto Jesús, que habría sido crucificado en el año 34, o sea, pocos años antes de dichas sanciones, sería muy difícil admitir que el tal Jesús no hubiera existido.

En fin, consideramos inútil subrayar el hecho de que el rigor de su vida religiosa excluye de antemano la veracidad del pseudo evangelio llamado «de Gamaliel», y la posibilidad de que el nieto del gran Hillel acabara por convertirse al cristianismo.

1.- Introducción

«El silencio es el arma más poderosa del MAL...»

MAURICE MAGRE, *Le Sang de Toulouse*

Fecha: 21 de octubre de 1307. Una ventana ojival, estrecha y alta, apenas permite la entrada de la luz del día. Nos hallamos en una amplia sala abovedada del viejo Louvre de Felipe Augusto, que el humo de las antorchas murales oscurece todavía un poco más. Tras una mesa de tosca madera, unos hombres, vestidos con pesados ropajes, con los rostros tensos y crispados por el odio, los «legistas» de Felipe IV el Hermoso, escuchan la voz baja y triste que se eleva desde un bulto de ropas mugrientas y manchadas de sangre, desplomado delante de ellos. Detrás, unos carceleros revestidos de cuero y mallas, con rostro impasible, curtido por las campañas. El hombre que habla es un templario. Se llama Godofredo de Charnay, y fue comendador de Normandía. Hoy, después de haber sido «trabajado» duramente durante varios días por los verdugos del Palacio, cuenta las circunstancias de su admisión en la *Orden del Temple*, y toda su juventud, apasionada por las hazañas guerreras a caballo y por las carreras marítimas bajo el espléndido sol mediterráneo, acude ahora a su memoria...

Sin duda, y a pesar del atroz sufrimiento que le causan sus piernas, que los verdugos han ido untando lentamente, durante horas, con aceite hirviendo, ha negado tenazmente su homosexualidad, una de las primeras acusaciones que se le hacían. Sin duda ha afirmado que igno-

raba todo cuanto se le decía sobre la supuesta adoración ritual de un gato negro, o sobre una misteriosa «cabeza» en un relicario de plata. Pero en cuanto a renegar de la divinidad de Jesús, ha confesado, es más, incluso ha proporcionado detalles:

«Después de haberme recibido e impuesto el manto, me trajeron una cruz en la que había una imagen de Jesucristo. El hermano Amaury me dijo que no creyera en aquel cuya imagen estaba representada allí, ya que era un falso profeta, no era Dios...»

El comendador que imponía semejante abjuración al joven Godofredo de Chamay, futuro comendador de Normandía, se llamaba Amaury de la Roche, y era el amigo y favorito de san Luis...

Esta confesión de Godofredo de Charnay confirmaba la de otro caballero templario. A este otro, el comendador que acababa de proceder a su recepción le había asegurado, al verle retroceder horrorizado:

«No temas nada, hijo. Este no es el Señor, no es Dios, es un falso profeta...»

Muchas otras confesiones parecidas completaron el expediente.

En una de las obras más completas que se hayan consagrado a este proceso, M. Lavocat resume las preguntas formuladas a los templarios por los inquisidores, tal como aparecen en el propio expediente:

«Uno se encontraba frente a conclusiones de inculpación y de información ya establecidas (sistema demasiado cómodo), elaboradas por unos juristas versados en la ciencia de las herejías infligidas a la Iglesia. Los prelados instructores estaban encargados de investigar si los Templarios eran gnósticos y docetas, o, lo que era peor, maniqueos, de los que dividían a Cristo en un *Cristo superior* y un *Cristo inferior*, terrestre, pasible, partidista, vivo y cautivo en la Materia, cuya Organización él constituía. ¿Formarían parte de aquellas antiguas sectas llamadas libertinas de los gnósticos carpo-cratianos, nicolaístas y maniqueos?

»¿Habrían abrazado la religión de Mahoma (como pretendía la *Chronique de Saint-Denys*)? Quedaba todavía un punto por examinar, pero difícil de conciliar con los otros. ¿*Los hermanos del Templo consideraban a Jesús como un falso profeta, como un criminal de derecho común, que habría sido condenado y ejecutado por sus crímenes?* De confirmarse esta última hipótesis, los Templarios se habrían sumado al número de los asesinos de Jesús, a quien crucificaban por segunda vez, como lo había escrito Felipe el Hermoso » (*Op. cit.*)

En estas últimas preguntas, los inquisidores demostraban estar perfectamente informados. Cien años antes, los interrogatorios a los «perfectos» cataros les habían revelado un secreto que siempre, hasta entonces, habían ignorado, puesto que era secreto de la Iglesia, únicamente conocido por sus más altos dignatarios: la revelación del verdadero rostro de Jesús en la Historia. Ese rostro había sido registrado en los archivos del Imperio romano. Y después de Constantino los

habían expurgado. El judaísmo lo había conocido, y en la tormenta de las persecuciones que se habían abatido desde hacía mil trescientos años sobre los infortunados judíos se había conseguido confiscar, destruir o modificar los escritos comprometedores. Lo habían conocido los cataros, y se había destruido esta herejía, así como sus documentos manuscritos. Lo habían revelado a los Templarios. Y ahora de lo que se trataba era de destruir a éstos. Ahí estaban las confesiones, formales, de numerosos hermanos de la Orden que *lo sabían...* ¿Y esos besos impúdicos que se daban, *uno entre los dos hombros, y el otro en el hueco de los riñones*, no estaban acaso destinados a atraer la atención hacia uno de los secretos del *Zohar*, hacia un procedimiento de acción que los cabalistas judíos denominan «el misterio de la Balanza», que pone en acción a *Hochmah* (la Sabiduría) y a *Binah* (la Inteligencia), los dos «hombros» del Antiguo Día, en el mundo de *Yesod* (la «Base» de sus riñones)?

Así pues, en una época en que los documentos de archivo no permiten situar con exactitud, pero que creemos que se aproximaría a la segunda mitad del siglo XIII, la *Orden del Temple*, primitivamente conocida como la «*Milicia de los Pobres Soldados de Cristo y del Templo de Salomón*», sufrió una importante y grave mutilación espiritual en numerosas encomiendas de la Orden.

A raíz, sin duda, del descubrimiento de unos manuscritos efectuados por ellos en pueblos de Tierra Santa, o por medio de misteriosas conversaciones mantenidas con sabios árabes, con cabalistas judíos, o con «perfectos» cataros, unos maestros secretos, aparecidos un buen día de forma harto misteriosa, demostraron que *el verdadero rostro del Jesús de la historia había resultado ser muy diferente al de la leyenda*.

Gracias a un hecho trivial, poseemos la prueba de la existencia de esos maestros secretos, que suplantaban a los maestros oficiales. ¿Quién había ordenado a Jacques de Molay, gran maestro oficial, que no sabía ni leer ni escribir, recoger todos los archivos de la Orden, y especialmente las «reglas» de las encomiendas, poco antes de la redada general organizada por Felipe el Hermoso?

¿Quién es ese «maestre Roncelin», en realidad llamado Roncelin de Fos, a quien algunos templarios atribuyeron la introducción de aquella terrible práctica de renuncia a Jesús? En la lista de los *maestros de la Orden del Temple* no figura. O, al menos, en la lista de los *maestros oficiales...* Lo volveremos a encontrar más adelante.

Es, pues, probable que ciertos altos dignatarios de la Orden, menos ignorantes que la gran mayoría de los demás, hubieran tenido conocimiento de documentos ignorados en Europa referentes a los verdaderos orígenes del cristianismo, documentos que la Iglesia se apresuró a hacer desaparecer de inmediato. Fue por ello por lo que poco a poco, a

semejanza de Federico de Hohenstaufen, emperador de Alemania y rey de las Dos Sicilias, y el soberano más letrado de su época, la *Orden del Temple* fue rechazando el dogma de la divinidad de Jesús y volvió al Dios Único, común al judaísmo y al Islam.

Y fue así cómo, en el propio seno de la Orden *oficial*, se constituyó una verdadera sociedad secreta interior, con sus jefes ocultos, sus enseñanzas esotéricas, y sus objetivos confidenciales, y todo ello de forma bastante fácil, ya que en el año 1193 la Orden no tenía más que 900 *caballeros*.

A partir de entonces, en las ceremonias capitulares de recepción, aquellos que, como ingenuos neófitos, rehusaron despreciar la Cruz, creyendo que se trataba de una sencilla prueba sobre la solidez de su fe, fueron enviados a los campos de batalla de ultramar, para mantener allí el buen nombre de la Orden y cubrirse de gloria.

En cambio, aquellos otros que, sin decir palabra, *perinde ad cadáver*, dóciles ante la orden de los comendadores, aceptaron pisar una cruz de madera o la de un viejo manto de la orden tendido en el suelo, esos permanecieron en Europa, como reserva para los misteriosos y lejanos objetivos del poder templario. Y, efectivamente, en aquella época no podía haber prueba más definitiva que esa.

Se trataba de hacer *del mundo entero* una «tierra santa». Pero, para ello, primero había que apoderarse del mundo. Y eso, a una minoría valiente, organizada y rica, muy vagamente consciente de la grandiosa finalidad de sus hazañas, pero sabiamente dirigida por un grupo de iniciados, y que supiera guardar el secreto y obedecer ciegamente, le era perfectamente posible.

Pero llegó un día en que la cosa salió a la luz y en que los tráfugas, orgullosos decepcionados o amargados, hablaron.

El rey de Francia olfateó la ganancia, y supo hacer cómplice al papa, quien ya era su deudor desde el acuerdo nocturno del bosque de Saint-Jean-d'Angély. El tesoro real y el dogma romano tenían el jaque mate en sus manos.

Entonces los siervos de la justicia engrasaron la madera de los potros, y los verdugos pusieron al rojo candente sus tenazas ardientes. Y cuando se hubieron apoderado de todo el dinero del Temple y hubieron confiscado los feudos y las encomiendas, se encendieron las piras.

Su humo negro, graso y maloliente, que entenebrecía albas y crepúsculos, desterró, durante seiscientos años, la esperanza de una unidad europea y de una religión universal que uniera a todos los hombres. Pero ese humo, ante todo, iba a *ahogar la verdad sobre la mayor impostura de la Historia*.

Por eso, para apartar su sombra maléfica, es por lo que han sido escritas estas páginas, aunque después de muchas otras, ya que, mucho antes de los Templarios, los cataros habían conocido y propagado esta verdad.

Y fue para tapar sus voces por lo que hicieron aniquilar la civilización occitana, como vamos a demostrar a continuación.

Roncelin de Fos, el «maestre Roncelin» de los interrogatorios, poseía como señorío un pequeño puerto que llevaba su nombre (Fos-sur-Mer), situado todavía en nuestros días en la entrada occidental del estanque de Berre. Era entonces vasallo de los reyes de Mallorca, los cuales dependían de los reyes de Aragón, defensores de la herejía catara en la batalla de Muret, en el año 1213. Béziers, la ciudad mártir de la Cruzada, está muy cerca, y la matanza efectuada sobre toda su población (100.000 personas) por los cruzados de Simón de Montfort, el 22 de julio de 1209, *católicos y cataros incluidos*, todavía no se había olvidado en su época. En su corazón anidó el odio contra la Iglesia católica, que era entonces sinónimo de cristianismo, de modo que para él ambos estaban englobados dentro de una aversión común.

Los atestados de los interrogatorios que los inquisidores nos han legado son *bastante moderados* en lo que respecta a las apreciaciones achacadas a los herejes sobre Jesús de Nazaret.

Podemos juzgarlo nosotros mismos; a continuación veremos qué hay que deducir de todo ello.

El «Manual del Inquisidor» del dominico Bernard Gui (1261-1331), titulado *Practica*, nos proporciona a este respecto preciosos detalles:

«*La Cruz de Cristo no debe ser ni adorada ni venerada, ya que nadie adora o venera el patíbulo en el que su padre, un familiar o un amigo ha sido ahorcado.*» (*Op. cit.*)

(*ítem, dicunt quod crux Christi non est adorando nec veneranda, quia, ut dicunt, nullus adorat aut veneratur paábulum in quo pater aut aliquis propinquus vel amicus fuisset suspensus...*)

«*ítem, niegan la encarnación de Nuestro Señor Jesucristo en el seno de María siempre virgen y sostienen que no adoptó un verdadero cuerpo humano, ni una verdadera carne humana como la tienen los otros hombres en virtud de la naturaleza humana, que no sufrió ni murió en la cruz, que no resucitó de entre los muertos, que no subió al cielo con un cuerpo y una carne humanos, ¡sino que todo ello sucedió de modo figurado!...*» (*Op. cit.*)

(«*ítem, ¡ncarnationem Domini Ihesu Christi ex María semper virgine, asserentes ipsum non habuisse verum corpus humanum nec veram carnem hominis sicut habent ceteri homines ex natura humana nec veré fuisse passum ac mortuum in cruce nec veré resurrexisse a*

mortuis nec veré ascendisse in celum cum corpore et carne humana, sed omnia in similitudine facía fuisse!...»)

Es fácil comprender semejante prudencia en la transcripción de las respuestas: el hecho de mantener y relatar la verdadera opinión de los «*perfectos*» sobre Jesús de Nazaret habría significado destruir la labor depurativa de los Padres de la Iglesia y la de los monjes copistas. Ello explica el que hayan llegado a nuestras manos tan pocos atestados completos del interrogatorio de los «*perfectos*». En lo que respecta a los de los simples «*creyentes*», que ignoraban la doctrina total, éstos tenían menor importancia. Pero la verdad es muy distinta.

En la época en que se desarrolla el inicio de la Cruzada los nobles tolosanos, los vasallos de los condes de Foix y de los Trencavel, los vizcondes de Béziers, si no han recibido ya el «*consolamentum*» de los «*perfectos*» cataros, todos ellos son, *en su mayoría*, «*creyentes*». ¿Hay que incluir ya entre ellos a los templarios de dichas regiones, teniendo en cuenta su extraña actitud en el curso de la Cruzada? Este punto todavía no está bien elucidado.

Sea lo que fuere, los vasallos de los condes de Foix y de los vizcondes de Béziers albergan, todos, a los «*perfectos*», amparan sus reuniones, y a veces reciben el «*consolamentum*» en su lecho de muerte. Las mujeres, más valerosas y más ardientes, no esperan ya a su última hora para ponerse la famosa túnica negra de las «*perfectas*». los textos de los interrogatorios de la Inquisición son explícitos a este respecto. Y las nobles familias vasallas de los condes de Foix y de los vizcondes de Béziers, los Fanjeaux, los Laurac, los Mirepoix, los Durban, los Saissac, los Châteauverdun, los de l'Isle-Jourdain, los Castelbon, los Niort, los Durfort, los Montréal, los Mazerolles, los des Termes, de Minerve, de Pierrepertuse, etc., por no citar sino a las familias principales, cuentan todas con «*herejes revestidos*» entre sus miembros, y todos los otros son «*creyentes*» o simpatizantes.

Pero Raimundo-Roger, conde de Foix, es más encarnizado todavía que su soberano Raimundo VII, conde de Tolosa. Juzguen ustedes mismos.

En primer lugar, vive prácticamente rodeado de herejes. Y, de cara a los privilegiados de la Iglesia católica y sus clérigos, no se siente en modo alguno acomplejado por ello, cosa que horroriza a Pierre des Vaux de Cernay, cronista acérrimamente católico de la Cruzada.

De modo que, al poseer la jurisdicción de Pamiers junto con el abad de Saint-Antonin, hace todo lo necesario para asquear a éste y obligarle a renunciar. Así, por ejemplo, autoriza a dos caballeros de su séquito a instalar a su anciana madre en la abadía. Pero como dicha señora es una «*perfecta*» bastante conocida, los monjes de Saint-Antonin la echan de allí sin contemplaciones, como unaapestada de aquella época. Ante esto, uno de los dos hermanos degüella, sobre el

altar, al canónigo que había golpeado a su madre. A continuación, alertado por los dos caballeros, Raimundo-Roger acude a Saint-Antonin con sus hombres de armas y sus oficiales, echa al abad y a los canónigos, hace demoler parte de la capilla, el dormitorio y el rectorio, y transforma la abadía en fortaleza.

En el curso del inevitable saqueo de la capilla, los hombres de armas rompen un crucifijo de madera maciza, y utilizan sus astillas como mano de mortero para majar las especias de sus comidas. Otro día, los caballeros del séquito de Raimundo-Roger descuelgan de la cruz a un Jesús de tamaño natural, lo visten con una cota de malla y lo toman como diana en la justa llamada del «estafermo», *juego de armas reservado a los hidalgos y caballeros nobles* y a cada lance le gritan que «*se redima*».

Se denomina «estafermo» a un maniquí de madera, *montado sobre un eje giratorio asentado sobre una base*, que llevaba atado en el brazo izquierdo, extendido, un escudo de torneo, y en el brazo derecho, también extendido, un largo y sólido garrote. Si el justador golpeaba torpemente con su lanza, y al galope, el escudo del maniquí, y no se agachaba a tiempo sobre el cuello del caballo, el maniquí giraba sobre sí mismo bajo el efecto del choque, y asestaba automáticamente un garrotazo en la nuca o en la espina dorsal del torpe caballero.

Sin comentarios. Practicar un orificio e introducir un palo a modo de eje *en la base de un Cristo de tamaño natural*, para convertirlo luego en un guiñol irrisorio, que servía de diana en un «juego de armas», demuestra el poco caso que los nobles «creyentes» cataros hacían del Jesús de la Historia. En cuanto a sus apostrofes de que «se redimiera» el personaje rebajado a la categoría de diana, no podía tratarse de «rescate» alguno, ya que el juego del estafermo no era un torneo. Es fácil comprender el carácter insultante de semejante apostrofe de cara al personaje histórico así representado.

Por otra parte, cuando los cataros hablan del «Espíritu Santo», esta expresión designa una entidad del panteón gnóstico, un *eón*, pero en modo alguno una emanación eterna nacida de las relaciones esenciales entre el «Padre» y el «Hijo».

De esta utilización prudente de la terminología cristiana ordinaria en un lenguaje esotérico y secreto, propio del catarismo, quedaba una prueba perentoria, testimoniada por las actas de los interrogatorios: *es el hecho de designar a su propia Iglesia, la constituida única e interiormente por los «perfectos», bajo el nombre de «Virgen María»*. ¿Quién iba a suponer, al oír por casualidad esta expresión, que ella designaba, en realidad, el bastión interior de la herejía? Veamos unos textos definitivos al respecto:

«Niegan, asimismo, que la bienaventurada Virgen María haya sido la verdadera madre de Nuestro Señor Jesucristo, y que fuera una mujer de carne y hueso. *La Virgen María, dicen, es su secta y su orden*, es decir, la verdadera penitencia casta y virginal, que engendra a los hijos de Dios, en cuanto éstos son iniciados en dicha secta y dicha orden.» (*Op. cit.*)

(«*ítem, beatam Mariam Virginem negant fuisse veram matrem Domini Ihesu Christi, nec fuisse mulierem carnalera, sed sectam suam et ordinem suum dicunt esse Mariam Virginem, id est veram penitentiam castam et virginem qui general filios Dei, quando reci-piuntur ad eam eandem sectam et ordinem.*»)

De esta afirmación en cuanto al engendramiento de los «hijos de Dios» por esa «Virgen María», puramente convencional, se desprende la conclusión de que todos aquellos a quienes la Iglesia catara engendra bajo dicho nombre se toman *ipso facto* en idénticos y semejantes a Jesucristo. A partir de ese momento, la noción cristiana de un único redentor queda aniquilada por esa multiplicación ilimitada.

Esta conclusión conduce a otra, a saber, que el Evangelio de san Juan, el único utilizado por los cataros desde el versículo uno hasta el diecisiete, no es sino una engañifa, ya que su enseñanza oral niega, como acabamos de ver, *la unicidad del Verbo Encarnado*, afirmado por dicho evangelio.

Observaremos, por otra parte, que a menudo se ha confundido a los *vaudois* con los *cataros*. Los primeros chocaron a menudo con los segundos, ya que se desarrollaron en las mismas regiones y en las mismas épocas. Pues bien, los *vaudois*, al igual que los *cataros*, estaban divididos en «*perfectos*» y en «*creyentes*». Esta identidad de las palabras que los designaban hace que a menudo se consideren, equivocadamente, los *rituales vaudois* como *rituales cataros*, y que se haya podido suponer, de buena fe, que los *cataros* eran cristianos. Pero únicamente lo eran los *vaudois*, en el sentido absoluto del término, aunque sin ser católicos. En cambio, tal como ya hemos visto, *los cataros no lo eran en absoluto*. Para cualquier demostración sobre lo que antecede, remitimos a la *Práctica* del inquisidor Bernard Gui.

Probablemente este es el mismo caso en lo que concierne a «Jesucristo». Charles Guiguebert ha demostrado que las sectas esotéricas judías *de antes de nuestra era* invocaban a una entidad llamada *leshuah* (Jesús en hebreo). Todavía no se trataba, para ellos, del Jesús de la Historia, evidentemente. Pues bien, Jesucristo quiere decir, literalmente, «*Salvador Sagrado*» (del hebreo *leshuah* y del griego *Khristos*).

Por otra parte, todo cátaro que recibiera el «*consolamentum*» debía pronunciar antes, en voz alta, la fórmula de la *abrenuntiatio*, mediante la cual renegaba solemnemente del bautismo de agua recibido a su nacimiento, declaraba no creer en él y renunciar a él. Así quedaban

borradas ante sus ojos la cruz que había marcado su frente y las unciones que le habían seguido.

Sin duda se trataba de un bautismo de agua recibido en el seno de la Iglesia católica, pero no recibía ningún otro en sustitución de aquél.

Partiendo de todas estas constataciones, nos parece muy difícil seguir sosteniendo que el catarismo no era sino una forma primitiva del cristianismo. Más bien al contrario, se trataba en realidad de una religión de forma absolutamente maniquea, que no disimulaba su rechazo del Jesús clásico de la Historia y su incredulidad total en cuanto a su Encarnación, su Pasión, su Resurrección y su Ascensión se refiere. ¿Qué quedaba entonces del cristianismo? Nada, evidentemente.

Éste fue el camino que siguieron, a su vez, los Templarios; menos de setenta años separan la hoguera de Montségur de la de La Cité, y fue el mismo guantelete de hierro el que amordazó la Verdad. Porque: «Las armas han sido, en todo tiempo, los instrumentos de la barbarie. Han asegurado el triunfo de la materia, y de la más pesada, sobre el espíritu. Remueven, en el fondo de los corazones, el lodo de los peores instintos».

2.- Las piezas del expediente

«Las narraciones escritas sobre pergaminos son destruidas por aquellos que quieren mantener la ignorancia, pero las palabras caen en las almas como palomas venidas de lo lejos que, apenas se posan, parten de nuevo. Y ésta es una forma de la justicia...»

MAURICE MAGRE, *Le Sang de Toulouse*

Vamos a dar a continuación los datos sucintos de los manuscritos *más antiguos* de una «biblioteca» básica del cristianismo.

A su lectura, el lector podrá convencerse de aquello que afirmamos a lo largo de esta obra, a saber, que los *documentos reales* (¡y no aquellos «citados» como «desaparecidos»!) *no son jamás anteriores al siglo IV*.

Hemos mencionado los Evangelios apócrifos a continuación de los Evangelios canónicos, dado que «su mayor interés radica en el hecho de darnos un reflejo del cristianismo popular de los *orígenes* [...]. Constituyen *el complemento* de esas crónicas de los primeros tiempos que son las grandes Epístolas paulinas y los Hechos de los Apóstoles. [...] Desde un punto de vista más estricto, los apócrifos aportan algunos *detalles históricos que pueden no ser nada despreciables*». (Cf. Daniel-Rops, en *Les Evangiles apocryphes*, por el abad F. Amiot, Art-héme Fayard, París, 1952.-

LOS MANUSCRITOS DE LOS AUTORES PAGANOS

Es habitual cantar las alabanzas de los monjes copistas, esos buenos y excelentes padres que, en los monasterios de la Edad Media,

«recogieron» y copiaron los manuscritos de los autores griegos y latinos.

Lo que se omite precisarnos es qué se hizo de los *originales*. De hecho, esa tarea respondía a una necesidad urgente: se trataba de hacer desaparecer toda huella de un Jesús jefe de una facción política, facción que frecuentemente, *por necesidad vital*, había derivado al bandolerismo, y cuyos actos, durante más de treinta años, no habían tenido nada de evangélicos. Y también de hacer desaparecer la opinión de los autores latinos sobre el tal Jesús, así como la de los judíos apacibles, opiniones que también tenían algo que decir al respecto.

De modo que nos encontramos frente a un balance bastante decepcionante en cuanto a los manuscritos de los autores antiguos se refiere.

Los manuscritos más antiguos de Flavio Josefo son de los siglos IX y XII, y únicamente el segundo posee el famoso pasaje sobre Jesús, pasaje que todos los exegetas católicos serios reconocen como una burda interpolación. Sobre su *Guerra judía*, a veces titulada *Toma de Jerusalén o Guerras de Judea*, el texto eslavón es diferente al texto griego, y las interpolaciones también diferentes.

En cuanto a Tácito, los manuscritos de sus *Historias* y *Anales* son de los siglos IX y XI. Y falta, precisamente, todo aquello que se refiere a los años cruciales del naciente cristianismo, todo el período del 28 al 34. Ahí, una vez más, abundan las censuras e interpolaciones, a veces de forma tan torpe que el lector perspicaz, sin ninguna preparación previa, puede jugar al exegeta y descubrirlas por sí mismo.

Daniel-Rops, sin quererlo, e ingenuamente, nos proporciona la clave de esos misterios. En *Jesús en son temps* nos dice lo siguiente:

«Tómese nota de esta fecha: siglo IV. Los textos del Nuevo Testamento datan, en general, del periodo 50-100, por lo tanto *se intercalan tres siglos entre su redacción y los primeros manuscritos completos que poseemos*. Esto puede parecer exagerado, pero no es nada, debemos subrayarlo, al lado del espacio de tiempo que existe, en todos los clásicos de la antigüedad, entre el *autógrafo desconocido* y la más antigua *copia conocida*: mil cuatrocientos años en el caso de las tragedias de Sófocles, así como en las obras de Esquilo, Aristófanes y Tucídides; mil seiscientos años en las de Eurípides y Catulo, mil trescientos años en las de Platón, mil doscientos en las de Demóstenes. Terencio y Virgilio resultaron favorecidos, ya que en ellos la demora no fue, en el primero, sino de siete siglos, y de cuatro en el segundo.»

Es perfectamente evidente que los autores antiguos que vivieron *antes de Jesús*, y por consiguiente que lo ignoraron, o que simplemente compusieron obras de teatro, no tenían necesidad alguna de ser censurados o interpolados. No sucedía lo mismo en el caso de *historiadores* como Flavio Josefo, Tácito o Suetonio, y, bajo este criterio, ni siquiera un cronista satírico como era Petronio escapó al celo de los

monjes copistas. En efecto, su célebre *Satiricen* no contiene, en las copias manuscritas que han llegado hasta nosotros, más que 250 páginas, de las 3.000 que componían, como sabemos por otras fuentes, las copias primitivas del manuscrito original. Es por lo tanto seguro que ese inventario de la *dolce vita* bajo el imperio de Nerón *no era tan sólo eso*, y que Petronio fue censurado despiadadamente, al igual que Tácito, quien vio retirar de sus *Historias* y *Anales* todos los capítulos que trataban sobre los acontecimientos de Palestina de aquella misma época.

En cuanto a la autenticidad absoluta de los Evangelios canónicos, nos limitaremos a citar las palabras del abad Bergier en su *Dictionnaire de Théologie*.

«Los hombres verdaderamente sabios en materia de exégesis, y sobre todo sinceros, reconocen que el texto del Nuevo Testamento no se remonta a antes del siglo sexto.» (*Op. cit.*)

LOS MANUSCRITOS DE LOS EVANGELIOS CANÓNICOS

— *Codex Sinaiticus*: Fecha: siglo iv. Contiene casi todo el Antiguo Testamento, el Nuevo Testamento, la Carta de Bernabé, el Pastor de Hermas (parcialmente). Descubierta en 1844 por Tischendorf, en el monasterio de Santa Catalina, en el monte Sinaí. Se encuentra actualmente en el Museo Británico de Londres.

— *Codex Vaticanus*: Fecha: siglo iv. Contiene el Antiguo Testamento (salvo unas cincuenta páginas, perdidas), y el Nuevo Testamento hasta la Epístola a los Hebreos, 9, 14. Muy mala ortografía. Entró en el Vaticano entre 1475 y 1481.

— *Codex Alexandrinus*: Fecha: siglo V. Contiene el Antiguo Testamento, y el Nuevo Testamento a partir de Mateo 25, 6. Texto menos bueno que el precedente, especialmente en los Evangelios. Se encuentra en el Museo Británico de Londres.

— *Codex Ephraemi Rescriptus*: Fecha: siglo v. Palimpsesto. El texto bíblico fue recubierto, en el siglo XII, por una versión griega de tratados de san Efrén. Es de origen egipcio, y fue llevado a París por Catalina de Mediéis. Se conserva allí en la Biblioteca Nacional.

— *Codex Bezae, o Codex Cantabrigiensis*: Fecha: siglos v o vi. Comprende, con algunas lagunas, los cuatro Evangelios y los Hechos. Manuscrito bilingüe, grecolatino. Se encontraba desde el siglo IX en Lyon. Teodoro de Béze lo cedió en 1581 a la Universidad de Cam-

bridge, donde se encuentra actualmente.

— *Codex Freer*: Fecha: siglo v. Contiene los cuatro Evangelios, con algunas lagunas. Comprende un añadido después de Marcos, 16, 14. Fue comprado en 1906 por Freer a un mercader árabe. Se encuentra actualmente en Washington.

— *Codex Koridethi*: Fecha: siglos vil a ix. Conservado en Tiflis, pero procedente, según indican las notas marginales, del monasterio de Koridethi, en el Cáucaso.

— *Codex Regius*, todavía llamado *Codex Parisiensis*: Fecha: siglo VIII. Numerosas correcciones y notas marginales. Se encuentra en París, en la Biblioteca Nacional.

— *Codex Beratinus*: Fecha: siglo vi. Contiene Mateo y Marcos, en pergamino púrpura. Se encuentra en Berat (Albania).

— *Codex Athusiensis*: Fecha: siglos vm o ix. Contiene el Nuevo Testamento, excepto Mateo, Marcos (1, 1; 9,4) y Apocalipsis.

— *Codex Vercellensis*: En latín. Fecha: siglo iv. En Verceil.

— *Codex Veronensis*: En latín. Fecha: siglos iv o v. En Verona.

— *Codex Colbertinus*: En latín. Fecha: siglo xn. En París.

— *Codex Sangermanensis*: En latín. Fecha: siglo VIH. En París.

— *Codex Brixianus*: En latín. Fecha: siglo vi. En Brescia.

— *Codex Palatinus*: En latín. Fecha: siglo v. En Dublín.

— *Codex Bobiensis*: En latín. Fecha: siglos iv o v. No contiene más que Marcos (8, 3 a 16, 8) y Mateo (1, 1 a 15, 36), con algunas lagunas.

— *Codex Monacensis*: En latín. Fecha: siglos vi o vil.

— *Codex Curetonianus*: En siríaco. Fecha: siglo iv. Descubierto en 1842 en un monasterio del desierto de Nitria (Egipto).

Existen todavía algunos *papiros*, cuyos fragmentos minúsculos nos aportan ciertos capítulos de los Evangelios canónicos. Son:

— *Papiro P1*: Fecha: siglos III o iv. Contiene Mateo (capítulo 1, versículos 1 a 9 y 12 a 20).

— *Papiro P3*: Fecha: siglo vi. Contiene Lucas (capítulo 7, 36 a 45, y 10,38 a 42).

— *Papiro P4*: Fecha: siglo IV. Contiene Lucas (1, 74 a 80, y 5, 30 a 6, 4).

— *Papiro P37*: Fecha: siglos III o IV. Contiene Mateo (capítulo 26, 19 a 52).

— *Papiro P45*: Fecha: siglos III o IV. Contiene los cuatro Evangelios y los Hechos, en cuadernos de dos pliegos. Desgraciadamente está muy estropeado; queda: Mateo (20, 24 a 21, 19; 25, 41 a 26, 33), Marcos (4, 36 a 9, 31; 11, 27 a 12, 28), Lucas (6, 31 a 7, 7; 9, 26 a 14,33).

— *Manuscritos siríacos*: Diversos manuscritos de la versión «Sen-

cilla». Fecha: siglos v o vi.

— *Manuscritos coptos*: Diversos manuscritos en sahídico, dialecto del Alto Egipto. Algunos de estos manuscritos son del siglo iv.

— *Manuscritos coptos*: Diversos manuscritos en bohaírico, dialecto del Bajo Egipto. El más antiguo data del siglo ix.

LOS MANUSCRITOS DE LOS APÓCRIFOS

— *Codex Askewianus*, alias *Pistis Sophia*: Fecha: siglo v. Redactado en copio tebano, o sahídico. Se encuentra en el Museo Británico desde 1785.

— *Codex de Bruce*: Fecha: siglos iv o v para cada parte. Contiene el *Libro del gran tratado según el Misterio*. Se encuentra en la Biblioteca Bodleiana. Fue descubierto en 1769. En copto tebano.

— *Codex Berolinensis 8502*: Fecha: siglo v. En copto tebano. Fue adquirido en El Cairo en 1896, y se hallaba todavía en Berlín en 1945. Contenía un *Evangelio de María*, el *Libro secreto de Juan*, la *Sofía de Jesús*, los *Hechos de Pedro*.

— *Protoevangelio de Santiago*: Reconstituido por los exegetas con ayuda de manuscritos que van de los siglos v al xv. Esos manuscritos se hallan dispersados en numerosas bibliotecas.

— *Evangelio de Pedro*: Fecha: siglo viii. Redactado en griego. Descubierto en 1887 en el Alto Egipto.

— *Apocalipsis de Pedro*: Fecha: siglo viii. Redactado en griego. Descubierto en el Alto Egipto en 1887.

— *Evangelio deipseudo Mateo*: Fecha: siglos vi o vii. No es sino una modificación del *Protoevangelio de Santiago*.

— *Relato de las infancias del Señor*, llamado también *Pseudo Tomás*: Fecha: siglo v. Dio nacimiento al *Libro armenio de la Infancia*, del siglo vi, y al *Evangelio árabe de la Infancia*, del siglo vii.

— *Evangelio de Nicodemo*: Fecha: siglo iv. Llamado también *Hechos de Pilatos*. Diversas versiones, coplas y siriacas.

— *Evangelio de Gamaliel*: Fecha: según los manuscritos, del siglo vii todo lo más. Redactado en lengua etíope, o en copto.

— *Testamento en Galilea de N.S.J.C.*: Fecha: según los manuscritos

tos, siglo vm todo lo más. Versiones en copto y en etíope.

— *Los Milagros de Jesús*: Fecha: según los manuscritos, siglo IX como máximo. Redactado en etíope.

— *Evangelio de los Doce Apóstoles*: Fechas: diversas, según los manuscritos. Está citado en los de Rufino (siglo v), que traducía a Orígenes, como uno de los más antiguos evangelios apócrifos.

— *Evangelio de Bartolomé*: Fecha: siglo V. Sólo poseemos algunos fragmentos, redactados en copto.

— *Hechos de Juan*: Fecha: siglo IV. Redactado en griego. Sólo poseemos dos tercios de éste.

— *Hechos de Pedro*: Fecha: siglo v. Redactado en griego. Poseemos solamente el final. Conocemos el principio a través de un fragmento copto, y por los *Hechos* llamados de Verceil, en latín.

— *Hechos de Pablo*, llamados también *Hechos de Pablo y de Tecla*: Fecha: siglo VI, en versiones siríaca, eslava y árabe. Existen fragmentos de la versión griega en un pergamino del siglo v.

— *Hechos de Andrés*: Fecha: siglo vi en su versión latina. Existen versiones griegas y siríacas, pero serían anteriores, probablemente del siglo v.

— *Apocalipsis de Pablo*: Fecha: siglo v. Redactado en griego. Existe una versión latina posterior.

— *Evangelio de Tomás*, llamado también *Palabras secretas de Jesús*: Fecha: siglos IV o v. Redactado en copto. Forma parte del conjunto descubierto en Khenoboskion, en Egipto, cerca de Nag-Hamadi.

— *Homilías Clementinas*: Fecha: siglo V. Redactado en griego. El texto griego de las *Homilías*, se ha conservado, pero el de los *Reconocimientos* (su segunda parte) se ha perdido. Sólo lo poseemos en la versión latina de Rufino.

Sobre el conjunto de los 49 manuscritos descubiertos en Khenoboskion en 1947 habrá que esperar a su publicación, aunque sea resumida, para separar los escritos estrictamente maniqueos de las otras redacciones, gnóstico-cristianas. Por eso no mencionamos aquí ninguno de esos preciosos documentos, que datan aproximadamente del siglo v.

LA APOCALIPSIS Y SU SECRETO

Hemos reservado un estudio particular a un texto extraño, y que no ha cesado de levantar polémicas desde su aparición; lo hemos denominado *la Apocalipsis*, término derivado de una palabra griega que significa «Revelación».

El Concilio de Trento (1545) lo clasificó definitivamente entre los textos canónicos, y su decisión es, evidentemente, y en principio, inapelable para el mundo católico. Pero no deja de ser cierto que numerosas Iglesias orientales autocéfalas, y no unidas a Roma, continúan rechazándolo, siguiendo así ilustres y antiquísimos ejemplos.

Así, por ejemplo, el gran Orígenes (muerto en 254) lo ignora. Eusebio de Cesárea (muerto en 340), aunque sin atreverse a tomar partido abiertamente, cita extensamente las objeciones de san Dionisio de Alejandría (muerto en 261) y proporciona todos sus argumentos contra el carácter apostólico de *la Apocalipsis*. Pero notamos que, en el fondo, Eusebio de Cesárea está de acuerdo con todo lo que alega Dionisio de Alejandría contra ese misterioso texto.

Más adelante, el Concilio de Laodicea (en 362) se niega a inscribirlo en el Canon oficial. Y otras autoridades se alzarían, entre los Padres de la Iglesia, contra ese intruso que, debemos subrayarlo, no presenta ningún carácter que permita asociarlo al mensaje nuevo. Citaremos a san Basilio (muerto en 379), san Cirilo de Jerusalén (muerto en 386), Gregorio de Nacianzo (muerto en 390), Gregorio de Nysse (muerto en 400). San Juan Crisóstomo (muerto en 407) y Teodoreto no dicen ni una palabra de él, y no lo cuentan entre los textos que utilizan. San Jerónimo (muerto en 420) adopta una posición semejante a la de Eusebio de Cesárea.

La tradición oficial pretende que *la Apocalipsis* sea el relato de una visión de la que se benefició el apóstol Juan durante su exilio en la isla de Patmos. El exilio de Patmos data del año 94, año I del reinado de Nerva; observemos ese detalle, que tiene su importancia.

Podríamos extrañarnos de que una visión de semejante longitud pudiera recordarla, con todo lujo de detalles, un «médium» al regresar a su estado normal. También podríamos extrañarnos de ver presentar como profético, en el año 94, un texto que relata de forma bastante precisa el incendio de Roma, que tuvo lugar en el año 64, es decir, treinta años antes, y la destrucción de Jerusalén, que se produjo

en el 70, o sea, veinticuatro años antes. Pues bien, el primero aparece en el capítulo 18, y la segunda en el capítulo 11.

Por otra parte, se nos dice que el apóstol Juan la redactó en griego, pero, y tal como observa san Dionisio de Alejandría: «...veo que su dialecto y su lengua no son exactamente griegos, sino que emplea modismos bárbaros, ¡y a veces incluso hay solecismos!...». (Cf. Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, VII, xxv, 26.)

De hecho, se trata probablemente de un original redactado en armenio, traducido una primera vez al hebreo, y luego al griego. Las dos primeras versiones habrían desaparecido ya en la época en que apareció la versión griega, a finales del siglo I.

Por otra parte, eso que hemos convenido en denominar «*la Apocalipsis*» es un ensamblaje de varios textos, de autores incluso diferentes, según ciertos exegetas. Hay quienes hablan de tres obras distintas, otros de dos, la mayoría de las veces de origen judío, mal compiladas por un redactor cristiano en una época bastante tardía.

En opinión del padre Boismard, profesor en la Escuela Bíblica de Jerusalén, al presentar este libro en el marco de la *Biblia de Jerusalén*, la parte propiamente profética de *la Apocalipsis* (capítulos 4 a 22) estaría compuesta por dos «apocalipsis» diferentes, primitivamente independientes y fundidas a continuación en un solo texto. En cuanto a las «Cartas a las Siete Iglesias» (capítulos 2 y 3), éstas habrían existido primitivamente, pero en forma separada. Y, en efecto, es difícil imaginar a un redactor agrupando todas sus cartas y enviando copias de ellas a todos sus corresponsales, aunque el tema fuera común.

Además, la lectura de *la Apocalipsis* conduce al lector a ciertas reflexiones, por poco observador y desconfiado que sea.

Por ejemplo, un texto que se supone que fue compuesto en el año 94 en Patmos por el apóstol Juan ignora lo esencial del movimiento cristiano, a saber:

- la existencia de los doce apóstoles, designados y consagrados por Jesús como guías de la Iglesia naciente;
- la existencia de Pedro, como jefe supremo del movimiento;
- la existencia de Pablo, su misión, su papel relevante, su muerte en Roma en el año 67;
- la existencia de los cuatro Evangelios esenciales, sin olvidar la gran cantidad de apócrifos que empezaban a difundirse;
- la existencia de las Epístolas de Pablo, leídas entonces en todas las comunidades cristianas a las que iban destinadas;
- la designación de los setenta y dos discípulos, su misión.

Si todo esto lo ignora *la Apocalipsis*, es que fue redactada mucho an-

tes. Indudablemente, se habla de «la ciudad donde su señor fue crucificado» (11, 8), pero numerosos jefes mesianistas fueron crucificados en Jerusalén, por ejemplo Ezequías, «hijo de David» también, y por consiguiente «señor» de Israel, por no citar a otros.

Indudablemente, en el capítulo 14, 6, se habla de un misterioso «evangelio eterno», pero examinemos el texto exacto: «Vi otro ángel, que volaba en medio del cielo, con un *evangelio eterno* para anunciarlo a los habitantes de la tierra...» (*Op. cit.*)

Pues bien, el término utilizado en la versión griega original: *evangelion aionion*, significa, no un evangelio en el sentido que le damos ahora a esa palabra, sino en el sentido griego de entonces: *mensaje feliz, buena nueva, correo o carta de buen augurio*.

Por otra parte, subsiste una prueba de la realidad de un original redactado en *arameo*, dialecto popular desde que el hebreo clásico se había convertido en lengua litúrgica en el siglo iv antes de nuestra era. Esto es perfectamente concebible si *la Apocalipsis* (al menos el texto primitivo, sin las añadiduras posteriores) iba destinada —como una verdadera «apelación al pueblo»— a la nación judía, que gemía bajo el yugo romano.

Y esa prueba es la siguiente:

En el capítulo 9, versículo 11, leemos:

«Y tienen sobre sí como rey al Ángel del Abismo; cuyo nombre es en hebreo "Abaddon" y en griego tiene por nombre "Apoliyon"..."» (*Op. cit.*)

Cuando san Jerónimo redactó su *Vulgata* latina añadió a dicho versículo, sin ningún escrúpulo, el siguiente final: «...*et latine habet nomen Exterminans*». Es decir, palabra por palabra: «y que en latín tiene el nombre de Exterminador».

El padre Boismard, más cauto, se contenta con remitir a una nota a pie de página en la que nos dice «En francés: destrucción, ruina».

Es fácil sacar conclusiones. Cada traductor sucesivo creyó bueno precisar en su propia lengua la significación del nombre del Príncipe del Abismo, añadiéndolo, cada vez, a la traducción precedente.

¿Cuál era el nombre arameo, que el primer traductor hebreo tradujo por Abaddon? Quizás Abduth (aleph-beth-daleth-vaw-thau), que en el *Sepher Raziel*, en el folio 5a, encontramos con el sentido de «Perdición» y que corresponde asimismo al nombre del Ángel del viento del este en la 3.^a *tequfah*.

Pero entonces, si dicho texto era simplemente un manifiesto, redactado en la lengua popular del tiempo, para galvanizar la resistencia judía contra el ocupante romano, ¿qué fue de su autor? ¿En qué época fue compuesta la base primitiva (sin sus añadidos)?

A esta última pregunta responderemos que *la Apocalipsis* fue redactada antes del año 64, dado que fue el año del incendio de Roma, y

que no podía presentarse su descripción ulteriormente como una profecía.

Asimismo, antes de que Juan el Bautista adoptara la posición de predicador en el vado de Betabara, en el Jordán, el año 15 del reinado de Tiberio, es decir, en el 28 de nuestra era. Veamos la prueba, con la firma del autor:

«Revelación de Jesús, el Ungido, que Dios le confió para manifestar a sus siervos lo que ha de *sobrevenir en breve*, y que él dio a conocer por mediación de un ángel suyo que envió a su siervo Juan, el cual testificó la palabra de Dios y el testimonio de Jesús, el Ungido, que es cuanto vio. Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de la profecía y guardan las cosas escritas en ella, *porque el tiempo está cerca.*» (*Apocalipsis*, Prólogo, 1,1-3.)

«Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para testimoniaros estas cosas relativas a las Iglesias. Yo soy la raíz y la estirpe de David, la Estrella resplandeciente de la mañana. [...] El que tenga sed, que venga; el que quiera, *saque agua de vida gratuitamente.* [...] Dice el que testifica estas revelaciones: *Sí, mi regreso está próximo...*» (*Apocalipsis*, Epílogo, 22,16-20.)

Si admitimos una *Apocalipsis* redactada por el apóstol Juan en Palmos en el 94, debemos admitir la falsedad de su visión, \ ya que el *regreso* de Jesús no tuvo lugar jamás! Y en cuanto al anuncio del incendio de Roma (citada bajo el nombre simbólico de Babilonia) y la destrucción de Jerusalén, ya se habían producido.

A partir de ahí, podemos sacar conclusiones. El Juan que recibe el mensaje de Jesús, después de una visión de éste, en forma de esa terrorífica *apocalipsis*, es Juan el Bautista. Ese mensaje le llega de Egipto, donde Jesús se encuentra aún, después del fracaso de la rebelión del Censo, las represalias romanas y la dispersión de las tropas zelotas.

Y, efectivamente, el regreso de Jesús está próximo, pero en el sentido absolutamente material del término. Ya que pronto aparecerá en el vado del Jordán, en el año 28, para reemplazar al Bautista, que había cumplido ya su cometido.

El *ángel* que lleva el mensaje lo es tan sólo en la versión latina, porque el texto griego habla de un *aggelos*, término que significa enviado, pero despojado de todo carácter sobrenatural *en el griego de aquella época*. Para designar a las entidades espirituales se utilizaban los términos *daimon*, *alabólos*, *kakodaimon*. La razón es muy sencilla: los griegos de antaño ignoraban en su mitología ese tipo de espíritus que nosotros hemos convenido en denominar *ángeles*. ..

En cuanto al término *ekklesia* (en griego: asamblea), puede traducirse perfectamente en hebreo por *kahal*, que tiene el mismo significado. Designa el agrupamiento, en un lugar dado, de todos los fieles. Y más adelante vamos a ver que esta aproximación no es desatinada.

Así pues, la *Apocalipsis* primera (sin los añadidos posteriores) tiene como autor al propio Jesús, como él mismo lo dice en el *Prólogo* y el *Epílogo*. La redactó hacia los años 26-27, y su destinatario no era otro que Juan, el Bautista. Su fin era estimular una vez más, mediante falaces esperanzas, el legítimo deseo de independencia de la nación judía, doblegada bajo el yugo romano. Para ello no faltan tampoco las amenazas. Júzguenlo:

«¡Ay! ¡Ay! ¡Ay (tres veces) de los habitantes de la Tierra!...» (*Apocalipsis*, 8,13.)

«¡Ay de la tierra y del mar!...» (*Op. cit.*, 12, 12.)

La suerte de las naciones ordinarias no será nada envidiable cuando este extremismo fanático, por otra parte rechazado por casi todo Israel, haya triunfado:

«Y al que venza y observe hasta el fin mis obras, le daré poder sobre las gentes, y las gobernará con vara de hierro, y serán quebrantadas como vasos de arcilla, como yo lo recibí de mi Padre... Y le daré la estrella de la mañana...» (*Op. cit.*, 2, 26-28.)

Dejando aparte este extraño regalo, comprendemos que las naciones vecinas no hubieran mostrado ningún apresuramiento en unirse a los zelotas en su lucha contra el Imperio romano.

Pero también podemos imaginarnos bastante bien que, si algunos ejemplares de esta vehemente llamada a la guerra santa (dado que no es otra cosa que esto), debidamente traducidos del arameo al griego (lengua corriente de comunicación entre el ocupante romano y el judaísmo culto, que desde el siglo II antes de nuestra era se había vuelto muy helenófilo), fueron entregados por los adversarios de Jesús a los diferentes procuradores —Pilatos, Marcelo, etcétera—, su lectura y su comunicación al secretariado de César debieron justificar la adopción de medidas sistemáticas contra todo aquello que pretendiera tener alguna relación con ese enigmático «*Chrestos*». Y no sólo en Palestina, sino en todas las provincias del Imperio bañadas por los mares del Levante.

De ahí la frase de Suetonio, probablemente cercenada por los monjes copistas, en su *Vida de los Doce Césares*:

«Como los judíos se sublevaban continuamente, *instigados por un tal Chrestos*, los expulsó de Roma...» (*Op. cit.*, Claudio, 25.)

Estamos en el año 52. Hace diecinueve años que Jesús ha sido crucificado en Jerusalén, pero como sus seguidores lo presentan como resucitado, es que continúa conspirando contra la *pax romana*, y Suetonio, basándose en los interrogatorios hechos, imagina que sigue vivo.

Así pues, ya en el año 52, en el seno de la importante colonia judía de Roma, que asciende a más de cincuenta mil almas bajo Tiberio, el clan mesianista atrae las iras del Imperio sobre una gran mayoría de gentes de lo más apacible.

Así también comprendemos bastante bien el por qué del silencio, después la reserva, o incluso el rechazo que los Padres de la Iglesia naciente (y no los menos) manifestaron ante un texto tan comprometedor. Porque si la policía romana, y por consiguiente el emperador, conocieron la *Apocalipsis* antes del incendio de Roma en el año 64 (cosa que puede darse casi por segura), es comprensible que, después de semejante incendio, en todo el Imperio se incluyera dentro de los *crímenes* el hecho de ser cristiano.

Y no hay que descartar tampoco, en modo alguno, el hecho de que la lucha de Roma contra el mesianismo de Jesús se hubiera emprendido ya desde sus inicios, y *en vida de éste*, dado que sus actividades materiales abrían el paso a esa verdadera «llamada a la guerra santa», a esa declaración de guerra «a las naciones» que representaba la *Apocalipsis*. Veamos por qué:

En la «Carta a la *ekklesia* de Pérgamo» (*Apocalipsis*, 2, 12-13) hay una alusión a un mártir que no se atreve a imponerse, un mártir cuya memoria ningún exegeta osa evocar, ¡ya que dicho mártir, con su simple recuerdo, hace correr el riesgo de que estalle la Verdad! Y éste es el asombroso pasaje:

«Y al *ángel* de la iglesia de Pérgamo, escribe: Así habla el que tiene la espada aguda de doble filo. Sé dónde habitas, es allí donde se halla el trono de Satanás. Pero mantienes firme mi nombre y no negaste la fe en mí *ni siquiera en los días en que Antipas, mi fiel testimonio, fue matado entre vosotros, donde mora Satanás...*» (*Apocalipsis*, 2, 13.)

Observaremos en primer lugar que los «ángeles» a los que Juan recibe el orden de escribir no pueden ser «*angelis*» en el sentido latino del término, sino «*aggelous*», en el sentido propio del griego antiguo, es decir, *mensajeros*, y, en este caso concreto, *corresponsales*, humanos a más no poder. Se trata ahí de los *escribas* de cada *kahal* hebreo. Este *kahal* es el que luego se convertiría en *ekklesia* al pasar del original arameo, y luego del hebreo, a la versión griega.

Si hubiera sido de otro modo, nos resulta difícil imaginar cómo se las iba a arreglar el tal Juan para dar a conocer el mensaje de Jesús al ángel protector de una *ekklesia*, de haber sido dicho «ángel», realmente, un espíritu...

Y ahora es cuando se plantea el problema: ¿quién era ese «testimonio» de Jesús, ese mártir llamado Antipas, matado en Pérgamo por su fidelidad a Jesús, *antes de que este último hubiera redactado la Apocalipsis y la hubiera enviado a Juan?*

Los *Hechos de Pionio*, los *Hechos de Carpo*, la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesárea no dicen ni una palabra de él. Eusebio, en su cuarto libro, después de haber citado los mártires de Esmirna, dice lo siguiente:

«Poseemos todavía los *Hechos* de otros mártires que sufrieron en

Pérgamo, ciudad de Asia. Carpo, Papyllas y una mujer, Agathonicea, los cuales acabaron gloriosamente su vida después de numerosos y notables testimonios.» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, IV, xv, 48.)

Ahora bien, los exegetas católicos sitúan estas ejecuciones en la época de Marco Aurelio (161 a 180), o bien de Decio (240 a 251). De modo que nos encontramos muy lejos de la época de la *Apocalipsis*, incluso de la época oficial (redactada en el año 94). Porque dicho Antipas tendría que haber muerto, según ésta, antes del año 94, o, según nuestra demostración, antes del 28.

Y, para toda la exégesis católica, protestante u ortodoxa, el diácono Esteban fue el primer mártir, lapidado en Jerusalén en el año 36, el año en que Marcelo sucede a Pilatos en calidad de procurador.

Así pues, ese Antipas, muerto en Pérgamo por su fidelidad a la causa de Jesús, del que todo exegeta se guarda bien de hablarnos (siempre pasan este embarazoso versículo sin decir ni una palabra, sin redactar ninguna pequeña nota explicativa a pie de página), ese Antipas se convierte entonces, para la historia oficial del cristianismo, en algo tan molesto y tan comprometedor como Judas de Galilea y la ciudad de Gamala.

3.- La pseudo anunciación

«La verdad es siempre extraña, más extraña que la ficción...»

LORD BYRON, *Don Juan*

«En el mes sexto fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen prometida de un varón llamado José, de la casa de David. El nombre de la virgen era María. Y presentándose a ella, le dijo: "Salve, llena de gracia, el Señor es contigo".

»Turbada por este saludo, María se preguntaba qué podrían significar tales palabras. El ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás en tu seno y que darás a luz a un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Éste será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre. Reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin"

»María dijo al ángel:

"¿Cómo podrá ser eso, pues no conozco varón?" El ángel le respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, y será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez, y ella, a la que llamaban estéril, está ya en su sexto mes, porque nada hay imposible para Dios..."

»Dijo María:

"He aquí a la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra..." Y entonces el ángel se retiró de ella.

»En aquellos mismos días, María se levantó y se fue con presteza a la montaña, a una ciudad de Judá. Entró en la casa de Zacarías y saludó a Isabel...» (*Lucas*, 1, 26 a 41.)

De este relato sacamos ya dos conclusiones. La primera es que María no pone ni un instante en duda las palabras del ángel, y la prueba de ello es que se pone inmediatamente en marcha, por el largo y fatigoso camino, de ciento ochenta kilómetros, que va de Galilea al reino

de Judá. Por consiguiente, para ella la aparición es real, *no duda ni un instante*. Al menos así es en el relato del siglo IV, atribuido a Lucas, que nos cuenta lo que sabía de ello su maestro Pablo, quien a su vez no era tampoco un testimonio directo.

La segunda conclusión es la de la inexistencia de un prometido llamado José. Porque nos hallamos frente a una joven, prometida oficialmente a un hombre de estirpe davídica y real, y que, por lo tanto, va a casarse. Pero le anuncian que quedará embarazada, que tendrá un hijo, y que éste será un futuro rey de Israel, *¿y ella pregunta cómo podría suceder tal cosa, «pues no conozco varón...»!* De modo que, o bien sabe ya que su prometido es impotente, o bien es que *éste no existe*. La primera hipótesis es chocante desde diversos puntos de vista, dado que supone que María ya intentó hacer una prueba con el prometido llamado José, y por lo tanto no es ya virgen, al menos moralmente. O bien ha aceptado casarse con un hombre cuya impotencia es cosa pública, conocida, y ello es contrario a la ley judía, ya que dicha ley talmúdica daba dos semanas como máximo al esposo impotente para aceptar devolverle la libertad a su esposa (*Talmud: Arakh-, 5, 6; Keth., 13, 5; Ned., 11, 12; Keth., 5, 6*). Después de ese tiempo el tribunal fallaba el divorcio. Además, en Israel el matrimonio, que debía tener lugar, en el hombre, a la edad de dieciocho años todo lo más, tenía como fin la procreación. Así pues, casarse con un hombre o una mujer notoriamente impotente o estéril era hacer algo inmoral y contrario a la ley.

Pues bien, pronto constataremos que el verdadero padre de Jesús no dio a María *un* hijo, sino *una pareja de gemelos*, cosa totalmente aberrante si se tratara de una entidad angélica que hubiera suscitado en el seno de una joven virgen al *único* «Hijo del Altísimo».

También se calificará a Jesús, indudablemente, con el sobrenombre de «*hijo del carpintero*» (*Mateo, 13, 55; Marcos, 6, 3*). Pero aquí se trata, una vez más, de un apodo de Judas de Gamala, quien también tuvo que estudiar, antes que su hijo primogénito. Jesús, la Magia, si no la egipcia, al menos la de la Cabala hebrea. Efectivamente, el término de *carpintero* tiene dos traducciones en hebreo. Si se transcribe *heth-resh-shin (heresh)* significa también *encantador, mago*, de donde: «Y aquel que (*heresh*) es hábil en la Magia...» (*Isaías, 3, 3*), y: «El artesano insigne, y (*heresh*) el encantador hábil...» (*/Crónicas, 9,15.*)

Y llegamos, por fin, a una última prueba (y perentoria) de la irrea-

lidad de la aparición angélica a María, madre de Jesús, y son los propios Evangelios oficiales los que nos la van a proporcionar.

«Vinieron su madre y sus hermanos, y desde fuera le mandaron llamar. Estaba la muchedumbre sentada en torno a Él y le dijeron:

"Ahí fuera están tu madre y tus hermanos, que te buscan..." Y Él les respondió: "¿Quién es mi madre? ¿Y quiénes son mis hermanos?..." Después, echando una mirada sobre los que estaban sentados en derredor de él, dijo: "He aquí a mi madre y a mis hermanos. Pues el que hiciere la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre..."» (*Marcos*, 3, 31-35.)

«La madre y los hermanos de Jesús vinieron a encontrarle, pero no pudieron acercársele a causa de la muchedumbre. Y le comunicaron: "Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y desean verte". Pero Él respondió diciéndoles: "Mi madre y mis hermanos son éstos, los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica..."» (LMCOS, 8,19-21.)

Antes que nada constataremos que en esos dos fragmentos el término de *hermanos* está tomado en un sentido absolutamente familiar, y la presencia de la *madre* no hace sino reforzar esa precisión. Sin duda iban a pedirle dinero a Jesús, dinero necesario para la vida cotidiana, ya que vivir como vagabundos, errantes, siguiendo una larga columna de cinco mil personas aproximadamente (*Mateo*, 14, 21), con la gendarmería romana pisándoles los talones, plantearía problemas de subsistencia. Judas Iscariote, el *tesorero* (*Juan*, 12, 6; 13, 29), no lo era tan sólo para una docena de discípulos.

A continuación, como ya hemos dicho, el desprecio, expresado por las palabras de Jesús hacia su madre y sus hermanos, como si renegara de su familia camal, el hecho de preferir a aquellos que observaban sus enseñanzas, por encima de su familia, demuestran más que sobradamente que María, su madre, y sus hermanos *no le seguían, no eran discípulos suyos*. Y, efectivamente, en *Juan* podemos leer: «En efecto, *ni siquiera sus propios* hermanos creían en él...» (*Juan*, 7, 5.)

Esta simple frase barre definitivamente la hipótesis de que los hermanos de Jesús pudieron ser *hermanos* en el sentido esotérico de la palabra, como en una orden monástica o en la francmasonería. Ya que es evidente que semejantes «*hermanos*» habrían sido sinónimos de «*discípulos*», de «*compañeros*», que creerían en la palabra del maestro y no dudarían de ella.

Por otra parte. Jesús engloba a su madre dentro de aquellos que no le siguen doctrinalmente, como hemos visto en *Marcos* (3, 31-35) y en *Lucas* (8, 19-21), antes citados. Pero *Juan* (7, 5) confirma este hecho

«*ni siquiera ellos...*». Y, en este supuesto, ¿cómo imaginar que María hubiera podido ver y oír al ángel Gabriel, creer lo que éste le anunciaba hasta el punto de ponerse inmediatamente en camino para ir a Judea, a casa de Isabel, y, más adelante, no creer ya en la misión divina de su hijo?...

La razón de esta nueva contradicción es que María concibió a Jesús igual que conciben todas las mujeres, y que jamás hubo tal aparición angélica, concepción sobrenatural o nacimiento milagroso. Y la siguiente frase nos suministra una última prueba: «En efecto, *ni siquiera sus propios* hermanos creían en él...» (*Juan*, 7, 5), ya que esto prueba que María, la madre de todos ellos, nunca les había dicho nada sobre el nacimiento milagroso y la misión sobrenatural de su hermano mayor, al no creer «*tampoco ella*» en dicha misión. ¿Qué hay entonces de su declaración entusiasta, relatada por *Lucas* (1, 46 a 55), y que sirvió de tema al «Magnífica t»?

Hay todavía otros puntos oscuros. Así, por ejemplo, en el Templo de Jerusalén, que era como una ciudad sagrada dentro de la Ciudad Santa, unos sacerdotes asignados a estas funciones conservaban las genealogías de las familias de Israel por tribus, clanes, etcétera.

Herido por no haber sido considerado jamás como otra cosa que un incircunciso de origen, Herodes había hecho destruir toda esta extraordinaria documentación, nos dice Flavio Josefo. Ignoraba que cada familia, por poco notable que fuera, conservaba cuidadosamente la suya propia en la mansión familiar. Éste era, evidentemente, el caso de todas las familias de ascendencia davídica, y por consiguiente real.

Pues bien, los Evangelios canónicos nos dan de José, el presunto padre de Jesús, dos genealogías absolutamente diferentes. La de *Matteo* (1, 1-16) no se parece en nada a la de *Lucas* (3, 23-38), y, lo más sorprendente de todo, el *padre*, el *abuelo*, el *bisabuelo*, el *tatarabuelo* de José no son los mismos, cuando esos cuatro ascendientes son precisamente aquellos en los que se deben cometer menos errores que en los demás, menos conocidos al ser más antiguos.

Además, no se nos da ninguna genealogía de María en esos mismos canónicos. Cuando se pone en camino para ir de Galilea a Judea, a casa de su prima Isabel (embarazada del Bautista a pesar de su edad avanzada), debe atravesar, a lo largo de un peregrinaje de más de ciento ochenta kilómetros, regiones en las que la guerra causa estragos, y a las que el bandolerismo endémico hace todavía menos seguras. Y no se nos dice con qué medios (si fue a pie, en burro, sola o acompañada, y en este caso, ¿por quién?), y tampoco se nos dice ni siquiera el nombre de su padre y su madre.

La verdad es que es imposible que una joven consiguiera, en aquella época, atravesar, *sin arriesgar su honor y su vida*, unas regiones donde se enfrentaban incesantemente, en combates sin piedad, merce-

narios romanos de todos los orígenes e innumerables salteadores, que devastaban dichas regiones. Por ejemplo las bandas del pastor Athronge y de sus cuatro hermanos, las de Simón, antiguo cautivo o esclavo de Herodes, célebre por su estatura gigantesca, y, por último, las unidades zelotas de Judas de Gamala, que levantaría el estandarte de la revolución cuando tuvo lugar el censo del año 6, precisamente el año en que María estaba encinta. Y es igualmente imposible que llevara a cabo el viaje de regreso en esas mismas condiciones, sin correr los mismos riesgos. La Convención de Ginebra no existía, ni las treguas de Dios, ni las costumbres de la caballería. Y si, como había declarado al ángel, no había «conocido varón», ahora sí que conocería, tanto a la ida como a la vuelta, admitiendo que no cayera en manos de los «cazadores» de esclavos.

La Palestina de aquella época era como la Francia de la guerra de los Cien Años, la Francia de las «grandes compañías». Si Juana de Arco pudo ir de Vaucouleurs a Chinon sin tener nada que temer fue porque, aparte de la escolta armada que le había dado el señor de Baudricourt, ella tenía a su lado al *heraldo de armas* Collet de Vienne, que había ido a buscarla por orden de Carlos VII, y dicho heraldo, revestido con su *tabardo* y empuñando su *bastón de orden*, era más inviolable en aquella época que un embajador. María no disponía de nada de eso.

Por otra parte, su prometido, el evanescente José, la deja marchar en tan peligrosas condiciones, y no se inquieta. Sin embargo, lo ignora todo, *porque María no le ha dicho nada*. Una vez casado, no sabrá que María está encinta sin haber conocido varón, o por lo menos, no a él. Volvamos a leer los Evangelios:

«La concepción de Jesucristo fue así: estando María, su madre, desposada con José, se halló haber concebido por la virtud del Espíritu Santo *antes de haber convivido juntos*. Entonces José, *su esposo*, que era hombre de bien y no quería exponerla a la vergüenza, decidió repudiarla secretamente. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo...» (*Mateo*, 1, 18.)

Es evidente que el término «convivido» se ha adoptado aquí (por discreción) en lugar de «*cohabitado*», en el sentido sexual del término; es el «conocer» bíblico. Porque, si es «su esposo», es evidente que ella vive ya en casa de él. ¿Cómo se dio cuenta José? De la manera habitual entre marido y mujer, porque si él se dio cuenta, no se nos dice que el vecindario se hallara en la imposibilidad de constatar lo mismo.

De donde puede sacarse la conclusión de que, al menos, después del nacimiento de Jesús, por lo que se infiere del relato, María conoció la misma vida de todas las esposas, lo cual explica los *hermanos* y

hermanas de Jesús.

Así pues, de la aparición del arcángel, de la concepción milagrosa, del papel inaudito reservado en adelante a ese niño, María no dijo nada a José, así como tampoco a los sucesivos hermanos de Jesús. Esto refuerza todavía más nuestra conclusión de que Gabriel, el arcángel, jamás se le apareció a María, cosa que estaba ya implicada en el hecho de que, mucho más tarde, ella no creyera en la misión que Jesús se atribuía, como hemos podido ver al comienzo del presente capítulo.

En cuanto al verdadero esposo —pronto lo conoceremos al estudiar a Simón-Pedro—, comprenderemos que ese misterioso José, al igual que el arcángel Gabriel, no desempeñó papel alguno en la vida de María. El esposo era Judas de Gamala, Judas el Galileo, aquel que se convertiría, en justicia, y *en aquella misma fecha*, en un «gabriel» (en hebreo: «héroe de Dios»), al convertirse en el «héroe de la revolución del Censo».

Para evitar al lector búsquedas inútiles, vamos a dar a continuación las dos genealogías contradictorias de Jesús:

GENEALOGÍA SEGÚN MATEO

- 1 Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham;
- 2 Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos;
- 3 Judá engendró a Farés y a Zara de Tamar; Farés engendró a Esrom; Esrom engendró a Aram;
- 4 Aram engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Naasón; Naasón engendró a Salmón;
- 5 Salmón engendró a Booz de Rahab; Booz engendró a Obed de Ruth; Obed engendró a Jesé;
- 6 Jesé engendró a David, el rey; David engendró a Salomón en la mujer de Unas;
- 7 Salomón engendró a Roboam; Roboam engendró a Abías; Abías engendró a Asá;
- 8 Asá engendró a Josafat; Josafat engendró a Joram; Joram engendró a Ozías;

- 9 Ozías engendró a Joatam; Joatam engendró a Acaz; Acaz engendró a Ezequías;
- 10 Ezequías engendró a Manases; Manases engendró a Amón; Amón engendró a Josías;
- 11 Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en el tiempo de la deportación a Babilonia.
- 12 Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel; Salatiel engendró a Zorobabel;
- 13 Zorobabel engendró a Abiud; Abiud engendró a Eliacim; Eliacim engendró a Azor;
- 14 Azor engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Aquim; Aquim engendró a Eliud;
- 15 Eliud engendró a Eleazar; Eleazar engendró a Matan; Matan engendró a Jacob;
- 16 Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.
- 17 Son, pues, catorce las generaciones desde Abraham hasta David, catorce generaciones desde David hasta la deportación de Babilonia, y catorce generaciones desde la deportación de Babilonia hasta Cristo.

MATEO, 1, 1-17

GENEALOGÍA SEGÚN LUCAS

- 23 Jesús, al empezar su ministerio, tenía aproximadamente treinta años, y era, según se creía, hijo de José, hijo de Elí,
- 24 hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Janai, hijo de José,
- 25 hijo de Matatías, hijo de Amos, hijo de Nahúm, hijo de Esli, hijo de Nagai,
- 26 hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semein, hijo de Josec, hijo de Jodá.
- 27 hijo de Joanán, hijo de Resá, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri.
- 28 hijo de Melqui, hijo de Addi, hijo de Cosam, hijo de Elmadam, hijo de Er,

- 29 hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, hijo de Leví,
30 hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonam, hijo de Eliaquim,
31 hijo de Meleá, hijo de Menná, hijo de Mattatá, hijo de Natam, hijo de David,
32 hijo de Jesé, hijo de Jobed, hijo de Booz. hijo de Sala, hijo de Naasón,
33 hijo de Aminadab, hijo de Admin, hijo de Arní, hijo de Esrom, hijo de Farés, hijo de Judá,
34 hijo de Jabob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor,
35 hijo de Seruc, hijo de Ragau, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala,
36 hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec,
37 hijo de Matusalá, hijo de Enoc, hijo de Járet, hijo de Maleleel, hijo de Cainán,
38 hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

LUCAS, 3, 23-38

Observamos que *Mateo* y *Lucas* no dan a José las mismas filiaciones. Por otra parte, *Mateo* hace descender a Jesús de David por línea de Salomón, mientras que *Lucas* lo hace descender por línea de Natam. Pero este último es el tercer hijo de David, y Salomón es el cuarto. Además, no nacieron de la misma madre. Por línea de Salomón, hijo de David y de Betsabé, casada con Urias el Heteano, a quien David hizo literalmente asesinar para poseer a su mujer, que consintió en ello, *Jesús descendería de una pareja adúltera y criminal*. Extraña elección, por parte del «hijo de Dios», para una filiación.

4.- Las diversas fechas de nacimiento de Jesús

«¡La Historia justifica lo que uno quiera! No enseña absolutamente nada, ya que lo contiene todo y da ejemplos de todo. Es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado...»

PAÚL VALERY, *Regarás sur le monde actuet*

El octavo día de abril del año de gracia de 1546, en su cuarta sesión, los Padres del Concilio de Trento promulgaban el decreto siguiente:

«El Santo Concilio de Trento, ecuménico y general, legítimamente congregado en el Espíritu Santo... declara:...

»Recibir todos los Libros, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, porque el mismo Dios es su autor, tanto del uno como del otro, así como las tradiciones que contemplan la fe y las costumbres, como dictadas por boca mismo de Jesucristo, o por el Espíritu Santo, y conservadas en la Iglesia católica por una sucesión continua, y las abraza con un mismo sentimiento de respeto y piedad.

»Ha juzgado bueno, a este propósito, que el Catálogo de los Libros Sagrados estuviera anexo al presente decreto, a fin de que nadie pueda dudar sobre cuáles son los libros que el Concilio recibe. Helos aquí enumerados: (Sigue la enumeración de los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, lista clásica).

»Quienquiera que no reciba como sagrados y canónicos esos libros por entero, con todas sus partes, tal como se acostumbra a leerlos en la Iglesia católica y *tal como están en la antigua Vulgata latina*, y que desprecie con propósito deliberado las citadas tradiciones, quedará excomulgado.»

Ahora bien, cuando uno se mete en cosas tan serias como la de enviar a la gente al infierno, si ésta no es lo bastante dócil como para admirar con los ojos cerrados lo que los canosos Padres conciliares afirman haber decidido por su bien, es conveniente, como mínimo, ponerse antes de acuerdo.

Según san Mateo, Jesús habría nacido en tiempo del rey Herodes el Grande:

«Nacido Jesús en Belén de Judá en los días del rey Heredes...»
(*Mateo, 2,1.*)

«Al oír esto, el rey Heredes se turbó, y con él toda Jerusalén...»
(*Mateo, 2,3.*)

«Entonces Heredes, llamando en secreto a los Magos...» (*Mateo, 2, 7.*)

«Advertidos en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino...» (*Mateo, 2, 12.*)

«Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo dicho por el Señor en boca del profeta: de Egipto llamé a mi hijo...»(*Afateo,2, 15.*)

Detengámonos aquí, con desconfianza, y puntualicemos. Herodes murió el año 4 antes de Jesucristo. Así pues, según Mateo, Jesús habría nacido al menos un año antes de la muerte de Herodes, o sea en el año 5 *antes de nuestra era*.

Pasemos ahora a Lucas. Vamos a encontrar con sorpresas, y de envergadura.

«Aconteció, pues, que por aquellos días salió un edicto de César Augusto en que ordenaba que se empadronase todo el mundo. Este primer censo se hizo siendo Quirino gobernador de Siria. E iban todos a empadronarse, cada cual a su ciudad. Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, por ser él del linaje y de la familia de David, para inscribirse en el censo junto con María, su esposa, que estaba encinta.

»Y sucedió que, estando ellos allí, se cumplieron los días del parto, y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, pues no había lugar para ellos en el mesón...» (*Lucas, 2, la 7.*)

Nada más claro. No hay nada que argüir: esta vez, Jesús nació en Belén, en Judea, el año en que Quirino, gobernador de Siria, hizo efectuar un censo por orden del emperador Augusto. Pues bien, ese empadronamiento es un hecho real, históricamente indiscutible, y cuya fecha es precisa, cierta. *Tuvo lugar, efectivamente, tras la deposición de Arquelao*, hijo de Herodes, rey de Judea, que fue seguida de su exilio a las Galias, más concretamente a Vienne, en el valle del Ródano. (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, libros XVII y XVIII.)

Y poseemos la fecha exacta porque Flavio Josefo, en sus *Guerras de Judea*, libro II, capítulo 9, nos dice que fue en el noveno año de su

reinado cuando Arquelao fue llamado por César a Roma, y depuesto. Herodes el Grande había muerto el año 4 antes de nuestra era, añadamos nueve años, y nos encontramos con que esa deposición de Arquelao tuvo lugar en el año 4 o 5 de nuestra era.

Así que *el Jesús del evangelio según Mateo tenía ya once años cuando nació, en las mismas condiciones y en el mismo lugar, el Jesús del evangelio según Lucas*. Tanto en un caso como en el otro, y de cara al anatema del Concilio de Trento, siempre estaremos equivocados.

Un proverbio afirma que «No hay dos sin tres...». Y, en efecto, tenemos todavía una tercera fecha, que esta vez nos viene dada por san Ireneo. Auditor, cuando era joven, de san Policarpo, uno de los cuatro «padres apostólicos» (que había conocido a los Apóstoles), sostiene, como él y «los Antiguos», es decir, los primeros presbíteros sacados de entre los famosos setenta discípulos, como todos esos «testigos», que Jesús «tenía más de cincuenta años cuando enseñaba». «Murió a una edad que lindaba con los cincuenta, y en el umbral de la vejez...»

Como fue crucificado en el año 33 o 34 de nuestra era, tendría que haber nacido en el año 16 o 17 antes de ésta. Y ya estamos otra vez lejos de Mateo y de Lucas. De todos modos, otros detalles nos permiten pensar que es san Ireneo quien revela la verdad, sin imaginarse la importancia de su revelación. Por eso conservamos la fecha del 16 o 17 antes de nuestra era como año del nacimiento de Jesús. ¡Y no en Belén, claro está!

La natividad de Jesús no se ha celebrado siempre el 25 de diciembre, ni mucho menos. En ausencia de todo documento que estableciera la fecha exacta del nacimiento, los cristianos aventuraron al principio las hipótesis más fantasiosas y más contradictorias. De hecho, quienes las elaboraron tenían, como único recurso, el simbolismo analógico. Ninguno de sus cálculos reposaba sobre nada que se pareciera a documentación histórica y geográfica. Un desconcertante ejemplo ayudará al lector a comprender mejor el valor de semejantes hipótesis.

En el *De Pascha compostus*, publicado en el año 243, cuyo manuscrito, evidentemente, se ha perdido, pero que se encuentra anexo a los apéndices de las ediciones de san Cipriano (sin ser de él), encontramos lo siguiente:

En primer lugar, es «evidente» que el primer día de la Creación, según el Génesis, día en que Dios creó la luz y la separó de las tinie-

blas, ese día no podía ser otro que el 25 de marzo, fecha del equinoccio de primavera en aquella época, momento en el cual el día y la noche son de igual duración.

Pero el autor olvida decimos cómo unos elementos imaginarios y convencionales como la eclíptica, los solsticios y los equinoccios podían existir antes que el Sol y la Tierra.

Una vez establecido esto, y dado que Dios creó el sol el cuarto día de la Creación, se añaden entonces tres días y nos encontramos en el 28 de marzo. Considerando que a Cristo se le llama «sol de justicia», no podía haber nacido sino el mismo día que el sol cósmico, es decir, el 28 de marzo.

Cálculos así de maravillosos crearon, inevitablemente, envidiosos. Y así vemos a Hipólito estableciendo que Cristo nació el 2 de abril, o incluso el 2 de enero, según si se traducía *génesis* por nacimiento o por concepción.

Como las operaciones aritméticas del citado Hipólito demostraron ser inútiles a consecuencia de un año lunar demasiado corto, con nueve horas menos, lo cual falseaba todos sus cálculos, dicho Hipólito empezó de nuevo, y esta vez desembocó en una fecha totalmente diferente.

Al haber descubierto que el arca de la Alianza medía cinco codos y medio en total, consideró que Cristo, nueva arca de alianza, habría nacido en el año 5500 del mundo. Habría muerto el 25 de marzo del año 29, y habría sido concebido, por lo tanto, treinta y tres años antes (al ser treinta y tres años la duración del año trópico), y habría nacido nueve meses más tarde, o sea, el 25 de diciembre.

Hay que reconocer que esta elección es muy poco afortunada. En efecto, las almas piadosas que imaginan (con todo el romanticismo que las diversas Iglesias han sabido dar a esta fecha invernal, y todo lo que la imaginería popular ha podido añadirle) las diversas modalidades del nacimiento de Jesús, ignoran que dicha fecha (pero esta vez de forma perfectamente establecida, indiscutible) *es la del nacimiento de Nerón.*

Y así es; si consultamos la *Vida de los Doce Césares*, de Suetonio, en su libro IV, relativo a Nerón, podemos leer lo siguiente:

«Nerón nació en Antium, nueve meses después de la muerte de Tiberio, *dieciocho días antes de las calendas de enero, precisamente al salir el sol*, de tal suerte que sus rayos lo tocaron casi antes que a la tierra.»

Antium es aquella antigua ciudad del Lacio donde se cuenta que se refugió Coriolano durante-su exilio. Fue la patria de Calígula, y, como

acabamos de ver, de *Lucius Domitius Ahenobarbus*, que fue emperador con el nombre de *Nerón César*.

Por cierto que era en Antium donde él residía cuando se declaró el incendio de Roma, en el año 64. Como le previnieron bastante tarde, no llegó a Roma, quemando etapas, hasta el cuarto día, cosa que, *en la opinión unánime de los historiadores*, libera su memoria de la responsabilidad de haber querido contemplar dicho incendio. Por otra parte, tomó inmediatamente todas las medidas necesarias para ayudar a los siniestrados, y llegó incluso a abrir sus propios jardines para albergarlos.

Pero volvamos a la fecha dada por Suetonio para el nacimiento de Nerón, es decir, dieciocho días antes de las calendas de enero. Esto nos conduce al 14 de diciembre, *pero del calendario juliano*. Añadamos once días para dar con la era gregoriana exacta, y tenemos el 25 de diciembre.

Se comprende que el apologista cristiano Arnobio (hacia el año 296) se burlara de los paganos que celebraban el día de nacimiento de un dios, pues encontraba indigno de un dios haber recibido la vida a partir de un día dado. ¿Pero eran los cristianos más razonables? Por eso Clemente de Alejandría ridiculiza a aquellos que buscan, no sólo el año, sino incluso el día de nacimiento de Cristo. Y pregunta de qué valen unos cálculos que desembocan, unos en el 19 de abril, y otros en el 20 de mayo.

Sea lo que fuere, durante cerca de cuatro siglos vieron sucederse las fechas del 25 de diciembre, 6 de enero, 28 de marzo, 19 de abril y 20 de mayo.

Por último, en el siglo iv, al constatar la Iglesia la inmensa popularidad del culto a Mithra, el «*Sol Invictas*», juzgó muy hábil apropiarse de esta popularidad confundiendo la fecha del presunto nacimiento de Jesús con la de la «*Luz nueva*», brotando de nuevo con el paso del sol sobre la eclíptica. Para unos y otros era válida la vieja fórmula litúrgica procedente de lo más recóndito del Irán: «*Sol novus oritur...*», un sol nuevo había nacido.

Fue así como quedó fijada irrevocablemente la fecha, hasta entonces flotante y sin bases históricas válidas, del nacimiento de Jesús, y como fue perpetuada, bajo un nombre nuevo, la fiesta del «*Sol invicto*», de ese «*Sol Invictas*» que la Iglesia había creído poder borrar.

No podemos terminar razonablemente este capítulo, consagrado a las contradicciones sobre el nacimiento de Jesús y sus circunstancias,

sin mencionar una leyenda conmovedora (ya que, como veremos, no se la puede calificar de otra cosa) que se refiere a la «*Matanza de los Inocentes*».

Un solo evangelista menciona este hecho, y es *Mateo*, quien sitúa la natividad de Jesús «en los días del rey Herodes», como hemos visto. *Lucas*, que relata esa misma natividad, no habla de ello, y con razón, ya que la sitúa en «la época del Censo», es decir, doce años más tarde. Al haber muerto Herodes en el curso de esos doce años, no se le puede imputar semejante crimen. En cuanto a *Marcos* y a *Juan*, éstos no nos hablan de los años jóvenes de Jesús, y hacen empezar su relato en los primeros días de su actividad mesiánica.

Parece que dicha matanza no revistió un carácter histórico seguro para Daniel-Rops, quien en *Jesús en son temps* nos dice:

«Esa "Matanza de los Inocentes", según la fórmula consagrada, no parece en absoluto incompatible con lo que sabemos sobre el carácter de Herodes. Quizás a los antiguos les pareciera menos horrible que a nosotros. Suetonio se hizo eco de unos rumores según los cuales el Senado romano, poco antes del nacimiento de Augusto, al haber sido advertido por un presagio de que iba a nacer un niño que reinaría sobre Roma, había decretado una matanza análoga.»

Ignoramos en qué versión de Suetonio encontró Daniel-Rops esta alusión, a la que él mismo calificó de rumor, ya que este hecho no aparece mencionado en la *Vida de los Doce Césares* en el libro segundo, que trata de Augusto. Y en cuanto al hecho atribuido a Herodes, Daniel-Rops no lo confirma, aunque lo juzga posible, teniendo en cuenta la crueldad del citado Herodes.

Veamos, pues, el pasaje de *Mateo* que lo relata:

«Entonces Herodes, viéndose burlado por los Magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén y en su territorio, de dos años para abajo, según la fecha que con diligencia había averiguado de los Magos. Entonces se cumplió la palabra del profeta Jeremías, que dice: "Una voz se oye en Rama, llanto y gran lamentación: es Raquel, que llora a sus hijos, y rehúsa ser consolada, porque ya no están".» (*Mateo*, 2, 16-18.)

Una primera contradicción: Herodes «había averiguado con diligencia» la fecha en que se había producido el nacimiento, al que asistieron los Magos, milagrosamente conducidos por una extraña estrella. En este caso, bastaba con matar a los niños de dos o tres meses de edad nacidos en Belén, y no era necesario remontarse a dos años atrás. Esto tendería a hacer creer que, entre la visita de los Magos a Herodes y su partida secreta, habían transcurrido dos años, lo cual sería contra-

decir el relato de *Mateo*, que los hace volverse inmediatamente a su patria.

Por otra parte. Rama se encontraba en el territorio de la tribu de Benjamín, y Belén en el territorio de Judá; la primera se hallaba muy al noroeste de Jerusalén, y la segunda al sudeste. Había, aproximadamente, cincuenta kilómetros a vuelo de pájaro entre estas dos ciudades.

Además, la profecía de Jeremías no hablaba de una matanza, sino de una *deportación*:

«Así dice Yavé: En Rama se ha oído una voz, lamento y llanto amargo; Raquel llora a sus hijos, no quiere consolarse, porque ya no están. Pero así habla Yavé: Aparta tu voz del llanto, aparta las lágrimas de tus ojos, porque habrá una recompensa para tus penas. *¡Ellos volverán del país enemigo!* Hay una esperanza para tu porvenir. *Tus hijos regresarán a sus confines...* (Jeremías, 31, 15-17.)

Y efectivamente, poco después de la profecía de Jeremías que anunciaba la destrucción de Jerusalén, en julio del año 587, Nebuzardán, general de Nabucodonosor, se apoderó de la ciudad santa, y la población de Israel era deportada a Babilonia. Regresaría de allí en 536, tras la toma de Babilonia por Ciro, tal como había predicho Jeremías.

¡Pero se necesita mucha buena voluntad para ver en dicha profecía una matanza, en Belén, de niños recién nacidos, uno de los cuales podía convertirse en rey!

Al darse cuenta de esta imposibilidad, algunos exegetas recurren al profeta Miqueo para ver de nuevo dicha matanza, que tanto les interesa, ya que su inexistencia haría de *Mateo* un falsificador de la historia.

«Y tú, Belén Efrata, pequeña entre las miles de Judá, de ti saldrá para mí aquel que dominará Israel, y cuyo origen se remonta a los tiempos antiguos, a los días de la eternidad. Por eso *los entregará* hasta el tiempo en que alumbrará aquella que debe alumbrar, y *el resto de sus hermanos volverá al lado de los niños de Israel...*» (Miqueo, 5, 1-2.)

Miqueo, el profeta, era de la tribu de Judá, del pueblo de Morascheti, aldea situada enfrente de Eleuterópolis. Vivió en el año 758 antes de nuestra era, es decir, un siglo antes de Jeremías. Una vez más, ahí se hace alusión a la próxima deportación a Babilonia. No hay nada sobre una matanza de recién nacidos en Belén.

Así pues, ninguna profecía anuncia este hecho, aunque no hay duda, tal y como lo reconoce Daniel-Rops, de que Herodes era perfecta-

mente capaz. Más, a pesar de todo, ¿para qué imputarle crímenes imaginarios? ¡Por desgracia, la realidad ya bastaba sobradamente sin eso! Empero, si dudáramos, nos bastaría con recordar que Flavio Josefo, en sus *Antigüedades judaicas*, en los libros XVI y XVII, que dan cuenta del reinado de dicho rey, no le trata con indulgencia: no omite ninguno de sus crímenes. En cambio, a esa matanza de niños no hace ninguna alusión. Es más, el panegirista de Herodes, su contemporáneo Nicanor (alias Nicolás), que se esfuerza por encontrar una justificación a todas las exacciones del tirano idumeo, no siente necesidad alguna de excusarlo por ello; ignora absolutamente ese hecho.

Entonces, ¿cuáles son los textos *cuyo manuscrito original poseemos*, y que podamos mantener como «testimonios» cronológicos indiscutibles de la aparición de dicha leyenda? Remitémonos al catálogo de los manuscritos antiguos de los Evangelios, y que el lector ha encontrado ya al comienzo de la obra.

Tenemos, en primer lugar, el *Sinaiticus*, que, oficialmente, es del siglo IV; sería uno de los cincuenta manuscritos que Eusebio de Cesárea cuenta que hizo transcribir para Constantino, y por orden suya, hacia 331. El emperador distribuyó esas copias a las principales iglesias del imperio, evidentemente con el fin de unificar autoritativamente la naciente tradición cristiana. El *Sinaiticus* contiene, entre otros, el *Nuevo Testamento* completo. Por consiguiente, el episodio de la «Matanza de los Inocentes» debe encontrarse allí en *Mateo* (2, 16-18).

También tenemos el *Vaticanus*, que, oficialmente, es asimismo del siglo IV. Constantino recibió un cierto número de ejemplares de éste, elaborados por san Atanasio, hacia el año 340. Contiene también el *Nuevo Testamento*, y, por consiguiente, ese pasaje de *Mateo*.

A continuación, tenemos el *Alexandrinus*, éste del siglo v. Según Soden, este texto es el prototipo de la recensión de Luciano de Antioquía (muerto en el año 311 o 312), pero el texto de los Evangelios no es tan bueno. Le falta todo *Mateo*, de 1, 1 a 25, 5. Por lo tanto, no hay ningún relato sobre «*Matanza de los Inocentes*», pero ello no prueba que no figurara en el fragmento ausente.

En los papiros de los que poseemos pequeños fragmentos y que datan, en el caso de los más antiguos, del siglo III, no está el segundo capítulo de *Mateo*. Por lo tanto, no podemos prejuzgar nada.

En conclusión:

Para sostener, *a pesar del silencio de Flavio Josefo y de Nicanor, y a pesar del intencionado apaño de las profecías* supuestamente relativas a dicha matanza, el hecho en sí, tal y como nos lo cuenta *Mateo*,

hay que admitir que *Lucas* se equivocó, que Jesús no nació en «el tiempo del Censo de Quirino», sino doce años antes, y por lo tanto, que habría muerto, no a los treinta y tres años, sino a los cuarenta y cinco.

Y teniendo esto en cuenta, ¿cómo conceder crédito a relatos tan disparatados, tan contradictorios, tan incoherentes? La historia se escribe con documentos, no con leyendas. Numerosos exegetas, protestantes y católicos, afirman actualmente que «/os *Evangelios no son relatos históricos*», sino simplemente textos relativos a una «revelación espiritual».

En este caso. ¿en qué quedan la concepción milagrosa, la encarnación, los prodigios, la resurrección y la ascensión...?

Todo ello no es sino una contradicción más.

5.- Los hermanos de Jesús

«El testimonio verídico libera las almas...»

SALMOS, 14,25

Una de las pruebas de que el nombre del verdadero padre de Jesús está cuidadosamente ocultado es, sin lugar a dudas, el hecho de que dos genealogías proporcionadas por los Evangelios canónicos sean *totalmente diferentes*.

Para justificar esta divergencia algunos exegetas no han vacilado en afirmar que una era la genealogía de José, y la otra la de Mana. Pero ¿cómo iba a atreverse un evangelista y apóstol a dar la genealogía de *José* y a *incluir en ella a Jesús*, si lo que pensaba era que el segundo no tenía padre *camal* como los demás mortales?

Por otra parte, ¿cómo iban a atreverse en Israel, en aquella época, a dar la genealogía de María, su madre, si no era para escamotear la del verdadero padre? Porque dar tan sólo la de la madre era hacer de Jesús un bastardo, y según la ley de Moisés, precisada en el *Deuteronomio*, la madre debía sufrir la lapidación, tanto si era hija como esposa. Además, en aquella época en Israel la mujer estaba muy lejos de tener la misma condición que el hombre en la sociedad. No tenía acceso, en el Templo, al mismo recinto que su esposo, su hermano o su padre. En ningún caso era ella quien ofrecía el sacrificio de sustitución del hijo primogénito, sino exclusivamente el padre. Y el esposo podía repudiar a su mujer con una simple carta, por motivos bastante discutibles. De modo que la genealogía de María no pudo, en ningún caso, haber sido tenida en cuenta.

Por otra parte, decir que una es la genealogía «camal» y la otra la «legal» equivaldría a afirmar, sin excepción, que *todos los padres de*

la primera murieron sin descendencia, lo cual implica, en cada grado genealógico, que la viuda se casó, según la ley de Moisés, con el hermano del esposo difunto. Así, todos los ascendientes varones de Jesús habrían sido engendrados y concebidos «legalmente». Esta explicación es inverosímil.

De hecho (quien quiere probar demasiadas cosas, no prueba nada), al elaborar dos falsas genealogías *para disimular la verdadera*, nuestros evangelistas no hicieron sino subrayar el hecho de que Jesús tenía un padre carnal, cuyo nombre no se podía, ni se debía, pronunciar.

Simón-Pedro, *el hombre de las llaves*, nos dará la clave de este enigma.

El problema de los *hermanos* y las hermanas de Jesús no puede, por muy sorprendente que parezca, estar disociado del de María, su madre perfectamente carnal. Y vamos a dar la opinión de la Iglesia católica sobre este tema:

«En primer lugar recordaremos que, desde hace mucho tiempo, ningún teólogo católico considera ya la concepción virginal de Ana (la supuesta madre de María) como una condición de la Inmaculada Concepción de ésta. Por el contrario, todo el mundo está de acuerdo en decir que María, concebida según las leyes ordinarias de la naturaleza, fue, por la gracia divina, preservada de la mancha original.»

Esta frase, a excepción de las cinco palabras que hemos añadido entre paréntesis, es del abad Emile Amann, doctor en teología, capellán del colegio Stanislas, en su libro *Le Protoévangile de Jacques* (París, 1910), y dicha obra recibió el *imprimatur* de monseñor A. Baudrillart el 1 de febrero de 1910.

Ya hemos subrayado que el nombre de la madre de María, Ana, es supuesto, igual que el de su padre, Joaquín. Y ésa es aún la opinión de la Iglesia católica. En efecto: «La Iglesia hace profesión de no saber ninguna de las circunstancias que la acompañaron (se refiere a la natividad de María), y de no podernos decir nada de ella, ya que las Escrituras y la tradición apostólica no le proporcionan información alguna...» (*Op. cit.*, pág. 49, que cita al célebre hagiógrafo Adrien Baillet.)

Así pues, en conclusión: la madre de Jesús se llamaba María, fue concebida y traída al mundo como todos los hijos de los hombres, eso es todo, y eso es lo que declara formalmente enseñar la Iglesia católica. De los padres de María, de un padre llamado Joaquín y una madre llamada Ana, de su estancia en el Templo como virgen consagrada al

Señor, Roma afirma no saber nada, y rehúsa enseñar cosa alguna a este respecto.

Queda el problema de los hermanos y hermanas de Jesús, es decir, de los hijos que María pudo tener después de él.

Observemos en primer lugar que una frase de Lucas evoca claramente a esos hijos posteriores:

«Estando allí se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su *hijo primogénito*..» (*Lucas, 2, 6-7.*)

Es evidente que si Lucas precisa que se trata de un hijo *primogénito* es porque hubo otros después. Ya que, si Jesús hubiera sido su único hijo, habría sido más fácil hablar de «*su niño*», «*su hijo*» o de «*su único hijo*», cosa que habría evitado todavía mejor los posibles equívocos. *Lucas*, por el contrario, se expresa con bastante claridad, ya que en todo el Antiguo Testamento (el único que existe al principio del cristianismo), cada vez que se emplea esta expresión, evoca la presencia de hijos nacidos con posterioridad: *Génesis, Éxodo, Levítico. Números, Deuteronomio*, etc. Es más, la palabra *primogénito*, en sí, reclama ya la existencia de hermanos *menores*.

La existencia de esos *hermanos y hermanas* de Jesús es tan evidente, que diversos autores y exegetas antiguos, en especial Orígenes, creyeron oportuno suponer que se trataba de hijos que José habría tenido en un primer matrimonio, antes de su unión con María. Debemos responder a esto que es imposible, ya que si José hubiera tenido hijos antes del nacimiento de Jesús, de quien era el padre oficial, y especialmente hijos varones, no habría podido ir al Templo, tras el nacimiento de Jesús, a ofrecer el sacrificio de sustitución de los primogénitos:

«Así que se cumplieron los días de la purificación conforme a la ley de Moisés, José y María lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, según está escrito en la Ley del Señor: "Todo *varón primogénito* será consagrado al Señor",...» (*Lucas, 2,22-24.*)

Pues bien, como María no tenía acceso a la nave de los hombres, sino sólo a la de las mujeres, el único que podía ir hasta la de los *cohanim* y ofrecer el citado sacrificio era José. Y ese sacrificio sólo puede ofrecerlo un hombre una vez en su vida: al nacimiento de su primogénito. Así, poseemos la prueba absoluta de que Jesús era el *hermano mayor*; los otros hermanos, si los hubo, serían segundogénitos, lo mismo que sus hermanas.

Daniel-Rops, en *Jesús en son temps*, nos hace observar que el arameo *aha* y el hebreo *ah* significan a la vez hermano, hermanastro, primo, o incluso pariente cercano. Añadiremos que significan asimismo vecino y colega. Pero el hebreo es también una lengua lo suficientemente rica como para poseer términos precisos para esos conceptos. Y precisamente en hebreo al primo se le llama «*hijo de tío*». El árabe

ha conservado esta expresión, y las *Mil y una noches* la emplean a menudo también, en boca de las mujeres, para dirigirse al elegido de su corazón, a quien llaman «hijo-de-mi-tío». Y los reyes de Francia tratarían también con el apelativo de «primo» a los nobles de alto rango por quienes sentían afecto.

Claro que el hecho de trasladar al arameo y al hebreo la discusión es una hábil artimaña por parte de Daniel-Rops, ya que este autor no ignoraba que los Evangelios no fueron jamás redactados en hebreo, y menos aún en arameo, *sino en griego*.

Y el griego posee dos términos bien diferenciados para designar a unos y a otros. Al hermano se le llama *adelphós*, y al primo *anepsios*. Y en todos los puntos donde se trataba de los hermanos de Jesús, los manuscritos griegos originales de los Evangelios canónicos ponían *adelphós*, y jamás *anepsios*, en plural: *adelphoi* (hermanos) y *adelphai* (hermanas).

Y aún hay más: la *Vulgata* de san Jerónimo, única versión latina que constituye el texto oficial de la Iglesia católica, en todas partes utiliza la palabra latina *frater*, que significa hermano, y jamás el término *consobrinus*, que significa primo. Y ésa era una ocasión única para restablecer la verdad, si es que había otra verdad. El hecho es que san Jerónimo conservó el término *hermano* al traducir del griego al latín.

Por último, y esto es aún mejor, ya que donde pone hermano hay que entender (dicen) «primo», ¿cómo es que jamás una traducción en lengua vulgar (francés, alemán, italiano, español, etc.) ha sustituido aquel término por éste? Es un hecho que jamás versión católica alguna ha empleado el término *primos* allí donde los originales griegos y la *Vulgata* latina hablaban de *hermanos*. Y era también una ocasión única para restablecer la verdad.

Sólo verbalmente (e irónicamente) algunos sacerdotes o laicos se burlan de aquellos que entienden por *hermanos* a parientes de Jesús, mientras que los «eruditos» de la gran Iglesia romana saben bien, por su parte, que se trata de simples primos. Nosotros acabamos de ver lo que hay que entender de todo ello. Si ya no se atreven apenas a usar ese vocablo verbalmente, menos aún se atreven a escribirlo.

En ciertos medios heterodoxos bastante reducidos se evocará la posibilidad de que esos *hermanos* se entiendan como tales en el sentido esotérico del término, tal como sucedía en la francmasonería, en las órdenes de caballería cristianas, en tales o cuales hermandades ocultas. Vamos a responder a esto, y veremos que tampoco hay nada de ello aquí.

Si admitimos que los hermanos de Jesús eran miembros de la misma hermandad que él, deberían compartir la misma doctrina. Y no es así, veamos;

«Después de eso bajó a Cafarnaúm con su madre, sus hermanos[^] *sus discípulos*, y permanecieron allí unos pocos días.» (*Juan*, 2, 12.)

«Estaba cerca la fiesta de los Judíos, la de los Tabernáculos. Dijéronle *sus hermanos*: sal de aquí y vete a Judea para que *tus discípulos* vean las obras que haces. Nadie hace esas cosas en secreto si pretende manifestarse. ¡Puesto que eso haces, muéstrate al mundo! Pues ni siquiera sus hermanos creían en él...» (*Juan*, 7, 2-4.)

De estos dos pasajes de Juan se deduce que los hermanos están claramente asociados con la madre de Jesús, por lo tanto hay que entender esta palabra en el sentido familiar del término. A continuación aparecen nítidamente separados de los discípulos, y no creen en él «ni siquiera» ellos. De modo que es muy difícil ver aquí a «hermanos» en el sentido esotérico del término. Además, Jesús no confía en ellos, como vamos a ver:

«Jesús les dijo: ...Vosotros subid a la fiesta; yo no subo a esta fiesta, porque mi tiempo todavía no se ha cumplido. Dicho esto, se quedó en Galilea. Pero cuando sus hermanos hubieron subido a la fiesta, también subió él, pero no manifiestamente, sino en secreto...» (*Juan*, 7, 6-10.)

Así que desconfiaba de ellos; entre Jesús y sus hermanos no había la confianza que existe entre los «hermanos» de una misma asociación. En efecto, ni su madre María ni sus hermanos creían en él, en su misión y en sus poderes. Cosa que no deja de sorprender por parte de una mujer que (dicen) gozó del privilegio de conversar con el arcángel Gabriel y que (en principio) debió asistir a los milagros de su hijo, aunque no fuera más que al de las bodas de Cana. Veamos:

«Alguien le dijo entonces: Tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte. Pero Jesús respondió al que le hablaba: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre *sus discípulos* dijo: ¡He aquí mi madre y mis hermanos! Porque quienquiera que hiciera la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre...» (*Mateo*, 12,46-50.)

Este pasaje es muy preciso: esos hermanos no son sus discípulos. *Es más, su madre y sus hermanos creen que se ha vuelto loco.* Marcos es el que nos lo dice:

«Oyendo esto sus deudos, salieron para apoderarse de él, pues decíanse: Está fuera de sí...» (*Marcos*, 3, 21.)

San Jerónimo, en su *Vulgata*, traduce por «*furorem versus*, es decir, *loco furioso*, y confirma que su madre y sus hermanos no creían en él, no estaban convencidos por sus demostraciones públicas, lo *consideraban peligroso*, lo cual confirma asimismo que María no se

benefició jamás de una revelación de origen angélico en lo referente a la misión extraordinaria de su hijo primogénito.

Un pasaje de los Evangelios establece, por otra parte, formalmente que se trata de hermanos *en el sentido familiar de la palabra*, y lo hace de forma definitiva, inapelable, o bien es que entonces las palabras no tienen ya valor alguno. Éste es:

«¿No es éste el carpintero,' el hijo de María, y el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? ¿Y no se hallan sus hermanas aquí, entre nosotros?...» (*Marcos, 6, 3.*)

Observemos que *Mateo* dice «*el hijo del carpintero*», y *Lucas* «*el hijo de José*», sin duda a fin de atajar una corriente judía hostil que pretendía que Jesús era un bastardo. Por el contrario *Marcos*, creyendo afirmar así que Jesús no era hijo de José en el sentido camal del término, le llama «*el carpintero, el hijo de María*», y de esta forma aviva involuntariamente el fuego de la leyenda de la bastardía de Jesús. Y decimos la leyenda porque, de haber sido así, en aquella época, y frente a la ley judía, María no habría tenido la vida nada fácil, ya que, según la ley de Moisés, la joven que perdía clandestinamente su virginidad era lapidada en cuanto se descubría el hecho. (*Deuteronomio, 22, 21.*)

No queremos cerrar este capítulo sin señalar que Daniel Massé nos dice haber descubierto un hermano de Jesús del que no se habla jamás; no se le conoce más que por el nombre de *Sidonio*, es decir, «el que habita en Sidón», ciudad de Fenicia. Lo cita José el Eclesiástico, que a su vez sacó esta información de Hipólito de Tebas.

En caso afirmativo, sería en casa de ese *Sidonio* donde se habría refugiado Jesús cuando huyó a Fenicia.

1. En hebreo *heresh* significa carpintero, y también mago.

6.- El hermano gemelo de Jesús

«¡Salud a ti, gemelo mío, segundo Cristo!»

EVANGELIO DE BARTOLOMÉ, 2." fragmento

En los Evangelios se habla de un misterioso *gemelo*, pero no se precisa nada más concreto. Se trata de Tomás, llamado *Dídimo*, en *Juan* (11, 16 y 20, 24). Será él a quien Jesús ofrecerá la verificación corporal de su herida costal y de los agujeros de las manos y pies. Pero no olvidemos, de todos modos, que estos relatos no fueron terminados hasta trescientos años más tarde. Algo así como si ahora pretendiéramos redactar una crónica del reinado de Luis XIV basándonos únicamente en lo que se conserva en la memoria popular, excluyendo cualquier escrito válido.

Pues bien, *dídimo* significa, en griego, gemelo. Así pues, Tomás es el hermano gemelo de otro personaje, a quien no se nos cita en absoluto. Este enigma se refuerza todavía más cuando constatamos que Tomás también significa *gemelo*. Así lo dice la versión de la *Santa Biblia* de Lemaistre de Sacy traducida y revisada por el abad Jacquet y editada por Garnier, en cuyo final aparece un léxico de los nombres. Y el significado que se da a Tomás es el de *gemelo*.

Y si tomamos un diccionario de hebreo constataremos que esa misma palabra de *gemelo* se dice, en singular, *taoma*, y en plural, *taomim*. Es fácil encontrar Tomás en *taoma* o *toama*. Así pues, «Tomás, llamado *Dídimo*» (*Juan*, 11, 16 y 20, 24) es «*Gemelo, llamado gemelo...*», es decir, lo que en filología se conoce como un *idiotismo*.

En la enumeración de los doce apóstoles que da *Mateo* (10, 2 a 4), se denomina a los discípulos de dos en dos:

«Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, el de Alfeo, y Tadeo; Simón, el celador y Judas Iscariote, el que entregó a Jesús...» (*Mateo*, 10,2 a 4.)

A ese Tomás se le cita como apóstol en *Marcos* (3, 18), *Lucas* (6, 15), *Hechos* (1, 13), y en *Juan* (11, 16 y 20, 24), único lugar de los Evangelios donde se le califica de *gemelo* en griego (*dídimo*).

Se le atribuye un evangelio apócrifo, que es del siglo v. Otro apó-

crifo, *Los Hechos de Tomás*, es del siglo vi. Pero si no tomamos en cuenta esta literatura, a la que san Jerónimo calificaba de «delirante» (a pesar de que a menudo contiene indicios muy valiosos para el gnóstico y el crítico), si buscamos su huella después de la muerte de Jesús, estaremos mucho menos documentados.

Deberemos recurrir, inevitablemente, a Eusebio de Cesárea y a su *Historia eclesiástica*, monumento considerable por su volumen. Sus versiones más antiguas son:

a) la versión siríaca, conservada en un manuscrito, en Lenin-grado, que se remonta al mes de abril de 462 (faltan los libros V, VI y VII), es decir, del siglo V;

b) la versión siríaca, conservada en un manuscrito, en Londres, que también se remonta al siglo V. Contiene los cinco primeros libros. Para las partes que faltan se puede utilizar una versión armenia, traducida al siríaco hacia el año 420;

c) la traducción latina, de Rufino, que data de 402. Pero, como en toda la obra de Rufino, éste se toma tantas libertades con Eusebio de Cesárea como con Orígenes. Los exegetas concuerdan en afirmar que no es de fiar.

Así pues, todo Eusebio de Cesárea es del siglo v, nada de antes. Veamos los pasajes en los que Eusebio de Cesárea habla del apóstol Tomás:

— Libro I, capítulo XIII, 4, 11, Tomás envía a Tadeo a casa de Abgar.

— Libro II, capítulo I, 6, *ídem*.

— Libro III, capítulo 1,1, Tomás evangeliza a los partos.

— Libro III, capítulo XXXIX, 4, Papías busca información sobre el apóstol Tomás.

— Libro III, capítulo XXV, 6, Eusebio nos dice que el evangelio de Tomás es apócrifo.

Sobre la historia del rey Abgar y su carta a «Jesús, buen Salvador, manifestado en el país de Jerusalén» no diremos nada. Hace tiempo que los exegetas católicos demostraron que era falsa.

El hecho de que Edesa fuera convertida muy pronto al cristianismo, es histórico. En el siglo ni había un núcleo importante en Edesa. En el siglo IV la ciudad era totalmente cristiana. Pero esto no nos aporta nada sobre Tomás. Más adelante, en el libro III (I, 1), leemos lo siguiente: «Los asuntos de los judíos estaban en este punto. En cuanto a los santos apóstoles y discípulos de nuestro Salvador, éstos se habían dispersado por toda la tierra habitada. Tomás, según cuenta la tradi-

ción, obtuvo en reparto el país de los partos, Andrés la Escitia, Juan el Asia, donde vivió. Murió en Éfeso. Pedro *parece ser* que predicó a los judíos de la dispersión en el Puente, en Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia».

Rufino, en su traducción latina, después de mencionar a Tomás añade lo siguiente: «Mateo obtuvo la Etiopía, y Bartolomé la India anterior».

El país de los partos era el Korasán, que se extendía, como imperio parto, desde el mar Caspio hasta el Indo y el Eufrates, y que poseía metrópolis como Ecbatania, Seleucia y Ctesifón.

Pero entonces, ¿cómo es que a los cristianos de las Indias se les puede llamar «cristianos de santo Tomás», si este apóstol no estuvo jamás allí?

Por otra parte, dice que Papías buscó información sobre Tomás. *Pero no dice absolutamente nada sobre si descubrió dicha información o no:*

«Si llegaba a alguna parte alguien que hubiera estado en compañía de los presbíteros, yo me informaba de las palabras de los presbíteros: lo que dijeron Andrés o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Santiago, o Juan, o Mateo, o algún otro discípulo del Señor...» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, libro III, XXXIX, 4.)

Los escritos de Papías se han perdido. Los cita Ireneo en *Contra la herejía* (V, XXXIII, 4), y Eusebio de Cesárea en su *Historia eclesiástica*, quien, por otra parte, los menciona por medio de Ireneo.

Con todo esto, jamás habríamos podido saber más sobre el misterioso Tomás Dídimo, el «gemelo-gemelo» evanescente de los Evangelios, de no ser por la existencia de un extraño documento a este respecto, todavía conservado en nuestros días, y que pronto citaremos.

Queda aún un segundo punto, igual de enigmático.

Orígenes asegura haber tenido en sus manos un manuscrito antiguo del Evangelio según Mateo en el que se habla de *Jesús-bar-Aba*. Pues bien, el nombre de ese *Barrabás*, al que se sitúa en los Evangelios como un oscuro ladrón, se descompone necesariamente en *bar*, que significa *hijo*, y en *Aba*, que significa dos cosas totalmente distintas en hebreo.

Si lo tomamos como el *Aba* transcrito con un *aleph* como inicial, tenemos Jesús-bar-Aba, o sea, *Jesús-hijo-del-Padre*.

Si lo tomamos como el *Aba* transcrito por una *heith* como inicial, tenemos *Jesús-hijo-Oculto*, lo cual es bien extraño, la verdad, tanto en un caso como en el otro.

¿Quién sería ese *hijo oculto*? ¿Sería el misterioso gemelo, ese «To-

más» de quien encontramos múltiples rastros? No es imposible que nuestros escribas anónimos del siglo IV, que *compusieron* los Evangelios, imaginaran una buena parte de éstos, parte montada sobre una trama vagamente histórica, y que les era útil como esquema conductor de su narración. Esto es lo que vamos a verificar ahora, aunque sin olvidar por ello al hermano misterioso, que vivía en Sidón, bajo el simple sobrenombre de *Sidonio*.

En el segundo fragmento del *Evangelio de Bartolomé*, manuscrito copto del siglo V, encontramos esta sorprendente frase:

«Él (Jesús) habló con ellos en lengua hebraica, y les dijo: "Buen día, mi venerable obispo Pedro. Buen día, Tomás, mi segundo *chrestos*,..".»

La traducción es del doctor E. Revillout, en la serie de los apócrifos coptos publicados con el *imprimatur* por Firmin-Didot. No vacilaremos en sostener que esta traducción es conforme en cuanto a la ortodoxia, pero no en cuanto al sentido exacto. No había obispos en aquella época, y los apodos no eran nombres. Vamos a ver ahora nuestra traducción, perfectamente heterodoxa, pero conforme a la verdad y al texto copto:

«El [Jesús] habló con ellos en lengua hebraica, y les dijo: "Salud a ti, *Kepha*, mi *celador*; salud a tí, mi *gemelo*, *segundo cristo*...".» Que en hebreo es: «*Schalom, taoma, schenimessiah*...»

Dado que Tomás no es sino un barbarismo, que ocupa el lugar del hebreo *taoma*, nombre común que significa gemelo, es conveniente restablecer el sentido exacto de esta frase, *terriblemente significativa*. En cuanto a su verdadero nombre, se llamaría también Judas.¹

Si dudáramos de la generalidad de este conocimiento de la existencia de un hermano gemelo de Jesús, *en los primeros tiempos del movimiento*, bastaría con que nos remitiéramos a los *Hechos de Tomás*, apócrifo cuyos manuscritos del siglo vi existen todavía, en sus versiones latina, griega y siríaca. Leemos lo que sigue: «Jesús apareció entonces bajo la forma de Tomás, y se sentó sobre la cama...» El lector apasionado por la lógica podrá invertir los términos de esta frase, sin cambiar nada *en la práctica*: «Tomás apareció entonces bajo la forma de Jesús, y se sentó sobre la cama...» ¡Es exactamente lo mismo! ¡Si Jesús aparecía bajo la forma de Tomás, era como si Tomás apareciera bajo la forma de Jesús! Y ahora podemos traducir, esta vez correctamente, este pasaje tan revelador de los *Hechos de Tomás*:

«Jesús apareció entonces *bajo la forma del gemelo*, y se sentó sobre la cama...» (palabra por palabra: «Jesús apareció entonces bajo la

¹ Tatiano en su *Diatessaron* y san Efrén en sus himnos le dan, en efecto, ese nombre.

forma del *taoma*, y se sentó sobre la cama...»).

Veamos el fragmento inicial, copiado y traducido:

«Una vez terminada su oración, él (Tomás el apóstol) salió y, cuando se hubieron retirado todos los asistentes, el esposo regresó a la cámara nupcial. Y he aquí que el Señor se le apareció, *bajo la forma de Tomás el apóstol*, sentado sobre la cama. Y el joven, asustado, le dijo: "¿No acabas de salir ahora mismo? ¿Cómo es que has entrado de nuevo?..." Y el Señor respondió: "Yo no soy Tomás, *sino su hermano*... El os ha recomendado a mí para que os guarde de todo mal... Escuchad, pues, mi consejo. Abandonad todas las preocupaciones del siglo, y creed en el Dios Vivo que os predica *mi hermano Tomás*..."» (*Historia de santo Tomás*, III, sacado de la *Historia Apostólica de Abdías*, y *Viaje y Martirio de Santo Tomás el Apóstol*, en el *Diccionario de los Apócrifos* del abad Migne, tomos 22 y 23.)

Veamos ahora unas observaciones bastante desconcertantes:

a) Tras la pretendida resurrección de Jesús, María de Magdala no lo reconoce, lo toma por el hortelano (*Juan*, 20,15), por lo tanto eso significa que se disfraza, y eso porque teme algún peligro, cosa extraña para un *espíritu* desencarnado...

b) Los peregrinos de Emaús tampoco lo reconocen. No lo identificarán como Jesús hasta que haya repetido los gestos y las palabras de la Cena. Pero con la afición innata de todos los orientales por lo maravilloso, supondrán que se ha transformado *para que judíos y romanos no lo identifiquen* (*Lucas*, 24, 13 a 32). ¡Y *tendrán razón*, sin saberlo!

c) Se aparece «bajo otra forma» a dos de ellos (*Marcos*, 16, 12) que no lo reconocen. Por lo tanto, sigue disfrazándose, sigue yendo caracterizado, porque sigue temiendo algún peligro.

d) Por otra parte, cuando *Mateo* nos relata la última aparición de Jesús a los once, «en Galilea, sobre la Montaña», nos dice: «Y, viéndole, se postraron, *aunque algunos vacilaron*...» (*Mateo*, 28, 17.) Sospechaban algún subterfugio, sin lugar a dudas.

e) Por último, esas «apariciones» presentan todos los caracteres de la materialidad habitual. Jesús come, y, por consiguiente, absorbe alimentos. Esto no podría hacerlo una aparición (*Lucas*, 24, 38 a 43), ya que eso implica *órganos y funciones*, digestivas y de evacuación.

Y nuestros críticos concluyen:

1) No lo reconocen, por lo tanto no es él.

2) Come y bebe, por lo tanto es un hombre ordinario.

3) Celebra los mismos ritos que Jesús, por lo tanto, o es él, o, al menos, alguien que está perfectamente al corriente, tanto de sus palabras como de sus intenciones.

Y ese alguien es Tomás, el hermano gemelo, el *taoma* de Jesús, el *hijo oculto*.

Finalmente, el supuesto texto de *Juan* (20, 24) fue montado con

mucha habilidad; el éxito consiste en haber confiado a ese Tomás, que en hebreo significa *gemelo* (*taoma*), el papel del discípulo incrédulo, cuando sería justamente ese *gemelo*, ese mismo *taoma*, el cómplice de tan extraordinaria superchería. En efecto, en el jardín, con María de Magdala, lo mismo que en el camino de Emaús, con algunos de los setenta y dos discípulos, el *gemelo* está disfrazado, y no pueden tomarlo como Jesús, porque así no se le parece nada. La finalidad de ello era que los legionarios romanos, estupefactos, *no lo reconocieran ni lo detuvieran de nuevo*. En cambio, en las mansiones privadas, tanto en Emaús como en Galilea, «en la montaña», en todos los lugares desiertos, siempre que se hallaban «entre ellos», el *taoma* no va ya disfrazado, se deja reconocer y así puede representar bastante bien el papel de Jesús, presuntamente resucitado.

Porque de haber sido la resurrección algo auténtico, real, ¿por qué el pseudo resucitado se disfrazaba cuando se hallaba en lugares públicos, o incluso ante sus amigos? ¿Por qué éstos no lo reconocieron en el camino de Emaús? ¿Por qué María de Magdala lo tomó por el hortelano? Pues porque éste adoptó el rostro de José de Arimatea. Sobre éste modelaron la *máscara de yeso*, pintada y llena de postizos, para que el pseudo Jesús resucitado circulara libremente, sin temer una nueva detención, seguida inevitablemente de una segunda crucifixión.

No olvidemos el papel de las *máscaras* (*persona*) en el mundo antiguo. Máscaras de metal para los comediantes, en el teatro, máscaras de yeso para quien no quisiera ser reconocido, en las calles. Estas últimas fueron muy utilizadas, según testimonia Luciano de Samóstata, escritor del siglo II, originario del Asia Menor helénica, que cita en especial a un tal Peregrinus, quien, tras una vida criminal (fue parricida) se hizo cristiano y acabó en la cruz.

Si Jesús realmente resucitó, ¿a qué esperaba para aparecerse, a pesar de las murallas, frente a Pilatos, mientras cenaba rodeado por sus oficiales? ¿A qué esperaba para aparecerse a Herodes Antipas, o a Caifas, a pesar de la guardia, los rastrillos y las puertas claveteadas de bronce? ¡Qué triunfo para aquel de quien todos se burlaban a más y mejor de su impotencia, cuando agonizaba en la cruz de la infamia!

Es más, ¿a qué esperaba para aparecer ante los *cohanim*, muy por encima de la nave de los hombres, en el santo templo, para justificar por fin sus propias palabras: «Entonces Jesús les dijo:

"¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que Cristo padeciese esto y *entrase en su gloriad*» (*Lucas*, 24, 25-27.) Por el momento, «la entrada en la gloria» se limita a tímidas y nocturnas manifestaciones de existencia. Es bien poco. En cuanto a cumplir la gran profecía que probaría la epifanía mesiánica, de eso nada. No obstante, vamos a ver-

la aquí con toda claridad, nitidez y precisión.

El *Yaikouth Schimeoni*, glosa completa del Antiguo Testamento (Ed. Wünsche), lleno de citas extraídas de obras actualmente perdidas, en el comentario del capítulo 70 de Isaías (*op. cit.*, vol. II, pág. 56c) muestra al Mesías revelándose al pueblo al que deberá arengar, *encima del pináculo del Templo*. Desde allí *deberá* proclamar su reinado, la liberación de Israel, y *poner en fuga al ocupante romano*.

Pero semejante imprudencia nuestro *taoma* se guardará bien de cometerla. Un crucificado en la familia ya es más que suficiente, y, además, sufrir él a su vez este suplicio significaría arruinar para siempre esa extraordinaria superchería, tan bien montada, *pero que por otra parte, por prudencia, convenía no prolongar demasiado tiempo*. Porque de antemano había recibido consignas precisas:

«Gemelo de Cristo, apóstol del Altísimo, iniciado también tú en la enseñanza oculta de Cristo, has recibido instrucciones secretas...» (*Hechos de Tomás*, 39.)

La «salida» de nuestro *taoma* está, pues, cercana, y en esta ocasión hay que rendir un justo homenaje a los ingeniosos zelotas. Conseguir que ese sosias natural de Jesús franqueara los límites de las provincias guardados por legionarios, sin tomar precauciones, era terriblemente peligroso. De modo que imaginaron lo siguiente, de lo que poseemos un eco deformado en el mismo *Evangelio de san Bartolomé*, que ya hemos citado:

Venderían al *taoma*, alias Tomás, como esclavo. Al perder así su personalidad civil y convertirse en un simple mueble, como un animal doméstico, al no ser otra cosa que una simple propiedad del mercader de esclavos, no tema que someterse a ningún control. Su dueño sería responsable ante la ley romana, y si se rebelaba o se rugaba, sufriría el suplicio de los esclavos fugitivos o rebeldes: la cruz.

Pero había que prevenir a tiempo a la comunidad judía del lugar de destino, fuera de Palestina, y más concretamente a su fracción mesianista, de que había un esclavo judío, de raza real y davídica, y así comprarían de nuevo al mercader de esclavos, al precio que fuera, a nuestro *taoma*. Veamos el texto de san Bartolomé. Evidentemente, es Jesús quien vende a su *gemelo*, pero se les olvida decirnos por qué. De hecho, fue Simón-Pedro quien cerró el trato destinado a asegurar la huida del *taoma*:

«Kepha (Pedro) dijo al mercader: "Éste es nuestro señor, ven a hablar con él de aquello en lo que tú consientes".

»Entonces el mercader dijo a Jesús: "Salud, hombre poderoso y venerable, pareces un hombre importante y bien nacido..." Y el mercader

miró el rostro de Tomás. Lo encontró más maduro que Mateo. Dijo: "Recibe el precio de éste, y dámelo..." Jesús le dijo: "Dame tantas libras de oro por él". Y el mercader consintió. Dijo a Jesús; "Escríbeme la venta". Jesús escribió: "Reconozco vender a mi hombre-.."» (*Evangelio de san Bartolomé*, 2.º fragmento.)

Y el truco surtió efecto. La compra futura era cosa corriente entre los judíos de la época. Cuando una virgen judía era expuesta desnuda por los romanos, en un lupanar, como represalia contra su familia, muy pronto era comprada de nuevo por la comunidad de la ciudad. Éste fue el caso de Tomás, el hermano gemelo de Jesús.

Esta existencia de un hermano gemelo de Jesús fue conocida, durante un período de tiempo bastante importante, sin escándalo alguno, en los medios cristianos iniciales. Tal y como dirían piadosamente los exegetas contemporáneos, «la cristología no estaba todavía establecida de forma válida».

¡Claro! Pero ¿qué es lo que reviste más importancia, *el hecho histórico auténtico*, o la cogitación de un teólogo en pleno, delirio de originalidad?

Porque esos mismos *Hechos de Tomás* eran todavía perfectamente conocidos en el siglo v en las versiones griega y siríaca, y la versión latina es del siglo vi. Pues bien, de ellos sacamos esta explícita alusión al parto gemelar de María:

«¡Ven, oh santo poder del Espíritu! ¡Ven, *santa Paloma que das a luz a los dos gemelos*!. ¡Ven, oh Madre Oculta...!» (*Hechos de Tomás*, 50.)

Claro que el famoso *Canon de Muratori*, llamado así por el coleccionista que lo descubrió (parece ser) en Milán, en 1740, es del siglo viii, y por lo visto sería copia (una más) de una lista que la Iglesia de Roma tenía por sagrada en los alrededores de los años 180-190 de nuestra era. Y ese *Canon de Muratori* clasifica a nuestros *Hechos de Tomás* entre los textos apócrifos.

Ahora bien, el abad F. Amiot, con un prefacio de Daniel-Rops, presentó extractos de los principales apócrifos en *La Bible apocryphe* (Arthème Fayard, Ed., *Imprimatur París*, 1952). Y nos dice que los *Hechos de Tomás* tienen una narración abreviada: *De miraculis beati Thomae apostoli*, que Bossuet atribuía a Gregorio de Tours (538-594), y que, por lo tanto, sería del *siglo vi*. Y el abad F. Amiot dice, además, que: «El escrito original debió ser compuesto en Siria o en la Alta Mesopotamia; *si sufrió*, como se ha sostenido, la influencia del hereje Bardesano, *habría que situarlo a comienzos del siglo III*. Pero, en este punto, nos tenemos que reducir a simples hipótesis», (*pp. Cit.*, pág. 262.)

El mismo exegeta precisa que las influencias gnósticas no son evi-

dentes en esos mismos *Hechos de Tomás*, y que el rechazo del matrimonio era cosa corriente en el siglo n, en el cristianismo naciente. Por otra parte, la causa se entiende. Entre los años 200 y 300 la existencia de un hermano gemelo de Jesús no constituía escándalo. No fue así hasta mucho más tarde, cuando osaron urdir la fábula de la concepción milagrosa, de la encamación de un «Hijo de Dios», y de la virginidad absoluta de María; entonces tuvieron que hacer desaparecer a ese gemelo, que les estaba resultando demasiado molesto.

Esto nos condujo a representar a María, la madre de Jesús, bajo el aspecto de una jovencita de unos quince años, cuando en realidad la pobre mujer murió probablemente a una edad avanzada, recogida, según se nos dice, por Juan a la muerte de Jesús, su hijo «*primogénito*» (*Lucas, 2, 7.*)

Pues bien, en aquella época, en los años 33 o 34 de nuestra era, a su crucifixión, ella tenía ya unos sesenta y cinco años, ya que si, como afirma san Ireneo, Jesús murió a los cincuenta años, «próximo a la vejez», y si ella le dio a luz a los quince años, eso nos daría perfectamente la edad de sesenta y cinco años cuando tuvo lugar dicha crucifixión. Si se tiene en cuenta la miserable y dura vida que se vio en la obligación de llevar, el rápido envejecimiento de las mujeres del Oriente Medio, y las terribles pruebas morales a las que se vio sometida, es probable que aparentara sobradamente su edad.

7.- Las claves del enigma

«Los hombres no saben ser ni enteramente buenos ni enteramente malos...»

MAQUIAVELO. *Pensamientos*

Se acostumbra a poner dos llaves en las manos de Simón-Pedro, y en la mente de todos está la idea de que estas llaves son las del Reino de los Cielos, una para abrir, y la otra para cerrar. Pero para quienquiera que haya podido penetrar en el corazón de los orígenes reales del cristianismo, esas llaves no representan otra cosa, y así es de sencillo, que las claves del enigma. Porque Simón-Pedro es, entre los apóstoles, el que tiene la *llave del Secreto*.

Estudiemos, pues, atentamente a este personaje, y éste nos revelará el gran misterio de los orígenes de su hermano mayor: Jesús.

El Nuevo Testamento cita a seis personajes que llevan el nombre de *Simón* (en hebreo *Simeón*); éstos son mencionados a lo largo de los Evangelios y son diferentes a aquellos que llevan el mismo patronímico y que se pueden encontrar en el curso de la lectura del conjunto. Son seis nombres que aparecen en el seno de la larga lista de los vocablos usados por los apóstoles, unas veces como nombre real, otras como sobrenombre.

Descartaremos en primer lugar a *Simón el Leproso*, cuya morada está en Betania (*Marcos*, 14, 3 y *Mateo*, 26, 6). Es, probablemente, el padre de Lázaro (en realidad llamado Eleazar), de Marta y de María (probablemente primas de Jesús), y fue en su casa donde tuvo lugar la célebre escena de la unción misteriosa, sobre la que volveremos a tratar. Es asimismo en su casa donde Jesús se oculta cuando no reside en Jerusalén.

A continuación tenemos al *apóstol Simón*, al que encontraremos con sobrenombres muy diversos, y al que actualmente se le conoce como Simón-Pedro. Es el *Simón Cefas*, o más exactamente, en hebreo correcto, *Képha*. Esta palabra significa *roca*, *aguja de piedra* (Sander, *Diccionario rabínico*). De donde *sale piedra* (Pedro).

Hay asimismo un nombre que se le aproxima mucho, que ha podido permitir establecer un juego de palabras fácil, y que le sigue de

muy cerca en los diversos diccionarios hebreos. Es la palabra *kipahá*, que designa a una *rama de palmera*. En el simbolismo mesiánico antiguo, éste era el símbolo mismo del movimiento: es la célebre *rama de Jessé*.

«Una rama saldrá del tronco de Jessé, y un retoño brotará de sus raíces...» (*Isaías*, 11,1.)

Era asimismo el símbolo del gozo, de la alegría, en la *Fiesta de los Tabernáculos*:

«Y para eso tomaréis ramas de palmera...» (*Levítico*, 23, 40.) Así pues, el célebre juego de palabras:

«Tú eres Pedro, y sobre esa piedra levantaré mi Iglesia...» (*Mateo*, 16, 18) no es una traducción correcta del pensamiento que presidió el enunciado primitivo. Hay que leer:

«Tú eres *képha* (roca), y de ti haré *kipahá* (la rama de palmera, símbolo de victoria)...» (*Op. cit.*, 16,18.)

Pero de la tradición oral hebraica, al pasar a la versión griega escrita, luego de la griega al latín, después a las lenguas vulgares, el sentido esotérico primitivo se ha alterado considerablemente.

Observaremos, por otra parte, que no es Jesús quien da a Simón el sobrenombre de piedra (*Képha*). Éste lo tenía ya:

«Cuando caminaba (Jesús) junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos: *Simón, llamado Pedro*, y Andrés, su hermano...» (*Mateo*, 4, 18.)

Este mismo *Simón Képha* era de Betsaida (*Juan*, 1,45), pero tenía su casa en Cafarnaúm (*Marcos*, 1, 30). No hay en ello, necesariamente, una contradicción. Es el hermano de Andrés (*Juan*, 1, 40). Es el hijo de María, y el hermano de Jesús, de Santiago, de José y de Judas:

«¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y *Santiago y José, Simón y Judas sus hermanos*? ¿No están *sus hermanas* todas entre nosotros? (*Mateo*, 13, 55.)

Es un *gran pecador*, y no un pescador que maneja la red y captura peces en el lago de Genezaret. Es un pecador, con todo el sentido moral del término:

«Cuando vio esto, Simón-Pedro cayó de rodillas ante Jesús y le dijo: "Señor, apártate de mí, que soy un pecador"...» (*Lucas*, 5, 8.) Más adelante veremos que este hecho está bastante relacionado con el crimen y el asesinato.

Le llaman «*hijo de Jonás*»:

«Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón-Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?...» (*Juan*, 21, 15.)

Pues bien. *Mateo* (13, 55 y 27, 56) nos dice que es *hijo de Zebedeo*. De hecho, como demostraremos en seguida, esos calificativos no son sino nuevos sobrenombres.

Los escribas anónimos de lengua griega que, basándose en una tra-

dición oral, transcribieron los textos evangélicos en el siglo iv, no entendían (ni leían) el hebreo. Es fácil constatarlo. Olvidaron (o ignoraron) que una lengua, en una época dada, se compone de las aportaciones de lenguajes más antiguos. En el inglés moderno hay palabras que proceden directamente del francés antiguo, que han llegado a él canalizadas por la invasión normanda. Y en el francés moderno hay palabras que le fueron legadas por los mercenarios ingleses de la guerra de los Cien Años, y que provienen directamente del viejo sustrato germano-sajón. Lo mismo sucedió con el hebreo. El sumerio, el asirio y el arameo, e incluso el antiguo acadio, dejaron numerosas aportaciones en el hebreo clásico.

Nuestros escribas griegos del siglo iv hicieron, pues, de una vieja palabra acadia, *barjonna*, un calificativo familiar, y transcribieron: «*Simón-bar-Jonás*», es decir. Simón, *hijo de Jonás*, lo cual contradice a todos los otros pasajes evangélicos, donde se le llama hijo de Zebedeo. Véase *Mateo* 10, 2; 26, 37; *Marcos* 1, 19-20; 3, 17; 10,35; *Lucas* 5,10; *Juan* 21,2.

Ahora bien, en acadio y arameo *barjonna* significa *fuera de la ley, anarquista*. Este calificativo viene subrayado por la confesión de Simón-Pedro: «Señor, apártate de mí, que soy un pecador...» (*Lucas*, 5,8.) Pero todavía lo es más por las otras denominaciones que acompañan a este nombre de Simón a lo largo de los Evangelios.

No ignoramos que algunos comentaristas han querido ver en *Joná* una abreviatura de *Johannes*. Pero, como el sabio Osear Cullmann, afirmamos que jamás se encontrará *Jona* o *Jonás* como abreviatura de *Johannes*.

En cambio, la fuente de *barjonna* (en acadio y en arameo: «fuera de la ley, anarquista») posee sólidos fundamentos. Robert Eisler, en su libro *Jésous bassileus ou basileusas* (1929), pág. 67, nos dice que, según Elieser-ben-Jehuda, en su obra *Thesaurus totius habraitatis*, tomo II, pág. 623, ése es exactamente el significado de dicha palabra. En su *Aramaisch neuhebraisches Wörterbuch* (1922, pág. 65a, 2.^a edición), G. Dalman nos dice lo mismo.

Probablemente el texto copto del *Evangelio de los Doce Apóstoles*, en su segundo fragmento, transcribe *Bariona*, y no *Bar-Jonás*.

Y ahora veamos las diversas confirmaciones, en el seno mismo de los Evangelios canónicos.

Hay, entre los Doce, un tal *Simón el Zelota*. Ese término es griego, y, en efecto, *pelotes* significa celoso, fanático, celador. Sabemos por Flavio Josefo, tanto en sus *Guerras de Judea* como en sus *Antigüedades judaicas*, que la palabra *zelotés* era utilizada para designar a los

sicarios, terroristas judíos armados con la *sica*, puñal curvo con el que destripaban a sus adversarios.

Ahora bien, *Simón el Zelota* es hermano de Jesús, como Simón Képha. Lo citan *Lucas* y los *Hechos*:

«...*Simón, llamado el Celador*, Judas, hijo de Santiago, y Judas Iscariote, que fue el traidor...» (*Lucas*, 6,15.)

«Eran Pedro, Juan, Santiago, hijo de Alteo, *Simón el Zelota*, y Judas, hijo de Santiago...» (*Hechos*, 1,13.)

Sin duda en esas dos citas se habla de dos hombres que responden al nombre de Simón. No lo ignoramos, y precisamente la finalidad de este capítulo es demostrar que ambos no eran sino un único y mismo individuo. Porque sería muy sorprendente que Simón el anarquista, la roca, el fuera-de-la-ley, fuera un hombre distinto a Simón, el sicario, el zelota. Y si esto fuera así, sería todavía más grave, ya que nos hallaríamos en presencia de la prueba absoluta de que Jesús no reclutaba a sus gentes sino en dichos ambientes.

Tenemos a continuación a un cierto *Simón el Cañoneo*. Según observa Osear Cullmann en su libro *Saint Fierre, apotre, disciple el martyr*, ya citado (Neuchâtel, 1952), es el mismo que el Zelota, y esto no tiene nada que ver con la tierra de Canaán. En efecto, en hebreo la palabra *kana* significa celoso, fanático, apasionado. Es el equivalente al *zelotés* griego.

Simón el Cañoneo aparece citado en *Marcos* (3, 18); pero en el pueblo de Cana (o, más exactamente, Kaná) hay que ver el cuartel general de los *pelotas o sicarios* (*Juan*, 2, 1; 4, 46; 21, 2). Era también la patria de Natanael (*Juan*, 21,2 y 1, 46.)

Ahora nos encontramos con un tal Simón Iscariote. Lo cita *Juan* (6, 70) como el padre de Judas Iscariote:

«"Sin embargo, uno de vosotros es un diablo..." Hablaba de Judas, *hijo de Simón Iscariote*, porque era él quien debía entregarle, él, que formaba parte de los Doce...» {*Juan*, 6, 70.)

«Uno de sus discípulos. Judas Iscariote, *hijo de Simón*, el que había de entregarle...» (*Juan*, 12,4.)

En ciertos manuscritos se habla también de *Simón Iscariote*. Por ejemplo, en el utilizado por san Jerónimo para su *Vulgata* latina, versión oficial de la Iglesia católica:

«Dicebat autem ludam *Simonis Scariotis*...» (*lohanem*, 6, 70.) La versión protestante sinodal de 1926 traduce asimismo *Simón Iscariote*.

Se ha pretendido hacer derivar el nombre de Iscariote de una aldea denominada Karioth. Judas y Simón serían «*hombres* (en hebreo: *ish*) de Karioth». Pero el propio Daniel-Rops reconoce que esa traducción es muy «discutible». En efecto, en la época mesia-nista no aparece

citado entre los autores antiguos ningún pueblo que se llame así. De hecho, Judas y su padre Simón son los *hombres* (en hebreo: *ish*) de, la *sica*, el terrible puñal de los *sicarios*, y que les dio su nombre: *ishikarioth*.

Y, por otra parte, ¿cómo sostener que Simón y Judas, su hijo, podían ser de un pueblo llamado Karioth, cuando se nos había precisado en otro lugar que la morada de Simón y de Andrés (su hermano), morada común, y por lo tanto familiar, se hallaba en Cafarnaúm?

«Llegaron a Cafarnaúm... [...] Al salir de la sinagoga fueron con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba encama...» (Marcoí, 1,21 y 29-30.)

Por último, ese Judas, hijo de Simón el Zelota, es también calificado así en un apócrifo etíope, el *Testamento en Galilea de Nuestro Señor Jesucristo*, en el capítulo II, versículo 12: «Nosotros, Juan, Tomás, Pedro, Andrés, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Nata-nael, y Judas Zelota...».

Por todas estas razones, basadas sobre los versículos que hemos citado cuidadosamente. *Simón la Piedra*, *Simón el Zelota*, *Simón el Cañoneo*, *Simón Iscariote*, son una sola y única persona, que es *Simón el Anarquista*, *Simón el fuera de la ley (barjonna)*. Es el *hermano de Jesús*, de lo que dan fe los versículos citados. Es el *padre de Judas Iscariote*, y es *uno de los hijos de María*, como lo dicen los mismos pasajes. Y a este título, es el sucesor de ese mismo Jesús en la estirpe davídica, y a ese mismo título se convertirá, de *kepha* (hombre de las rocas, fuera de la ley), en *kipahu*, o sea, en «vástago» de Jessé, en su puesto y su cargo, a su muerte.

Todo esto muestra bien la importancia del movimiento *pelota* en el cristianismo primitivo. Osear Cullmann, doctor en teología, gran exegeta protestante, observa lealmente en su libro *Dios y César que*:

«En primer lugar, no se debería perder de vista que Jesús fue condenado, como *zelota*, a la muerte en la cruz por los romanos... (Op. cit., pág. 14.)

»El hecho de que en el pasaje en cuestión del libro de los *Hechos* (5, 37), Gamaliel sitúe a Jesús en el mismo plano que esos dos jefes *telólas* (Judas de Gamala y Teudas) parece probar que, a los ojos de las gentes de fuera, Jesús y los jefes *zelotas* debían tener algunas características en común... (Op. cit., pág. 16.)

»Según los *Hechos* (21, 38), el tribuno romano ante quien es conducido Pablo en Jerusalén toma a éste por un *zelota*, y piensa incluso que éste es el jefe *zelota* egipcio cuya insurrección cuenta también Flavio Josefo: "¿No eres tú acaso el egipcio que hace algunos días provocó una rebelión de cuatro mil zelotas?...» (Op. cit., Pág. 16.)

Pero el término de egipcio no designa la nacionalidad, sino la calidad de *mago*. Lo mismo que se calificaba de *caldeo* a todo astrólogo, fuera cual fuese su país de origen.

Y, efectivamente, en la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesárea encontramos lo siguiente, que lo confirma:

«Clemente, en el sexto libro de las *Hypotyposes* lo establece así; lo mismo en el séptimo libro de la misma obra, que dice a este respecto: "A Santiago el justo, a Juan y a Pedro, el Señor, después de su resurrección, les dio la gnosis..."» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, II, I, 4.)

Esta gnosis es la magia taumatúrgica que Jesús había traído de Egipto. Así, por ejemplo, cuando los *Hechos* cuentan que la sombra de Simón-Pedro curaba a los enfermos por el simple hecho de cubrirlos con ella un breve instante, hay que saber traducir a nuestros escribas del siglo IV y comprender sus expresiones griegas.

La *sombra* de la que se trata aquí no es la zona oscura producida por el cuerpo de Pedro interponiéndose entre el enfermo y el sol. Es su «doble fluídico», el *nepshesh* hebraico, que hay que entender en el sentido griego del término: sombra, *manes*, *fantasma*. Operaba durante su sueño, a distancia, como todavía lo hacen algunos fetichistas del África negra, y como pretendían hacerlo los *Rosacruces* del siglo XVII.

¿Estaba él al corriente de la traición que preparaba Judas Iscariote, su hijo? Evidentemente no podemos afirmarlo. No obstante, algunos hechos tienden a establecer que los otros apóstoles lo apartaron del mando supremo después de la muerte de Jesús. Pronto lo veremos. Y un hecho, revelado por el maestro Isorni en su libro *El verdadero proceso de Jesús*, parece establecer su hipocresía. Cuando Jesús le pregunta si le ama más que los otros, aquél se sale por la tangente, habla con rodeos y juega con las palabras:

«Cuando hubieron comido, dijo Jesús a Simón-Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Él le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo...» (*Juan*, 21,15.)

Simón-Pedro elude lo más importante de lo que se le pregunta. Jesús reiterará todavía dos veces más su pregunta, y, finalmente, se contentará con esta afirmación de que Pedro le ama, sin más.

Por eso, más adelante los otros no reconocerán esa «sucesión» que Jesús le transmite:

«Entonces..., ese Santiago a quien los antiguos daban el sobrenombre de Justo, a causa de la superioridad de su virtud, fue, según se dice, el primero que se instaló en el trono episcopal de la iglesia de Jerusalén. Clemente, en el sexto libro de las *Hypotyposes* lo establece de la siguiente manera: dice que Pedro, Santiago y Juan, después de la ascensión del Salvador, después de haber sido particularmente honrados por el Salvador, no se pelearon por obtener este honor, sino que eligieron a Santiago el Justo como obispo de Jerusalén...» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, II, I, 2, 3.)

Por otra parte, ¿por qué rondaba Simón *solo*, después de la detención de Jesús, su hermano mayor, lo más cerca posible del local de la

audiencia judicial? ¿Era por fidelidad, o por temor a que Jesús fuera puesto en libertad y les pidiera cuentas a él. Simón, y a Judas, su hijo, primero por el abandono de todos en los Olivos, y luego por la traición de su sobrino? Porque la traición de Judas se duplicó con el abandono de los demás:

«Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron...» (*Mateo*, 26, 56; *Marcos*, 14, 50.)

Por eso, en las *Homilías clementinas*, cuyo nombre original era *El escrito primitivo*, la epístola de Clemente a Santiago comienza así:

«Clemente, a Santiago, *hermano del Señor, obispo de tos obispos*, que gobierna la santa iglesia de los hebreos, en Jerusalén, *así como las iglesias fundadas afortunadamente por todas partes* por la Providencia de Dios, con los presbíteros, los diáconos y los otros hermanos, que la Paz sea siempre con vosotros...»

Observaremos que Rufino, *en el siglo iv*, el Rufino que se permitía, al traducir a Orígenes un siglo después de su muerte, corregir su obra cuando no le parecía suficientemente ortodoxa, Rufino traduce así: «Santiago, hermano del Señor» (*To Kurion adelfas*). No habla, tampoco él, de primos (*anepsios*). Y lo mismo encontramos en la *Vulgata* de san Jerónimo.

Así pues, está entendido. Fue Santiago el que dirigió la iglesia de Jerusalén, *así como todas las otras*. Simón-Pedro no es en modo alguno el jefe de éstas. El «príncipe de los apóstoles», presentado desde siempre como el primer papa, es un error histórico, y lo que viene a continuación va a confirmarlo.

Señalaremos, en primer lugar, que cuando Jesús hubo dirigido a Simón-Pedro las palabras que transmite *Mateo* (16, 18-19): «Tú eres Pedro y sobre esta piedra...», los apóstoles discutieron todavía sobre cuál de entre ellos era el más importante en la comunidad, aparte de Jesús (*Marcos*, 9, 34; *Mateo*, 18, 1). Por consiguiente, no admitían la «transmisión» efectuada por Jesús en favor de Pedro y estaban poniéndolo todo en tela de juicio. Existían, pues, unos elementos en este problema que así lo autorizaban, y *que no han llegado hasta nosotros*.

Por otra parte, los fieles procedentes del judaísmo, y por lo tanto circuncidados, creían tan poco en la supremacía de Simón-Pedro que discutieron con él y le reprocharon haber entrado en casa de los incircuncisos y de haber comido con ellos (*Hechos*, 11, 2-3). Y él mismo se justifica a continuación ante ellos, ante los apóstoles y ante los ancianos. Por lo tanto, no se siente en modo alguno el jefe de la Iglesia naciente (*Hechos*, 15, 7-11).

En esta ocasión reivindicará la evangelización de los gentiles, *¡y ésa será más adelante la causa de su rivalidad con Pablo!* Privado de toda autoridad primacial ante los judíos que abrazan la nueva ideología, piensa ejercerla sobre los paganos. ¡Pero he ahí que otro le birla

este nuevo terreno!

No sería él quien abriría el Sínodo de Jerusalén, aquel primer Concilio (*Hechos*, 15, 7), y tampoco sería él quien lo cerraría, sino Santiago, en los dos casos (*Hechos*, 15, 13). Fueron los otros apóstoles quienes decidieron en Jerusalén, al enterarse de que en Samaría había ya núcleos favorables a su ideología, *enviar allí* a Simón-Pedro y a Juan (*Hechos*, 8, 14).'

El propio Pablo, que sin embargo era totalmente nuevo en la naciente Iglesia, no teme igualarse a él. Léase atentamente la *Segunda Epístola a los Corintios*, capítulo 10,12 a 18, y capítulo 11, 4 y 5, y se verá que esos pasajes son sobradamente claros.

En su *Epístola a los galatas* (2,9), Pablo no habla en absoluto de una primacía de Simón-Pedro, sino que lo cita como componente, con Santiago y Juan, sus hermanos, de una de las tres «columnas» del nuevo movimiento. Y lo sitúa en segundo lugar:

«Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas, reconocieron la gracia que me había sido concedida, y nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de asociación...» (*Guías*, 2, 9.)

En ese mismo capítulo de la *Epístola a los galatas* vemos cómo Simón-Pedro consiente en compartir con Pablo el terreno de influencia que primitivamente era el suyo, cosa que no habría podido admitir si hubiera estado convencido de ser el jefe de la Iglesia.

Pablo no teme amonestarle públicamente, *como se trata a un igual*:

«Pero cuando Cefas fue a Antioquía, en su misma cara yo le resistí, porque se había hecho reprehensible. Pues antes de venir algunas personas enviadas por Santiago (el verdadero jefe de la Iglesia), comía con los gentiles. Pero en cuanto llegaron, se retraía y se esquivaba, por miedo a los circuncidados. Y como él, los otros judíos consintieron en la simulación, tanto que hasta Bernabé se dejó arrastrar por su hipocresía...» (*Galatas*, 2,11 a 14.)

Reconocemos ahí al hipócrita que, por tres veces, renegó de su hermano y su rey la noche del apresamiento de Jesús.

Cuando Pablo menciona los diversos cargos que Jesús instituyó en el movimiento (*Éfesios*, 4, 11-12) no hace mención alguna de un jefe supremo, ni de una autoridad central entregada a un solo hombre. Parece ignorar incluso la de Santiago, que no obstante conoció bien. Es más, basándose sin duda en la palabra de Jesús, mencionará la *igualdad como uno de los dones* aportados por Jesús:

«Se trata de seguir una regla de igualdad...» (*// Corintios*, 8,13.)

Y este precepto, teniendo en cuenta la época, es una teoría anarquista en una sociedad civil que reposa sobre la esclavitud, la desigualdad de los individuos y de los sexos. Así que, de hecho, todos

son, como Simón-Pedro, «*barjonna*», anarquistas.

El propio Simón-Pedro, consciente de todo su pasado poco brillante (*Lucas*, 5, 8), no se atribuye ninguna superioridad jerárquica sobre los otros apóstoles:

«A los presbíteros que hay entre vosotros los exhorto yo, *presbítero como ellos...*» (*Primera Epístola de Pedro*, 5,1.)

No hay que perder de vista que el movimiento es exactamente igual al llamado «*zelota*», fundado por Judas de Gamala. Éste había instituido un doble poder:

— *temporal*, representado por él mismo, descendiente de David,

— y *espiritual*, representado por un *cohén*, que inicialmente pertenecía a la secta farisea, y que se llamaba Zadoc.

Pues bien, en la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesárea leemos esto, que es muy curioso:

«Juan, también, aquel que apoyó su cabeza sobre el pecho del Señor, que fue sacerdote (*cohén*, en hebreo), y que llevó el *petalon*, que fue mártir y didáscalo, reposa en Efeso.» (*Op. cit.*, III, XXXI, 3.)

Ahora bien, el *petalon* era una insignia pontifical, propia de los sumos sacerdotes judíos; está descrito en el *Éxodo* (28, 36-38) como una lámina de oro con la inscripción «*Santidad de Yavé*», y estaba fijado sobre la tiara frontal del pontífice.

En otro punto, también de la *Historia...*, leemos:

«El *trono* de Santiago, de aquel que fue el primero en recibir del Salvador y de los apóstoles el episcopado de la Iglesia de Jerusalén, y que las divinas Escrituras designan corrientemente como el hermano de Cristo, también se ha conservado hasta ahora...» (*Op. cit.*, VII, XIX.)

Pero los tronos episcopales no aparecerán bajo el aspecto de cátedras de piedra o de mármol hasta que los cristianos posean basílicas, es decir, hasta el siglo iv. Ese *trono*, que en opinión de los exegetas católicos debía ser de madera, probablemente de cedro, indicaría la autoridad de Santiago, y el *petalon* la de Juan.

En conclusión: si el segundo llevaba el símbolo de la autoridad *espiritual*, ese *petalon* reservado a los pontífices de Israel, el trono de Santiago representaba la autoridad *temporal*. Era, pues, un *trono real*, y no una cátedra que simbolizaba la autoridad espiritual. Así los dos poderes estaban bien separados, como en la corriente zelota analizada antes.

Hubo, por lo tanto, separación en dos autoridades a la muerte de Jesús.

Por otra parte, numerosos pasajes de los Evangelios demuestran que Jesús no había establecido ninguna autoridad *espiritual* o *dogmá-*

tica entre sus hermanos y discípulos, y la frase en que figura el célebre juego de palabras probablemente no tuvo jamás aplicación, ya que los acontecimientos sucesivos decidieron de otro modo. A este respecto citaremos: *Mateo* (23, 8-9), *Marcos* (10, 42-45), *Lucas* (20, 24-26), // *Epístola a los Corintios* (11, 5), *Epístola a los Galatas* (2,6, 11, 14), / *Epístola de Pedro* (5, 1-3).

Además, el hecho de que Simón-Pedro no fue jamás considerado como el jefe supremo de la Iglesia naciente lo demuestran, sin discusión posible, los versículos siguientes: *Juan* (20, 22-23), *Mateo* (22, 8,12), *Hechos* (5, 29), // *Corintios* (11, 5).

Sobre el problema de un viaje de Simón-Pedro a Roma y sobre su muerte en esa misma ciudad, *no encontramos ninguna alusión en el Nuevo Testamento. Ni tampoco los cuatro Evangelios, ni las Epístolas de Pablo, de Santiago, de Juan o de Pedro dicen nada de ello ni hacen la más vaga alusión.*

Es más, la *Apocalipsis* dice lo contrario, y confirma lo que nos cuenta la historia oficial. Y Pablo, en su *Epístola a los romanos*, en la que saludaba a los numerosos cristianos establecidos en la capital del Imperio, no hace ninguna alusión a Pedro, ni a una estancia de éste, tanto actual como precedente, en la Ciudad Eterna.

De modo que si Pedro fue allí, sería accidentalmente, y no quedó ninguna huella, ninguna tradición oral *durante los tiempos apostólicos*. Será mucho más tarde, a finales del siglo II y comienzos del III, cuando se establecerá la leyenda, con el texto de Tertuliano (muy equívoco, por cierto), contra el edicto del papa Calixto, la noticia de Gayo y la indicación de Macario de Magnesia, citando al neoplatónico Porfirio. Hubo *doscientos años de silencio* antes de que apareciera, lo cual resta mucho valor a una tradición, que por otra parte era puramente oral.

Por el contrario, la tesis de su muerte en Jerusalén está mucho mejor asentada, y el mismo lector podrá juzgarlo.

Observaremos en primer lugar que Simón-Pedro desaparece de los textos del Nuevo Testamento inmediatamente después del Sínodo de Jerusalén. En los *Hechos* no se habla absolutamente más de él después del capítulo 15, que relata ese primer concilio bajo la presidencia de su hermano Santiago.

¿Cuándo tuvo lugar esa importante asamblea? La cronología del cristianismo en su primer siglo es muy imprecisa. *No hay ninguna fecha que pueda afirmarse con seguridad.* En efecto, los autores anti-

guos daban pocas fechas. Se utilizaban como punto de referencia o bien la era de la fundación de Roma, o la del reinado de tal o cual cesar. Por lo tanto, la única manera que tenemos de observar los hechos es tomándolos en una *perspectiva ordenada*, aunque sin imponerles ninguna exactitud cronológica. Hasta el siglo IX, bajo Carlomagno, no se empezó a fechar los años a partir del supuesto nacimiento de Jesús. No obstante, podemos establecer el esquema cronológico siguiente:

La opinión general es que Pablo fue enviado a Chipre, con Marcos, alias Juan, y Barsabas, en el año 45. El viaje duró un año, y regresó, efectuando un largo periplo que analizaremos en su momento, a Antioquía, y de allí fue a Jerusalén, para el sínodo. Nos encontramos pues, por lo que parece, en el año 46.

El hambre causaba estragos, lo cual, teniendo en cuenta el bandolerismo generalizado y las incesantes guerras civiles, no es nada asombroso, pero confirma que la lucha por la independencia llevada a cabo por los *celólas* simplemente se había extendido.

Ahora bien, Tiberio Alejandro, sobrino de Filón de Alejandría (llamado Filón el Judío), caballero romano, fue procurador en Judea en el año 46, hasta el 47, ya que Ventidius Cumanus le sucedió a finales del 47. El propio Tiberio Alejandro había sucedido en el año 46 a Cuspius Fadus.

Por otra parte, si tomamos las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo, en el libro XX leemos lo siguiente:

«Fue bajo éste (Tiberio Alejandro) cuando sufrió Judea la enorme carestía de víveres que hizo que la reina Elena (reina de Abdiadena) comprara trigo a Egipto a elevado precio para distribuirlo a -los indigentes, tal como he dicho antes. Fue también en aquel momento cuando apresaron a los hijos de Judas de Galilea, quien había incitado al pueblo a rebelarse contra los romanos cuando Quirino procedía al censo de Judea, como hemos contado precedentemente. Esos dos eran Jacobo y Simón. Alejandro ordenó crucificarlos...» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, v, 2.)

Es evidente que Jacobo, nombre hebreo, es nuestro *Santiago* apóstol (latín: *Jacobus*; griego: *Jacobos*). Su compañero es nuestro *Simón-Pedro*.

Y por esta razón no encontramos ninguna huella de este último después del Sínodo de Jerusalén (*Hechos*, 15), así como tampoco de su hermano Santiago, alias Jacobo. Eusebio de Cesárea, en su *Historia eclesiástica*, sólo confirma que estuvo en Jerusalén «en los tiempos del hambre» (*op. cit.*, III, VII, 8), es decir, en los años 46-47.

Así pues. Santiago y Simón-Pedro fueron crucificados en los años

46-47, a la salida del sínodo, en Jerusalén. Conclusión inevitable: Simón-Pedro, por lo tanto, no murió crucificado en Roma, cabeza abajo, en el año 67.

Faltaría todavía que nos dijeran *dónde estuvo y qué hizo* durante los diecisiete años que separan el año 47, *en que desaparece de todos los textos del Nuevo Testamento*, bajo Claudio, de su pretendida muerte en Roma en el 64, bajo Nerón. Los destinos de los apóstoles, sus leyendas por separado, son muy poco conocidas. En su *Historia eclesiástica* Eusebio de Cesárea nos dice lo siguiente:

«Los asuntos de los judíos estaban en este punto. En cuanto a los santos apóstoles y discípulos de nuestro Salvador, éstos se habían dispersado por toda la tierra habitada. Tomás, *según cuenta la tradición*, obtuvo en reparto el país de los partos, Andrés la Escitia, Juan el Asia, donde vivió. Murió en Éfeso. Pedro *parece ser* que predicó a los judíos de la dispersión en el Puente, en Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia; finalmente, como también fuera a Roma, fue crucificado allí, cabeza abajo.» (*Op. cit.*, III, 1,1-2.)

Pedro *parece ser*... Y Eusebio escribe esto *en el siglo IV*.

Con los siglos la suposición, hábilmente dirigida, se convertirá en certeza.

La *Academia Pontifical Arqueológica*, por su parte, hizo saber, con toda lealtad, el 27 de noviembre de 1969, que la «cátedra» llamada de san Pedro, cerrada desde la época de Urbano VIII (1666) en el monumento especialmente encargado a Bemini, era en realidad el trono del emperador Carlos el Calvo, utilizado con ocasión de su coronación en Roma el 25 de diciembre del año 875, y regalado a continuación al papa Juan VIII. El control mediante el carbono 14 permitió confirmar lo que los documentos de archivo consultados acababan de revelar, o, más exactamente, de recordar. El último examen se remontaba a 1867, cuando tuvieron lugar las fiestas de conmemoración del decimoctavo centenario del pseudo martirio de Simón-Pedro en Roma, en el año 67. Pero en aquella época el papa Pío IX ignoraba sin duda la existencia de dichas piezas de archivo, y el carbono 14 era desconocido.

Mas nosotros hemos tomado ya partido. Tal como cuenta fielmente Flavio Josefo en sus *Antigüedades judaicas*, en el libro XX, Simón y su hermano Santiago fueron crucificados al concluir el Sínodo de Jerusalén, *en Jerusalén mismo*, por orden de Tiberio Alejandro, procurador de Roma, y este detalle nos permite precisar la época.

En el año 46, Cuspius Fadus es procurador.

En el 46, Tiberio Alejandro le sucede en este cargo.

A finales del 47, Ventidius Cumanus sucede a Tiberio Alejandro.

Por lo tanto, la crucifixión de Simón-Pedro y Santiago en Jerusalén hay que situarla a caballo de los años 46-47.

Por otra parte, tenemos una confirmación de este hecho en la *Apocalipsis*; es Jesús quien habla:

«Daré a mis dos testigos el poder de profetizar, vestidos de saco, durante mil doscientos sesenta días. [...] Éstos tienen el poder de cerrar el cielo, a fin de que no caiga la lluvia los días de su ministerio ^ profetice, y tienen el poder de transformar las aguas en sangre y de azotar la tierra con todo género de plagas cuantas veces quisieren...» (*Apocalipsis*, 11, 1 a 6.)

Traduzcamos: en el curso de un período de intensa sequía, los dos «testigos» desencadenarán una guerra civil tal que la sangre será tan abundante como el agua. Veamos lo que sigue:

«Cuando hubieren acabado su testimonio, la bestia que sube del abismo les hará la guerra, los vencerá y los matará. Y sus cadáveres permanecerán en la plaza de la gran ciudad, que espiritualmente es llamada Sodoma y Egipto, donde también su Señor fue crucificado...» (*Apocalipsis*, 11, 7-9.)

Sigamos traduciendo: los dos testigos (Santiago y Simón-Pedro) serán ejecutados de tal forma que sus cadáveres serán *expuestos* (11, 9) *durante tres días* (11, 9), y luego echados a la *fosa de infamia* (11, 9). Esa era la suerte de los cadáveres de los *crucificados*. Porque a un decapitado no lo dejaban en la plaza.

Por otra parte, la muerte en la cruz Jesús se la había predicho ya a Simón-Pedro de forma bastante ambigua: «Cuando eras joven, te ceñías e ibas a donde tú querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, otro te ceñirá y te llevará a donde tú no quieras...» (*Juan*, 21, 18.) Las manos extendidas evocan la crucifixión, y el hecho de estar ceñido, la flagelación previa, ya que el condenado era encadenado, *por la cintura*, a una columna o un poste.

La ciudad llamada «espiritualmente» Sodoma y Egipto es Jerusalén, a causa de sus adulterios espirituales y de la cautividad de los dos testigos. Además, es la ciudad «*donde su Señor fue crucificado...*».

¿Hay algo más preciso?

El resto procede de las mismas exageraciones que el comienzo en cuanto a los milagros que, a decir verdad, no tuvieron lugar. Para persuadirse, el lector no tendrá más que proseguir la lectura del capítulo 11, y se convencerá.

En resumen:

Los dos testigos crucificados en Jerusalén en los tiempos del hambre y de la guerra civil son, sin lugar a dudas, según la *Apocalipsis*, Simón-Pedro y Santiago. Y esto coincide con el relato histórico de Flavio Josefo. Todo concuerda.

Pero en sus *Antigüedades judaicas* (libro XX, V, 2) nos precisaba que ese *Jacobo* (Santiago) y ese *Simón* eran los dos hijos de *Judas el Galilea*, alias *ludas de Gómala*, y por lo tanto que eran hermanos.

Ahora bien, en el capítulo que trataba de los hermanos de Jesús hemos citado los versículos que establecen que Santiago (Jacobo en hebreo, evidentemente) y Simón eran hermanos menores de Jesús. Remitimos al lector a dichas citas.

Por consiguiente, silogismo inatacable, si Santiago y Simón eran, por una parte, hijos de Judas el Galileo (alias Judas de Gamala), y, por otra parte, ambos eran hermanos de Jesús, dicho Jesús era también hijo de Judas el Galileo...

Lo cual explica que Jesús, en sus teorías, recogiera numerosos elementos de la doctrina del citado Judas de Gamala, aquella doctrina en la que se basó la cuarta secta fundada por éste, y de la que nos habla Flavio Josefo en sus *Guerras de Judea* y en sus *Antigüedades judaicas*.

Observaremos también que con frecuencia Jesús se llama a sí mismo «hijo del hombre». ¿Qué quiere decir con esto? Aquí abajo todos somos hijos del hombre. Es decir que, en hebreo, *bar-aisch* no significa nada. Pero, afortunadamente, existe un segundo vocablo para designar al hombre. El antiguo germánico conoce la palabra *bar*, que significa hombre libre, y ese término dio lugar a nuestro *barón*. El hebreo posee la palabra *geber*, que significa lo mismo, pero que tiene, además, el sentido de *héroe*.

Por lo tanto, si traducimos «hijo del hombre», no por *bar-aisch*, sino por *bar-geber*, tenemos «hijo del hombre libre», o «hijo del héroe», características todas que se acomodan perfectamente a Judas de Gamala, el «héroe del censo», el hombre que llamó a Israel a la insurrección *en nombre de Yavé*, y que hizo acuñar unas monedas que llevaban como exergo el término de *medina*, que significa «república», que organizó Israel siguiendo dicho modelo, y elaboró una doctrina en la cual únicamente Dios era el rey del pueblo elegido.

Así pues, sería el «Héroe de Dios» (*Geber-ael*) el que fecundaría a la joven virgen llamada María, pero, en realidad, no se trataría de un puro espíritu (porque Gabriel, arcángel, significa asimismo «héroe de Dios»), sino de un héroe de tres dimensiones, de un hombre en el sentido completo del término.

Un último argumento apoya todavía la tesis de que Simón-Pedro y

Santiago-Jacobo, su hermano, eran hijos de Judas de Gamala. Se encuentra en las *Homilías clementinas*, apócrifo sacado del *Escrito primitivo*, otro apócrifo del siglo II, de origen sirio o transjordano, atribuido a Clemente de Roma, discípulo directo de Pedro.

En las *Homilías clementinas* encontramos este extraño pasaje, que contradice formalmente a los Evangelios canónicos:

«Ante estas palabras Pedro respondió: "...Porque yo y Andrés, mi hermano, carnal y ante Dios, no sólo fuimos criados *como huérfanos*, sino además, a causa de nuestra pobreza y de nuestra penosa situación, desde nuestra infancia estuvimos acostumbrados al trabajo. Por eso soportamos bien ahora las fatigas de los viajes..."» (Clemente de Roma, *Homilías clementinas*, XII, VI.)

De modo que Simón-Pedro y Andrés, su hermano, fueron huérfanos muy pronto, vivieron en la pobreza toda su infancia, y tuvieron que trabajar desde muy jóvenes. Esto se comprende muy bien si ambos eran los hijos de Judas de Gamala, muerto en el curso de la revolución del Censo. Y esto contradice, además, la existencia de un padre vivo, del pseudo Zebedeo, inventado por las necesidades de la causa.

En vista de todo lo precedente, se comprende muy bien la necesidad de los escribas anónimos de los siglos iv y v, deseosos de encubrir totalmente la figura de Judas de Gamala, de dar a Simón-Pedro y a Andrés, «su hermano carnal», un padre con otro nombre, ¡y éste perfectamente vivo! Y nuestros escribas imaginaron a Zebedeo:

«Pasando más adelante, vio (Jesús) a otros dos hermanos: a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que se hallaban en una barca *con Zebedeo, su padre*, y componían sus redes...» (*Mateo*, 4, 21.)

Pues bien, sabemos por *Mateo* (13, 55) que Simón y Santiago eran *hermanos*, lo que *Lucas* (5, 10), púdicamente, llama «asociados».

Por lo tanto, los canónicos dicen de Simón, implícitamente, que es «hijo de Zebedeo». En cambio, en otro punto se dice que es hijo de un misterioso Jonás (*barjonna*), y ya hemos visto qué había que entender de ello (*Juan*, 21, 15). De hecho, no era hijo ni de Zebedeo ni de Jonás, era huérfano de padre, y ese padre se llamaba Judas de Gamala. La contradicción entre *Mateo* (4, 21), que le llama hijo de Zebedeo, y *Juan* (21, 15), que le llama hijo de Jonás, no hace sino acentuar las mentiras de los escribas.

A menos que María, esposa de Judas de Gamala, se hubiera vuelto a casar a la muerte de este último. Ello era perfectamente lícito una vez era patente el fallecimiento. Contrariamente al derecho común, según el cual cualquier hecho debía tener dos testigos para ser confirmado, para certificar un fallecimiento bastaba con un solo testimonio, y la muerte del esposo podía incluso ser sólo presumible (*Talmud: Yebamoth*, 88a) si el testigo era perfectamente honorable. Pues bien, no todos los compañeros de Judas de Gamala perecieron con él, de

modo que su muerte pudo ser fácilmente atestiguada, y además los romanos la difundieron. En ese caso, Zebedeo pudo ser el segundo esposo de María, viuda de Judas, ya que la vida, en aquellos tiempos de disturbios, era terrible para una mujer viuda, con tantos niños que criar.

Uno de los motivos, y no el menos importante, de ese nuevo matrimonio sería la necesidad de salvar a los hijos del gran Galileo, a fin de salvaguardar la estirpe davídica, la filiación real. Y ese nuevo matrimonio, que quizás le fuera impuesto por el partido zelota, permitiría conservar el secreto de su existencia. En adelante serían, oficialmente, «*hijos de Zebedeo*».

En efecto, los romanos no temían por costumbre respetar la vida de la progenie de los rebeldes. Conocemos la historia de aquellas niñas y niños judíos que fueron embarcados en un navio con destino a los lupanares de Italia, y que se enteraron por la tripulación, atrevida y burlesca, de su destino final. Todos sin excepción, a la señal de uno de ellos, se precipitaron al mar para evitar semejante degradación. Asimismo, cuando Rabbi Hanania, subjefe de los *cohanin* e hijo de Theradion, decidió continuar enseñando la Tora a pesar de la prohibición romana (bajo el reinado de Adriano), se le condenó a ser quemado vivo, con un rollo de la citada Tora enrollado alrededor de su cuerpo. Su mujer fue también condenada a muerte, por no haber impedido a su marido que se entregara a esos estudios sagrados, y su hija fue encerrada en una casa de prostitución. Fue Rabbi Meir, que se había casado con la sabia Beruria, hermana de Rabbi Hanania, quien compró a la muchacha de nuevo.

Por otra parte, los romanos buscaban a los supervivientes de la estirpe davídica para tenerlos bajo vigilancia en los períodos de paz, y exterminarlos en períodos de disturbios. En la *Historia eclesiástica*, por ejemplo, leemos lo siguiente:

«Se cuenta, además, que después de la toma de Jerusalén, Vespasiano ordenó buscar a todos los descendientes de David, para que no quedara, entre los judíos, ni un solo hombre de la tribu real. Y a causa de esta orden, sobre la cabeza de los judíos pendió de nuevo otra gran persecución...» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, III, XII.)

«El mismo Domiciano ordenó suprimir a los descendientes de David. Una antigua tradición cuenta que algunos herejes denunciaron a los descendientes de Judas, que era un hermano carnal del Salvador, como emparentados con el propio Cristo. Eso mismo lo demuestra Hegesipo, que dice en algún sitio: "Todavía existían, de la raza del Salvador, los nietos de Judas, a quien llamaban hermano carnal de

aquél. Los denunciaron como pertenecientes a la raza de David. El *evocatus* los condujo ante Domiciano César, ya que éste, al igual que Heredes, temía la venida de Cristo. Les preguntó si eran de la raza de David, y ellos dijeron que sí. Entonces les preguntó cuántas propiedades tenían, qué riquezas poseían. Ellos dijeron que entre los dos poseían solamente nueve mil dinares, y que cada uno de ellos tenía la mitad, y añadieron que ni siquiera lo tenían en metálico, sino que era la valoración de una tierra de treinta y nueve pletras, sobre la que pagaban impuestos, y que ellos mismos cultivaban para vivir. Después mostraron sus manos, como prueba de su trabajo personal, alegaron la rudeza de su cuerpo, presentaron las callosidades incrustadas en sus propias manos a consecuencia de su continua labor. En vista de eso, Domiciano no los condenó a nada, pero los desdeñó como hombres simples y los dejó en libertad".» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, III, XX.)

En efecto, los verdaderos *sicarios* no tenían por costumbre cultivar la tierra, y sus manos no debían estar marcadas por las huellas de un duro trabajo del campo. Pero no por eso concluyó la persecución contra la estirpe:

«Después de Nerón y Domiciano, se levantó una persecución contra nosotros, según cuenta la tradición, parcialmente y en ciertas ciudades, *a consecuencia de una sublevación de la población*. Simeón, hijo de Cleofás... consumió su vida con el martirio, por lo que sabemos (III). Algunos de esos herejes acusaron, con toda seguridad, a Simón, hijo de Cleofás, de *ser de la raza de David y cristiano* (III). Porque era cristiano fue atormentado de diversas maneras durante varios días, y después de haber asombrado profundamente al juez y a quienes le rodeaban, tuvo un fin parecido a la pasión del Señor... »(*Op. cit.*, III.XXXII.)

El *Chronicon paschale* sitúa esta muerte en el año 105. Igual que Simón-Pedro y Jacobo-Santiago en el año 48, aquél también fue crucificado:

«...Simón, filius Cleophae, qui in Hierosolymis episcopatum tenebat, *crucifigitur* cui succedit lustus...» (Cf. *Chronic. ad anum 107*, Pág. 194.)

Observemos, de todos modos, que se confiesa que esta persecución (preferiríamos, para ser más exactos, el término de represión) se produjo a consecuencia «*de una sublevación de la población*». Podemos estar seguros de que se trató, una vez más, de una tentativa de la corriente zelota de devolver a Israel su independencia, ambición legítima y loable. Pero liberemos a un emperador como Trajano, conocido por su elevado valor moral y su austeridad, de la acusación de intolerancia anticristiana. Efectuó una *represión* contra una *sublevación de orden*

político, pero no decidió efectuar una persecución contra una creencia religiosa.

RESUMEN

Al ser este capítulo uno de los más copiosos y más importantes de toda la obra, ya que constituye la clave de ella, es conveniente resumirlo, *teniendo en cuenta lo que nos habían aportado las obras precedentes*, y hacer el balance de nuestras conclusiones.

Hemos constatado que:

— el ángel Gabriel no se le apareció jamás a María, y ésta Jamás fue fecundada por el Espíritu Santo;

— Jesús fue concebido como todos los hijos de los hombres: por un padre y una madre perfectamente carnales y normales;

— Jesús tuvo luego hermanos y hermanas menores, y muy probablemente un hermano gemelo;

— Simón-Pedro y Santiago (en hebreo: Jacobo) están citados entre los supuestos hermanos de Jesús;

— Santiago (Jacobo) y Juan (Iochannan) representaron cada uno, y respectivamente, en el seno de la fracción mesianista y del movimiento nuevo, uno el poder temporal (el *trono*), y el otro el poder espiritual (*el petalón*);

— no se encuentra en los *Evangelios*, en los *Hechos de los Apóstoles* ni en las *Epístolas* rastro alguno de una estancia de Simón-Pedro en Roma. Esta tradición, puramente oral al principio, no aparece hasta dos siglos después;

— está establecido históricamente, y admitido por todas las Iglesias (católica, ortodoxa, reformada), que Santiago (Jacobo) murió en Jerusalén;

— Simón-Pedro y Santiago (Jacobo) se encuentran, en efecto, en Jerusalén en el año 47-48, en el momento de la gran carestía de alimentos y del primer sínodo en esta ciudad, y desaparecen en dicha fecha del Nuevo Testamento;

— la Apocalipsis *prevé, o cuenta*, que a los dos «testigos» de Jesús se les dará muerte «en la ciudad donde su Señor fue crucificado», y que sus cadáveres permanecerán expuestos durante tres días allí. Ese es precisamente el caso de los *crucificados*. Por lo tanto se trata de la *crucifixión en Jerusalén* de esos *dos «testigos»*;

— Flavio Josefo, en sus *Antigüedades judaicas*, cuenta que Simón y Jacobo (Santiago), «*ambos hijos de Judas de Gamala*», fueron crucificados en Jerusalén, por orden de Tiberio Alejandro, procurador de

Roma;

— ahora bien. Tiberio Alejandro no fue procurador de Roma hasta finales del 46, y concluyó a finales del 47, época precisamente del Sínodo de Jerusalén y de la «gran hambre», durante la cual, como hemos visto, Simón-Pedro y Santiago (Jacobo) *están en Jerusalén, y desaparecen entonces del Nuevo Testamento.*

SILOGISMO DE CONCLUSIÓN

a) el Simón y el Jacobo que Tiberio Alejandro hizo crucificar en Jerusalén son los mismos que el Simón-Pedro y el Jacobo, llamado Santiago, de los Evangelios;

b) como tales, son «hijos de Judas de Gamala», alias Judas el Galileo o Judas el Gaulanita, el «héroe de la rebelión del Censo»;

c) al haber sido establecido que son hermanos menores de Jesús, *Jesús es, por lo tanto, necesariamente, también «hijo de Judas de Gamala», el hijo primogénito...*

Si el lector considera que el silogismo que prueba cuál es el verdadero padre carnal de Jesús no tiene suficientes elementos de juicio con las observaciones precedentes y sus conclusiones, es evidente que se encuentra en la obligación de volver a la leyenda de «san José, padre adoptivo de Jesús».

Queda entonces por establecer por qué lo ignoramos todo de él, de lo que hizo *desde la época en que desaparece súbitamente de los Evangelios* (es decir, cuando el Jesús de éstos no tenía más que doce años, según Lucas, o veinticuatro, según Mateo), cuándo y cómo murió el tal José, por qué no se ha podido recoger ninguna tradición sobre él, ni en los *Evangelios*, ni en los *Hechos*, ni en las *Epístolas*, y por qué Papías y Eusebio de Cesárea no escribieron nada sobre él, etcétera.

En resumen, hay en torno a él un misterioso silencio, que es mucho más elocuente que si existiera alguna tradición.

Según los Evangelios apócrifos llamados «de la infancia», habría muerto a la edad de ciento once años, asistido en su lecho de muerte por Jesús y María.

En este caso, y teniendo en cuenta dicho detalle, habría tenido que morir, todo lo más tarde, en el año 32, un año antes de la muerte oficial de Jesús en la cruz, ya que dicha crucifixión tuvo lugar, según se dice, en el mes de abril, cuando Jesús contaba «oficialmente» treinta y tres años.

Por lo tanto habría contado $111 - 32 = 79$ años cuando nació oficialmente Jesús, y María, su esposa, tendría entonces 16 o 17 años. Ahora bien, según la ley judía, como ya hemos visto, la impotencia sexual era un obstáculo legal para toda unión o para la permanencia de ésta. Y a los 80 años de edad...

Habría que admitir, además, que los hermanos y hermanas menores de Jesús fueron engendrados por José cuando éste tenía *entre 80 y 87 años*. ¡Plantear este problema es, con toda seguridad, resolverlo!

Por último, los mismos Evangelios apócrifos de «la infancia» precisan que se casó, *por primera vez*, a los cuarenta años. En cambio sabemos que los dieciocho años era el límite de edad a la que un padre de familia casaba a su hijo en el Israel antiguo.

En conclusión: todas las tradiciones que conciernen al José evanescente de los Evangelios canónicos son tradiciones imaginadas por los escribas anónimos de lengua griega, en los siglos iv y v, en su ignorancia de los usos y costumbres hebraicos, dado que la nación judía *no existía ya desde el año 70*, fecha de la toma de Jerusalén.

Y de nuevo nos encontramos con la solución clara y neta, aunque cargada de tremendas consecuencias, que nos transmiten las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo: Judas de Gamala fue, en realidad, el verdadero padre de Jesús.

8.- El nido de águilas: Gamala

«¡Los vencidos son aquellos que no esperan vencer!...

I. OLMERO, *Canto a Bolívar*

Al este del lago Tiberíades, alias lago de Genezaret, a veces pomposamente llamado «mar de Galilea», se encuentra una montaña coronada por una especie de giba, de donde proviene su nombre, dado que *gomal* significa *camello*. En la cima de dicha giba hay un pueblo, que antaño fue una aldea muy grande, verdadero nido de águilas, cuyo nombre es *Gamala*. En su juventud, Flavio Josefo fue «gobernador de Galilea y de Gamala...» (Flavio Josefo, *Guerras de Judea*, II, 11.) La importancia de dicha plaza fuerte viene subrayada por el hecho de que se la cite aparte.

Veamos lo que dice de ella nuestro autor, con ocasión de la campaña de Vespasiano:

«Después de la toma de Jopata, todos los galileos que habían escapado a los brazos de los romanos se entregaron a ellos. Entonces éstos ocuparon todas las plazas, excepto Gischala y el monte Itabyrios (el Tabor). A los insumisos se añadió también Gamala, ciudad de los Tariqueos, situada en la parte alta del lago, allá donde finalizaba el reino de Agripa, y limitaba con Sogoné y Seleucia, y con la zona en la que se encuentra también el lago de Semechonitis. Tiene sesenta verstas de anchura, y llega hasta el pueblo llamado Daphne, que es bellissimo, y es donde están las fuentes de las que nace el río Jordán, bajo el templo de la Vaca de Oro [uno de los terneros de oro de Jeroboam; / *Reyes*, 12, 29], antes de llegar al gran Jordán. Agripa, al diputar a estas plazas y concederles su fe, las había pacificado.

»Pero Gamala no se sometía, confiando en su solidez, ya que el suelo era rocoso y la ciudad se levantaba sobre un contrafuerte, como sobre un cuello y dos hombros, lo cual le daba la apariencia de un camello. Pero se la denominó *Gomal*, ya que las gentes del país no podí-

an llamarla por su verdadero nombre de *Kamil* (pronunciación galilea de *Camal*), porque detestaban a dicho animal (en griego *kamélos*).

»Por sus flancos y de frente había precipicios sin fondo; por detrás no estaba fortificada, pero los habitantes la habían reforzado mediante un profundo foso. En cuanto a las viviendas, las habían construido extremadamente compactas en el interior de la plaza, y habían perforado pozos en el otro extremo de la ciudad.

»Por muy fuerte que fuera esta plaza, Flavio Josefo todavía la fortificó más, levantó murallas sólidas, y construyó conductos subterráneos a fin de que se pudiera circular también bajo tierra.»

Pero a pesar de esta situación extraordinaria para su defensa, Gamala fue tomada por Tito, hijo de Vespasiano, el día 23 del mes de Hiperberetaios, es decir, el 10 de noviembre del año 67 de nuestra era, tres años antes de la caída de Jerusalén. Hubo cuatro mil judíos muertos, y cinco mil se lanzaron a los precipicios. Sólo escaparon dos mujeres, las hijas de una hermana de Felipe, que era uno de los generales de Agripa. Pero este asalto había costado la vida a once mil legionarios romanos, incluidos los auxiliares extranjeros.

Antes había sido tomada ya con Gaulana, Seleucia y Farega, cuando Arelas, rey de los árabes nabateos, se convirtió en rey de Coelesiria, marchó contra Judea, venció a Alejandro Janeo, y luego firmó la paz con él. Entonces, una vez aliados, Alejandro Janeo atacó y se apoderó de esas cuatro ciudades. Esto tuvo lugar aproximadamente el año 80 antes de nuestra era.

Así era la ciudad que dio su nombre al verdadero padre de Jesús, el jefe de la revolución del Censo. A veces se le denomina *Judas de Galilea* o *Judas el Galilea* (*Hechos*, 5, 37), o también *Judas el Gaulanita*:

«Después de él (Teudas) se levantó Judas el Galileo *en los días del censo*, y arrastró al pueblo tras de sí. Mas él pereció, y todos cuantos habían tenido confianza en él fueron dispersados...» (*Hechos*, 5, 37.)

«En el año 42 del reinado de Augusto, y en el 28 de la sumisión de Egipto y de la muerte de Antonio y Cleopatra, en que acabó la dominación de los Ptolomeos sobre Egipto, nació nuestro Señor y Salvador Jesucristo, *en el tiempo del primer censo*, cuando Quirino gobernaba sobre Siria...» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, I, V, 2 y *Lucas*, 2, 1 a 5.)

«Judas, Gaulanita de una ciudad llamada Gamala, tomó a su lado al fariseo Saddok y empujó al pueblo a la rebelión. Decían que *el censo* no servía para otra cosa que para conducir directamente a la servidumbre, e incitaban al pueblo a que defendiera su libertad...» (Flavio

Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, 4.)

«Entonces un Galileo llamado Judas impulsó a sus compatriotas a la rebelión, reprochándoles que aceptaran pagar impuestos a los romanos y que soportaran a unos *dueños mortales, que no eran Dios...*» (Flavio Josefo, *Guerras de Judea*, II, 18.)

«Había asimismo *un tal Judas, hijo de Ezequías*, aquel temible cabecilla de bandoleros a quien antaño Heredes no consiguiera aprehender sino tras las mayores dificultades. Ese Judas reunió alrededor de Sapphoris, *en Galilea*, una tropa de desesperados y efectuó una incursión en el palacio real.² Se apoderó de todas las armas que se encontraban allí, equipó con ellas a todos cuantos le rodeaban, y se llevó todas las riquezas que había recogido de dicho lugar. Aterrorizaba a todo el contorno a causa de sus *razzias* y sus saqueos, que tenían como meta alcanzar una elevada fortuna *e incluso los honores de la realeza*, ya que esperaba elevarse a dicha dignidad, aunque no mediante la práctica de la virtud, sino precisamente mediante los excesos de su injusticia...» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVII, 10.)

Flavio Josefo acaba de precisar con esto que Judas de Galilea era el hijo de Ezequías, de quien dice que se trataba de un «temible cabecilla de bandoleros». Pues bien, en un capítulo precedente nos había dado curiosas precisiones sobre el fin de dicho Ezequías, precisiones que Lemaistre de Sacy mencionó en su cronología bíblica.

En el año 46 antes de nuestra era. Heredes, segundo hijo de Antipater, era gobernador de Galilea *por orden de César*. Tras innumerables persecuciones y combates, sus tropas consiguieron capturar a Ezequías, que por entonces causaba estragos en Siria, *que en aquellos tiempos era romana*. Herodes lo mandó crucificar.

Inmediatamente, éste fue citado para que compareciera ante Hircano, soberano pontífice de Israel, *quien le reprochó vehementemente la muerte de Ezequías*. Herodes consiguió hacerse absolver, tanto gracias a una buena defensa como a la sombra enfurecida de Roma, a la que Hircano no se atrevía a enfrentarse.

Y en ese punto se plantea una cuestión: ¿cómo pudo sentirse indignado el pontífice de Israel por el hecho de que Heredes hubiera ajusticiado a un cabecilla de bandoleros? Pues simplemente porque ese «bandolero», en realidad, era el jefe de la estirpe real, un «hijo de David», y porque ese rey en potencia había recibido previamente ya la *unción*, y su bandolerismo era, de hecho, la manifestación de la resistencia judía.

Y lo que tiende a demostrar que Judas de Gamala y su padre Ezequías no fueron unos malhechores ordinarios como pretende Flavio Josefo es que existió una doctrina, que tuvo como autor a Judas de Gamala, y que se convirtió en la doctrina de su movimiento.

² Se trata del palacio de Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande

En sus *Antigüedades judaicas*, Flavio Josefo nos describe cuatro sectas entre las que se repartía el pueblo hebreo. Enumera en primer lugar los fariseos, luego los saduceos y los esenianos. Pero existe una cuarta:

«Pero un tal Judas el Gaulanita, de la ciudad de Gamala, se acompañó de un fariseo llamado Saddok, y se precipitó en la sedición. Pretendían que dicho *Censo* no traía consigo sino una servidumbre completa, y apelaban al pueblo a que reivindicara su libertad. Porque, decían, si llegaban a vencer, sería en beneficio de la fortuna adquirida, y si eran privados del bien que les quedaba, al menos obtendrían el honor y la gloria de haber mostrado grandeza de alma. Por otra parte, Dios colaboraría preferentemente en el éxito de sus proyectos si, ya que visaban a metas muy elevadas, no ahorraban ningún esfuerzo para alcanzarlas...

»De ahí nacieron sediciones y asesinatos políticos, tanto de conciudadanos, inmolados al furor que levantaba a unos contra los otros y a la pasión de no ceder ante sus adversarios, como a enemigos; el hambre empujaba hasta los extremismos más vergonzantes; eran tomadas y destruidas las ciudades, hasta que por fin aquella revolución entregó el templo mismo de Dios al fuego del enemigo. Hasta tal punto el cambio de las instituciones nacionales y su perturbación influyen para llevar a la perdición a aquellos a los que alcanzan, ya que Judas de Gamala y Saddok, al introducir y al despertar entre nosotros una *cuarta secta filosófica*, y al rodearse de numerosos adeptos, llenaron el país de disturbios inmediatos, y plantaron las raíces de los males que causaron allí estragos más adelante, y todo ello gracias a esa filosofía desconocida antes de ellos, y de la que quiero hablar un poco, principalmente porque *el favor que dicha secta gozó en la juventud* fue lo que causó la ruina del país...

»La cuarta secta filosófica tuvo como autor a ese Judas el Galileo. Sus sectarios concuerdan en general con la doctrina de los fariseos, pero sienten un invencible amor por la libertad,³ ya que juzgan que *Dios es el único jefe y el único señor*. Las más extraordinarias variedades de muertes, los suplicios de sus familiares y amigos, les dejan indiferentes, con tal de no tener que designar con el nombre de dueño a ningún hombre. Como mucha gente ha sido testigo de la inquebran-

³ Recuérdese la palabra *barjonna*: anarquista, en acadio, sobrenombre aplicado a Simón-Pedro por Jesús. [*Juan*, 21, 15.)

table firmeza con la que sufren todos esos males, no digo más sobre ello, pues temo, no que se ponga en duda lo que he dicho respecto a ellos, sino al contrario, que mis palabras no den una idea demasiado débil del desprecio con el que aceptan y soportan el dolor. Esa locura comenzó a imperar en nuestro pueblo bajo el gobierno de Gessius Florus, quien, a causa del exceso de sus violencias, les decidió a rebelarse contra los romanos. Estas son, pues, las sectas filosóficas que existen en el pueblo judío...» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, I.)

Este texto da pie a varias observaciones.

En primer lugar, es erróneo decir que la secta fundada por Judas de Gamala empezó a imponerse bajo Gessius Florus, ya que éste fue procurador de Judea en el año 65, y Judas de Gamala incitó a la revolución del Censo en el año 6 de nuestra era. Hay que entender que dicha secta se desarrolló de forma considerable y ganó a la juventud judía en el año 65. Pero es evidente que animó todas las sediciones intermedias, desde el año 6 hasta el año 65.

Sobre la insensibilidad de los miembros de la doctrina ante los sufrimientos de sus suplicados, podemos observar que los Evangelios no hacen mención alguna del dolor moral de María, su madre, frente a su hijo clavado en la cruz del escarnio. *Ella está allí*, sin más, con algunas otras mujeres. Las numerosas mujeres que acompañan al cortejo judicial en su ascenso hacia el Góigota, y que se lamentan golpeándose el pecho, son las habituales *plañideras* de todo cortejo fúnebre en esas regiones del Oriente Medio.

De hecho, hay que admitir que ese integrismo mesiánico no es ninguna novedad en Israel. Así, por ejemplo, en el segundo libro de los *Reyes* vemos cómo Ismael, hijo de Netanías, y de raza real, da muerte a Godolías y a los judíos colaboradores de los caldeos:

«Pero en el séptimo mes llegó Ismael, hijo de Netanías, hijo de Elisama, *de estirpe real*, acompañado de diez hombres. Hirieron mortalmente a Godolías, así como a los judíos y a los caldeos que se encontraban con él en Misfa. Entonces todo el pueblo, grandes y pequeños, con los jefes del ejército, se levantaron y se fueron a Egipto, porque tenían miedo de los caldeos...» (// *Reyes*, 25, 26.)

Pueden encontrarse más amplios detalles sobre las actividades de dicho Ismael, «de estirpe real», en *Jeremías* (41, 1 a 18). Pero el celo de este hombre, vengador del honor de Israel, aparece de forma harto sospechosa en el capítulo precedente:

«Pero Yojanán, hijo de Caréaj, y todos los jefes de las bandas armadas, que se habían dispersado por la región, se presentaron a Godo-

lías en Mispá y le dijeron: "¿No sabes que Baalís, rey de los hijos de Ammón, ha enviado a Ismael, hijo de Netanías, para quitarte la vida?". Pero Godolías, hijo de Ajicam, no les creyó.» (*Jeremías*, 40, 13-14.)

A Godolías le proponen que tome la delantera y mande matar a Ismael, pero Godolías se niega, declarando que no existe razón alguna para que ese tal Ismael desee matarle. Simplemente ignoraba, o había olvidado, el papel de Baalís, rey de los ammonitas. De manera que, en realidad, nuestro vengador no era sino un asesino a sueldo.

Si consultamos el segundo libro de los Reyes (*// Reyes*, 9, 1 a 37), constataremos que Eliseo, para hacer ejecutar a Joram, rey de Israel, y a Acazías, rey de Judá, así como a la reina Jezabel, madre de Joram, hará ungir antes por un hijo de profeta al joven Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi.

Por lo tanto, parece evidente que existía una tradición oculta que exigía que todo asesinato, toda ejecución, se convirtieran automáticamente en legítimas si eran perpetradas u ordenadas por *un hombre de raza real*, o revestido de la unción real.

Teniendo en cuenta esta larga tradición, que ya se remontaba a más de novecientos años cuando tuvo lugar la revolución del Censo, los sectarios de Judas de Gamala y sus sucesores creían ejecutar a sus adversarios con toda legitimidad.

Basándonos en semejante dato, comprendemos mejor la orden que dio Jesús, al salir de Jericó y dirigirse hacia Jerusalén, referente a la matanza de los rehenes o de los prisioneros:

«Y en cuanto a aquellos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedlos aquí y degolladlos en mi presencia. Y después de decir esto. Jesús se colocó en cabeza de los suyos y continuó la subida hacia Jerusalén...» (*Lucas*, 19, 27-28.)

Así pues, Gamala, nido de águilas desde donde los combatientes de la resistencia judía plantaban cara con desfachatez a los romanos, esa Gamala era la verdadera patria de Jesús, hijo de Judas de Galilea, de Judas el Gaulanita, y nieto de Ezequías. Y la montaña árida y salvaje que, a causa de su silueta, dio nombre a la ciudad que se agazapa sobre ella a la manera de un ave rapaz escrutando la llanura, es, por muy paradójico que parezca, la montaña del famoso «*sermón*».

Y, efectivamente, si estudiamos con atención todos los pasajes de los Evangelios en los que se habla de *una montaña* (dejemos de lado aquellos que tratan de *las montañas*), nos vemos obligados a constatar que, cada vez, o bien el texto precisa la naturaleza de dicha montaña, o bien habla de «*la montaña*», sin más.

Así, por ejemplo, cuando dice la «*montaña santa*», se refiere a Sión, sobre la cual está construido Jerusalén y el santo templo. Si se refiere al monte de los Olivos, lo cita como «*la montaña de los Olivos*». Cuando se trata del Tabor o del monte de la Tentación, habla de una «*alto montaña*».

Pero a veces dice «*la montaña*», y nada más. Y hay algunos versículos en los que se puede adivinar que se trata de una elevación *en las orillas del lago de Genezaret*. Pero hay otras que no dejan lugar a ninguna ambigüedad, y en ese caso la montaña en cuestión es *Gamala*.

Cómo podía pretenderse, si no, que los discípulos comprendieran cuál era el lugar exacto de la cita, cuando Jesús les decía, por medio de un «ángel» (en griego *aggelos: mensajero*):

«Id a decir a sus discípulos y a Pedro, que os precederá a *Galilea...*» (*Marcos, 16,7.*)

«Id luego y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos y que os precede a *Galilea*; allí le veréis...» (*Mateo, 28,7.*)

Es evidente que con esa expresión, bastante discreta, los iniciados tenían forzosamente que saber de antemano el lugar exacto de la cita:

«Los once discípulos se fueron a *Galilea*, *al monte* que Jesús les había indicado...» (*Mateo, 28,16.*)

En cambio, él había dicho simplemente esto:

«Id y decid a mis hermanos que vayan a *Galilea* y que allí me verán...» (*Mateo, 28,10.*)

¡Como ya hemos visto, no era necesario dar más precisiones!

9.- Para dar el cambiazo: Nazaret

«Será llamado nazareno.⁴

MATEO, 2, 23

Nos queda por aclarar un problema: el de la identificación de Nazaret. Esta ciudad (*Nazaret, Nazara, Nazareth*) no figura en ningún texto antiguo. El Antiguo Testamento —que era tan locuaz en cuanto a la geografía—, Flavio Josefo, el Talmud, los manuscritos del mar Muerto, ninguno habla de ella. No aparece hasta los manuscritos de los Evangelios oficiales, es decir, en el siglo iv. Esta omisión quedará explicada más adelante, cuando el lector comprenda que no se trata sino de un sobrenombre; es, simplemente, la «*ciudad del navreato*», la «*ciudad de los puros*», en hebreo: los *kadoshim*.

En realidad, la aldea actual no apareció materialmente hasta el siglo viii, porque un buen día fue forzoso situar esa ciudad de la que hablaban los Evangelios: los peregrinos eran cada vez más numerosos, y querían visitar Nazaret. De modo que se las arreglaron para crearla.

Pero no había ni que soñar con presentar bajo dicho nombre a la verdadera «*ciudad del nazireato*», que ya hemos visto cuál era. Revelar su nombre habría significado orientar las mentes hacia el verdadero padre de Jesús. No obstante, el ignorante siempre miente mal, y la verdad sale a relucir más tarde o más temprano.

En el Nazaret actual, cuando tuvo lugar el nacimiento *oficial* de Jesús, éste habría sido súbdito de Heredes Antipas, tetrarca de Galilea y de Pe rea. Pero los habitantes de Gamala no se convirtieron en súbditos de César, es decir, de Roma, hasta el año 34, y entonces dependieron de su procurador que, *en aquel momento, era Pondo Pilatos*. Y esto tendería a demostrar que Jesús fue crucificado, como muy pronto, en el año 34, si no lo fue después.

⁴ Y no nazaretano como debería llamarse si ese calificativo derivara de una ciudad llamada así

En efecto, ¿qué dice Juliano el Apóstata, citado por Cirilo de Alejandría en su *Contra Julianum* Lo siguiente:

«El hombre que fue crucificado por Poncio Pilatos *era súbdito de César, y vamos a demostrarlo...*»

Súbdito debido al lugar de su nacimiento, claro está.

Evidentemente, Cirilo de Alejandría, como buen obispo cristiano, se salta la demostración anunciada. Pero esto carece de importancia. Lo que resta cualquier tipo de valor a la Nazaret actual es su situación geográfica. En los Evangelios oficiales, por ejemplo, podemos leer lo que sigue:

«Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad *situada en la cima de un monte no puede ocultarse...*» (Mateo, 5,14.)

«Y se llenaron de cólera todos en la sinagoga al oír estas cosas. Y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron *hasta la cima del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad*, con la intención de despeñarle. Mas Jesús, pasando por en medio de ellos, se fue.» (Lucas, 4, 28-30.)

Esta escena implica la presencia inmediata, a pocos pasos, de un precipicio o de un profundo barranco cortado a pico. Salen de la sinagoga empujando delante de ellos al hereje, lo conducen al parapeto y lo precipitan al vacío. Y ese tipo de ejecución, *que es ritual en la ley judía* y se acompaña del lanzamiento de piedras, conduce inevitablemente a Gamala, nido de águilas rodeado de precipicios, como acabamos de constatar. Pero en la Nazaret actual semejante cosa es, propiamente hablando, *totalmente imposible...* porque esa aldea está situada *en la suave pendiente de una colina*, al suroeste de un amplio circo, de cimas blandamente redondeadas. Además, esa Nazaret está situada *en un pliegue del terreno*, por consiguiente no hay ni precipicios ni barrancos, y el horizonte es allí reducido, de modo que es imposible soñar con precipitar a nadie a ningún vacío...

Para paliar semejante inverosimilitud imaginaron entonces que la escena llamada de la «precipitación» se habría desarrollado *en un monte cercano*, al que denominaron, sin prueba alguna, el «monte de la Precipitación». Desafortunadamente, de Nazaret a dicho monte hay nada menos que una hora larga de camino. ¿Es plausible que Jesús hubiera aceptado andar durante una hora, en pleno calor, y ascender a continuación a dicho monte para, una vez llegados arriba, utilizar por fin su estratagema, escurrirse por entre la muchedumbre hostil que quena darle muerte, descender de nuevo en sentido inverso, y volver a andar, *durante otra hora*, para llegar al camino que le permitiría huir de Nazaret?

¿Y cómo iban a poder hablar del monte *«sobre el cual estaba edificada su ciudad...»* (Lucas, 4, 29-30) si se necesitaban dos horas para ir y volver de él?

Esa mentira, ya que no se trata de otra cosa que de una mentira, no

es gratificante.

En cambio, si la escena hubiera tenido lugar en Gamala, todo podría haberse desarrollado en apenas unos cuantos minutos: la salida de la sinagoga. Jesús empujado por la multitud hostil, la llegada al parapeto, la ilusión mágica (sin duda una especie de hipnosis colectiva), y Jesús escabullándose antes de que el hechizo se rompiera.

A menos, cosa todavía mucho más sencilla, que sus guardias de corps habituales no intervinieran una vez más, lo cual es más que probable. Si éstos no eran judíos, sino idumeos, sirios o egipcios, no podían penetrar en la sinagoga, y debían mantenerse a distancia.

Otro detalle refuerza todavía más la identidad de Nazaret con Gamala. Marción, en su *Evangelio del Señor*, nos dice:

«En el quinceavo año del reinado de Tiberio, Jesús *descendió* del cielo a Cafarnaúm...»

En el espíritu de Marción, gnóstico convencido, se trataba del eón de Jesús que se materializaba, se corporificaba, en Cafarnaúm. Para ello, *descendió del cielo*. Pero en el texto inicial de Marción, que evidentemente también se ha perdido, ¿se hablaba de «cielo»? ¿O fue Tertuliano quien añadió estas palabras para sofocar el sentido verdadero?, porque es él quien nos trae esta frase del *Evangelio del Señor*, destruido por orden de la Iglesia en el siglo iv, con el apoyo del poder imperial, y cuya posesión acarreaba *la pena de muerte* para todo marcionita o cristiano heterodoxo, y el descenso definitivo al fondo de las minas para quien compartiera su doctrina.

Si Tertuliano añadió esas palabras, podríamos preguntarnos si en la tradición primitiva no pondría en su lugar: «En el quinceavo año del reinado de Tiberio, Jesús descendió *de Gamala* a Cafarnaúm...» Porque Cafarnaúm, que se halla junto al lago Tiberíades, está muy por debajo del nido de águilas de Gamala, situado enfrente, al este.

No queremos concluir este breve estudio sobre Nazaret sin citar y examinar un argumento que a menudo ponen por bandera los exegetas.

El poema de Eléazar Kalu, *compuesto en el siglo vil*, cita a Nazaret «como una de las localidades galileas donde en el año 70, después de la destrucción de Jerusalén, las veinticuatro clases sacerdotales buscaron refugio». (Cf. *Bulletin du Cercle Ernest Renán*, núm. 137, octubre de 1965.)

Será tarea fácil señalar la inverosimilitud de la afirmación de Eléazar Kalu, dado que:

a) toda la población de Jerusalén, sacerdotes incluidos, se encontró cautiva de los romanos, y reducida a la esclavitud, a excepción de aquellos que fueron encargados de la nivelación de la ciudad, y que más tarde fueron transferidos a los puntos más diversos del viejo mundo;

b) ¿qué verosimilitud hay en el hecho de que los romanos toleraran

la partida y la reagrupación de la casta de los *cohanim*, si habían masacrado a todos los ancianos para no conservar como cautivos a prisioneros de más de diecisiete años, y habían vendido a los niños en los mercados del viejo mundo, una buena parte de ellos con destino a los lupanares, especialmente en el caso de las jovencitas?;

c) ¿cómo iban a admitir la reagrupación de la casta sacerdotal, alma de la resistencia judía, ellos, que habían prohibido, bajo pena de muerte en la hoguera, el estudio y la enseñanza de la Tora?

Por último, ese poema de Eléazar Kalu es del *siglo va*, época en que la impostura imperaba ya desde hacía muchos lustros, y en que la Iglesia oficial empezaba a preocuparse por *situar* geográficamente Nazaret.

Esto basta para apreciar su valor.

Debemos observar, de todos modos, que si los textos de la época ignoraban totalmente la existencia de una aldea llamada Nazaret, en cambio la Edad Media, e incluso nuestros tiempos modernos, han sabido conferirle un lustre indiscutible.

Por ejemplo, en 1291, año en que cayó San Juan de Acre, caída que marca el fin de la presencia franca en Palestina, Siria, etc., y el fracaso de las Cruzadas, se produjo un hecho extraordinario: el 10 de mayo de 1291, es decir, el 21 de mayo según el calendario gregoriano, previendo las futuras invasiones turcas, y luego mongoles, unos ángeles se llevaron de Nazaret la casa de la Sagrada Familia, y, a través del cielo, la transfirieron a Croacia, a Susak, situada en la colina de Tersatto. El lugar exacto de su emplazamiento está en la actualidad ocupado por una iglesia del siglo XV: *Nuestra Señora del Mar*.

Tres años y medio más tarde, después de haber consultado, sin duda, al ángel de la Profecía, y previendo la llegada de los turcos a Croacia, la misma legión angélica arranca de nuevo de Susak la casa de la Sagrada Familia, y, por los aires, la transfiere a Loreto, en Italia, cerca de Ancona, al otro lado del Adriático. Y el 10 de diciembre de 1294, por la mañana, no hay duda de que alguien se llevó una buena sorpresa, y ese alguien sería, evidentemente, el propietario del terreno en el que los ángeles la depositaron. En virtud del Tratado de Letrán, el santuario que a continuación fue construido para albergar la «*Santa Casa*» es propiedad de la Santa Sede, y es objeto de una gran veneración y de frecuentes peregrinaciones anuales (fiestas: 25 de marzo, 15 de agosto, 8 de septiembre, 8-10 de diciembre). Por cierto que, desde 1920, Nuestra Señora de Loreto se convirtió en la patrona de los aviadores, cosa que nos parece perfectamente indicada.

Pero de todos modos, Nazaret no lo perdió todo, ya que, para conservar una parte de las fuentes «peregrinas» aportadas por la presencia de la casa de la Sagrada Familia, los ángeles encargados del transporte inicial dejaron allí en depósito el taller de san José- Y así es: a cien

metros al norte de la iglesia de la Anunciación se encuentra otra iglesia, reedificada en 1914 siguiendo el trazado de un plano medieval, y que se halla en el emplazamiento en que el buen san José, quien, como todo el mundo sabe, era carpintero, le daba a la garlopa y al escoplo.

A seiscientos metros del taller de san José, en el camino a Tiberiádes, se encuentra la fuente llamada «de la Virgen». Modernas reformas le han hecho perder parte de su antiguo aspecto pintoresco. Según el *Protoevangeio de Santiago*, cuando María estaba sacando agua de ella fue cuando oyó la voz del arcángel Gabriel. Asustada, se refugió en su casa, contigua al taller de su esposo José, pero Gabriel fue hasta allí a buscarla, y esta vez se le apareció, para anunciarle la buena nueva de su embarazo milagroso.

Debemos suponer que esto no la asombró excesivamente, dado que el propio *Protoevangeio de Santiago* nos dice, un poco más adelante, que cuando Mana se encontró en presencia de su prima Isabel «había olvidado ya los misterios que le había revelado el arcángel Gabriel...» (*Op. cit.*, 12, 2).

El lector que desee ir en peregrinación a Susak, en Croacia, o a Loreto, en Italia, encontrará todo tipo de información sobre la casa de la Sagrada Familia en las guías turísticas habituales. No obstante, los especialistas en angelología todavía no han conseguido determinar con certeza el «coro» al que pertenecían los transportistas celestes de 1291 y de 1294.

10.- El misterioso José y la Sagrada Familia

«Yo, José, tomo vuestra mano y os digo: "Hijo mío, tened cuidado". Vos me decís: "¿No sois vos acaso *mi padre carnal*^...!"»

*Historia de José el carpintero, XVII*⁵

Para todo cristiano de estricta observancia, el padre aparente de Jesús se llama José. Y, a decir verdad, los Evangelios canónicos son bastante discretos en lo que se refiere a este personaje misterioso, evanescente, que no desempeña sino un papel muy secundario en la leyenda cristiana, y que desaparece sin que se sepa a dónde ni cómo. Vamos a estudiar ahora, pues, a ese José.

En *Mateo* leemos lo siguiente: «Mattán engendró a Jacob, y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo...» (*Mateo*, 1,15-16.)

Pero en *Lucas* le descubrimos un padre diferente: «Jesús tenía aproximadamente treinta años cuando empezó su ministerio, y era, según se creía, hijo de José, hijo de Helí...» (*Lucas*, 3, 23.)

De modo que en Mateo y en Lucas el padre de José, abuelo oficial de Jesús, no es el mismo. Y en el curso total de las dos genealogías sucede lo mismo; son totalmente diferentes, desde los 76 grados a través de los cuales Lucas hace remontar a Jesús hasta Adán (!), hasta los 50 grados mediante los cuales Mateo lo hace descender, más modestamente, de Abraham.

Para explicar esta contradicción. Julio el Africano —personaje absolutamente desconocido— se entregaría a toda una exégesis en su *Carta a Arístides*. En cuanto a la *Carta*, fue parcialmente reproducida por Eusebio de Cesárea en sus *Quaestiones ad Stephanum*, y la encontramos también en una *Homilía a la Santa Virgen* atribuida a diversos autores, y entre ellos a Andrés de Creta.

Le ahorraremos al lector la exégesis de Julio el Africano, quien, para consolarnos de las dificultades que hemos experimentado en seguirla, termina con este categórico requerimiento:

«Tanto si fue así, como si fue de otro modo, no podríamos encontrar

⁵ Manuscrito griego original del siglo Iv , versión copta

una explicación más satisfactoria, al menos según pienso yo, y según debe creer todo hombre con buen sentido. Que nos baste, pues, aun cuando no esté garantizada, dado que no tenemos nada mejor o más verídico que presentar. Al menos el Evangelio está enteramente en la verdad.» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, I, VII, 15.)

Así pues, fue así y no de otro modo... No obstante. Julio el Africano siente remordimientos frente a su corresponsal, y como se da cuenta de la vaguedad de su exposición, la resume una última vez:

«Mattán, descendiente de Salomón, engendró a Jacob. Al morir Mattán, Melqui, descendiente de Nathán, engendró de la misma mujer a Helí. Helí y Jacob eran, por lo tanto, hermanos uterinos. Al morir Helí sin hijos, Jacob le dio un descendiente y engendró a José, su hijo según la naturaleza, y el hijo de Helí según la ley. De modo que José es hijo del uno y del otro.» (Eusebio de Cesárea, *op.cít.*, I, VII, 16.)

Todo hombre con sentido común objetará que esta solución del difunto sin hijos, cuyo hermano, uterino o natural, se casa con la viuda y le engendra un *hijo según la ley*, no puede aplicarse a los 76 grados genealógicos citados por *Lucas*, o a los 50 grados citados por *Mateo*. Ello equivaldría, propiamente hablando, a burlarse del mundo.

En otro punto, para explicar el hecho de que Santiago fuera calificado de «hermano del Señor» por Pablo en su *Epístola a los gálatas* (1, 19), Clemente de Alejandría y Orígenes, su discípulo, supusieron que el citado José había estado ya casado y que era viudo cuando se casó con María. Pero el hecho de subir al Templo con ocasión del nacimiento de Jesús, para ofrecer allí el sacrificio de sustitución del primogénito, prueba que jamás antes había tenido hijo alguno.

A José vamos a descubrirle ahora un hermano, llamado Cleofás: «Hegesipo cuenta, en efecto, que Cleofás era el hermano de José...» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, III, XI.) Éste era, por lo tanto, tío de Jesús. Además, tenía un hijo que se llamaba Simeón, el cual sucedería a Santiago, jefe de la comunidad de Jerusalén, cuando los romanos hubieron ejecutado a Santiago y a Simón-Pedro en el año 47, como hemos demostrado ya gracias a Flavio Josefo y a sus *Antigüedades judaicas*.

Así pues, si tomamos la filiación pontificia oficial, vemos que en Jerusalén es Santiago, hermano de Jesús, el primer «obispo», y que el segundo es Simeón, primo de ese mismo Jesús: «Tras el martirio de Santiago... los apóstoles y los discípulos del Señor que estaban aún con vida acudieron de todas partes, según se cuenta, y se reunieron con los familiares carnales del Señor —y, efectivamente, un gran número de ellos estaban todavía vivos—, y todos juntos mantuvieron consejo para examinar a quién juzgaban digno de suceder a Santiago. Y todos, unánimemente, decidieron que Simeón, hijo de Cleofás, que es mencionado en el libro de los Evangelios, era digno de ocupar la

sede de esta Iglesia; era en efecto, según se dice, primo del Salvador». (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, III, XI.)

Lo que ahora va a aparecerle a José, en el marco de los Evangelios, es una cuñada. Veamos lo que dice *Juan*:

«Cerca de la cruz de Jesús se hallaban su madre y la hermana de su madre. Mana la de Cleofás y Mana de Magdala.» (*Juan*, 19, 25.)

Esta María, mujer de Cleofás, es por consiguiente la cuñada de José, y también la tía de Jesús. Eran las mujeres de la familia las que estaban junto a la cruz, o que, según *Mateo* (27, 55), «miraban de lejos...». De María de Magdala hablaremos más tarde.

Ya tenemos pues a ese misterioso José en su entorno familiar. Apenas sabemos ya nada más, después de haber escrutado cuidadosamente las escrituras canónicas. En cuanto a los textos apócrifos, como los agrupados bajo el título general de *Evangelios de la infancia*, de ellos no puede extraerse nada válido ni cierto. Más bien entran en el marco de esos textos ingenuos en los que la fe y la imaginación del redactor rivalizan con el deseo de obtener relatos maravillosos a toda costa.

Vamos ahora a abordar de nuevo el doble problema de la veracidad del relato evangélico y de la existencia real de un hombre llamado José, padre oficial de Jesús. Volvamos a *Mateo*:

«La concepción de Jesucristo fue así: estando María, su madre, desposada con José, se halló haber concebido por la virtud del Espíritu Santo antes de haber convivido juntos. Entonces José, su esposo, que era hombre de bien y no quería exponerla a la vergüenza, decidió repudiarla secretamente. Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues el hijo concebido en ella es obra del Espíritu Santo; ella dará a luz a un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. [...] Al despertarse José de su sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y recibió en casa a su esposa. *Pero no la conoció hasta que dio a luz a un hijo*, al que puso el nombre de Jesús.» (*Mateo*, 1,18 a 25.)

Basta con leer todo lo que concierne al nacimiento de Jesús, lleno de prodigios diversos, en *Mateo* y en *Lucas*, para darse cuenta de que era imposible que José y María consideraran a ese niño como un niño normal. Los ángeles, los pastores, el anciano Simeón, la profetisa Ana, todos explicaron a José y a María que se trataba de un dios encarnado, del «hijo del Altísimo». Y tanto el uno como el otro se alegraron de haber sido elegidos para tan alta misión: criar al niño-dios. El propio *Lucas* se toma el trabajo de decírnoslo:

«María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón.» (*Lucas*, 2, 19.)

Avancemos ahora doce años, y continuemos leyendo a *Lucas*:

«Sus padres iban cada año a Jerusalén, a la fiesta de la Pascua. Cuando contaba ya doce años, habiendo ellos subido, según la costumbre de la fiesta, y acabados los días, al volverse ellos, *quedóse el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo advirtiesen sus padres*. Y creyendo ellos que andaría en la comitiva, caminaron una jornada, y lo buscaron entre parientes y conocidos, y al RO hallarlo, se volvieron a Jerusalén en busca suya. Al cabo de tres días lo hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y haciéndoles preguntas. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando sus padres lo vieron, quedaron atónitos, y le dijo su madre: Hijo mío, ¿por qué has obrado así con nosotros? Mira que *tu padre* y yo, angustiados, andábamos buscándote. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe de las cosas de mi padre? Pero ellos no comprendieron lo que les decía. Y bajó en su compañía y se fue a Nazaret, y les era sumiso. Su madre conservaba todas estas cosas en su corazón...» (*Lucas*, 2, 41 a 51.)

Hagamos ahora balance de todas esas contradicciones:

1) José y María, tanto el uno como el otro, no ignoran que son los depositarios y los tutores de un dios encarnado. Por consiguiente ese misterioso niño, nacido fuera de todas las normas de la naturaleza, no debía causarles extrañeza alguna. Es más, todo en él debía constituir para ellos materia de observación, meditación, reflexión. ¿No se nos precisa acaso que María «guardaba todas esas cosas en su corazón...»? (*Lucas*, 2, 19 y 51.)

2) Y no obstante, a pesar de todas esas maravillas a las que deben empezar a acostumbrarse, a pesar de esa progresiva toma de conciencia de su responsabilidad, que va creciendo de día en día, cuando salen de Jerusalén no se preocupan lo más mínimo por ese precioso niño, que es, según la tradición cristiana, *su único hijo*. Y durante todo un largo y fatigoso día de marcha, no se preocupan en absoluto por saber dónde está, con quién, si ha comido, si ha podido calmar su sed, y todo ello, además, a lo largo de un camino que va de Jerusalén a Jericó, y que, durante más de treinta kilómetros, está infestado de bandidos, que asaltan y asesinan a los pacíficos viajeros.

3) Al cabo de un día se dan cuenta de su desaparición, vuelven sobre sus pasos, hacen de nuevo las ocho leguas que separan Jericó de Jerusalén, y lo buscan durante dos días a diestra y siniestra. Al final del tercer día suben al Templo, probablemente para ofrecer allí un sacrificio propiciatorio a fin de encontrarlo, y lo ven en medio de los doctores de la ley, escuchándoles y haciéndoles preguntas.

Pero, si sabían que ese niño era el «*Hijo del Altísimo*» (*Lucas*, 1,

32), ¿qué podían temer a su respecto?

Por otra parte, acababan de andar durante un día entero, y el camino lo habían hecho a pie, o bien, en el caso del más frágil, en burro. Y eso equivaldría a veinte o treinta kilómetros. *Pero inmediatamente* dan media vuelta, y hacen el camino en sentido inverso, lo cual suma, en total, un recorrido de cuarenta a sesenta kilómetros de un tirón.

Por último, cuando Jesús les responde que él debe ocuparse *de las cosas de su padre*, ni José ni María comprenden que, tratándose del «Hijo del Altísimo», su padre era necesariamente el tal «Altísimo». Decididamente, ni el uno ni el otro parecían tener una mente demasiado despejada.

4) El ángel Gabriel, durante la anunciación, le había especificado a María que el hijo que nacería de ella «será grande y será llamado Hijo del Altísimo...» y «por eso el hijo engendrado será santo, y será llamado Hijo de Dios...» (*Lucas*, 1, 32 y 35.)

Entonces, ¿cómo podía decirle María a Jesús: «*Tu padre y yo, angustiados, andábamos buscándote...*» (*Lucas*, 2, 48), lo cual tendería a hacer suponer que ella no creía ya en lo que el ángel le había dicho, y *que consideraba que José era el padre real de Jesús*. Ya hemos observado que no creía en él (*Mateo*, 12, 46 a 50; *Marcos*, 3, 31-35; *Lucas*, 8, 20), y, lo que es más grave aún: que «*Oyendo esto sus deudos, salieron para apoderarse de él, pues decíanse: está fuera de sí...*» (*Marcos*, 3, 21.)

Las versiones protestantes de Second y de Osterwaid utilizan la palabra *parientes*. La versión católica de Lemaistre de Sacy dice *allegados*. Otros dicen *los suyos*. ¿Se trataba de los padres de Jesús, es decir, de José y María, o de sus hermanos? ¿O de todos juntos? Sea lo que fuere, si María no había dicho a sus otros hijos nada sobre los prodigios que acompañaron al nacimiento de su «primogénito», José tampoco parecía estar al corriente de esos milagros, ni del destino y los orígenes fabulosos de su hijo adoptivo, a pesar de las instrucciones que el ángel Gabriel le dictara antaño en dos sueños, a los que había añadido además fe, dado que el citado José siguió al pie de la letra esas mismas instrucciones.

Se trata, bien de incoherencias, bien de contradicciones, y hay que cargarse con una buena dosis de ingenuidad para tener fe en todas esas maravillas un poco demasiado pueriles.

De hecho, todo cuanto antecede fue obligatoriamente inventado para hacer desaparecer el papel, las actividades y el final trágico de Judas de Gamala, muerto en el curso de la revolución del Censo, que comenzó en el año 6 de nuestra era.

Para ello imaginaron una *figura de oposición*. Judas de Gamala era un hombre joven, con toda la fuerza de su edad, ya que en Israel se casaban antes de los dieciocho años. Le oponen a un José ya anciano. Judas de Gamala era un hombre dinámico, un luchador; le oponen al

evanescente José, anciano desdibujado y lleno de dulzura. Judas de Gamala murió necesariamente todavía joven, todo lo más contaría cuarenta y cinco años. Los *Evangelios de la infancia* hacen morir a José a la edad de ciento once años.

Hábil ardid, ya que *esa figura de oposición* tan diferente ha constituido durante mucho tiempo una muralla insalvable, detrás de la cual los escribas anónimos del siglo V ocultaron el cadáver de la Verdad.

Vamos a abordar a continuación el enigma de María de Magdala, puesto que, como veremos, también ella pertenecía a la Sagrada Familia.

«Los movimientos del espíritu se encarnan casi siempre en la belleza de una mujer que se convierte en su estatua viviente...», nos dice Maurice Magre.

En la época del cristianismo inicial, sombrío, pesimista, hostil a la mujer, al amor, a la belleza, al matrimonio y a la procreación, la leyenda, que es el atavío tradicional de la historia, opuso la imagen de una bonita mujer joven, rica, con numerosos y hal. madores amantes, y que, al menos espiritualmente, estaba enamonida de Jesús en su arrepentimiento.⁶

La verdad es menos romántica, como vamos a constatarlo.

Los papas Juan XXIII y Pablo VI tacharon del calendario de los santos católicos a veinticinco o veintiocho nombres: esos santos o santas no habían existido jamás, o al menos no se sabía nada de ellos. Entre esos nombres destacaremos el de san Jorge, uno de los patronos de la caballería; san Cristóbal, patrón de los viajeros; y santa Filomena, mediante cuya intercesión el cura de Ars afirmaba obtener la mayor parte de sus gracias.

De hecho, existió realmente una «virgen consagrada al Señor» llamada Filomena. Vivió hacia el año 145, junto a Apelas, discípulo de Marción a quien los cristianos de la gran Iglesia respetaban, según dice Eusebio de Cesárea en su *Historia eclesiástica*, «por su género de vida y su avanzada edad». La virgen Filomena pertenecía también a la Iglesia marcionita, ya muy importante, y por eso no puede ser considerada por Roma como una santa «válida». Pero volvamos a María de Magdala.

La citan *Mateos*, 27, 56 y 61; 28, 1; *Marcos*, 15, 40 y 47; 16, 1;

⁶ Esta mujer existió. La encontraremos en el último capítulo de esta obra bajo el nombre de Salomé. Pero no era Mana de Magdala.

Lucas, 8, 2; *Juan*, 19, 25 y 20, 1. Por el contrario está totalmente ausente en los *Hechos de los apóstoles*, y en las *Epístolas* diversas, tanto de Pedro, de Pablo como de Santiago o de Juan. Y ni Eusebio de Cesárea ni Papías la conocen.

Ello no significa forzosamente que no existiera, sino que quizá la podemos encontrar *bajo otro nombre*... Ya veremos cuál en seguida.

La leyenda la ha identificado, sin ningún fundamento válido, con la mujer de «mala vida» que acude un día a Jesús y vierte sobre sus pies un perfume muy caro, y luego los seca con sus cabellos. Este episodio sólo figura en *Lucas*, 7, 37. Más adelante veremos que una mala traducción del texto griego inicial hizo identificar a esa «pecadora» con María de Magdala.

Por otra parte, la misma leyenda que pretende que, después de abandonar Palestina dos semanas después de la Ascensión de Jesús, se retirara a la Provenza, a la gruta de Sainte-Baume, tampoco tiene fundamento histórico alguno. El relato sagrado nos dice que, cuando Magdalena (démosle su nombre) se presentó al pie de la montaña, cubierta de un impenetrable bosque, la gruta, que se halla a 886 metros de altitud, era entonces *totalmente inaccesible a los humanos*.

Debieron ser, entonces, los ángeles quienes la levantaron por los aires y la depositaron en la gruta, invisible desde abajo. Ésta, orientada al noroeste, es sombría y húmeda. De modo que cada mañana los citados ángeles se llevaban a Magdalena cien metros más arriba, al Santo Pilón, la dejaban sobre una plataforma soleada, y la volvían a bajar al atardecer.

Como estaba completamente aislada del mundo, debió alimentarse de raíces, y beber el agua de lluvia que había quedado en los huecos de las rocas. Y como no llueve apenas en Provenza, Dios tuvo piedad de ella y, al cabo de siete años, en la gruta brotó una fuente. Y así vivió durante treinta años, una vez hubo llegado al término de su vida y de su penitencia, los ángeles la bajaron hasta la ermita donde vivía san Maximino, al pie de las montañas. Y allí, el buen san Maximino le dio la absolución y la enterró junto a su oratorio. A partir de ese instante, Magdalena no lloró más.

De hecho, fueron san Casiano y sus monjes los que abrieron el sendero e hicieron la escalera que conduce a la gruta, y eso sucedió en el siglo V, y es también de dicha época de cuando datan las pseudo tumbas de Magdalena y de Maximino.

Volvamos ahora a la historia seria.

Magdala (en árabe *Magdal*) es la *Midgdal Nounaya* del Talmud, la *Tauquea* de los griegos. Esta palabra designa el pescado en salazón,

y esa reminiscencia del *Ikhthus* es bastante curiosa. La ciudad se encuentra a 5 kilómetros al norte de Tiberíades; Flavio Josefo había hecho de ella su cuartel general y el centro de la resistencia judía contra las tropas de Vespasiano. A su izquierda, sobre los acantilados, se pueden ver todavía las ruinas de la fortaleza de Simón Bar-Kokhba, el jefe de la última revolución del año 132.

Magdala ha dado lugar a nuestro nombre Magdalena, Maguelone, que significa en griego «elevada, magnífica» (*mégalon*); en hebreo *migédol* significa «torre, ciudadela», y ambos sentidos están muy próximos. Observemos, de paso, que las letanías de la Virgen María la denominan «*Torre de David*» y «*Torre de Marfil*».

A partir de ahí podemos empezar a contornear el personaje de *María de Magdala*:

1) *Mateo* nos dice que, cerca de Jesús, había *dos* Marías, «que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle» (*Mateo*, 27, 55). Y las nombra: María de Magdala y «la otra María». Es evidente que ésta es la María «esposa de Cleotas» y «hermana de su madre». Léanse atentamente los versículos de *Mateo* citados antes y se constatará que no son más que dos. *Marcos* nos lo confirma, simplemente añade a Salomé. Por el contrario, *Juan* parece presentarnos realmente a tres mujeres llamadas María.

2) En los tres casos, es preciso que una de las dos Marías citadas sea la madre de Jesús (María de Magdala o «la esposa de Cleofás»), porque la Virgen María, la de la Anunciación, no está entonces al pie de la cruz.

3 *Lucas* (8, 2) nos habla de «María, llamada de Magdala, de la cual habían salido siete demonios...». Algunos manuscritos ponen «María, llamada Magdalena...». *Y precisamente este versículo constituye la clave de todo el enigma*, como veremos en seguida en su forma griega primitiva.

Marcos (3, 17) nos dice que a Santiago y a Juan se les dio el nombre de *boanergés*, que en griego quiere decir «hijos del trueno».

Juan, en la *Apocalipsis* (es decir, Jesús, dado que fue él el autor de esta «revelación») nos muestra a siete personajes que hablan como truenos:

«Cuando gritó, hablaron los siete truenos con sus propias voces. Cuando hubieron hablado los siete truenos... [...] Sella las palabras de los siete truenos, y no las escribas...» (*Apocalipsis*, 10, 3-4.)

Pues bien, sabemos que los Evangelios nos han presentado con bastante claridad a los seis hijos de María, a saber: «¿No es éste el carpintero,⁷ el hijo de María, y el hermano de Santiago, de José, de

⁷ En hebreo *heresh* significa carpintero, y *magó*

Judas y de Simón? ¿Y no se hallan sus hermanas aquí, entre nosotros?...» (*Marcos*, 6,3.)

Efectivamente, Jesús, Tomás el gemelo, Santiago, José, Judas y Simón suman seis. Pero todavía falta uno para hacer siete. Era demasiado joven aún para ser citado por los interlocutores de Jesús. Sería el futuro evangelista, el «discípulo bienamado», el joven Juan-También él era hermano de un tal Santiago. Y lo veremos en el capítulo que trata sobre la descendencia de Jesús. A menos que en ello contempláramos un sentimiento escabroso, el joven que «*se apoya sobre el pecho de Jesús*» es un hermano joven, tiernamente amado, sin más.

Esos son los siete «truenos», los *boanergés* cuyas revelaciones apocalípticas deben permanecer selladas. Y ahora comprendemos el sentido real de las palabras de *Lucas* (8, 2) referentes a María, *llamada de Magdala*, de la cual habían salido siete demonios...».

Tomemos ese mismo versículo de la *Vulgata* latina de san Jerónimo: «*María, quae vocatur Magdalene, de qua daemonia septem exierant...*» (*Lucas*, 8, 2.)

El latín *daemonia* significa *mal espíritu*, cierto, pero también quiere decir poseso. Ese es el sentido que le da san Jerónimo, quien reproduce textualmente el término del versículo inicial en los manuscritos griegos originales:

«*María, é kaloumené Magdalene, aph' hés daimonia hepta exeléluthei...*» (*Lucas*, 8, 2.)

Ahora bien, en griego *daimonios* o *daimonikos* significan «inspirado, médium vaticinador». Y el griego antiguo no poseía ningún sentido peyorativo para dichos términos. Podemos ver que al traducir esta frase del griego al latín, y del latín al español, su sentido real se había modificado considerablemente.

Por lo tanto, no hay nada sobre ninguna cortesana posesa o pecadora arrepentida que hubiera tenido necesidad de un exorcismo de Jesús. Y así podemos comprender por qué Tertuliano, al ir a investigar a Magdala (alias Tariquea), en el seno de la colonia cristiana, no pudiera recoger sobre el terreno *ninguna tradición, ningún rastro de la existencia* de la tal *María de Magdala*.

También comprendemos bastante bien la razón del silencio total de los *Hechos de los apóstoles*, de las *Epístolas*, de los relatos de Papías, y de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesárea, obra extensísima compuesta en tiempo de Diocleciano. *Porque María de Magdala era ignorada por todos ellos*.

La razón era que ésta se confunde con María, madre de Jesús, quien, al descender de David por su segunda mujer, Betsabé (ex esposa de Urías el Heteano), era también de raza davidica y real. Y a este título se la podía llamar «*Torre de David*» y «*madre de los siete truenos*», el principal de los cuales era Jesús. Y aquí es donde conviene volver a leer atentamente el versículo de *Marcos* que dice:

«Oyendo esto sus deudos, salieron para apoderarse de él, pues decíanse: *está fuera de sí...*» (Marcos, 3,21.)

San Jerónimo, en su *Vulgata*, versión oficial de la Iglesia católica, traduce por: «...quoniam *in furorem versus* est!...» (*Op. cit.*)

In furorem versus significa «que se ha vuelto loco furioso». Y esto está muy cerca del *daimonios de* los manuscritos griegos primitivos.

Recordemos que, por otra parte, hay que admitir que en los Evangelios canónicos que nos presentan a «las santas mujeres» al pie de la cruz es imposible identificar claramente a la madre de Jesús. Y para constatarlo, basta con establecer una sinopsis de sus versículos:

MATEO (27, 56):

«María Magdalena y María la madre de Santiago y José y la madre de los hijos de Zebedeo.»

MARCOS (15, 41):

«María Magdalena, y María la madre de Santiago y de Josés, y Salomé.»

JUAN (19, 25):

«María Magdalena, María la de Cleofás, su madre.»

LUCAS (23,49), dice simplemente, sin nombrarlas:

«Las mujeres que le habían acompañado desde Galilea.»

De estas exposiciones contradictorias podemos simplemente sacar la conclusión de que su madre es necesariamente la que aparece continuamente, sin ninguna ambigüedad.

Una vez excluida Salomé, sólo puede tratarse de «María de Magdala» o de «María, madre de Santiago y de José» (alias Josés), o de «la madre de los hijos de Zebedeo». Pues bien, todos esos versículos subrayan que se trata de *la madre de varios hijos*, y no de su madrastra. A menos que se trate de una sola y única mujer. De todos modos, la *virginidad perpetua* de María, madre de Jesús, queda así excluida; dicha virginidad es fruto del mito y de la leyenda popular.

11.- Los años oscuros de Jesús

«Si. conociéramos a los demás como a nosotros mismos, sus acciones más reprobables nos parecerían merecedoras de indulgencia...»

ANDRÉ MAUROIS

En el capítulo 14 seguiremos la tradición general de los ocultistas y esoteristas, que, al igual que los talmudistas, pretenden que Jesús estuvo en Egipto para recibir allí la iniciación mayor, al término de largos años de probación.

Esta hipótesis de los primeros, que en el caso de los segundos es una tradición histórica (pero ¿se trata del mismo Jesús?), vale lo que suelen valer los temas históricos cuando éstos no se basan sobre conclusiones casi irrefutables. Pero la hemos dado porque es la de muchos eruditos. Mas ¿de qué sirve? ¿Podemos admitir que Jesús, tal como intenta demostrar todo nuestro informe, era realmente el hijo primogénito de Judas de Gamala, y después de él el jefe del integrismo judaico, y que, siendo así, fue a beber en una fuente tan impura para un judío rigorista como la magia y la religión egipcias, que eran, ambas, casi inseparables?

No lo creemos. Es más probable que fuera en el seno de la comunidad *judía* de Alejandría, es decir, efectivamente en Egipto, donde recibiera por parte de los cabalistas judíos la iniciación en los arcanos supremos de su arte oculto, arte totalmente independiente de la tradición egipcia.

Una vez establecido, o admitido, este hecho, sigue en pie el misterio de los famosos «años oscuros» de Jesús, dado que no estuvo obligado a pasar más de veinte años de su existencia fuera de su patria.

A menos que la clave de este enigma se halle en el evangelio de *Lucas*, de 18, 35, a 19, 28. Y eso es lo que vamos a estudiar ahora con toda atención.

En *Jesús en son temps*, Daniel-Rops nos dice lo siguiente:

«A veces hubo verdaderas luchas contra los romanos o contra los príncipes herodianos, sus lacayos. Ya hemos visto aquella que ensangrentó el *advenimiento* de Arquelao: los rebeldes, protegidos por barricadas en el atrio del Templo, habían repelido los primeros asaltos; incluso se había tenido que emplear toda la fuerza disponible para vencer la resistencia, al precio de la muerte de tres mil hombres. Después, mientras Arquelao se encontraba en Roma, los disturbios se habían reemprendido; el país entero se vio envuelto en llamas y sangre. En Judea, dos mil soldados de Herodes, *despedidos*,⁸ habían asaltado a las tropas romanas... Judas, hijo de aquel Ezequías que tantos problemas había causado a Herodes, se apoderó del arsenal de Séforis, y él mismo se erigió en rey. Fue preciso que Varus, legado de Siria, acudiera con dos legiones y, a guisa de ejemplo, crucificara a dos mil judíos en los puntos estratégicos del país. *En el año 6 de nuestra era, nueva explosión de odio...*»⁹ (*Op. cit.*, pág. 158.)

En la página 138 de su libro, Daniel-Rops había precisado el nombre del cabecilla de esos rebeldes permanentes:

«Judas, *el rebelde que combatirá a Arquelao*, será llamado *el Gaulanítida*.»

Éste es, en efecto, el tercer sobrenombre de Judas de Gamala, alias Judas de Galilea (hijo de Ezequías), el padre de Jesús, y que será citado en los *Hechos* por *Lucas*, 5, 37.

Y en la página 136 de su obra nuestro autor nos da la fecha de esta primera revolución:

«Herodes murió en marzo o en abril del año 750 de Roma, y Arquelao le sucedió en seguida. La ejecución de los tres mil rebeldes tuvo lugar al principio de su reinado.» (*Op. cit.*)

Esta ejecución corresponde, pues, a la primera rebelión, que él nos detalla en la página 158. Nos hallamos, por consiguiente, en el año 6 *antes de nuestra era*, año de la muerte de Herodes el Grande, once años antes de la deposición de Arquelao y de esa segunda revolución, llamada del Censo, que tuvo lugar *en el año 6 de nuestra era*. Existe, por lo tanto, un intervalo de once años entre esas dos sublevaciones.

Así pues, Arquelao se proclama rey a la muerte de su padre Herodes el Grande. Pero desde su capital, Jerusalén, no reina sino sobre Samaría, Idumea y Judea. Porque, a la vez que él, sus otros dos hermanos se han creado sus propios feudos, y reinan a su vez sobre sus tierras.

Así, por ejemplo, Filipo tenía bajo su autoridad la Gaulanítide, la Traconítide, la Batanea, con su capital Panias, a la que más tarde se llamaría Cesárea de Filipo.

⁸ Se habían puesto, por lo tanto, al servicio de un partido político anti-romano.

⁹ Es la famosa *revolución del Censo*, dirigida por Judas de Gamala, alias Judas de Galilea

En cuanto a Herodes Antipas, éste reinó sobre Galilea y Perea, y tenía su capital en Tiberíades.

Lacerado por la independencia de sus dos hermanos menores, independencia que le costaba a él dos tercios de esa herencia que él esperaba que fuera total, Arquelao decidió ir a Roma, a fin de intentar obtener del emperador la confirmación de sus derechos. Pero al igual que él, Herodes Antipas embarcó a su vez rumbo a la capital del imperio, para hacer que se confirmara aquello que él había ocupado ya. Por último, una delegación judía, compuesta por cincuenta ancianos del pueblo, apoyados por ocho mil judíos residentes en Roma, se presentó también allí. ¿Qué era lo que querían? Verse desembarazados de los reyezuelos incircuncisos y ser gobernados directamente por César.

Después de haber oído a los interesados, el emperador Augusto zanjó la cuestión en favor del *statu quo*. Cada cual conservaba su tetrarquía, la cuarta parte restante seguía siendo romana, y Arquelao regresó a Judea, corroído por el rencor. Durante su ausencia, dos mil mercenarios que habían pertenecido a su padre, Herodes al Grande, y que él había despedido antes de marchar a Italia, se habían sublevado. Motivo: habían sido despedidos sin indemnización. Esto implicaba el latrocinio para poder vivir. Las legiones romanas intervinieron. Hubo una batalla entre esas «grandes compañías» y las legiones.

En medio de este clima de guerra regresó Arquelao a su reino. Una de las primeras medidas que adoptó fue despojar del gran pontificado a loazar, hijo de Boetos, a quien acusó de haber participado en el complot inicial y de haber estado en el Templo al lado de los rebeldes conducidos por Judas de Gamala. En su lugar colocó a su hermano, Eleazar. Después, haciendo caso omiso de la ley judía, se casó con su cuñada, Glafira, unión prohibida por el *Deuteronomio* (25, 5) y por el *Levítico* (18, 16 y 20, 21). Más tarde destituyó al citado Eleazar y lo reemplazó por Jesús, hijo de Sié. Y los años fueron pasando, en ese clima de tiranía y exacciones.

Fue entonces cuando los judíos y los samaritanos, no pudiendo soportar más a Arquelao, depositaron una queja formal contra él ante el emperador. Éste lo mandó detener en el curso de un festín, y, después de haberle escuchado en Roma, lo condenó al exilio en Vienne, en el valle del Ródano, donde moriría.

Como la condena de Arquelao se acompañaba de la confiscación de sus bienes, Quirino, legado de Siria, con la ayuda de Coponio, procurador, tuvo que proceder al inventario de éstos. Dicho inventario llevaba implícito un *censo*. Y fue éste el que suscitó la revolución del Censo, encabezada por Judas de Gamala.

Nos encontramos ahora en el año 6 de nuestra era. Hace, por lo tanto, doce años que ha muerto Herodes el Grande. El Jesús *según Mateo*, «nacido en los días de Herodes» (*Mateo*, 2, 1-2), cuenta entonces

doce años. El de *Lucas* acaba justo de nacer (*Lucas*, 2, 1-7), ¡no tiene sino unos cuantos días! El de san Ireneo, discípulo directo de la edad apostólica, cuenta entonces poco más de veintitrés años. Por consiguiente, y tal como hemos estudiado en un capítulo precedente, habría nacido hacia el año 16 o 17 *antes de nuestra era*, en la época en que Herodes decidió reconstruir el Templo de Jerusalén. Y esa coincidencia sería la que posteriormente, hacia los siglos III y IV, daría pie a que los partidarios de Jesús identificaran a éste con un «templo» místico, dado que en dicha coincidencia verían una señal.

Y llegamos al hilo conductor de los famosos «años oscuros» de Jesús.

Veamos el capítulo 19 de *Lucas*. Jesús viene del norte y se dirige hacia Jerusalén. Por consiguiente tiene que atravesar antes Jericó, y previamente se nos dice: «Yendo hacia Jerusalén, Jesús pasaba por los confines de Samaría y Galilea...» (*Lucas*, 17,11.) Veamos ahora lo que sigue:

«Acercándose a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino, pidiendo limosna. Oyendo a la *muchedumbre* que pasaba, preguntó qué era aquello. Le contestaron: «Es Jesús de Nazaret que pasa.» (*Lucas*, 18, 35-37.) De ahí puede sacarse la conclusión de que los seguidores de Jesús constituían una multitud considerable, que hacía un ruido enorme. Pero ésa es la forma de marchar de una tropa decidida, y no la de una docena de tímidos iluminados, acompañando a su maestro espiritual. Mas prosigamos:

«Para aquellos que le escuchaban y que se imaginaban que, al estar él cerca de Jerusalén, el Reino de Dios se les iba a manifestar, Jesús añadió una parábola. Dijo, pues: un hombre noble partió para una región lejana a recibir la dignidad real y luego regresar. Llamó a diez de sus servidores, les dio diez minas¹⁰ y les dijo: negociad mientras vuelvo. Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron detrás de él una legación para decir: ¡No queremos que este hombre reine sobre nosotros!

»Cuando hubo regresado, después de haber recibido el reino, hizo llamar a aquellos siervos a los que había entregado el dinero, a fin de saber cuánto le había reportado cada uno de ellos. Se presentó el primero y dijo: señor, tu mina ha producido diez minas. Y le dijo: muy bien, siervo bueno; puesto que has sido fiel en lo poco, recibirás el gobierno de diez ciudades. Vino el segundo, que dijo: señor, tu mina ha producido cinco minas. Díjole también a éste: y tú recibe el gobier-

¹⁰ *Mina*: antigua moneda de oro o de plata, de valor bastante considerable

no de cinco ciudades. Otro vino y dijo: señor, ahí tienes tu mina, que tuve guardada en un pañuelo, pues tenía miedo de ti, pues eres hombre severo, que quieres recoger lo que no pusiste y segar donde no sembraste.

»Su señor le respondió: mal servidor, te juzgaré sobre tus propias palabras. Sabías que yo soy hombre severo, que tomo donde no deposité y siego donde no sembré. ¿Por qué, pues, no diste mi dinero al banquero? A mi regreso yo lo habría retirado con los intereses. Y dijo a los presentes: quitadle a éste la mina y dádsela al que tiene diez. Y le dijeron: ¡señor, ya tiene diez minas! Díjoles: os declaro que a todo el que tiene se le dará, y *al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.*¹¹ Y en cuanto a aquellos enemigos míos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traedlos aquí y degolladlos en mi presencia.

»Y después de decir esto, Jesús se colocó en cabeza de los suyos y prosiguió su subida hacia Jerusalén...» (*Lucas, 19, 11 a 27.*)

La continuación es bastante clara. En cuanto llega a Jerusalén, Jesús monta en el asno que le han reservado, y que está atado de antemano junto a su madre, la pollina, a fin de hacer coincidir su llegada con la profecía de Zacarías: «Alégrate sobremanera, hija de Sión. Alborózate, hija de Jerusalén. He aquí que viene tu rey, el que es justo y victorioso, humilde y montado en un asno, un muleto, hijo de una pollina. [...] Este rey dictará la paz a las naciones. Su poder se extenderá de un mar al otro, y desde el río Eufrates hasta las extremidades de la Tierra...» (*Zacarías, 9,9-10.*)

A este título será aclamado por toda la juventud judía al entrar en Jerusalén: «¡Hosanna, hijo de David!...», o, lo que es lo mismo: «¡Libéranos, hijo de David!», y es entonces cuando entra en escena el ataque al Templo, la arremetida contra los cambistas de monedas extranjeras, contra los vendedores de ofrendas, y *contra los peregrinos, «los que compraban».* (*Mateo, 21,12.*)

Y ahora saquemos conclusiones.

La pretendida parábola enseñada por Jesús a su salida de Jericó, no lo es tal, ya que de ella no se desprende ninguna conclusión piadosa, ninguna enseñanza moral, sino más bien todo lo contrario.

Jesús aplica por su cuenta la desventura de Arquelao, a quien los suyos no querían como rey, y que se vio forzado a irse a un país extranjero para recibir allí la investidura necesaria, y que luego, al regresar, pidió cuentas y castigó duramente a quienes se habían opuesto a su reinado. Es probable que la salida de Jericó de Jesús y de su numerosa tropa («la muchedumbre») se acompañara de una ejecución de

¹¹ Esta frase, *que no significa absolutamente nada*, es uno de los múltiples ejemplos de incoherencias mistagógicas de nuestros anónimos redactores de los Evangelios

prisioneros, y que, a continuación, sin semejante «impedimenta», hubieran podido marchar en buen orden hacia la Ciudad Santa. Pero eso era cosa corriente en las costumbres de aquellos tiempos, y nuestros zelotas no eran más sensibles que sus adversarios. Por otra parte, ¿quién iba a reprochárselo?

Pero cuando Jesús se identifica con Arquelao al resumir la aventura de éste tal y como nos relata *Lucas* (19, 12 a 19, 27), *no conoce más que el comienzo, ignora todavía que, por haber castigado a aquellos que no le querían como rey, Arquelao será destituido de su trono por el emperador Augusto, y enviado al exilio, a Vienne, en las Galias, en el año 6 de nuestra era, donde morirá poco tiempo después.*

Y por consiguiente extraemos de aquí una última conclusión: la salida de Jericó, la ejecución de los prisioneros o de los rehenes, la marcha sobre Jerusalén, el ataque del Templo, *todo ello es anterior al año 6 de nuestra era, anterior a la revolución del Censo*, que tuvo lugar en dicha época, dirigida por Judas de Galilea, y que por lo tanto se trató de la segunda sublevación de éste.

De modo que este último vive aún; Jesús, al igual que todo hijo primogénito de un rey legítimo, es un «delfín»; es perfectamente «hijo de David», su heredero. Y tiene a su mando (como los príncipes de antaño) una unidad militar en el ejército de su padre.

Así pues, el ataque al Templo y la irrupción en la Ciudad Santa, ante las aclamaciones de la juventud judía, tuvo lugar en el período que Daniel-Rops nos describe en la página 158 de *Jesús en son temps* (edición de 1945): «Después, mientras Arquelao se encontraba en Roma, los disturbios habían reemprendido; el país entero se vio envuelto en llamas y sangre. En Judea, dos mil soldados de Heredes, despedidos, habían asaltado a las tropas romanas... Judas, hijo de aquel Ezequías que tantos problemas había causado a Heredes, se apoderó del arsenal de Séforis, y él mismo se erigió en rey...» (*Op. cit.*)

Es más que probable que el ataque al Templo de Jerusalén, encabezado por Jesús, tuviera como objetivo apoderarse del tesoro del Templo y del arsenal del mismo. Ambas cosas indispensables para una insurrección: el *dinero* y las *armas*. Nos encontramos entre el año 3 y el año 2 de nuestra era aproximadamente, y Jesús tiene unos veinte años. Este episodio forma parte de la revuelta latente, permanente (en espera de la grande, llamada la del Censo, en el año 6), que Daniel-Rops resume así: «Judas el rebelde, *que combatirá a Arquelao*, será llamado el Gaulanítida».

Por otra parte, no es desatinado suponer que, a ejemplo de su padre. Judas de Gamala, al apoderarse primero del arsenal de Séforis y *del tesoro que éste cobijaba*, Jesús intentara apoderarse, durante ese golpe de mano sobre el Templo, de las armas almacenadas en el arsenal de la Milicia del Templo, y, en la misma ocasión, *del tesoro de*

este último. La existencia de ese tesoro del Templo era cosa conocida de todos, y, tal como nos cuenta Flavio Josefo, había tentado ya a Herodes, y luego a los romanos. Pilatos, por su parte, había extraído cantidades, con la excusa de tener que realizar conducciones de aguas en Jerusalén.

Jesús también pudo haber pensado en ello, para alimentar su tesoro de guerra, y, especialmente, para asegurar la subsistencia de su tropa, compuesta por vagabundos, gente errante, que nunca tuvo oficio o que lo perdió, y cuyas viviendas habían sido incendiadas por los romanos en el curso de sus represalias. En efecto, se nos dice que a menudo se quedaba mirando los cepillos del Templo, *observando la cuantía de las sumas que los peregrinos depositaban en ellos*.

«Jesús, habiéndose sentado frente al gazofilacio, observaba cómo la gente iba echando monedas...» (*Marcos, 12, 41*.)

Tal como hemos evocado en otro lugar, fue probablemente en el curso de un ataque ulterior al Templo cuando el famoso Jesús-bar-Abba fue detenido por los romanos y encarcelado junto con otros sediciosos, por asesinatos cometidos durante una revuelta (*Marcos, 15, 7*), pues no es posible que los romanos se hubieran dejado sorprender por dos veces consecutivas, y *tan próximas la una de la otra*.

Las circunstancias posteriores a la detención de Jesús indican, por otra parte, que de lo que se trataba no era de tomar medidas contra un predicador iluminado, sino contra el jefe de unos guerrilleros, contra un rebelde- Esta hipótesis aparece confirmada por lo siguiente: del hecho de que en los Olivos se hubiera producido un *combate* nos basta como prueba este pasaje de *Lucas*: «Entonces, viendo *aquellos* que estaban con él lo que iba a suceder, le dijeron:

"Señor, ¿herimos con la espada?"...» (*Lucas, 22,49*.)

Por consiguiente, *todos iban armados*. No habían hecho sino seguir la consigna que Jesús les había dado la víspera: «Y *aquel que no tenga espada*, venda su manto y cómprese una...» (*Lucas, 22,36*.)

Primera conclusión: *los que no tenían espada todavía*, constituían una miñona ínfima, puesto que Jesús dijo: «aquel que...», lo cual da a entender que «si hay alguien que, por negligencia, no tiene todavía espada...». Segunda conclusión: son lo suficientemente numerosos como para plantearse la posibilidad de resistir a la Cohorte de los Veteranos (seis centurias de élite) y a su refuerzo, formado por los milicianos del Templo. Estamos muy lejos de los once fieles, alrededor de un Jesús pacífico. Esta actitud belicosa de hombres armados, agrupados alrededor de su jefe, viene justificada por la célebre frase de Jesús: «No he venido a traeros la paz, *sino la guerra...*» (*Lucas, 12, 51*.) Partiendo de esa premisa, ¿cómo no vamos a considerar como una inter-

polación posterior (del siglo IV, como siempre) la frase «quien a hierro mata, a hierro muere...», si está en contradicción formal con la orden dada por Jesús de armarse, si es preciso aun a costa de vender las ropas? A menos que supongamos que era inconsecuente, o que se burlaba de sus fieles. Lo cual, después de todo, también podría ser...

Y ahora abordamos el problema de los excesos inevitables de los zelotas, que el acta de acusación englobará bajo la denominación general de «*bandolerismo*». Y aquí, una vez más, será Simón-Pedro quien nos dará la clave, como demostraremos en un posterior capítulo.

12.- Jesús entre los doctores

«A los cinco años se alcanza la edad requerida para estudiar las Escrituras; a los diez para estudiar la Michna; a los trece para observar los Mandamientos...»

TALMUD, tratado *Aboth*, V, 24

Hemos visto que los padres de Jesús, José y María, no se habían preocupado de él durante toda una jornada de viaje, por un camino peligroso, al regreso de la Pascua de Jerusalén, y que al fin, cuando se dieron cuenta de su desaparición, regresaron a Jerusalén y, al cabo de tres días de búsqueda inútil, lo encontraron «en el Templo, sentado en medio de los doctores, *escuchándoles y haciéndoles preguntas*. Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas». (*Lucas*, 2, 46-47.)

El texto es bastante claro. Jesús hace preguntas a los doctores de la ley, éstos le responden, él les escucha. Ellos le preguntan a su vez, y él les responde inteligentemente. Estamos asistiendo aquí a una vulgar sesión de catecismo judaico. De esta escena tan sencilla, común a todos los pequeños judíos, como veremos en seguida, se nos ha querido hacer, una vez más, un episodio sublime. Y este hecho se ha convertido, tanto en los pintores como en los «historiadores sagrados», en un lugar común bien conocido de todos: *Jesús enseñando a los doctores de la Ley*.

¿Cómo imaginar que los doctores de la Ley, versados todos ellos, sin excepción, en las sutilidades de las exégesis de la Tora y del Talmud, e incluso en el caso de algunos de ellos, en los misteriosos arcanos de la Cabala, cómo admitir que esos hombres se hubieran rebajado a nivel de catecúmenos para instruirse humildemente de un chiquillo de *doce años*⁷ Porque, según *Lucas* (2, 42), Jesús, en ese episodio, contaba sólo doce años de edad.

Pues bien, es precisamente esta última precisión la que nos permite situar la naturaleza exacta de dicho episodio, que en el curso de los

siglos se convertiría en una importantísima ceremonia ritual: la *Bar Mitzva*.

En el judaísmo, cuando un hombre alcanza, a los trece años, la mayoría de edad religiosa, adquiere, por ese mismo hecho, la mayoría de edad jurídica y el pleno estatuto de hombre. Sus transacciones comerciales de toda naturaleza son jurídicamente válidas, y tanto su noviazgo como su matrimonio son asimismo válidos. Se hace responsable de todos sus actos, infracciones, y transgresiones de la ley, y, por ello mismo, es merecedor también de todas las sanciones prescritas por la citada ley.

A partir de esa edad es considerado como un judío adulto, y tiene la obligación de observar todos los preceptos positivos, así como de no transgredir los mandamientos negativos. Se le cuenta, además, como miembro del quorum necesario para que pueda celebrarse el oficio público, y está cualificado para que se le pueda invitar a leer la Tora en la sinagoga local.

La manifestación más importante asociada a la *Bar Mitzva* es indiscutiblemente el hecho de llevar, a partir de entonces, las filacterias rituales para las oraciones de la mañana de cada día laborable, mientras que antes se estaba dispensado de ello.

Antaño no existía ceremonia alguna para el acceso a la mayoría de edad religiosa y civil. Más tarde, en una época que es imposible determinar con exactitud, se constituyó un conjunto de formas rituales. Pero es probable que en Jerusalén, en los tiempos de Jesús, no se practicara para tal fin sino un simple examen, ante los doctores de la ley, que tenía como objeto verificar si el nuevo fiel estaba capacitado para asumir todas sus nuevas responsabilidades en el marco de la ley religiosa, que regía asimismo la vida civil en Israel.

Fue más adelante cuando se empezó a celebrar la *Bar Mitzva* como una solemne fiesta familiar. El día del sabbat de la semana en el curso de la cual el muchacho cumplía los trece años, era llamado al oficio de la mañana a la sinagoga para la lectura de la ley, y se le daba a leer la sección de *Maftir* de la Tora, así como el pasaje de los profetas, todo ello acompañado de bendiciones iniciales y terminales. La convocatoria para la lectura de la Tora, el hecho de cantar el himno llamado *Haf-tarah*, constituían una especie de ceremonia pública de iniciación a la comunidad religiosa. Primitivamente era el padre del *Bar Mitzva* quien pronunciaba, mientras leía su pasaje de la Tora, una bendición especial en la cual daba gracias a Dios por haberle descargado de la responsabilidad que él tenía hasta entonces sobre la conducta de su hijo. El joven *Bar Mitzva*, a su vez, pronunciaba un corto discurso de forma religiosa en la sinagoga o durante la comida familiar que celebraba este acontecimiento.

Así pues, aquello que fue pomposamente titulado «Jesús enseñando a los doctores de la Ley» se limita, sencilla y humildemente, a *su*

examen de mayoría de edad religiosa y civil. Y casi con toda probabilidad fue debido al hecho de su mayoría de edad irrevocable, por lo que José y María, muy ocupados con sus otros hijos más pequeños, se pusieron en camino de regreso sin preocuparse por su hijo mayor, que legalmente ya estaba emancipado.

Pero, una vez más, esto indica el poco caso que hacían de las revelaciones del ángel Gabriel en lo que a su hijo primogénito se refería.

13.- Juan, el Precursor y el Bautista

«Cristo alza los ojos, me ve y su mirada se turba, cambia de color, me hace preguntas que le traban la lengua, me habla en todos los tonos...»

El *Libro de Juan*, texto sagrado mandeano¹²

«La primera ley de la Historia consiste en no atreverse a mentir. La segunda en no temer expresar toda la verdad...» Son palabras de León XIII.

Hay que creer que los escribas anónimos que, en el siglo iv y v compusieron ese cristianismo simbólico, basado en la vida metafísica de puros arquetipos, y que se convirtió en el cristianismo oficial, no sabían exactamente la diferencia entre la mentira y la verdad histórica.

Si existe en los Evangelios un momento en que la contradicción es soberana, es en la descripción de las relaciones entre Jesús y Juan, llamado «el Precursor» o también «el Bautista». Por eso esperamos que el lector nos perdone el que le imponamos el cotejo de los pasajes de los Evangelios canónicos referentes a las relaciones entre Jesús y Juan. Veamos en *Mateo*; habla el Bautista:

«Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego. Yo os bautizo con agua para llevaros al arrepentimiento; mas el que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevar sus sandalias. Él os bautizará en el Espíritu Santo y en el Fuego. Tiene ya el biello en su mano, y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en un fuego inextinguible.

»Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, y se presentó a Juan, para ser bautizado por él. Pero Juan se oponía, diciendo: Soy yo quien debe ser bautizado por ti, ¿y vienes tú a mí? Jesús le respondió: Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos todo lo que es justo. Y Juan no se resistió más. Así que fue bautizado. Jesús salió del agua. Y

¹² Los *mándennos*, llamados equivocadamente «*cristianos de san Juan*», son los descendientes de los discípulos del Bautista. Sus escrituras plantean problemas en lo referente a las verdaderas relaciones entre Jesús y el tal Bautista, porque son muy anticristianos

he aquí que se abrieron los cielos, y vio el Espíritu de Dios descender como una paloma y venir sobre él, mientras una voz del cielo decía: "Este es mi hijo bienamado, en quien tengo todas mis complacencias".» (*Mateo*, 3, 10 a 17.)

Marcos (1, 1 a 11) nos dice lo mismo, aunque con más brevedad.

Lucas (1,5a 80) nos cuenta la concepción y el nacimiento del futuro Bautista, y nos precisa que María, futura madre de Jesús, es familiar de Isabel, madre del Bautista. Después (3, 1 a 22) nos da a su vez la historia del bautismo de Jesús por Juan. No obstante, hace detener a Juan por los esbirros de Herodes y lo mete en prisión antes de mostrarnos a Jesús bautizándose. Lo cual hace que ignoremos, en la versión de *Lucas*, si fue Juan o uno de sus discípulos quien bautizó a Jesús.

La versión de *Juan* (el evangelista) es más precisa todavía. Juzgúese:

«Al día siguiente Juan vio venir a Jesús hacia él y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Éste es aquél de quien yo dije: "Detrás de mí viene uno que es antes de mí, porque era primero que yo. Yo no le conocía, mas para que él fuese manifestado a Israel vine yo a bautizar en agua". Y Juan dio todavía este testimonio: "Yo he visto al Espíritu descender del Cielo como paloma y posarse sobre él. [...] Y yo lo he visto, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios..."» (*Juan*, 1, 29 a 34.)

Todo eso está muy claro y diáfano. Juan vio a Jesús y adivinó que era el Mesías, y que había recibido al Espíritu de Dios en su bautismo. Pues bien, consultemos de nuevo a *Mateo*:

«Juan, habiendo oído en la cárcel hablar de las obras de Cristo, le mandó preguntar a través de sus discípulos: ¿Eres tú el que ha de venir, o hemos de esperar a otro?» (*Mateo*, 11, 2 a 4.) Este versículo es clarísimo: Juan desconfía de Jesús, duda.

Lo cual es absolutamente contradictorio. ¿Cómo conciliar los dos relatos de *Mateo*. Sencillamente: consultando la versión de *Lucas*:

«Aconteció, pues, cuando todo el pueblo se bautizaba, bautizado también Jesús...» (*Lucas*, 3, 21.)

Así pues, Juan bautizó a Jesús, y éste se limitó a hacer «como todo el mundo». ¿Interés futuro? ¿Curiosidad? Nunca lo sabremos. Pero Juan no identificó, en modo alguno, a Jesús como el Cordero de Dios, ni vio abrirse los cielos y descender a ninguna paloma sobre Jesús. Lo bautizó como a todos los demás, sin prestarle más atención. Y eso lo cambia todo.

A fin de cuentas eran primos, sus madres se conocían, Juan recibió la *Apocalipsis*, redactada por Jesús en el curso de su larga estancia en

Egipto, y fue después de haber recibido este texto cuando se erigió en precursor, predicando y bautizando:

«Revelación de *Jesús*, el Ungido, *que Dios le confió* para manifestar a sus siervos lo que ha de sobrevenir en breve, y que él dio a conocer *por mediación de un ángel suyo que envió a su siervo Juan*, el cual testificó la palabra de Dios y el testimonio de Jesús, el Ungido, que es cuanto vio...» (*Apocalipsis*, Prólogo, 1,1 a 3.)

Pues bien, *mensaje* y *mensajero* se dicen, en griego, *aggelos*, y de esa palabra han ido haciendo poco a poco, de traducción en traducción, un *ángelus*, un *ángel*, un *espíritu puro*. Estamos muy lejos del prosaico sentido inicial.

Y la prueba de que el Juan de la *Apocalipsis* es el Bautista (y no el evangelista) se encuentra en sus propias palabras:

«Yo no le conocía, pero *el que me envió a bautizar en agua* me dijo: "Sobre quien vieres descender el Espíritu y posarse sobre él, ése es el que bautiza en el Espíritu Santo..."» (*Juan*, 1, 33-34.)

Quien le envió a bautizar en agua, quien le dio la señal de «ataque» mesianista fue el «mensajero» que le llevó el texto de la *Apocalipsis*. Y no se conocían más que de nombre, porque Jesús se encontraba desde hacía largo tiempo en Egipto, y Juan en el desierto jordano.

En *Mateo* (23, 35) y en *Lucas* (11, 51) nos enteramos, por el propio Jesús, de que Zacarías, el padre del Bautista, fue «matado entre el Templo y el altar».

Se avanzaron diversas versiones sobre la razón de esta muerte violenta de un hombre que era sumo sacerdote, o sacerdote (*cohen*). Tuvo como sucesor al anciano Simeón, autor de la profecía sobre el niño Jesús (*Lucas*, 2, 27 y 34).

Una de esas versiones lo hace asesinar por los mercenarios de Heredes durante la «matanza de los Inocentes». Por lo visto había sustraído al futuro Bautista a esa matanza ordenada por Heredes.

Ya sabemos lo que hay que creer en lo referente a esa pseudo masacre. Por consiguiente, esta versión no puede tenerse en cuenta.

Otra versión, de origen gnóstico, nos ha sido conservada por Epifano (*Herejías*, 26, 12), quien la había encontrado en un manuscrito gnóstico titulado *Genna Marías*. Según esta tradición, mientras Zacarías estaba echando el incienso, según el rito vespertino, solo, en el santuario, tuvo una visión repentina, la de un hombre con cabeza de asno. Salió inmediatamente, enloquecido, y quiso decir a la multitud lo que era en realidad la entidad adorada en el Templo. No pudo hacerlo: se quedó mudo de pánico y de horror. Después, cuando hubo recuperado el habla y pudo decirlo, la muchedumbre, indignada ante aquello que consideraba una blasfemia, mató a Zacarías.

De hecho, esta muerte sobrevino en el momento de la revolución del Censo, desencadenada y conducida por Judas de Gamala, su primo, en el año 6 de nuestra era, y no fue sino un episodio de ésta.

Sobre la muerte del propio Bautista, como se han divulgado tantos errores, intentaremos también restablecer la verdad.

Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, tetrarca de la Tracónítide, la Batanea y la Gaulanítide, se había casado con la hija de Aretas, rey de Petra, en Arabia. Una vez que fue a Roma, ante el emperador, se detuvo en casa de Herodes Filipo, tetrarca de Abilena, que era hermanastro suyo y que se había casado con su sobrina Herodías, hija de su hermano común, Aristóbulo. Y entonces Herodes Antipas quedó perdidamente enamorado de Herodías, a quien propuso en matrimonio en cuanto regresó de Roma, prometiéndole repudiar a su esposa actual, la hija de Aretas. Esta última, en cuanto se enteró de la sorprendente noticia, adivinó de antemano lo que le esperaba, teniendo en cuenta las costumbres de su tiempo, y se refugió en casa de su padre, en Petra. Se convirtió entonces en la causa de una guerra en la cual las tropas de Herodes Antipas fueron vencidas.

Sea lo que fuere, el caso es que Herodes Antipas hizo venir a Herodías, quien se consideraba divorciada de Herodes Filipo, y vivió maritalmente con Antipas. Fue entonces cuando, ante las violentas críticas de Juan el Bautista, quien le reprochaba lo que él consideraba un adulterio permanente, Herodes Antipas le mandó detener y encarcelar en la fortaleza de Machera, alias *Maqueronte*. En *Mateo* leemos lo que sigue:

«Jesús, habiéndose enterado de que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea...» (*Mateo*, 4, 12.)

Este pasaje abre curiosos horizontes, porque:

a) si Juan fue *entregado*, era que se escondía. Esa es la actitud de un conspirador, no la de un profeta que viene a clamar sus verdades a la cara de un tirano o de un pecador;

b) si Juan fue detenido simplemente porque reprochaba a Herodes Antipas su adulterio permanente con Herodías, ¿en qué afectaba esto a Jesús? Por el contrario, si como hemos sostenido nosotros antes, Juan el Bautista era el elemento público de la propaganda, el brazo derecho de Jesús, en un dominio puramente político y mesiánico, se comprende que Jesús, su jefe, tomara precauciones.

Por consiguiente, en los años 28 y 29 lo que llevan a cabo Jesús y Juan es una campaña de agitación política, y no una trivial predicación místico-moral. Y Flavio Josefo nos aporta la prueba, al decirnos lo siguiente sobre el Bautista:

«Se habían congregado gentes a su alrededor, *porque estaban muy exaltadas oyéndole hablar*. Herodes [Antipas] temía que semejante facultad *de persuadir suscitara una revuelta*, ya que la multitud parecía dispuesta a seguir *en todo los consejos* que daba este hombre...» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, V, 118.)

Añadiremos a esta breve biografía dos fechas importantes en la vida del Bautista: el 28 de mayo del año 31 de nuestra era, fecha en que

habría sido encarcelado en la ciudadela de Maqueronte. Y el 29 de marzo del año siguiente, por consiguiente del año 32, en que habría sido ejecutado.

Observemos también, de paso, que el incendio de Roma, en el año 64, estalló en el momento en que se desencadenaba en Judea la revolución que desembocaría en la destrucción de Jerusalén, y que el incendio afectó a las cuadras del Circo 33 años después de la muerte del Bautista;¹³ hay coincidencias altamente reveladoras. Volveremos a tratar sobre el tema en una próxima obra.

Pero entonces ¿qué era Maqueronte?

Maqueronte era una plaza fuerte situada en Transjordania, en los confines de la Perea, en la frontera del reino nabateo. Se hallaba a 750 metros, dominando la superficie de plomo del mar Muerto.

Según Renán, Herodes Antipas había construido allí una fortaleza, en el interior de la cual se encontraba un palacio, provisto de las instalaciones más lujosas, y una prisión, dado que en esas terribles épocas nunca iban una cosa sin la otra. Sería allí, según Renán, donde habría que situar la escena de la danza, y la de la decapitación que siguió.

Pero Renán se equivoca. Los textos evangélicos son particularmente reticentes en lo que concierne a los detalles y las precisiones al respecto. Porque, si situamos la danza y la fiesta que dio pretexto a ella en el palacio habitual de Herodes Antipas, en Tiberíades, el relato es poco plausible. Entre Tiberíades, situada junto a las encantadoras orillas del lago de Genezaret, o mar de Galilea, y Maqueronte, que se hallaba en la orilla oriental del mar Muerto, hay, *a vuelo de pájaro*, una distancia mínima de ciento cuarenta kilómetros. Por lo tanto, el verdugo de Herodes habría tenido que hacer de noche, en pocas horas, un viaje de nada menos que trescientos kilómetros, como mínimo, ida y vuelta. Cosa absolutamente imposible en aquella época.

Por otra parte, Flavio Josefo, al contarnos la construcción de la fortaleza de Maqueronte, llamada primeramente Herodion, no nos dice nada sobre palacio interior alguno, y pronto comprenderemos el porqué.

Por el contrario sí que nos describe el que Herodes Antipas hizo construir cerca de Jerusalén, lujosamente acondicionado, y que fue denominado asimismo Herodion. Por lo tanto es ahí donde hay que situar la escena de la danza, en el curso de la fiesta nocturna, y las decisiones que de ella salieron. Pero no la ejecución del Bautista.

Otra contradicción. En los dos evangelios que narran la decapitación del Bautista, *Mateo* (14, 11) y *Marcos* (6, 28), la bailarina que fascina a Herodes Antipas es Salomé, la hija de Herodías. Esos textos son conocidos en todo el mundo cristiano en el siglo iv. Ahora bien, en la misma época, y en el siglo v todavía, la bailarina en cuestión es

¹³ Entre los judíos, el treinta y tres era el número de toda purificación (*Levi-tk-o*, 12,4).

la propia Herodías, especialmente para Juan Crisóstomo, quien compara a la emperatriz Eudoxia con Herodías, y se toma a sí mismo por Juan el Bautista porque Eudoxia lo manda exiliar fuera de Bizancio. Esto mismo sucede con Atanasio de Alejandría, quien no conoce a Herodías sino como bailarina.

Y esto plantea un nuevo problema. Herodes Antipas, al hacer detener y encarcelar *lejos* al Bautista, quiso hacerle callar y cortar todo contacto suyo con el pueblo, por prudencia política. Y en los confines del desierto nabateo Maqueronte cumple esta función. Pero, de todos modos, no lo manda ejecutar, porque le teme. El Bautista es, a sus ojos, un profeta, se rumorea que es el propio Elías reencarnado, además es *nazir*, es decir, consagrado al Señor, y por lo tanto no se le puede poner la mano encima. Y detrás de dicho temor quizás hubiera también una inconsciente admiración, mezclada con una conciencia no muy limpia.

De modo que, cuando hubo sido pronunciada la imprudente promesa, sin duda debido a la embriaguez del festín, cuando Herodes Antipas tuvo que cumplirla, quizás el alejamiento mismo de la víctima designada le permitiera la esperanza de escapar a sus imprudentes palabras.

Recapitulemos. Salomé (o Herodías, su madre) danza maravillosamente delante de Herodes y su corte. Herodes, en recompensa, le promete concederle todo lo que desee, aunque se trate de la mitad de su reino. Salomé (o Herodías) pide entonces la cabeza del Bautista.

¿Lo conocía? Es poco probable. Las mujeres de su rango salían poco, y si lo hacían era dentro de literas cerradas, escoltadas por esclavos o eunucos armados, que despejaban las calles mucho antes de su paso. Y precisamente este hecho es el que saca del aprieto a Herodes Antipas.

Llama a uno de sus oficiales. Le da una orden en voz baja. El hombre desaparece. Algunos momentos más tarde, la fiesta es de nuevo interrumpida: el oficial regresa. Detrás de él, un verdugo lleva, sobre una gran bandeja, la cabeza del Bautista. O, mejor dicho, una cabeza exangüe, una cabeza de hombre, barbudo y de abundante cabellera, de rostro pálido y flaco. Eso es, al menos, lo que nos cuentan *Mateo* y *Marcos*, en quienes, por otra parte, el relato está ostensiblemente interpolado.¹⁴

¹⁴ Es forzoso constatar que este relato interpolado no coincide, en su orientación general, en los dos evangelistas. En *Marcos* (6, 20), Herodes siente una cierta simpatía por Juan, lo trata bien, incluso a veces le consulta. En cambio en *Mateo* (14, 1-12), de eso nada: el Bautista está encerrado en su calabozo y no mantiene conversaciones metafísicas con Herodes Antipas. Para el lector deseoso de verificar esta interpolación le indicaremos que basta con cortar, en *Marcos*, el relato después del versículo 12 (6) y continuar en el versículo 30 (6); entonces se constata fácilmente que no hay interrupción alguna y que todo lo que se ha suprimido estaba interpolado

Podía tratarse de la cabeza de un asceta que, debido a los votos de su nazirato, jamás se hubiera cortado los cabellos y la barba, y cuya delgadez fuera consecuencia de sus ayunos o del propio ascetismo en el que vivía.

Podía ser también la cabeza de un hombre corriente, pero que hubiera estado viviendo durante muchos años en un calabozo lóbrego, y que desde su encarcelamiento no hubiera podido cortarse ni los cabellos ni la barba, y que estuviera flaco a consecuencia de la subalimentación común a todos los cautivos de aquellas terribles épocas.

Pero ¿se trataba realmente de la cabeza del Bautista, encarcelado a más de ciento cuarenta kilómetros de allí, en los confines del desierto transjordano? La orden fue ejecutada con demasiada rapidez para que ello fuera cierto, y Tiberíades está demasiado lejos de Maqueronte.

¿Por qué no pudo haberse desarrollado la fiesta en Maqueronte? Pues porque la Maqueronte cuya construcción nos cuenta Flavio Josefo es una ciudadela perdida en unos lugares desérticos, sin agua, y que no hay ni que hablar de palacios suntuosos en Maqueronte. Y también porque Herodes Antipas habría estado loco si se hubiera encerrado allí, en la frontera misma de su enemigo Aretas, padre de la esposa a la que repudió por Herodías, corriendo el riesgo continuo de verse asediado y capturado por los árabes. Y sabemos por Flavio Josefo que, además, no iba jamás por allí. ¿Cómo iba a exponer a la mujer a la que amaba tan apasionadamente, tanto a la venganza de la hija de Aretas como a la suerte que esperaría después a semejante cautiva? Todo eso es impensable.

Por el contrario, en la época de la muerte del Bautista, Tiberíades goza de un clima delicioso. Mientras que Maqueronte se halla entonces en el centro de las terribles tempestades de arena que en esa época barren la desértica meseta del Moab.

Además, la estancia en Maqueronte no podía entusiasmar en modo alguno a Herodías por otros motivos. A esta mujer, habituada desde siempre al lujo, no le podía gustar Maqueronte, donde no hay ni jardines encantadores, ni surtidores de agua como en Tiberíades. Allí no se encuentra sino agua de cisterna, un único pozo, y las fuentes están a más de veinte kilómetros de allí. Y en las ruinas actuales de la ciudadela, que culmina todavía a más de cien metros del barranco de defensa, no hay ningún rastro que pueda permitir suponer que ese lugar abrasado por el sol haya albergado jamás un palacio digno de Herodes Antipas y, sobre todo, de la mujer a la que él idolatraba.

La continuación de la historia no es más clara.

Una tradición transmitida por Teodoro, teólogo bizantino que constituye una de las autoridades históricas de la Iglesia, pretende que los paganos de Sebasta, en Samaría, profanaron en un lugar llamado *Makron* la tumba del Bautista en el año 362, y quemaron los restos.

Se trata de un error, probablemente intencionado. Juan el Bautista

fue enterrado en *Maqueronte*, y no en Makron, en los confines de la Arabia Pétreá, en la misma fortaleza donde había sido encerrado, y luego ejecutado. Cerca de Sebasta, en Samaría, a más de setenta kilómetros a vuelo de pájaro, se halla el lugar de la tumba del que habla Teodoro, que se llama, como hemos dicho antes, *Migron o Makron*. Y ese lugar está citado en *Isaías* (10, 28) y en *1 Samuel* (14, 2). Y no fue el cuerpo del Bautista lo que albergó, sino el de Jesús, después de haber sido extraído de la «fosa infame» situada cerca del Gólgota.¹⁵

La tumba de Eliseo no estaba lejos de allí, y, según la tradición, los patriarcas fueron inhumados en dicho lugar.

Otra tradición, la de Sozoméne, citada por el padre Lagrange, pretende, por el contrario, que la *cabeza* del Bautista fue llevada de Jerusalén a Cilicia, y luego de Cilicia a Constantinopla.

Una tercera tradición pretende que fue llevada a Damas, y en el siglo IV, en la iglesia de Teodosio, se veneraba una cabeza atribuida a Juan el Bautista. Todavía hoy, en la mezquita de los Omeyas, un edículo de mármol pretende contenerla.

Observaremos que no se habla del *cadáver*.

De hecho, la cabeza que fue entregada sobre una bandeja a Salomé (o a Herodías) debió sufrir la suerte de todas las cabezas de decapitados en el Oriente Medio. Se las exponía ensartadas en una lanza o en una estaca, en lo alto de la más alta torre, a fin de que sufrieran los ultrajes de los pájaros del cielo, especialmente de los buitres, tan abundantes en esas regiones. Cuando estaba ya descarnada y descompuesta, y no quedaba más que la parte ósea de lo que había sido un «jefe» humano, se la depositaba sobre una pira de leña mezclada con basuras, y se la quemaba.

Eso es lo que sucedió con las cabezas de los soldados ingleses decapitados en mayo de 1964 en el Yemen. Se las encontró carbonizadas, según la prensa de finales de junio de 1964. En esas regiones, donde la vida no ha variado desde hace siglos, las costumbres se mantienen, inmutables y crueles.

También es muy posible que Heredes Antipas se hubiera acordado de la amenaza general, proferida antaño por el profeta Amos, que condenaba implícitamente, en Israel, la incineración postuma:

«Y como ha quemado, calcinado, los huesos del rey de Edom, enviaré el fuego a Moab, y devorará los palacios de Kerijoth, y Moab

¹⁵ La «fosa infame» (*fossa infamia*) era una fosa cerrada por una reja. Los romanos devolvían los cadáveres a las familias después de la ejecución; en cambio los judíos no los devolvían hasta que de ellos no quedaban más que los huesos. La «fosa infame» recibía los cuerpos de los suplicados

perecerá en medio del tumulto, en medio de los gritos de guerra y del estrépito de las trompetas... Y mataré a todos sus jefes con él, dijo el Eterno...» (*Amos, 2,2.*)

En este caso, Antipas habría dado las órdenes oportunas para que la cabeza no fuera profanada. Únicamente lo sería, sin duda, la del decapitado anónimo entregada a Herodías.

En cuanto a Juan, éste murió, sin duda, pocos días después de la fiesta. Heredes no podía zafarse y dejar con vida a aquel que, en cuanto hubiera reaparecido, habría enfriado el amor de Herodías, a quien él había mentido. Un mensajero debió partir al amanecer hacia Maqueronte. Debió tardar cuatro días en ir y volver. Y la espada cayó por segunda vez. A menos que interrumpieran simplemente cualquier entrega de víveres al prisionero, para evitar *verter la sangre* de un profeta.

Y teniendo en cuenta lo largo del camino y el calor, es poco probable que cerca de la ciudadela se encontraran unos discípulos, que hubieran sido advertidos de la decapitación de su maestro, y hubieran recibido la autorización de llevárselo a Samaría. Juan el Bautista fue inhumado en *Maqueronte*, allí donde había muerto, y fue inhumado sin precauciones particulares, como un condenado a muerte de aquellos tiempos, eso si el cadáver no fue precipitado sin contemplaciones desde lo alto de las murallas. Además, ¿cómo habrían podido subsistir esos discípulos fuera de la ciudadela, en medio de semejante caos desértico? ¿Y acaso la guarnición los habría tolerado? Eso es más dudoso todavía. Su presencia habría resultado sospechosa, al evocar una evasión, siempre posible. Por esa razón, los restos inhumados en Sebasta, en Samaria, *no pueden haber sido los del Bautista*. Tengamos esto en cuenta; pronto comprenderemos la importancia de esta constatación.

El siguiente pasaje de las *Guerras de Judea*, de Flavio Josefo, en su versión eslavona, nos basta como prueba de que el Bautista, al igual que Jesús, era seguidor de la doctrina de Judas de Gamala:

«Había entonces un hombre que recorría la Judea vestido de forma extraña, con pelos de animales enganchados a su cuerpo en los puntos en los que no estaba cubierto por su propio pelo, y su rostro parecía el de un salvaje. *Abordaba a los judíos y los llamaba a la libertad*, diciéndoles: "Dios me ha enviado para mostraros el camino de la ley gracias a la cual *os salvaréis de tener a varios amos*, y no tendréis sobre vosotros a ningún amo mortal, *sino tan sólo al Altísimo*, que me ha enviado..."» (*Op. cit., 2, 2.*)

«Al oír estas palabras, el pueblo se sentía feliz, y toda la Judea le seguía, así como los alrededores de Jerusalén. Y no hacía otra cosa que sumergirlos en las aguas del Jordán. Y los hacía marchar, enseñándoles a dejar de hacer el mal, y diciéndoles que les sería dado un rey que los liberaría y que sometería a todos los insumisos, y que él mismo no estaría sometido a nadie. Unos se burlaban de sus palabras, otros creían en ellas...» (*Op. cit.*, 2, 2.)

No hay más que comparar estos dos párrafos para constatar que el segundo es la contradicción del primero. Es una interpolación ulterior de los copistas cristianos. El primer párrafo se acomoda perfectamente, en sus términos, a la doctrina de Judas de Gamala, y nosotros lo consideramos auténtico. Desgraciadamente, las interpolaciones siguientes han sustituido a pasajes de Flavio Josefo que nos habrían enseñado, indudablemente, mucho más que los Evangelios de los siglos IV y V.

En cuanto a la razón por la cual Juan había adherido pelos de animales sobre las partes de su cuerpo que habitualmente no están revestidas de vello, es fácil ver en ello una provocación, una advertencia a la dinastía usurpadora de los Herodes. Haciéndolo se asemeja a Esaú, que estaba cubierto de vello (*Génesis*, 25, 25-26 y 27, 16-17). Ese fue el artificio que utilizó Jacob para engañar a su padre Isaac al sustituir a Esaú, su hermano mayor y primogénito de aquél. Pues bien, Jacob significa «suplantador», y Jesús (a quien Juan anuncia) deberá suplantarlo a los tetrarcas colaboradores de Roma. Por último Esaú, el «velloso», fue el primero de los dos gemelos que salió del vientre materno. Y de los dos gemelos que trajo al mundo Mana, Jesús era el primogénito.

Para los judíos, que estaban al corriente de la forma metafórica de hablar de los profetas, quienes siempre hacían preceder sus palabras de gestos o de actitudes simbólicas, Juan desempeñaba perfectamente su papel, y se expresaba esotéricamente, conforme a la tradición.

Hasta ahora hemos seguido dócilmente el tema clásico de la leyenda del Bautista, contentándonos con subrayar los anacronismos y las imposibilidades en cuanto a la realidad histórica. Vamos ahora a controlar lo esencial.

Herodes el Grande murió en el año 5 antes de nuestra era. A su muerte, acaecida en el mes de Nisán (21 de marzo-21 de abril), su hijo primogénito, Arquelao, se embarca con rumbo a Roma para que el emperador Augusto ratifique su elevación al trono de Judea. Su hermano Herodes Antipas hace lo mismo, pero con la intención contraria. A su regreso de Roma, este último convencerá a Herodías, esposa de su otro hermano, Herodes Filippo, a que vaya a vivir maritalmente con él, con su hija Salomé, que Herodías tuvo de su esposo Herodes Filippo. Esta decisión de Herodías se sitúa, según Flavio Josefo (*Antigüedades judaicas*, XVIII, V, 136), poco después del nacimiento de Sa-

lomé.

Por consiguiente, en el año 5 antes de nuestra era, dicha Salomé está ya en el mundo y cuenta aproximadamente un año de edad. La muerte del Bautista se sitúa en marzo del año 32 de nuestra era. En esa época Salomé tendrá, pues, por lo menos treinta y siete años (5 + 32).

La historia, contada fielmente por Flavio Josefo en sus *Antigüedades judaicas* (XVIII, V, 137), nos dice que ella se había casado primero con su primo Filippo, hijo de Herodes Antipas, que era, a su vez, su tío natural y (por su unión con Herodías) su padrastro.

Al morir Filippo Antipas *sin dejar sucesión* de esta unión con Salomé, ésta se casará otra vez, ahora con Aristóbulo, hermano de Agripa.

De esta segunda unión Salomé tuvo tres hijos: Herodes, Agripa y Aristóbulo. El tiempo pasará y, a la muerte de Jesús, Salomé tendrá aproximadamente cuarenta años.

Y aquí nos planteamos el problema de la veracidad de los Evangelios canónicos en cuanto a la causa real de la muerte del Bautista.

Herodes Antipas, en su palacio de Tiberiades, da una gran fiesta. En este banquete está, a su lado, Herodías, la mujer a la que ama tiernamente. Y también se halla, sin duda, Salomé, y su esposo de entonces, que es probablemente Aristóbulo, si se casó por primera vez a los quince años de edad con Filippo, el esposo difunto, o sea hacia el año 10 de nuestra era. Cerca de ellos, alrededor de la gran mesa dispuesta en forma de herradura de los banquetes antiguos, están los grandes oficiales de Herodes Antipas, su corte.

¿Qué verosimilitud hay en el hecho de que el tetrarca idumeo pida a Salomé, madre de familia, y delante de su esposo, que baile?

En Oriente, en aquella época, no se bailaba como en nuestros días, «entre sí» y «para sí». Había bailarinas, ése era su oficio, y por cierto un oficio bastante desacreditado. Y pedir a la nuera, que era al mismo tiempo su sobrina, que se entregara a cabriolas sugestivas ante los ojos de su esposo y de toda la corte, era cosa impensable; habría sido injuriar gravemente a ambos. Tanto más cuanto que se trataba de una mujer de treinta y siete años ya, y que, en Oriente, teniendo en cuenta la época, debía de ser víctima de un envejecimiento precoz.

¿Y qué plausibilidad había asimismo en el hecho de que el tetrarca idumeo ofreciera como recompensa satisfacer cualquier deseo de Salomé, *aunque éste fuera la mitad de su reino*, como dice el evangelio de Marcos (6, 23)? Sería preciso que Herodes Antipas, tan apasionado por el poder y por el engrandecimiento de sus dominios, hubiera perdido la razón.

En cuanto a transferir el problema en beneficio de Herodías, quien en esa época debía contar unos cincuenta años, ¡la hipótesis queda

excluida! No se hace danzar en público a la esposa, sobre todo siendo cincuentona, y no se ofrece la mitad del reino a aquella que reina ya, junto con uno mismo, sobre la totalidad de los dominios.

¿Y bien? Concluamos simplemente diciendo que Heredes Antipas hizo detener a Juan el Bautista y lo encarceló lejos, en Maqueronte, en el desierto de Moab, para retirarle toda influencia sobre la población judía. Y lo hizo decapitar al cabo de un año, en esa misma fortaleza de Maqueronte, cuando las actividades zelotas, dirigidas por Jesús, jefe de dicho movimiento, empezaron a tomar una amplitud peligrosa. No fue sino una simple y despiadada medida de prudencia, pero ni Herodías ni Salomé tienen aquí nada que ver. Lo que explica que los padres de la Iglesia ya citados ignoraran la famosa «danza de Salomé», episodio que se debe relegar al campo de las leyendas, al igual que el de los discípulos autorizados a permanecer durante un año a la sombra de la fortaleza, sin avituallamiento y sin agua, para luego recibir y llevarse a más de cien kilómetros de allí la cabeza del profeta decapitado.

14.- La magia en la vida de Jesús

«Que no se encuentre en tu pueblo a nadie que pregunte a los muertos...»
DEUTERONOMIO, 18, 11

No hay ni un solo exegeta que no haya observado o reconocido que, en la vida de Jesús, hay un vacío oscuro, un período del que no se sabe absolutamente nada. Para los docetas y todos los gnósticos en general, y para Marción el primero. Jesús aparece de forma repentina, sin que se sepa de dónde viene. Es asimismo en Cafarnaúm donde fijan su primera aparición. Otros la sitúan en el vado del Jordán llamado Beta-Abara, en el pueblo de Betania. (Hemos visto, en el capítulo 11, que esos «años oscuros» cubren un período de actividad política, o incluso insurreccional.)

En ese período desconocido de la vida de Jesús, el rumor público judío incluía su estancia en Egipto, con el fin de estudiar allí la magia.

En efecto, en Israel existía una tradición sólidamente establecida según la cual Egipto era la patria de dicha ciencia, y que no se podía tener mejor maestro que un *egipcio*. Para todo talmudista sincero, experimentado, poseedor de la tradición esotérica de las sagradas Escrituras, uno de los tesoros robados a los egipcios cuando tuvo lugar su salida de Egipto (cf. *Éxodo*, 12, 35-36) fue precisamente ese conocimiento, y los famosos «vasos de oro y de plata» que los israelitas tomaron sutilmente de las gentes de Egipto la víspera de su partida en masa hacia la Tierra Prometida no eran otra cosa que las claves (los *vasos*, los *secretos*) del doble poder mágico (el *oro* y la *plata*), todavía representado en nuestros días esotéricamente mediante las dos llaves de oro y plata que figuran en el blasón de los papas.

Esta creencia estaba tan sólidamente arraigada en el espíritu del Israel antiguo, que todo viajero procedente de Egipto que entrara en Palestina era sometido a un escrupuloso registro a su paso por la frontera común. Y, *en virtud de la palabra de las Escrituras*, a todo aquel que introdujera un tratado cualquiera de magia le esperaba como castigo la pena de muerte a partir del momento en que franqueara los límites del país nabateo o de la vetusta tierra de Menfis:

«Que no se encuentre junto a ti a ninguno de aquellos que practi-

que las adivinaciones, el sortilegio, el augurio, la magia; que practique hechizos, que consulte a los espectros y a los espíritus familiares, que interroge a los muertos.» (*Deuteronomio*, 18,10-11.)

Por eso:

«No dejarás vivir a la que practica la magia...» (*Éxodo*, 22, 17.)

Y este ostracismo llegaba muy lejos. En el siglo I de nuestra era, Rabbi Ismael ben Elischa, nieto del sumo sacerdote ejecutado por los romanos, impide a su sobrino Ben Dama que se deje curar por un cristiano de una mordedura de serpiente. Basa su oposición en el tratado talmúdico *Abhodah Zarah* (27 B), el cual enseña que:

«Vale más perecer que ser salvado por la magia...»

Así pues, para los judíos Jesús operaba sus prodigios sustentándose en sus conocimientos de magia, que había aprendido y traído de Egipto, y cuyos elementos esenciales había conseguido disimular bajo sus ropas al pasar la frontera. (*Qiddouschim*, 49 B; *Schab.*, 75 A y 104 B.) Todos sus discípulos eran como él, ya que él les había enseñado sus secretos. Eso es lo que explica sus milagros y el éxito que éstos traían aparejado para ellos, de cara a la multitud ignorante.

En la misma época se verá cómo Rabbi Eliezer ben Hyrcanos, que había sido acusado de haberse hecho cristiano en secreto, obtuvo finalmente la gracia, al haberse llegado a la conclusión de que un hombre tan sabio, tan fiel observador de la ley, no había podido extraviarse de tal modo de no haber caído en una especie de hechizo espiritual, practicado por los discípulos de Jesús.

Reconozcamos que esta opinión era todavía compartida por un porcentaje bastante elevado de cristianos en el siglo V. En efecto, está demostrado que los Evangelios llamados «de la Infancia», que se componen del *Protoevangelio de Santiago*, del *Evangelio del pseudo Mateo*, de la *Historia de José el carpintero*, y del *Evangelio de Tomás*, se reparten en fragmentos que pueden haber sido compuestos, unos a finales del siglo II, y los otros en el siglo V.

Pues bien, en todos esos textos se nos muestra al niño Jesús dotado de facultades mediúmnicas extraordinarias, y ya apto para realizar prodigios, a merced de sus reacciones infantiles. Se le ve penetrar en una caverna, donde una leona acaba de parir. Y ésta juega y retoza con Jesús, junto con los leoncillos. Y una palmera se inclina ante una orden suya, para ofrecer a María, su madre, los dátiles que desea. Una fuente brota por orden suya, para apagar la sed de sus padres. En el templo de Hennópolis, en Egipto, las trescientas sesenta y cinco estatuas de las divinidades cotidianas de las parénesis caen al suelo. Cuando juega con la tierra y el agua, de regreso a Judea, aquellos que estropean sus frágiles construcciones caen muertos a sus pies. Modela una docena de pájaros en arcilla, y les da vida con sólo una palmada.

Ante la indignación de la población, consecutiva al abuso que hace de sus poderes, sus padres lo encierran en la casa y no le dejan salir.

Entonces, tanto para hacerse perdonar, como para demostrar su poder. Jesús devuelve la vida a un niño al que acababa de lanzar un hechizo mortal. Lo confían a un maestro de edad muy avanzada para que le enseñe a leer. El maestro, al golpear a Jesús con una varilla de estoraque, cae inmediatamente muerto. Un hecho confirma en los Evangelios canónicos ese carácter rencoroso de Jesús: es el episodio de la higuera (*Mateo*, 21, 19 y *Marcos*, 11, 21), que debería haber dado higos a Jesús instantáneamente, -y fuera de temporada, y a quien él maldice por no haberlo hecho.

En todos esos apócrifos, el padre de Jesús se llama José, evidentemente. Pero han permanecido algunos fragmentos de una veracidad que a continuación fue sabiamente sofocada. Entre ellos están, por ejemplo, los siguientes del *pseudo Mateo* sobre sus hermanos:

«Cuando José iba a un banquete con sus hijos Santiago, José, Judas y Simón, así como con sus dos hijas. Jesús y su madre iban también, junto con la hermana de ésta, llamada María, hija de Cleofás...» (Cf. *Evangelio del pseudo Mateo*, 42,1.)

«José envió entonces a su hijo Santiago para recoger leña y llevarla a casa, y el niño Jesús le seguía. Pero mientras Santiago reunía las ramas, una víbora le mordió en la mano. Y como sufría y se moría. Jesús se le acercó y sopló en la herida. Inmediatamente el dolor cesó y la víbora cayó muerta, y Santiago permaneció entonces sano y salvo.» (*Op. cit.*, 16,1.)

En los apócrifos etíopes encontramos lo mismo. Vemos a Jesús, en su edad madura, comunicando a sus discípulos fórmulas mágicas extrañas, algunas de las cuales las encontraremos en los formularios que todo buen *doblara* abisinio debe inevitablemente poseer.¹⁶

Esas son las creencias supersticiosas que compartían los judíos y los cristianos respecto a los «poderes» de Jesús.

Lo que es seguro es que los cristianos más cerrados al análisis racional de un texto no podrán negar que *Jesús utilizaba una técnica*. Y ésta es la prueba:

En su ingenuidad los creyentes ordinarios se imaginan que a Jesús le bastaba con dar *una orden* para que el milagro se produjera. Y nada de eso. Hay matices, y los procedimientos difieren según la naturaleza del resultado deseado. Los siguientes textos lo prueban:

«Cuando hubo partido de allí, Jesús fue seguido por dos ciegos que daban voces y decían: "¡Hijo de David, ten piedad de nosotros!" En cuanto hubo llegado a la casa, los ciegos se le acercaron y Jesús les dijo: "¿Creéis que puedo yo hacer esto?" Respondieronle: "Sí, Señor". Entonces *tocó sus ojos*, diciendo: "Hágase en vosotros según vuestra

¹⁶ El *doblara* es, en Abisinia, un corista de la iglesia que, además, practica la magia «blanca», porque la negra está severamente reprimida

fe". Y se abrieron sus ojos...» (*Mateo, 9, 27.*)

«Llegaron a Betsaida, y le llevaron a Jesús un ciego, rogándole que lo *tocara*. Tomando al ciego de la mano, *lo sacó fuera del pueblo, y, poniendo saliva en sus ojos e imponiéndole las manos, le preguntó si veía algo*. El ciego miró y le dijo: "Veo hombres, pero algo así como árboles que andan". *Jesús le puso de nuevo las manos sobre los ojos, y cuando el ciego miró fijamente, fue curado, y vio con toda nitidez.*» (*Marcos, 8,22-26.*)

«Pasando, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento [...]. Y después de haber dicho esto, *escupió en el suelo e hizo un poco de lodo con la saliva. Luego aplicó este lodo sobre los ojos del ciego y le dijo: "Ve y lávate en la piscina de Siloé"*. Fue, pues, allí y se lavó, y regresó viendo claro.» (*Juan, 9,1 y 6-7.*)

La piscina de Siloé estaba situada cerca de una de las puertas de Jerusalén. Era allí donde los sacerdotes, revestidos con sus atavíos festivos, sacaban el agua que iban a utilizar para las purificaciones rituales del Templo. Desde que el profeta Isaías la había alabado (*Isaías, 8, 6*) se la tenía por santa, y todavía en la Edad Media tenía fama, entre los musulmanes, de dispensar un agua milagrosa. En efecto, en estos tres milagros se ve que Jesús emplea tres técnicas diferentes:

a) en el primer caso, la fe de los ciegos garantizaba el resultado, por lo que le basta con tocar sus ojos;

b) en el segundo caso, pone saliva suya sobre los párpados del ciego, y le impone las manos. Al ser incompleto el resultado, empieza de nuevo la operación, y por fin el ciego ve;

c) en el tercer caso, utiliza una vieja receta de la farmacopea antigua. Un código médico del siglo III, atribuido a Serenus Sammonicus, recomienda la aplicación de una capa de lodo para curar los tumores de los ojos. Pero Jesús añade a ello, a modo de complemento, la inmersión en la piscina milagrosa de Siloé, o por lo menos el lavado de los ojos en esas célebres aguas.

Sobre el hecho de que Jesús utilizara la saliva en la curación de las afecciones oculares, éste no hace sino emplear una receta antiquísima que se basa en el valor terapéutico de la saliva. En los *Anales de cirugía plástica* de abril de 1961, págs. 235-242, podemos leer en el artículo «Las derivaciones salivales parotídeas en la xeroftalmia» los siguientes pasajes:

«El síndrome xeroftálmico que se desarrolla sobre un ojo con secreción lacrimal pobre o ausente, acarrea la queratinización o la desecación de la conjuntiva desecada, con formación de adherencias...

La comea se opacifica... Las pestañas, al rozar, se convierten en un factor de ulceración... El descenso de la agudeza visual desemboca a menudo en una ceguera completa.»

«La saliva y las lágrimas tienen una composición muy parecida, y contienen ambas lisozima, sustancia bacteriostática de protección.» El cirujano comunicará entonces, por vía mucosa intrabucal, el canal secretor de las glándulas salivales con el fondo de saco conjuntivo. Y «...de ello resultará para el enfermo una mejora espontánea de la agudeza visual...» (*Op. cit.*)

De este conocimiento inconsciente es de donde deriva el gesto de numerosos escolares que, afligidos por dolor de ojos, humectan con su saliva, con ayuda de sus índices, los lagrimales doloridos, mientras hacen sus deberes bajo la lámpara familiar.

En el caso del exorcismo que nos cuenta *Mateo* (17, 21), también ahí se ha utilizado una técnica. Juzgúese:

«Entonces se acercaron los discípulos a Jesús y *aparte* le preguntaron: "¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojar a ese demonio?" Jesús les respondió: "A causa de vuestra incredulidad; porque en verdad os digo que, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diríais a esa montaña: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible. Pero esta raza de demonios no se puede expulsar sino mediante la oración y el ayuno..."» (*Mateo*, 17,19-21.)

En primer lugar, observaremos que existe contradicción. El texto nos dice que nada es imposible para la/e absoluta y sincera. Pero el mismo texto nos precisa los elementos de una *técnica*, ascética y mística, para la obtención del resultado: la *oración* y el *ayuno*. Hay ahí una indiscutible contradicción, ya que la frase final implica que, según la naturaleza de los demonios, según su especie, debe utilizarse un procedimiento u otro. Por lo tanto, la *fe* sola es insuficiente, y hay que añadirle un *sopORTE psíquico*: ayuno, oración, sacramental (aceite, saliva, lodo, agua, etc.).¹⁷

Hay otros casos en los que el análisis debe ser más sutil, más prudente. Así, por ejemplo, el caso del poseso de Gerasa. Un hombre está poseído por numerosos demonios. Vive en los lugares desérticos y en los sepulcros. Rompe las cadenas y los hierros con los que se le quiere reducir. Jesús viene, ordena a los demonios que dejen a ese hombre. Ellos le suplican:

¹⁷ Jesús no debía ayunar mucho, porque él mismo reconoce (*Mateo*, 11, 19) que tenía la reputación de «comedor y bebedor». Y san Jerónimo, en su *Vulgata*, utiliza el término latino *potalor*, que traducimos por «beodo».

«...y le rogaban encarecidamente que no les mandase volver al abismo. Pues bien, había allí una piara de cerdos bastante numerosa paciando en el monte, y suplicaron a Jesús que les permitiese entrar en ellos. Se lo permitió. Y saliendo los demonios del hombre, entraron en los puercos, y se lanzó la piara por un precipicio abajo hasta el lago, y se ahogó. Viendo los porquerizos lo sucedido, huyeron y lo anunciaron en la ciudad y en los campos...» (Lucas,8,31-35.)

Observaremos, en primer lugar, que no son jabalíes, sino cerdos domésticos, dado que se trata de una piara con porquerizos. La escena tiene lugar en «*el país de los gerasenos, que está frente a Galilea*». Es, por lo tanto, la *Galaadítide*. Pero ¿qué probabilidades hay de que allí se criaran cerdos, animales cuyo consumo estaba formalmente prohibido por la ley, y cuya utilización, preparación y venta eran, por consiguiente, más que aleatorias? Por otra parte, en Gerasa y en su región no hay lago alguno. Para evitar este escollo se nos quiso transferir la escena a *Betsaida-Julias*, en las orillas del lago Tiberíades, alias de Genezaret, alias mar de Galilea. Pero entonces el suceso no se desarrolla ya en el país de Gerasa, ni en Galaadítide, sino en la Gulaadítide, y a más de ochenta kilómetros a vuelo de pájaro de Gerasa... Una vez más, los escribas anónimos del siglo iv imaginaron cualquier cosa, sin pararse a reflexionar.

Por último, en el *Voyage en Orient* de Gérard de Nerval leemos lo siguiente, y es Avicena el que habla:

«Siempre he dicho que el cáñamo con el que se hace la pasta de haschich era esa misma hierba que, según decía Hipócrates, comunicaba a los animales una especie de rabia *que les inducía a precipitarse al mar.*»

De hecho, si hacemos una selección entre los acontecimientos milagrosos cuyo origen es incontrolable, que los judíos atribuyen a la magia y los cristianos a milagros, vemos que la vida de Jesús está dominada por tres hechos importantes:

- a) el encuentro con el Príncipe de las Tinieblas, en la cima de la montaña de la Cuarentena, en el desierto de Judá;
- b) la evocación de Moisés y de Elias, en la cima del Tabor;
- c) el diálogo final, poco antes de su detención, en el monte de los Olivos, con un «padre» misterioso.

Pues bien, todo eso constituye una secuencia de operaciones mágicas, prohibidas *bajo pena de muerte* por la religión judía.

En la escena de la Tentación (*Mateo, 4; Marcos, 1; Lucas, 4*), Jesús es impulsado por el Espíritu a aislarse durante cuarenta días y cuarenta noches, en la cima de un monte al que en nuestros días se denomina el monte de la Cuarentena, y se nos precisa claramente que *es para ser tentado allí por el Diablo*. Se trata de una prueba iniciática: el operante debe triunfar sobre las fuerzas de Abajo, si quiere obtener el apoyo de las de lo Alto. Este mismo episodio se encuentra en la vida de Buda y de todos los grandes taumaturgos. Después, el triunfador es «*asistido por todo el Cielo y obedecido por todo el Infierno*», según la conclusión perfectamente conocida por todos los cabalistas.

Pero ¿se había tratado de una evocación, en la cual se llama a una entidad, conjurada por ritos y palabras, y se la obliga a manifestarse, o por el contrario ese retiro de cuarenta días, en la soledad y el ayuno, no preveía explícitamente la aparición, sino que vino de forma inesperada? Ningún texto lo precisa. Por otra parte, hay que considerar como una exageración evidente el hecho de que Jesús hubiera permanecido *cuarenta días sin beber*, en las terribles soledades del desierto de Judá. Sometido a todas las vicisitudes de la carne, sufrió la flagelación, la crucifixión, y murió, bien a causa de ésta o de la herida de lanza del legionario romano, pero es absolutamente impensable que hubiera resistido, *en medio del calor tórrido y de las piedras recalentadas*, a semejante deshidratación.

Sea lo que fuere, el encuentro con una «manifestación» del Principio del Mal es el primer hecho mágico importante de la vida de Jesús. Existe todavía un segundo hecho, que generalmente pasa desapercibido: con ese Principio tuvo lugar *un segundo* encuentro, uno, por lo menos. Y éste se desarrolló inmediatamente antes de su detención, o, todo lo más, unos cuantos días antes.

«Y el Señor dijo: Simón, Simón, Satanás os ha reclamado para ahecharos como el trigo. Pero yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez te hayas convertido, confirma a tus hermanos...» (*Lucas, 22, 31-32.*)

La *Vulgata* de san Jerónimo dice exactamente *conversus*, que significa transformado, cambiado.

¿Qué puede deducirse de esos frecuentes «contactos» con el Adversario?

La segunda gran operación teúrgica tiene lugar en la cima del monte Tabor; se trata de la célebre escena conocida como la de la *Transfiguración*; la encontraremos relatada con todo detalle en *Mateo* (17), *Marcos* (9, 2), *Lucas* (9, 29), *Juan* (1, 14), y en la segunda *Epístola de Pedro* (1,16).

«Seis días después, tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó *aparte*, a un monte alto. Allí se transfiguró ante ellos, brilló su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y *se les aparecieron Moisés y Elias* hablando con él. Pedro, tomando la palabra, dijo a Jesús: "Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, levantaré tres tiendas, una para ti, una para Moisés, y otra para Elias..." Aún estaba él hablando, cuando una nube resplandeciente los cubrió. Y he aquí que una voz, procedente de la nube, dijo: "Éste es mi hijo bienamado, en quien tengo mi complacencia, ¡escuchadle!" Cuando oyeron esta voz, los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. Pero Jesús, acercándose a ellos, los tocó y les dijo: "Levantaos, no tengáis miedo..." Alzando ellos los ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús.

»Mientras bajaban de la montaña. Jesús les dio esta orden: "No habléis a nadie de esta visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos".» (*Mateo, 17,1-9.*)

En primer lugar, observaremos que esta evocación apela a *dos muertos*, ya que Moisés había muerto, en la cumbre del monte Ne-bo, hacía catorce siglos. Y en cuanto a Elias, éste hacía once siglos que «un carro de fuego y unos caballos de fuego» se lo habían llevado hacia el cielo, ante la estupefacción de su discípulo Elíseo. Si se hubiera tratado de la simple manifestación de su filiación divina, Jesús habría podido llevarla a cabo en Jerusalén, en la habitación más alta de la casa de un amigo. Pero como se trataba de una *evocación de los muertos*, debía tener lugar *en un sitio apartado, en un lugar desértico, próximo al cielo*, por dos razones. La primera estribaba en el hecho de que semejantes ritos exigen ser practicados de forma que no se corra el riesgo de ser molestado por la llegada inopinada de profanos. La segunda debido a que, en Israel, no se bromeaba con esas cosas que, de ser descubiertas, *implicaban la pena de muerte* en virtud de las Escrituras: *Deuteronomio* (18, 10-11), y *Éxodo* (12, 35-36). De donde la recomendación de Jesús: «No habléis a nadie de esta visión...» (*Mateo, 17, 9.*)

En cuanto a la finalidad de tal evocación. *Lucas* es quien nos la revela, al decirnos esto:

«Y he aquí que dos varones hablaban con él. Moisés y Elias, que aparecían gloriosos y *le hablaban de su partida, que había de cumplirse en Jerusalén...*» (*Lucas, 9, 30-31.*)

De manera que fue para conocer su destino cercano por lo que convocó a Moisés y Elias, los dos guías esenciales de la historia de Israel. Está establecido el hecho de que todo ello fue acompañado de

los sahumeros mágicos habituales con potentes alucinógenos por el delirio y la embriaguez que demuestran sus discípulos, y la incoherencia de las palabras de Simón-Pedro, quien sueña despierto y quiere levantar tiendas para los recién llegados. Porque *Lucas*, antes, nos dice que «Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño...» (*Lucas*, 9, 32), y de Pedro que «no sabía lo que decía...» (*Lucas*, 9, 34.)

En cuanto a la nube luminosa, la explicación es muy sencilla. Si uno se sitúa en la cima de una montaña, en una región con el cielo impecablemente azul, si llega una nube y el observador se halla envuelto por dicha nube, al continuar el sol dando sobre esa montaña, hará de la nube un verdadero *difusor de luz*, y será tal el contraste, que el observador, *sobre todo si va vestido de blanco*, parecerá todavía más deslumbrante.

Y llegamos ahora a la última evocación, la que tuvo lugar la noche de la detención de Jesús, en el monte de los Olivos, cerca de Betania, y en el lugar llamado *Getsemaní*, que designaba un lagar de aceite. Veamos el relato de *Lucas*:

«Tras salir se fue, según costumbre, al monte de los Olivos, y le siguieron también sus discípulos. Una vez llegó allí, les dijo: "Orad, para que no caigáis en tentación..." Se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra, y, puesto de rodillas, oraba: "¡Padre! Si quieres, aparta de mí este cáliz... Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". *Entonces se le apareció un ángel del cielo, para confortarle.*» (*Lucas*, 12,39-4A.)

«Después de haber orado, se levantó, vino hacia los discípulos y, encontrándolos adormilados por la tristeza, les dijo: "¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación".» (*Lucas*, 22,45.)

Aquí vamos a plantearnos una primera pregunta: ¿cómo puede uno dormirse de tristeza? La angustia y la pena lo que hacen es quitar el sueño. Ese «sueño de tristeza», ese sueño *saturniano*, está producido ahí, una vez más, por sahumeros, probablemente de *Datura stramonium* o de beleño, mezclado con gálbano, el *helbénáh* de los sahumeros del Templo. Porque ahí se trata de una *nueva evocación*, ahora no interroga a Moisés y a Elías, sino a *su padre*. ¿Pero a cuál? Lo comprenderemos más tarde.

La segunda pregunta es la siguiente: si los discípulos se habían dormido, y si estaba alejado, a la distancia de un *tiro de piedra*, ¿cómo se conocen los términos de su diálogo con su padre?

No por ellos, puesto que duermen. Tampoco por él, dado que *Jesús aún no había terminado de amonestar a sus discípulos*, por fin despiertos, cuando los soldados romanos de la Cohorte, los servidores del Templo, armados con espadas y cachiporras, conducidos por Judas Iscariote, su sobrino, llegan a la luz de las antorchas y proceden de inmediato a su detención.

Es a través de un personaje, *del que sólo nos habla Marcos*, por quien conocemos estas cosas, y los detalles son de lo más curiosos:

«Y abandonándole, huyeron todos. *Un cierto joven le seguía, envuelto en una sábana sobre el cuerpo desnudo*. Trataron de apoderarse de él, mas él, dejando la sábana, huyó desnudo...» (Marcos, 14,50-52.)

En primer lugar, nos extrañará el hecho de que en pleno mes de marzo, en Judea, en la cima del monte de los Olivos, se le ocurra a un joven desplazarse con una sábana por todo vestido, todavía de noche, en las horas más frías, tan frías que se encenderá fuego en el atrio de Caifas, algunos instantes más tarde, allí donde Pedro renegará de su Maestro. (Juan, 18,18.)

No se trata de una sábana en el sentido literal de la palabra. El latín de la *Vulgata* de san Jerónimo, texto oficial de la Iglesia, tampoco emplea el término latino *pannus*, que significaría paño. Y no se trata de una sábana de cama, dado que en aquella época no se conocían esas cosas. Los judíos se acostaban sobre esteras, al igual que todos los pueblos de esas regiones. Los romanos utilizaban catres, con coberturas de lana o de piel. Los galos utilizaban colchones, y, en el peor de los casos, jergones. Pero no había sábanas de tela, cosa bastante reciente, dado que todavía en nuestra época, en Alemania y en Austria, muchas camas de las zonas rurales acostumbran a llevar sólo una.

En realidad, la *Vulgata* de san Jerónimo utiliza el término latino *sindon*, que significa exactamente un *sudario*. Y un *sudario* no tiene nada en común con las vestiduras rituales que debía llevar un judío de aquellos tiempos.

Es este joven el que representa el papel del ángel «*venido del cielo para reconfortarle*» y que nos narra Lucas (22, 39-44). Y es a través de él como conocemos la plegaria que Jesús dirige a «su padre». Es el *comparsa* clásico en todo espectáculo de este tipo; en argot a esto se le llama un «*barón*».

Y comprendemos que toda esta escenografía tiene como finalidad reconfortar, efectivamente, a Jesús en su misión, misión de la que él no ignora que va a conducirlo a una muerte horrible, sin esperanza alguna de conseguir liberar a Israel y restablecer la realeza davídica. No ignora que esta misión, desde que se retiró a Fenicia, él la ha trasladado ya a otro «reino», que no es de este mundo. Pero los fanáticos que le rodean no lo escuchan en esta misma sintonía.

Unos habían montado esta superchería para catapultarlo de nuevo a ese mesianismo puramente político y sin esperanzas de éxito. Otro

había llegado ya más lejos, y ya lo había denunciado: *su propio sobrino, Judas Iscariote, hijo de Simón Pedro*. Una vez desaparecido Jesús, la filiación de Israel pasaba a Simón Pedro, y él, Judas, se convertía en el «delfín»... En cuanto a los demás, aprovechando la oscuridad de la noche, la poca luz producida por las antorchas, se fundirían en las tinieblas del monte de los Olivos y emprenderían la huida sin ningún escrúpulo.¹⁸

Pero para los judíos de entonces no había duda alguna de que había utilizado las ciencias prohibidas. El rumor de su encuentro con Samael en las soledades del desierto de Judá debió extenderse. Se sabía que había vencido al Príncipe de las Tinieblas. Por lo tanto éste, según la tradición mágica común, era su esclavo, puesto que Jesús lo había domado:

«Pero los fariseos replicaban: "Por medio del Príncipe de los Demonios expulsa a los demonios..."» (*Mateo*, 9, 34.)

«Y se extendió el rumor de que tenía un Espíritu impuro (se sobreentiende que a su "disposición")...» (*Marcos*, 3,30.)

En el episodio de la mujer adúltera parece utilizar un procedimiento mágico, bien de adivinación o bien de purificación:

«Jesús, inclinándose, escribía con su dedo en la tierra. Como ellos insistieran en preguntarle, él, incorporándose, les dijo: "El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero..." (se sobreentendía que la piedra de la lapidación, castigo que se aplicaba a las mujeres adúlteras según la ley).» (*Juan*, 8,6-7.)

Aquí se trataba, probablemente, de una consulta geomántica. Todavía en nuestra época, en Marruecos, Túnez y todo el Próximo Oriente algunos adivinos practican consultas mediante el procedimiento adivinatorio denominado *Darb-el-remel*, o «arte de la arena». Con ayuda de puntos o de rayas trazados sobre la arena se obtienen figuras con valor de oráculo, cuyo número es invariablemente de dieciséis, y que dan la respuesta a la pregunta formulada.

Podía haberse tratado también de un procedimiento de «desprendimiento» psíquico particular. Se trazan sobre la arena o la tierra determinados diagramas mágicos, se hace pasar al sujeto en cuestión por encima, y éste se encuentra liberado, ya que el espíritu malo, autor del mal, no puede soportar el paso por encima de los caracteres sagrados.

¹⁸ Simón era, electivamente, hermano de Jesús: «... ¿y no se llaman sus hermanos José, Santiago. Himún y Judas?...» (*Mateo*, 13, 55). Por otra parte, Judas Iscariote, es el hijo de Simón: «Uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón...» (*Juan*. 12, 4). Y los otros textos nos precisan que se trata de «hermanos según la carne». (Pablo, *Romanos*, 9, 5; Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, III, XX, 1.) En cuanto a los famosos «treinta denarios», si aparecen ahí es porque fueron introducidos por los falsificadores anónimos que redactaron los pseudo evangelios, para justificar el pasaje de *Zacarías* (II, 12): «Entonces pesaron treinta sidos de plata para pagarle». Porque si se hubiera puesto precio sobre la cabeza de Jesús, es indudable que la suma habría sido mucho más considerable.

Éste es, asimismo, el origen de los tatuajes protectores.

La indulgencia de Jesús hacia las mujeres adúlteras o las prostitutas viene justificada por la presencia de varias de ellas en su genealogía ancestral.

En primer lugar está Tamar, quien en el *Génesis* (38, 12 a 19) se prostituye a su suegro en una encrucijada de caminos, sin que él la reconozca, para conseguir casarse después. Luego está Rahab, la prostituta oficial de Jericó, que oculta a los espías enviados por Josué, antes de la destrucción de la ciudad, y por eso salva su vida (*Josué*, 2, 1 y ss.; 6, 17 y ss.); después se casa con Salmón, hijo de Naasón, príncipe de Judá, y será madre de Booz (*Mateo*, 1, 5). Tenemos a continuación a Ruth, esposa de Majalón, y luego mujer de Booz; ésta era de origen *moabita*, raza originada por el incesto entre Lot, borracho, y sus dos hijas, origen que hubiera debido prohibir a Ruth el acceso a una familia judía tradicionalista. (*Ruth*, 1, 4 y ss.; 2, 2 y ss.; 3, 9 y ss.; 4, 5 y ss., y *Mateo*, 1, 5.) Está, por último, Betsabé, mujer de Urías, oficial de David, a quien este rey mandará asesinar para conservar a la esposa de aquél, de quien ha hecho su amante, sin que ésta proteste. De dicho adulterio nacerá Salomón (*II Samuel*, 11, y *Mateo*, 1,6).

En fin, parece sobreentenderse que Jesús, al igual que sus discípulos, no pudo tampoco curar a todos cuantos tenían relación con él:

«Hallándose Jesús en Betania, en casa de *Simón el leproso*, se acercó a él una mujer con un frasco de alabastro...» (*Mateo*, 26, 6.)

Pues bien, se trataba de la casa de su amigo Lázaro, hermano de Marta y María, quienes le ofrecían invariablemente hospitalidad cuando él se encontraba en Jerusalén.¹⁹ Y dicho Simón seguía estando leproso.

El episodio de la evocación de Moisés y Elias en la cima del monte Tabor es la encrucijada del destino de Jesús. Hasta ese momento había sido, después de su padre, Judas de Gamala, el pretendiente legítimo a la realeza davídica. Sus discípulos, sus amigos, sus hermanos «carnales», le llaman *señor (adonai)* a veces, porque es su señor. En aquella época, y durante siglos, ese término reemplazaba en todos los estados del Próximo Oriente al «*sire*» medieval europeo. En público, la esposa

¹⁹ Observaremos que Jesús *no pasa jamás la noche en la ciudad santa de Israel*. Cuando oscurece, hace lo que tenía que hacer, y en seguida *se va a dormir a Betania*. al pie del monte de los Olivos, por muy cansado que esté. Porque a la puesta del sol *se cierran las puertas de Jerusalén*, mientras que el pueblo de Betania no tiene puertas. Y en las nocturnas tinieblas de las calles no iluminadas, cuando las puertas están cerradas y vigiladas, *Jerusalén se conviene en una ratonera*. Y cuando la situación se agrava, ya no va a dormir a Betania, sino a Getsemaní, el lugar antes citado, que se halla en el monte de los Olivos, y en el que hay una prensa de aceitunas. De donde la frase de *Mateo* (8, 20) y de *Lucas* (9, 58).

del rey le llamaba a éste «mi querido señor» o «sire».

Pero después de esa extraña ceremonia, efectuada con Pedro, Santiago y Juan (serán *los mismos* que le acompañarán en la de Getsemaní), ya no será el mismo. Habrá comprendido, él solo, que el mesianismo político, terrestre, no tiene esperanza. La Providencia tiene previstas otras cosas para el mundo, más importantes que el restablecimiento de los descendientes de David en el trono de un Estado minúsculo. Y es que de esa evocación algo subsiste en él, una entidad muy elevada ha tomado posesión de él, y *a partir de ahora se servirá de él para remodelar el mundo*. Para él, esta entidad se llama *Elias*. ¿Qué hay de asombroso en ello? Tan sólo conoce su propia mitología nacional. Para las legiones, que marchaban en cabeza de sus ejércitos, esa entidad tenía ya, desde hacía siglos, otro nombre: *Mithra*.

De ese fenómeno de «posesión» psíquica, Jesús es perfectamente consciente. De ahí la frase, teñida de desengaño, que dirige a Simón el Zelota, su hermano «según la carne», y su sucesor legítimo, *por orden de primogenitura*, cuando él, Jesús, haya desaparecido:

«En verdad te digo: cuando eras joven te ceñías e ibas a donde tú quenas. Pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, *otro te ceñirá y te llevará a donde tu no quieras...*» (*Juan*, 21, 18.)

Y en el Góigota, clavado en la cruz de infamia, será otra vez a *Elias* a quien se dirigirá:

«Hacia la hora nona, exclamó Jesús con voz fuerte: "*¡Eli, Eli, lama sabachthani!...*"» (*Mateo*, 27,46.)

Los escribas anónimos que redactaron los pseudo evangelios no dejan jamás de traducirlo por «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» (*Mateo*, 27, 47.) Pero los judíos que asistieron a la crucifixión y que lo oyeron, no se equivocaron cuando dijeron: «*Está llamando a Elias...*» (*Mateo*, 27, 48.)

Algunos exegetas y lingüistas, especialistas en lenguas muertas, consideraron que esta frase era fenicio, y que significaba: «¡Señor! ¡Señor! Las tinieblas... Las tinieblas..-», lo cual tenía explicación, dado que se trataba de un agonizante, cuya vista iba apagándose poco a poco, o que, a causa de un fenómeno mediúmnico suscitado por el último estado, distinguía formas terroríficas, como las descritas por el *Libro de los Muertos* tibetano, o por el apócrifo *Libro de José el Carpintero*, y que no serían sino fantasmas interiores, que se liberarían del subconsciente del agonizante.

Les dejamos a ellos la responsabilidad de semejante traducción, pues, a nuestro parecer, y tal como pronto vamos a ver, esas últimas palabras de Jesús tenían una significación muy distinta.

15.-El Rey de los Judíos

«La dignidad que se os confiere es a menudo una servidumbre que se os impone.»

RABINO GAMALIEL II, siglo II

Los creyentes no dejan jamás de repetir hasta la saciedad la frase (que nosotros creemos que fue interpolada por los escribas griegos del siglo IV) según la cual Jesús pretende ser el rey de un reino extraterrestre:

«Mi reino no es de este mundo, respondió Jesús. *Si de este mundo fuera mi reino*, mis ministros habrían luchado para que no fuese entregado a los judíos. Pero *ahora* mi reino no es de aquí...» (*Juan*, 18,36.)

Si sopesamos bien los términos de esta frase, de ella se desprende una constatación importante, ya que Jesús, con su propia respuesta, reconoce que se ha equivocado. *Hasta el momento de su detención creía que su reino era de este mundo*, pero al haber sido abandonado por los suyos, entregado, capturado, piensa que su destino no era convertirse en rey. Entonces, si no lo era de aquí abajo, es que lo sería en otra parte, *entre los muertos*, y en esto hace suya, inconscientemente, una leyenda que no podía ignorar: la de Osiris. De donde esa extraña construcción de la frase final de su respuesta:

«Pero *ahora* (se sobreentiende: "Comprendo que...") mi reino no es de este mundo...» (*Op. cit.*)

Si dudáramos del valor de esta interpretación, nos bastaría con contemplar otra frase de los Evangelios canónicos:

«Entrando en Cafarnaúm, se acercaron a Simón Pedro los perceptores de la didracma y le dijeron: "¿Vuestro maestro no paga la didracma?" Y él respondió: "Cierto que sí". Cuando hubo entrado en la casa, le salió Jesús al paso y le dijo: "¿Qué te parece, Simón? *Los reyes de la tierra*, ¿de quién perciben los impuestos? ¿De sus hijos o de los extraños?" Simón le dijo: "De los extraños". Y Jesús le respondió:

"Luego los hijos están exentos..."» (Mateo, 17,24-26.)

Así pues, en esta frase tan sencilla Jesús no se afirma en modo alguno hijo de un rey del cielo, sino clara y llanamente hijo de uno de los reyes *de la tierra*, en este caso concreto de Israel, la única sobre la que tiene derecho, por ser «hijo de David».

Otros versículos de los Evangelios canónicos escaparon a los censores y se han conservado, a pesar de las severas revisiones efectuadas en el curso de los cinco primeros siglos. Vamos a pasarles revista, uno tras de otro:

«Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos diciendo:

"¿Dónde está *el rey de los judíos* que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle..."» (Mateo, 2, 1-2.)

Ahí, ni la profecía mesiánica ni el propio texto evangélico hablan de un *rey del Mundo*, de un *dios, encarnado*; no se trata sino de un *rey de los judíos*, que va a reinar sobre Israel, lo que implica un gran acontecimiento político para la época: la reconstitución de la unidad judía, rota primero por la separación de Samaría, y luego por la creación de las tetrarquías y por el protectorado romano para el resto.

Pero el texto de *Juan* es bastante explícito. Juzgúese:

«Entró Pilatos, de nuevo en el pretorio y, llamando a Jesús, le dijo: "¿Eres tú *el rey de los judíos*?" Respondió Jesús: "¿Eres tú quien dice eso, o *te lo han dicho otros de mí?*..."» (Juan, 18, 33-34.)

Esta simple frase demuestra que Jesús desconfía. Antes de reconocer si él se considera rey de Israel, cosa que podría costarle la vida, quiere saber qué sabe Pilatos de dicha pretensión. Pero de ahí se infiere asimismo que la voz pública consideraba a Jesús como rey, en tanto que «hijo de David». De donde la confesión que sigue:

«Le dijo entonces Pilatos: "¿Luego tú eres rey?" Jesús respondió: "Tú lo has dicho, soy rey..."» (Juan, 18, 37.)

Los Evangelios sinópticos son todavía más claros:

«El gobernador le interrogó en estos términos: "¿Eres tú *el rey de los judíos*?" Y Jesús le respondió: "Tú lo dices".» (Mateo, 27, 11; Marcos, 15,2; Lucas, 23, 3.)

El desarrollo del proceso muestra, sin discusión posible, que es como *rey de los judíos*, *rey de Israel*, como comparece Jesús ante Pilatos:

«Pilatos les preguntó diciendo: "¿Queréis que os suelte al *rey de los judíos*? [...] ¿Qué queréis, pues, que haga con *éste que llamáis rey de los judíos*?"» (Marcos, 15, 9 y 12.)

Esta frase demuestra que, para una gran parte de la población, Jesús es el rey legítimo.

Para los soldados romanos también. Cuando escarnecen a Jesús en el pretorio, lo hacen como tal, y son las seis centurias de veteranos, que constituían la Cohorte legionaria, las que se burlan cruelmente del «*rey de los judíos*», ellos también están al corriente, no hay ninguna vacilación, ninguna ignorancia:

«Entonces los soldados del gobernador condujeron a Jesús al pretorio, y reunieron en torno a él a toda la cohorte. Y habiéndole quitado sus vestidos, le envolvieron en una clámide escarlata. Trenzaron una corona de espinas y se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha le pusieron una caña, y doblando ante él la rodilla se mofaban diciendo: ¡Salud, rey de los judíos!...» (*Mateo*, 27,27-29.)

Marcos, (15, 18) y *Juan* (19, 2-3) cuentan la misma escena, sólo que para *Juan* el manto es púrpura, y no escarlata, a fin de subrayar la intención de los legionarios romanos: revestir a Jesús con un manto que recordaba el de los soberanos. Porque la clámide de los legionarios era escarlata, y no púrpura, evidentemente.

Por otra parte, la pancarta colocada encima de la cabeza de Jesús cuando está crucificado repite esa característica, o esa reivindicación:

«Para indicar *el motivo de su condenación*, pusieron escrito sobre su cabeza: "*Este es Jesús, el rey de los judíos*".» (*Mateo*, 27, 37.)

Marcos es más conciso; según él, la pancarta ponía solamente: «*El rey de los judíos*». (*Marcos*, 15, 26.)

Esta concisión no hace sino subrayar el carácter principal de la condenación de Jesús: *la rebelión contra César*, crimen castigado con la pena de muerte, y crimen al que se añadirían otras acusaciones, todas igual de graves, y que analizaremos aparte: magia nociva, sedición, bandolerismo, etc.

Y cuando sus adversarios hebreos acuden al lugar de su ejecución, le desafían a que se libere de la cruz, pero a título de *rey de los judíos*:

«Que el *Ungido*, el *rey de Israel*, baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos...» (*Marcos*, 15,32.)

Un último testimonio involuntario sobre la pretensión sostenida por Jesús de ser el rey de Israel nos la aporta *Juan*:

«Los principales sacerdotes de los judíos decían a Pilatos: "No escribas: 'Rey de los Judíos', sino: "*Él dijo: Soy Rey de los Judíos*... "» (*Juan*, 19, 21.)

Era una época en la que Jesús, no obstante, pudo haberse convertido en rey, si no de Israel en su totalidad, al menos sí de una parte. En *Juan* descubrimos, en ese sentido, un pasaje harto revelador:

«Y Jesús, sabiendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró de nuevo al monte, él solo...» (*Juan*, 6, 15.)

En este rechazo a verse proclamado rey el lector se verá tentado de ver una contradicción de las citas precedentes. Pero nada de eso. Porque lo que quería Jesús, y aquello a lo que aspiraba, *era al trono de*

Israel, y sólo a eso. No pretendía una realeza cualquiera. Quería unir de nuevo los dos reinos enemigos: Judea y Samaria, separados desde la muerte de Salomón, en el año 930 antes de nuestra era, y una frase lo prueba:

«Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y que lapidas a los que te son enviados. ¡Cuántas veces he querido yo reunir a tus hijos, a la manera que una gallina reúne a sus pollitos bajo sus alas, y no quisiste!...» (*Mateo*, 23, 37.)

De ahí las relaciones de Jesús con el territorio impuro de Samaría, a pesar de las prohibiciones judaicas. Porque si tenía éxito en esta empresa, de cara al poderío romano. Palestina, por fin reunificada, podía esperar su liberación.

Ahora bien, los que querían *arrebatarse* y hacer de él *su rey*, no eran los suyos, sino una gente equívoca, sin oficio ni beneficio, un grupo en el que había tantos vagabundos como bandidos. En todo caso, por lo que parece, no eran judíos auténticos, sino elementos muy mezclados, y por lo tanto infrecuentables por un judío que pugnaba por obtener la realeza legítima. Basta con releer el texto *de Juan* para darse una cuenta de ello:

«Después de esto, partió Jesús, de Tiberíades, al otro lado del mar de Galilea...» (*Juan*, 6,1.)

«Llegada la tarde, sus discípulos descendieron a la orilla del mar, y, subiendo en una barca, atravesaban el mar (de Galilea) para ir a Cafarnaúm. Ya había oscurecido, y Jesús no había vuelto todavía con ellos...» (*Juan*, 6, 16-18.)

Basta, pues, con tomar un mapa de la región para constatar que:

a) Jesús y sus fieles salen primero de Tiberíades y atraviesan el mar de Galilea. Allí se monta el complot de ir por la noche a secuestrarlo para convertirlo en rey. (*Juan*, 6,15.)

b) Por lo tanto, se vuelven a marchar y atraviesan de nuevo el mar de Galilea, pero esta vez en dirección a Cafarnaúm.

El simple examen del mapa demuestra que su primera escala tuvo lugar en un territorio al que se denomina la *Decápolis*, federación helenística de diez ciudades, y por consiguiente de población griega, y que debía a Pompeyo el haber sido proclamada libre. Ahora bien, a Jesús no le interesaba convertirse en el soberano de una población *impura*, por no ser judío. Ahí estriba todo el secreto de su negativa. En cambio, si se refugiaba en Cafarnaúm, se hallaba en Galilea, por lo tanto en su tierra.

Existe un apócrifo copto, el *Evangelio de los Doce Apóstoles*, que el sabio Orígenes consideraba como el más antiguo evangelio apócrifo, junto con el *Evangelio de los Egipcios*, ambos anteriores, probablemente, al *Evangelio de Lucas*, según él. Y ese *Evangelio de los Doce Apóstoles* nos aporta una curiosa tradición referente a un posible

reinado de Jesús, en vida de éste, se entiende.

La traducción de este evangelio es del doctor E. Revillout, profesor y conservador en el Louvre hacia 1904, el cual estima que:

«...los relatos muy circunstanciados del evangelio en cuestión no nos ofrecen menos curiosas revelaciones, *pues debieron ser escritos antes del siglo II*, dado que en el siglo III Orígenes hizo de él un apócrifo muy antiguo, que podía ser obra de san Lucas». (*Op. cit.*, Pág.128.)

Pues bien, en los primeros fragmentos traducidos por E. Revillout, y que serán completados por otras partes, se habla de un tal Carius, que habría sido enviado por Tiberio César para nombrar a un nuevo tetrarca, en tanto que, según los Evangelios canónicos, se buscaba a Jesús para proclamarlo rey. (*Juan*, 6, 15.)

M. Robinson supone que Carius (Kairos) es, en realidad, el Quirinus (Kirinos) del evangelio de *Lucas* (2, 2). El doctor Revillout, por su parte, considera que se trata más bien del Caius que, según Tácito, fue enviado por Tiberio para pacificar la Armenia e instalar allí a un rey de su elección.

Según un nuevo fragmento, que debe ser anterior a los dos primeros, Tiberio, antes de pensar en nombrar a un nuevo tetrarca que reemplazara a Filipo, había recibido de Herodes Antipas, su hermano, unas denuncias que demostraban que éste estaba montando un complot. Tiberio habría ordenado entonces que se apoderaran de los bienes y de la tetrarquía de Filipo, y no le habría dejado sino su vida, y la de su esposa y su hija. De hecho, lo que probablemente quena Herodes Antipas era anexionarse la tetrarquía de Herodes Filipo.

¿Podemos deducir que fue en esta ocasión cuando Herodes Antipas se quedó con su cuñada Herodías y su hija Salomé? Es muy posible: En este caso nos hallaríamos en el año 29 de nuestra era.

Sea lo que fuere, *tendríamos ahí la explicación de aquello que los Evangelios canónicos no nos explican*, a saber: la razón del misterioso enfado de Pilatos y Herodes Antipas, quienes no se habrían reconciliado hasta que fue capturado Jesús, hecho mediante el cual Herodes Antipas constató que Pilatos no apoyaba ya la candidatura de Jesús (véase *Lucas*, 23, 12).

Un fragmento del *Evangelio según san Pedro*, recientemente descubierto, a principios de este siglo, parece confirmar todo esto.

Veamos, pues, los pasajes del *Evangelio de los Doce Apóstoles* que tratan sobre esta intención de Tiberio de proclamar rey a Jesús, en lugar de Herodes Filipo, tetrarca de la Gaulanítide, la Traconítide, la Batanea y de Paneas:

«Herodes era, también él, tetrarca de Galilea. Por último Satanás entró en él. Se levantó. Fue junto al emperador Tiberio. Acusó a Filipo, a saber... (falta la continuación).

»Este emperador se enojó mucho, y dijo: "He ahí, pues, que todo el universo está sometido a mi poder desde el tiempo en que Dios puso

esas cosas en las manos de mi padre Augusto. Y Filipo excitará sediciones contra mi realeza y mi poderío. No lo permitiré yo". Y ordenó... (falta la continuación).

«"Confiscarás a Filipo, le quitarás su casa. Te apoderarás de sus bienes, de sus servidores, de su ganado, de todas sus riquezas, de todo lo que es suyo, y me harás llegar esas cosas a la sede de mi imperio. Todos sus bienes, tú los contarás por mí, y no le dejarás nada, de no ser su vida, la de su mujer y la de su hija." Esto es lo que dijo Tiberio al impío Herodes (Antipas).

»Fue, al igual que aquellos a los que se había enviado con él. Aprehendió a Filipo, sin que éste supiera nada, y sin que tuviera conocimiento del asunto (por el que lo trataban así).

"Ahora bien, sucedió que en aquellos días, en los cuales Jesús resucitó a Lázaro, un grande de Galilea había ido a encontrar a Herodes por causa de la administración que les incumbía sobre los territorios de Filipo, al cual Filipo se le había acusado ante el emperador de haberlos devastado, so pretexto de que Herodes le había sustraído a su mujer.

»Carios (*Caius*), pues, el grande del emperador, cuando hubo oído hablar de los milagros que Jesús hacía, se apresuró a ir hasta él, y lo vio. Entonces Canos aportó noticias de Jesús. Dijo a Herodes: "Éste es digno de ser nombrado rey de toda la Judea y de todos los territorios de Filipo".

»Cuando Herodes hubo oído esas cosas sobre Jesús, estuvo muy apenado y lanzó grandes acusaciones contra Jesús, añadiendo: "No queremos que sea rey de Judea". Reunió también a todos los grandes de los judíos. Les dijo lo que Carios pensaba respecto a Jesús para hacerlo rey. En ese instante Herodes ordenó, diciendo: "A aquel a quien se encontrare consintiendo a semejante cosa, se le dará muerte por la espada, y se le arrebatará todo cuanto hubiere en su morada".

»Anás y Caifas, los grandes de los judíos, se reunieron con Cairos, el grande de Tiberio, el emperador. Establecieron palabras falaces y falsos testimonios, que no tenían fundamento, sobre Jesús, desde su nacimiento hasta el fin. Algunos se referían a que era un mago, otros a que había sido engendrado por una mujer,²⁰ otros que rompía el sabbat, otros a que destruía la sinagoga de los judíos (el Templo).

«Cuando tuvieron lugar esas cosas, Herodes (Antipas) pidió a cada uno de los grandes de los judíos una, libra de oro. Reunió una considerable suma. La dio a Carios para que consiguiera que el renombre de Jesús no llegara a los oídos de Tiberio. Carios recibió el dinero de manos de Herodes, y no transmitió el asunto al César.» (*Op. cit.*, 2.º

²⁰ Alusión indirecta a la afirmación de algunos, que pretendían que Jesús era el hijo adúltero de un mercenario romano o sirio.

fragmento.)

Pues bien, todo esto es menos desatinado de lo que pudiera suponerse a primera vista, teniendo en cuenta la forma ingenua de su presentación.

Porque esa restauración implicaba, en el pensamiento de Tiberio, el deseo de pacificar de una vez por todas unos territorios en incesante disidencia, al confiarlos a un soberano legítimo, quien resultaba ser el pretendiente legal, válido, por ser «hijo de David».

Ese mismo pretendiente, que entonces era jefe de rebeldes permanentes, y a la vez hijo y nieto de rebeldes, al entrar de ese modo en la legalidad pacificaba por sí mismo el país. Por ese mismo hecho, dotado de una especie de lista civil para el cobro de los peajes y de los impuestos, ya no deducía nada ilegalmente. Por otra parte, Roma daba así satisfacción a la mayor parte de los judíos, que soportaban bastante mal la tiranía de los reyezuelos idumeos. Pero esto, evidentemente, no entraba en los cálculos de Herodes Antipas.

Esta tesis, que nos es aportada por el *Evangelio de los Doce Apóstoles*, proporciona así una explicación a dos pasajes misteriosos de los Evangelios canónicos:

«Aquel mismo día vinieron algunos fariseos a decirle: "Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte..."» (*Lucas*, 13, 31.)

«Y Jesús, sabiendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró de nuevo al monte, él solo...» (*Juan*, 6, 15.)

Es evidente que si Jesús se hubiera limitado a curar a los enfermos y a enseñar moral, no habría existido razón alguna para que Herodes Antipas hubiera decidido matarle. Si el astuto tiranillo lo había decidido así, era porque Jesús representaba para él una amenaza, y ésta no podía producirse sino en un único campo: el de sus intereses, es decir, su propio pequeño reino. *Y para ello era imprescindible que Jesús, mediante su conducta, sus palabras y sus actos, hubiera manifestado dicha amenaza.* Y hemos aquí muy lejos de la pastoral descrita, o más bien imaginada, por Ernest Renán.

Pero en el destino de Jesús estaba escrito que no sería jamás rey, y, contrariamente a la leyenda de la Anunciación, «el Señor Dios» no le dio «el trono de David, su padre», y no reinó «eternamente sobre la casa de Jacob». Porque menos de cuarenta años después de su ejecución, no había ya casa de Jacob, y no existía ya Israel.

Y no obstante, en el *Testamento de Galilea*, cuyos más antiguos manuscritos encontrados son, en el mejor de los casos, del siglo VIII, el famoso «regreso» de Jesús con toda su gloria lleva precisada incluso la fecha, lo que prueba que la *redacción inicial* de dicho texto es ante-

rior a esa fecha, ya que, si hubiera sido posterior, no se habría tratado ya de una profecía. Y veamos el versículo en cuestión, traducido del etíope sobre el más antiguo manuscrito conocido:

«En verdad os digo, vendré como el sol que se levanta, seré siete veces más brillante que él en mi gloria, y delante de mí irá mi cruz. Vendré a juzgar a los vivos y a los muertos... Nosotros le dijimos: "Oh, Señor, ¿dentro de cuántos años volverás? Y el nos dijo "Cuando haya pasado el año 150, en los días de Pentecostés y de Pascua..."» (*Op. cit.*, 28, folio 16.)

La redacción inicial es, por lo tanto, anterior al año 150 pero próxima a él

A pesar de la buena opinión que tenía él de su retorno, nuestro héroe no regresó, ni en el año 150, ni en el año 1000. Y seguimos esperando.

16.- El diezmo mesianista

«Una enseñanza de la *Tora* no debe convertirse en una pala para recoger dinero...»

RABBI ZADOQ, 50 d. J. C.

Para comprender las requisiciones, imposiciones, deducciones forzadas, que los *sicarios* imponían a las gentes de Israel, deducciones que, al efectuarse en detrimento de los impuestos percibidos por los romanos o los tetrarcas idumeos, adoptaban a los ojos de éstos un aspecto asociado al latrocinio, hay que recordar dos cosas:

a) todo ejército de facciosos vive en el país donde opera, y eso a las buenas o a las malas, tanto si gusta como si no a las gentes apacibles; y no podría ser de otro modo;

b) en el caso de nuestros *sicarios*, persuadidos de representar a la monarquía judía en toda su legitimidad y su pureza, existía además la palabra formal de las Escrituras.

Cuando los judíos desearon tener a su cabeza, no ya a los sabios, denominados *jueces*, sino a un rey, a ejemplo de los pueblos vecinos, el profeta Samuel les previno con antelación de que ese rey tendría sobre ellos unos derechos que ellos no podrían eludir en adelante:

«Samuel repitió todas las palabras de Yavé al pueblo que le pedía un rey, y les dijo: "Éste será el derecho del rey que reinará sobre vosotros: tomará a vuestros hijos para destinarlos a sus propios carros y a sus propios caballos, para que corran delante de su carro, para usarlos como jefes de mil, jefes de ciento y jefes de cincuenta; para que aren su campo y cosechen su mies; para que fabriquen armas de guerra y arneses para sus carros. Tomará también a vuestras hijas como perfumistas,²¹ cocineras y panaderas. Tomará lo mejor de vuestros campos, de vuestras viñas y de vuestros olivares, y

²¹ Término que designa a las *damas de honor*, *doncellas de honor*, *damas de tocador de la reina*, cuya obligada servidumbre sexual para con el soberano pronto hacia de ellas, de hecho, concubinas, y por lo tanto prostitutas.

lo dará a sus eunucos y a sus servidores. Tomará a vuestros esclavos y a vuestras esclavas, así como vuestros mejores bueyes y vuestros mejores asnos, y los empleará en sus labores. Retirá el diezmo de vuestro ganado menor, y vosotros mismos os convertiréis en sus esclavos...» (I *Samuel*, 8,10-17.)

En función de esas palabras de las Escrituras, todos los Estados cristianos, en adelante, justificarán el vasallaje, el impuesto de la sangre, el servicio militar en provecho del soberano, el derecho de pernada, el diezmo, el derecho de fonsadera, etc. Y la esclavitud tiene sus raíces en las últimas palabras del versículo 17.

Cuando unos fanáticos están persuadidos de servir a una causa justa y de tener a Dios de su parte, todo límite es rápidamente rebasado. Fueron ejemplo de ello los chuanes en Francia, a los que muy pronto la población rural les llamó «bandoleros» a causa de sus actos de «bandolerismo», inevitables. Ése fue el caso de los «Compañeros de Jehu», especie de chuanes del Ródano. Ése fue también el caso de algunos grupos «maquis» que, entre 1943 y 1944, tuvieron que ser abatidos, e incluso aniquilados, por los resistentes regulares, a quienes los excesos de aquéllos hacían correr el riesgo de desprestigiar. Este género especial de guerrilleros del «maquis», de hecho estaba compuesto primordialmente por gentes fuera de la ley.

Y, teniendo en cuenta todo esto, comprenderemos mejor lo que seguirá, en lo referente al comportamiento de Jesús y de sus tropas, pues en todas partes: «*La necesidad carece de ley*», y el dinero es el nervio de la guerra.

Hay una frase muy reveladora sobre el reclutamiento mesianista en los Evangelios:

«Y Jesús les dijo: "En verdad os digo que los públicos y las meretrices os precederán en el reino de Dios. Porque vino Juan (el Bautista) a vosotros por el camino de la justicia y no creísteis en él, mientras que los públicos y las meretrices creyeron en él. Pero vosotros, aun viendo esto, no os habéis al fin arrepentido, creyendo en él".» (*Mateo*, 21, 31-32.)

Las prostitutas están, efectivamente, proscritas de la sociedad en la nación judía, y estos versículos lo prueban:

«Que entre las hijas de Israel no haya ninguna prostituta, y que no haya ningún prostituto entre los hijos de Israel. Sea cual fuere el voto que hayas hecho, no llevarás a la casa de Yavé, tu Dios, el salario de una prostituta ni el precio que recibe un perro,²² como ofrenda, porque ambos, salario y precio, son una abominación para Yavé, tu

²² *Perro*: prostituto homosexual.

Dios...» (*Deuteronomio*, 23, 18-19.)

De las dos citas precedentes se puede sacar la conclusión de que, dado que las gentes de Israel, en su inmensa mayoría, sienten desconfianza frente al mesianismo difundido por Juan el Bautista, por no sentirse especialmente entusiasmados ante la perspectiva de una nueva rebelión (en los setenta y dos años precedentes hubo cerca de cuarenta, sin resultado), no tendrán sitio ni función en el reino cuando se haya restablecido éste en provecho del Hijo de David, el heredero legítimo, es decir, Jesús.

Por el contrario, como los publicanos y las prostitutas se han puesto de su parte, tendrán puestos privilegiados en la monarquía davídica así restaurada. Observaremos que éstos, al encontrarse relegados a la condición más baja de la nación judía, no tienen nada que perder si adoptan el mesianismo, y todo que ganar, si éste tiene éxito.

Hay que recordar que los peajeros, aunque se les conocía con el nombre de publicanos, eran especialmente despreciados por la población. El *Talmud* nos dice que:

«A los bandidos, los asesinos y los publicanos hay que colocarlos en la misma categoría...»

Se instalan a la entrada de las ciudades y de los pueblos, en los accesos a puentes y vados, dentro de unas casetas de piedra, a modo de arrendatarios de puestos de peaje, como aduaneros. Cobran, en provecho de los romanos (si se encuentran en un territorio administrado por ellos), o en provecho de los tetrarcas (si se encuentran en una tetrarquía), es decir, de los subgobernadores que colaboran con Roma, una suma igual a la décima parte del valor de aquello que se introduce o que pasa por el citado lugar. Como es obvio, cobran más para ellos, puesto que deben vivir.

Pues bien, nuestros *sicarios* idearon un medio muy sencillo para llenar la bolsa del partido, la bolsa en la que metía mano libremente Judas Iscariote sin que nadie se lo impidiera (*Juan*, 12, 6), por la excelente razón de que él era uno de los artífices de su llenado regular. Ese medio consistía en cobrar el diezmo a aquellos que percibían el diezmo. En nuestros días a eso se le llama *racket*, término que designa, en inglés, la acción del *racker*, palabra que incluye en su significado el sentido de apremiar oprimiendo.

Los escribas anónimos que, en los siglos iv y v, redactaron los Evangelios que nosotros conocemos, no tenían imaginación. Tanto para evitar alejarse demasiado del eje principal de la tradición, como por disponer de un borrador sobre el cual bastaba con efectuar algunas

transposiciones, conservaron el armazón histórico general. Los hechos están ahí, eso es innegable, lo que es falso son los detalles, y sobre todo los comentarios que fueron añadiéndose en adelante.

En primer lugar, observaremos que Jesús (o Simón el Zelota, su hermano y lugarteniente) establece en el movimiento mesianista una disciplina rigurosa, que impera incluso en el seno de la familia.

Así, por ejemplo, cuando María, su madre, quiere pedirle un favor para otros dos hijos suyos, *se postema delante de él*; ¿no es acaso el rey de Israel, el señor, el hijo de David? Júzguenlo:

«Entonces la madre de los dos hijos de Zebedeo se acercó a Jesús con sus hijos, y se postró para pedirle algo...» (*Mateo*, 20, 20.)

Sabemos que el nombre de la mujer de Zebedeo era Mana:

«Entre ellas estaban María Magdalena y María, la madre de Santiago y José y madre de los hijos de Zebedeo...» (*Mateo*, 27, 56.)

Es asimismo la María madre de Jesús, ya que Santiago, hijo de Zebedeo, es hermano de Jesús:

«A ningún otro de los apóstoles vi, si no fue a Santiago, el hermano del Señor...» (Pablo, *Epístola a los galatas*, 1,19.)

En las famosas bodas de Cana, le responderá con altivez:

«Mujer, ¿qué tenemos que ver tú y yo?» (*Juan*, 2, 4.)

Ahora se comprende mejor el hecho de que sea obedecido con los ojos cerrados por sus hermanos y sus «discípulos» cuando da una orden. Ahí donde el creyente ingenuo ve un ascendiente milagroso, por ser casi instantáneo, el observador que hace uso de su razón constata simplemente una indiscutible autoridad en Jesús, y una obediencia total en sus colaboradores. En aquella época, y durante numerosos siglos, la orden de un rey era ejecutada sin siquiera una sombra de discusión. Y veamos cómo se organizaría una nueva forma de impuesto.

En primer lugar, observemos que *el publicarlo Leví* no es otro que *el apóstol Mateo*. Esto facilitará la comprensión de lo que sigue:

«Pasando Jesús de allí, vio a un hombre sentado en el lugar del peaje, y que se llamaba Mateo, y le dijo: "¡Sigúeme!" Y este hombre, levantándose, le siguió.» (*Mateo*, 9, 9.)

«Al pasar, vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado en la oficina de peaje, y le dijo: "¡Sigúeme!", y él, levantándose, le siguió.» (*Marcos*, 2, 14.)

«Después de esto salió y vio a un publicano llamado Leví sentado en la caseta del peaje, y le dijo: "¡Sigúeme!" Y Leví, dejándolo todo,

se levantó y le siguió...» (*Lucas*, 5, 27.)

No hay complicación alguna: Leví recibe una orden de su hermano o primo, que es también su rey, y obedece. ¿Hay algo más normal? La continuación es igual de sencilla:

«Leví le ofreció entonces un *gran banquete* en su casa, y un *gran número de publicanos y otros* estaban con ellos en la mesa...» (*Lucas*, 5, 29.)

«Y sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en casa de aquél [la de Leví-Mateo, evidentemente], *vinieron muchos publicanos* [peajeros] y *pecadores* a sentarse con Jesús y sus discípulos...» (*Mateo*, 9,10.)

«Estando Jesús sentado a la mesa en casa de Leví, *muchos publicanos y pecadores* se acomodaron en la mesa con él y sus discípulos...» (*Marcos*, 2,15.)

Ese «gran banquete» era, por consiguiente, también un congreso: *el del «clan»*, y este término no es demasiado fuerte, pues el propio Jesús coloca a los citados publicanos en el último escalón de la sociedad:

«Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? ¿No hacen esto también los publicanos?...» (*Mateo*, 5,46.)

Había asociado ya los publicanos con las prostitutas, adecuándose así a la tradición judía expresada en el *Talmud*, que los equiparaba a los bandidos y a los asesinos.

Hay que decir que en esas regiones, todavía sometidas al bandolerismo secular hace tan sólo treinta años, donde todavía reina (teniendo en cuenta los acontecimientos políticos) un «maquisado» permanente (Yemen, Irak, etc.), los publicanos se comportaban entonces en sus exacciones personales, asociadas a las exacciones administrativas, como verdaderos salteadores de caminos.

Pero, de todos modos, a Jesús no le gusta pagar los citados peajes:

«Entrando en Cafarnaúm, se acercaron a Simón Pedro los perceptores de la didracma y le dijeron: "¿Vuestro maestro no paga la didracma?" Y él respondió: "Cierto que sí". Cuando hubo entrado en la casa (de peaje), le salió Jesús al paso y le dijo: "¿Qué te parece, Simón? *Los reyes de la tierra*, ¿de quién perciben los impuestos? ¿De sus hijos o de los extraños?" Simón le dijo: "De los extraños". Y Jesús le respondió: "*Luego los hijos están exentos...*"» (*Mateo*, 17,24-26.)

Dice eso porque es perfectamente consciente de que es hijo de rey (su padre, Judas de Gamala, «*Hijo de David*» antes que él), y de que debe percibir y no pagar. De donde su amargo juicio sobre los citados publicanos:

«Si tu hermano ha pecado... [...] ...sea para ti como un gentil o un publicano...» (*Mateo*, 18,15-17.)

Ahí el peajero-publicano está colocado incluso después del propio gentil. Pero en el orden normal de las cosas hay que cuidarlo, ya que gracias a él se llena la bolsa del partido, esa bolsa que administra Judas Iscariote, y en la cual mete mano, *cosa conocida* (*Juan*, 12, 6), pero que carece de importancia, dado que se llena holgadamente. Tan holgadamente, que Judas Iscariote *todavía la conserva la noche de la detención de Jesús*.

De hecho, Leví-Mateo, el peajero, es el recaudador principal. Percibe y centraliza las sumas pagadas por los otros peajeros, y Judas Iscariote, el tesorero del movimiento, contabiliza y conserva el conjunto del presupuesto zelota. Y es probable que la masa de las prostitutas hicieran algo más que «*creer en él*» para merecer el «*reino de Dios*».

Se sabe, por otra parte, que Judas sustrae fondos del movimiento, y no obstante no confían éstos a alguien más honrado, porque *no se atreven a retirárselos*. Hay ahí un pequeño misterio que no carece de interés. ¿*Qué sabe Iscariote para ser tan inamovible?* Cosas no muy edificantes, evidentemente, y que pueden conducir a algunos a un castigo tan infamante como definitivo.

Sobre el hecho de que los públicanos tuvieran que pagar a su vez contribución a los *zelotas* (alias los *sicarios*), tenemos como prueba el versículo siguiente, de Pablo:

«Los hijos de Leví que ejercen el sacerdocio tienen, según la ley, el precepto de *recibir el diezmo del pueblo*, esto es, de sus hermanos, no obstante ser también ellos de la estirpe de Abraham...» (Pablo, *Epístola a los hebreos*, 7,5.)

Pues bien. Jesús se dirá sacerdote según la orden de Melquisedec. Pero veamos la continuación:

«...además, el mismo Leví, que percibe los diezmos, los ha pagado...». (Pablo, *Epístola a los hebreos*, 7,9.)

No se trataba de Leví, hijo de Jacob y de Lea, sobrino de Raquel y nieto de Abraham, pues ese Leví no pagó jamás diezmo alguno a nadie. Su violencia y su carácter indómito eran proverbiales. Léase a este respecto el *Génesis* (49, 5-7). El Leví que está cerca de Pablo es el Leví alias Mateo, el peajero. Y éste no sólo paga el diezmo, sino que organiza la percepción del mismo entre sus colegas los peajeros. En provecho de la caja mesianista, claro está.

Después de la muerte de Jesús, al igual que antes, las rebeliones judías que tenían como fin el restablecimiento de la realeza davídica, continuarán. La percepción de ese «diezmo» también. Juzgúelo el lector. Veamos lo que nos dice Flavio Josefo:

«Siendo Fadus gobernador de Judea, un mago llamado *Teudas* persuadió a una gran multitud de que *tomaran consigo sus riquezas* y le siguieran hasta el Jordán. Decía que era profeta, y que después de haber dividido el no mediante una orden suya, podrían atravesarlo fácilmente. Hablando así engañó a mucha gente. Pero Fadus no les dejó gozar de su locura. Envió contra ellos a una tropa de caballeros, que cayó sobre ellos de improviso y mató a un gran número, capturó a muchos con vida y al propio Teudas entre ellos, a quien decapitó y cuya cabeza envió luego a Jerusalén...» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, 97-98.)²³ Estamos en el año 45.

Sabemos que en el año 44 Santiago el Menor, «hijo de Alfeo», fue decapitado en Jerusalén (cf. Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, II, I, 5). Pues bien, éste tiene un hijo, que es el apóstol Judas, a quien se llama también Judá, alias Tadeo. Este es un punto sobre el cual todos los exegetas, católicos y protestantes, están de acuerdo. Y ese hijo es el Teudas, alias Tadeo, decapitado, como su padre, por orden de Fadus. Le llaman *magos* por la sencilla razón de que ha heredado de su padre esa magia traída de Egipto por Jesús. Y lo mismo que a los astrólogos se les llamaba en aquella época *caldeos* (es un hecho), a los magos les llaman *egipcios*. Ese término se usará todavía en la Edad Media refiriéndose a los *bohemos*.

Por eso, cuando Pablo es detenido en Jerusalén en el curso de una nueva sublevación (*Hechos*, 21, 27 a 36), encontramos el siguiente testimonio:

«A la entrada del cuartel dijo Pablo al tribuno: "¿Se me permite decir una cosa?" El tribuno respondió: "¿Hablas el griego? ¿No eres tú acaso el *egipcio* que hace algunos días promovió una sedición y llevó al desierto a cuatro mil bandidos?..."» (*Hechos*, 21, 37-38.)

No podía tratarse de un habitante de Egipto, quien evidentemente no habría tenido nada que ver con la independencia judía y la realeza davídica, sino de un «*egipcio*», término sinónimo de *magos*.

Todo esto tiene lugar en pleno período de insurrección, puesto que Eusebio de Cesárea y Flavio Josefo están de acuerdo en situar en esta época la terrible carestía de víveres:

«En aquellos tiempos Judea pasó una terrible hambre...» (Cf. Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, 101.)

Bajo la pluma de los escribas anónimos que compusieron todo el Nuevo Testamento, en los siglos iv y v, esas incesantes y terribles

²³ Cuspius Fadus fue enviado por el emperador Claudio en el año 45. Fue sustituido en el 46 por Tiberio Alejandro, que hizo crucificar a Simón el Zelota (alias Pedro) en Jerusalén, en el año 48. con su hermano Santiago, alias Jacobo, el Mayor.

insurrecciones se convirtieron en triviales y pequeñas escaramuzas, suscitadas, por los malos fariseos contra los buenos cristianos, escaramuzas a las que los excelentes romanos tenían a bien poner fin y servir de arbitros, a fin de mantener el orden público. La realidad histórica, en cambio, es otra muy distinta. Pero en la época en que se redactó el Nuevo Testamento, todo el Imperio romano se había hecho ya cristiano, de buen grado o por la fuerza. Y había que tratar con miramientos al emperador y al pueblo romano. Y para ello, cargan todas las culpas sobre las espaldas de los judíos que habían permanecido fieles a su religión.

Y veamos ahora un episodio de las exacciones de los *zelotas*, episodio tomado a lo vivo, y que los anónimos redactores de los pseudo Evangelios quisieron reproducir a guisa de ejemplo edificante para los candidatos, entremezclando allí los habituales elementos maravillosos, con toda la sutileza necesaria:

«La muchedumbre de los que habían creído no componía sino un solo corazón y una sola alma. Ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común. Los apóstoles atestiguaban con gran fuerza la resurrección del Señor Jesús, y una gran gracia reposaba sobre todos ellos, pues no había entre ellos ningún indigente. Todos cuantos poseían campos o casas los vendían, aportaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles. Y a cada uno se le repartía según su necesidad.» (*Hechos*, 4,32-35.)

Moderemos un poco nuestro entusiasmo y observemos que la arbitrariedad debía reinar cumplidamente en esa apreciación de las «necesidades», dado que en otro lugar leemos lo siguiente:

«Por aquellos días, habiendo crecido el número de los discípulos, los griegos murmuraron contra los hebreos, porque las viudas de aquéllos eran mal atendidas en la distribución que se efectuaba cada día...» (*Hechos*, 6,1.)

Reanudemos nuestra lectura precedente:

«Pero un hombre llamado Ananías, con Sáfira, su mujer, vendió una propiedad y retuvo una parte del precio, *sabiéndolo también su mujer*. Luego aportó el resto y lo depositó a los pies de los apóstoles. Pedro (es Simón el Zelota, no lo olvidemos) le dijo: "Ananías, ¿por qué se ha apoderado Satanás de tu corazón, hasta el punto de que hayas engañado al Espíritu Santo y hayas retenido una parte del precio del campo? ¿Acaso sin venderlo no lo tenías para ti, y después de haber sido vendido no quedaba el precio a tu disposición? ¿Por qué intentaste hacer tal cosa? No has mentado a los hombres, sino a Dios". Al oír Ananías estas palabras, cayó y expiró. Un gran temor se apoderó de todos cuantos lo oyeron. Luego se levantaron *los jóvenes*, y envolviéndole le llevaron y le dieron sepultura.

»Pasadas unas tres horas, entró la mujer, que ignoraba cuanto

había sucedido, y Pedro le dirigió la palabra: "Dime si habéis vendido el campo a este precio". Dijo ella: "Sí, a este precio". Entonces, Pedro le dijo: "¿Por qué os habéis concertado en tentar al Espíritu Santo? Mira, los que han sepultado a tu marido están ya a la puerta, y ellos te llevarán también a ti". En el mismo instante cayó ella a sus pies y expiró. Al entrar *los jóvenes*, la hallaron muerta. Se la llevaron, pues, y la sepultaron con su marido. Un gran temor se apoderó de toda la Asamblea y de todos cuantos se enteraron de estas cosas...» (*Hechos*, 5, 1 a 11.)

Observamos diversos puntos sorprendentes en este relato, visiblemente amañado para que tuviera el «acolchado» habitual, pero en el cual brota a cada instante la violencia de Simón el Sicario, padre de Iscariote, cuya insensibilidad justifica una vez más su sobrenombre de «Piedra».

En primer lugar: el Espíritu Santo de Simón es muy susceptible, Cuando su hijo Judas Iscariote hurtaba en la bolsa, el Espíritu Santo *no intervenía*. «*Era ladrón*» (*Juan*, 12, 6), pero el Espíritu Santo se conformaba. En cambio, cuando Ananías vende su propiedad para hacer don a los apóstoles de una parte del precio de venta, éste no tiene derecho a quedarse con una parte de lo que es suyo. Y eso merece la muerte.

Y su esposa, que le es necesariamente sumisa, tanto por la ley judía como simplemente por amor conyugal, su esposa, por no denunciar al esposo, también merece la muerte.

Y según nuestros anónimos redactores de los siglos IV y v, fue ese *Espíritu Consolador*, ese *Paráclito* que se supone que Jesús envió a la tierra tras su ascensión a los cielos (*Juan*, 15, 26) como un último don a sus fieles, ése fue el que ejerció el oficio de verdugo.

Tranquilicemos al lector. El proverbio dice que «*De tal padre, tal hijo*», pero este proverbio, haciendo uso de un silogismo indiscutible, puede invertirse, y damos: «*De tal hijo, tal padre...*»

Simón el Zelota, alias el Sicario, que mereció el sobrenombre de «Piedra» (Pedro) a causa de su insensibilidad, es el digno genitor del ladrón que fue Judas Iscariote. Porque ese sobrenombre lo tema ya cuando Jesús le hizo entrar en escena:

«Cuando caminaba (Jesús) junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos: Simón, *llamado la Piedra* (Pedro), y Andrés, su hermano...» (*Mateo*, 4,18.)

«Los nombres de los doce apóstoles son estos: *el primero. Simón, llamado la Piedra* (Pedro), y Andrés, su hermano...» (*Mateo*, 10,2.)

«Cuando vio esto, *Simón-Pedro* (la Piedra) cayó de rodillas ante Jesús y le dijo: "Señor, apártate de mí, *que soy un pecador...*"» (*Lucas*, 5, 8.)

«Andrés, *hermano de Simón-Pedro* (Piedra), era uno de los dos que habían oído a Juan...» (*Juan*, 1,40.)

Podemos observar que aquí hay elementos que hacen suponer que el infortunado Ananías era el mismo que aquel al que Pablo recogió en Damasco, cuando tuvo lugar su conversión. Como eso sucedió en el año 39, el asesinato de Ananías y de su esposa habría tenido lugar cuando abandonaron Damasco para ir a vivir a Jerusalén, quizás por prudencia, después de los sucesos que fueron aparejados a la conversión de Pablo. La propiedad vendida (en 5, 1 de los *Hechos* se habla de una propiedad, y no de un campo) era sin duda alguna su vivienda, en Damasco. Fueron muy mal recompensados por ello.

En cuanto a su forma de morir, tiene una explicación muy sencilla. La terrible *sica* (siria, jordana, palestina), puñal que dio su nombre a los sicarios, es una temible arma. Los nativos de aquellas regiones, tanto en esa época como en nuestros días, completan su acción con un arma contundente, bien con una cachiporra hecha de una asta de palmera o con un garrote de encina verde, o un nervio de toro cargado de bolas de plomo. Así era como la milicia del Templo de Jerusalén, que iba armada con la espada, en caso de tumultos populares separaba a las facciones adversas, haciendo uso del garrote o la cachiporra.

Ananías y Safira recibieron simplemente un mazazo, lo que explica su caída instantánea. Y si *los jóvenes* de la guardia de Simón el Zelota tardaron tres horas en ir y volver de la inhumación de Ananías es que tuvieron que llevarse el cadáver bastante lejos de Jerusalén. El hecho tuvo lugar de día. De noche las puertas de la ciudad hubieran estado cerradas, y no habrían podido salir.

Es posible que hubieran llevado el cadáver disimuladamente, embutido dentro de un saco o de una caja, plegado y amarrado en posición fetal. Fuera de Jerusalén no faltaban lugares desiertos propicios para efectuar una inhumación clandestina. Bastaba con ir lo suficientemente lejos para poder actuar tranquilamente. Habría sido necesaria una hora de trayecto para la ida, media hora para excavar la tumba (el suelo, tremendamente rocoso, era difícil de cavar: para practicar los pequeños agujeros destinados a aislar los excrementos naturales, los esenianos utilizaban un hacha, denominada *ascia*), y otra hora para el regreso, de modo que podemos situar el lugar de la sepultura clandestina de Ananías a unos cuatro kilómetros de distancia.

Fue probablemente en dirección a Jericó, ya que, según Jesús, la región atravesada era desierta y estaba infestada de bandidos, que se cobijaban en las numerosas grutas de dicha región.

«Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en poder de ladrones, que le desnudaron, le cargaron de golpes y se fueron, dejándolo medio muerto.» (*Lucas*, 10,30.)

Es indudable que Simón el Zelota habría podido hacer como la

mayor parte de los sicarios, que abandonaban a sus víctimas en plena calle, encrucijada o ciudad, según cuenta Flavio Josefo (*Guerras de Judea*, II, 5). Pero esas víctimas de su terrorismo sanguinario eran generalmente fariseos y saduceos. Si se identificaba a Ananías como uno de los fieles de la nueva secta, las pesquisas habrían demostrado rápidamente que se trataba de *un crimen de derecho común*. Y en lugar de una decapitación, muerte rápida y sin sufrimiento, se corría el riesgo de ser condenado a la crucifixión, el más atroz de los suplicios, y reservado, por eso mismo, a los mayores criminales. Cosa que, por otra parte, fue lo que les sucedió en el año 47 a Simón-Pedro y a Santiago, como ya hemos visto.

Y ahora nos hallamos frente a un episodio enigmático del naciente cristianismo, el de los «mercaderes del Templo». Los cristianos modernos no dejan jamás de subrayar la acción de Jesús expulsándolos del templo, así como a los cambistas de moneda, para demostrar hasta qué punto el cristianismo es opuesto al capitalismo a ultranza. Y olvidan las condenas pontificias del socialismo «*intrínsecamente perverso*», como afirmó textualmente el papa Pío XII.

Veamos, pues, ese episodio. No lo interpretaremos a la manera admirativa de los crédulos devotos, sino como lo habría examinado el estratega jefe de la milicia del templo, responsable del orden público.

En primer lugar observaremos que, desde siempre, allá donde hay un culto, en sus alrededores se encuentran los abastecedores materiales de los accesorios para dicho culto.

En Jerusalén en nuestros días, en La Meca, en Benarés, en Roma, en Lourdes, en Lisieux, en Fátima, el peregrino encontrará todo cuanto le es necesario para afirmar su fe ante Dios. Estas cosas no sorprendían a nadie. El final de aquel estado no era para mañana, el profeta Zacarías lo había dicho. Evocando el día lejano en que Jerusalén sería la capital mesiánica del mundo entero, en que Israel, vencedor de las naciones, las vería venir a «posternarse ante el rey» (*Zacarías*, 14, 16) —lo que no es para mañana, con toda seguridad—, el gran vidente nos dice lo que sigue:

«En aquel día, en los cencerros de los caballos estará escrito: "Consagrado a Yavé", y los calderos del templo de Yavé serán como las copas ante el altar. Todo caldero en Jerusalén y en Judá será consagrado al Yavé de los Ejércitos. Todos aquellos que vengan a ofrecer sacrificios, los utilizarán para cocer en ellos la carne. *Y en aquel día no habrá ningún mercader en la Mansión del Yavé de los Ejércitos.*» (*Zacarías*, 14,20-21.)

Veamos ahora el relato evangélico. Jesús sube de Jericó a Jerusa-

lén. *Le seguía una muchedumbre numerosa* (Mateo, 20, 29); señalemos esto:

«Cuando, próximos ya a Jerusalén, llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, envió Jesús a dos discípulos, diciéndoles: "Id a la aldea que está enfrente, y en seguida encontraréis a una borrica atada y con ella a un pollino; soltadlos y traédmelos, y *si alguien os dijera algo*, responderéis; 'El Señor los necesita', y al instante os los dejarán llevar".

»Esto sucedió para que se cumpliera lo que había sido anunciado por el profeta: "Decid a la hija de Sión: 'He aquí que *tu rey* viene a ti, manso y montado sobre un asno, sobre un pollino hijo de una borrica...!'" (*Zacarías, 9, 9.*) Fueron los discípulos e hicieron como les había mandado Jesús. Trajeron la borrica y el pollino, pusieron sobre ellos los mantos, y encima de ellos montó Jesús. Los más de entre la turba (la que acompañaba a Jesús) desplegaron sus mantos por el camino, mientras que otros, cortando ramas de árboles, los extendían por la calzada. La multitud que le precedía y que le seguía gritaba: "¡Hosanna, hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre de Adonai! ¡Hosanna en las alturas!..."» (*Mateo, 21, 1 a 9.*)

Detengámonos aquí. Cuando se venía de Jericó, en esa época, y se había llegado a Betfagé, dos caminos se abrían ante nosotros: uno subía hacia la cima del monte de los Olivos, a nuestra derecha, y por consiguiente en dirección nordeste. El otro está directamente delante de nosotros, pasa por el «jardín de los Olivos» (que no es el monte de dicho nombre, sino que se halla a su pie), y atraviesa el lugar conocido como *Getsemaní*, donde se encuentra una prensa de aceitunas y su almacén. Este lugar se haría célebre a continuación. *Pero no hay ningún otro pueblo antes de Jerusalén.*

Se encuentra tan sólo, retrocediendo, el pueblo de Betania, donde viven Simón el Leproso, Lázaro y sus hermanas, Marta y María, todos familiares y amigos de Jesús. Si el pollino y la borrica estaban atados a un olivo del citado Getsemaní, o si lo estuvieron en el pueblo de Betania (lo cual habría implicado un rodeo), o en Betfagé, la verdad es que habían sido colocados expresamente allí para preparar esa «realización» de la visión de Zacarías. Era el empujoncito final. Y, como es lógico, estaban vigilados, para que nadie los robara, y para que su destinatario final los tuviera a su disposición llegado el momento oportuno. Y así fue.

Y cuando Jesús dijo que respondieran: «*El Señor los necesita*», da a entender su carácter real (señor significa rey), y no un carácter divino. Esa frase es la consigna, y así el guardián de los dos animales los

abandonará en manos de los que vienen a buscarlos sin poner dificultades. A eso es a lo que se llama «hacer encajar las profecías». Continuemos:

«Y en cuanto entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió (en rumores) y decía: "¿Quién es éste?" Y la muchedumbre (la que le seguía desde Jericó) respondía: "Éste es Jesús, el profeta, de Nazaret de Galilea".

»Entró Jesús en el templo de Dios, y arrojó de allí a cuantos vendían y compraban en él, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas. Y les dijo: "Escrito está: 'Mi casa será llamada casa de oración', pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones".» (*Mateo*, 21, 10-13.)

Efectivamente, Isaías nos dice:

«Y a los extranjeros que se hayan adherido a Yavé para servirlo...[...]... los conduciré a mi monte santo y los colmaré de gozo en mi casa de oración...» (*Isaías*, 56,6-7.)

Pero no habla de ladrones. Es evidente que los extranjeros y los israelitas que acuden en peregrinación a Jerusalén, van necesariamente a ofrecer un sacrificio en el Templo. Ese Templo se divide en dos partes principales. Está el Templo, con sus naves superpuestas, con sus recintos y sus pórticos, donde tienen acceso los extranjeros, las mujeres de Israel, los hombres de Israel, los sacerdotes, los sacrificadores, el sumo sacerdote. Todo eso limitado por unas barreras infranqueables bajo pena de muerte. Está el *Santo*, el santuario propiamente dicho, y, como último recinto, el *Sanctasanctórum*, donde solamente penetra el sumo sacerdote una vez al año. Lo mismo sucedía en Pekín, en la *Ciudad Violeta*, o en Moscú, con el *Kremlin*. Sería, pues, en las partes semisagradas donde se establecerían los pequeños comerciantes y los cambistas de moneda extranjera. Éstos son indispensables para el culto, nunca nadie se ha ofendido por ello, no se puede prescindir de ellos. Sin ellos, sin los animales destinados a los sacrificios, no podía haber culto.

Además, eso significaba mostrarse demasiado severo con ese pequeño mundo de mercaderes y de cambistas, cuando él mismo había elegido, entre sus apóstoles, a dos hombres que eran asesinos, padre e hijo, y el hijo, para colmo, también era ladrón: Simón el Zelota y Judas Iscariote. Y tanto más cuanto que los *peregrinos*, «los que compraban», también fueron expulsados y golpeados.

De hecho, todo había sido montado minuciosamente con anterioridad. Jesús no derribó él solo todos los tenderetes de los cambistas y mercaderes, que esperaban que vinieran a comprarles sus animales.

Todo eso ocupa mucho espacio, tanto como una feria o un comicio agrícola. Y *la gran masa que le seguía* desde Jericó había venido para eso. Esa pendencia estaba organizada de antemano. Y se desencadenó a raíz de unas palabras de Jesús. Podríamos preguntarnos, teniendo en cuenta cuanto precede, si todo el dinero así dispersado por el suelo, si todos esos centenares de monedas de oro y de plata rodando por aquí y por allá, fueron recuperados luego por sus legítimos propietarios. O si quizás un cierto número de *iscariotes*, venidos de Jericó con dicho fin, se inclinarían a recogerlos. O si quizás nuestros cambistas y mercaderes no fueron tan dóciles como los peajeros.

Podríamos preguntarnos también si el «*estratega*» del Templo, que estaba al mando de la milicia de éste, ante semejante agresión no mandaría un destacamento armado a fin de detener a los alborotadores, y si de la ciudadela Antonia, alertada por sus vigías, no habría acudido una centuria legionaria a cerrar la retaguardia a Jesús y a su tropa zelota. De todo eso, que fue *inevitable*, los Evangelios canónicos no dicen ni una palabra.

Quizás en una circunstancia similar (dado que hubo varios ataques al Templo) fue cuando detuvieron y encarcelaron a un tal Jesús-bar-Abá con otros sediciosos «por homicidio en el curso de una revuelta» (*Marcos*, 15, 7). Debemos convenir que no es en modo alguno inverosímil, en semejante ambiente y con semejante tipo de gente, para quien el combate que se llevaba a cabo era una guerra santa, como nos demuestran algunos manuscritos del mar Muerto.

Por otra parte, tampoco es desatinado suponer que, a semejanza de su padre Judas de Galilea, que se apoderó primero del arsenal y del tesoro de Séforis, Jesús intentara, con esos asaltos al Templo, apoderarse de las armas almacenadas en el arsenal de su milicia, y, aprovechando la ocasión, del tesoro del Templo. La existencia de este último era conocida de todos, y ello había tentado ya a Hircano, a Herodes, y a los romanos, que ya habían sacado de allí algunas cantidades. El botín valía la pena.

El hecho de que Flavio Josefo no nos hable de los ataques al Templo antes de la caída de Jerusalén, no prueba absolutamente nada. No olvidemos que los manuscritos originales desaparecieron. *No poseemos sino copias de varios siglos posteriores, y los monjes copistas y la censura cristiana pasaron por allí.*

Abramos aquí un paréntesis. Entre los numerosos documentos conocidos como «del mar Muerto» existen unos rollos de cobre cuyo texto hebreo pudo ser descifrado en el año 1956, en Gran Bretaña, por Wright Baker, en la Universidad de Manchester. Son del siglo i de nuestra era. Fueron redactados en un dialecto hablado, el de la Michna, parte más antigua del Talmud, y no en hebreo neoclásico.

Se sabe (Dupont-Sommer *dixit* en sus *Manuscritos del mar Muerto*) que los *telólas* estaban constituidos por la fracción política militante de los *esenianos*, de los que al fin se separaron. Para Cécil Roth, los hombres de Qumram (lugar donde fueron descubiertos todos los manuscritos) son los *zelotas*. Pues bien, esos rollos nos hablan de un tesoro considerable, compuesto de aproximadamente *doscientas toneladas de oro, de plata, y de otras materias preciosas*, oculto y enterrado en sesenta puntos diferentes de Tierra Santa. Comprendemos que Nerón, a quien a pesar de todo repugnaban las ejecuciones inútiles, prefiriera hacer pagar a sus jefes enormes sumas, abandonando a los militantes ordinarios a las leyes romanas y a los terribles usos que de éstas se hacía. Aquí, una vez más, Flavio Josefo demuestra ser un excelente historiador, ya que sus afirmaciones están corroboradas por los rollos de cobre de Qumram, como vemos, a pesar de que las cantidades estén ostensiblemente exageradas.

Henos muy lejos ya del «adorable Jesús», del «Corazón misericordioso», del «Cordero que se ofrece en sacrificio por los pecados de los hombres». Ese es el *leshouah* de la gnosis judía, es el Salvador Invisible, el que *todas las religiones de salvación*, en sus «misterios» iniciáticos, han detectado entre los *Arquetipos eternos*. Es el Eón Jesús de los gnósticos valentinianos. Es el Mithra judaizado del siglo IV, imaginado por los pseudo evangelistas al servicio de Constantino. Es el *Cristo idealizado* que adoran los cristianos sinceros desde siempre.

Pero no es el pretendiente al trono material de Israel, que marcha sobre Jerusalén en cabeza de sus *sicarios*, para atacar a peregrinos inofensivos y robar a pequeños comerciantes y cambistas. No es ése que, menospreciando a los peajeros, se sirve de ellos y les cobra en provecho de su caja de guerra. No es ése que, al elegir a sus lugartenientes inmediatos, empieza por tomar a dos asesinos, padre e hijo, este último, además, ladrón. El que «marcha sobre Roma» de esta manera es el futuro crucificado del procurador Poncio Pilatos, un jefe político lleno de valor, un mago que hace honor a sus maestros alejandrinos, *pero un hombre*, a fin de cuentas, desgastado, en el umbral de la vejez, y cuya muerte está cercana.

Es ése el que los gnósticos, maniqueos, templarios y cataros rehusarían confundir con Dios. Ése cuyo patíbulo, la cruz ignominiosa de aquellas épocas, no será jamás tenida por sagrada por los mismos templarios y cataros, ese mismo patíbulo ante el que incluso sentirán horror, porque a sus ojos es un sacrilegio permanente frente a la verdadera entidad divina que ha tomado a su cargo *la salvación de los misterios de todos los cultos*. El que será crucificado es el *Cristo inferior, terrestre, entregado a un partido y cautivo de la Materia*, que nos revelan los escritos maniqueos, opuesto al *Cristo superior, celeste, puramente espiritual y neumático*. Y los interrogatorios de los templarios demuestran de forma absoluta, a través de algunas preguntas *muy*

concretas, que lo que preocupaba a los inquisidores era precisamente *eso*, es decir, esa noción diferencial...

Pues bien, pretender que los excesos posteriores de Simón-Pedro no implicaban otros semejantes en el activo de Jesús, es un error. Y aquí tenemos la prueba.

En *Mateo* (17, 24-27) leemos el siguiente relato, muy imprudente por parte de los escribas anónimos del siglo IV, porque nos revela, una vez más, el tipo de ingresos particulares que eran tan familiares a Jesús y a los zelotas:

«Entrando en Cafarnaúm, se acercaron a Simón-Pedro los perceptores de la didracma y le dijeron: "¿Vuestro maestro no paga la didracma?" Y él respondió: "Cierto que sí". Cuando hubo entrado en la casa, le salió Jesús al paso y le dijo: "¿Qué te parece. Simón? *Los reyes de la tierra, ¿de quién perciben los impuestos? ¿De sus hijos o de los extraños?*" Simón le dijo: "De los extraños". Y Jesús le respondió: "*Luego los hijos están exentos. Mas, para no escandalizarlos, yete al lago, echa el anzuelo y agarra el primer pez que pique. Ábrele la boca, y en ella encontrarás una estatera; tómalala y dála por mí y por ti...*"» (*Mateo*, 17, 24-27.)

Si se trata de un milagro, lo es, y muy gordo. Sin embargo, como Dios encarnado. Jesús habría podido muy bien chasquear sencillamente los dedos y hacer aparecer en la punta de éstos la estatera solicitada. Habría podido decir simplemente a Pedro:

«Mete la mano en tu faja, y allí encontrarás la pieza necesaria para el peaje de los dos». Pero nada de eso. Simón, que acaba como él de recorrerse toda Galilea, tiene de antemano una caña de pescar *enganchada* en su cinturón. No nos dicen con qué. Y después de haber capturado un pez, sin esperar, en el mismo segundo. Jesús le materializará en sus fauces, a distancia, la estatera necesaria para pagar el peaje. ¡Es fantástico! Pero nunca sabremos si el pez se paseaba desde hacía mucho tiempo con esa moneda en su boca. tras haberla recogido no se sabe dónde ni cómo, y haberla conservado todo el tiempo necesario para encontrar por fin el anzuelo de Simón-Pedro. Cosa que le permitiría a continuación reventar con la boca abierta, fuera de su elemento natural. Tampoco se nos explicará cómo pudo, de un bocado, atrapar el anzuelo sin soltar la pieza de moneda. Porque para los ingenuos, hambrientos de milagros, todo vale. Sólo que la verdad es más sencilla. Y más sórdida también, y se nos va a aparecer el verdadero rostro del Jesús histórico, sin máscara.

Cuando muere un papa, se rompe a martillazos su anillo, al que se denomina «*el anillo del Pescador*», y se graba uno nuevo, destinado a su sucesor.

Ese rito conmemora la frase de Jesús: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres» (*Mateo*, 4, 19). De hecho, aquellos a los que se dirige no tendrán que cambiar apenas de profesión, porque Simón, como su hijo Judas, lleva el sobrenombre de *Iscariote* (*Juan*, 6, 70), y el de *Barjona* (*Juan*, 21, 15). Es decir, que nuestros asesinos y salteadores están dispuestos a actuar bajo la insigne dirección de uno de los hijos «*de los reyes de la tierra*». Porque, entendámonos, ¿era Jesús *hijo del rey del cielo o hijo de los reyes de la tierra*? Hay ahí una oposición evidente. De los crímenes anteriores que había cometido, Simón se daba perfecta cuenta: «Señor, apártate de mí, que soy un pecador...» (*Lucas*, 5, 8.)

Es decir, que el *pez* de esos episodios no es otro que el «*pichón*» del argot moderno. Porque ¿desde cuándo se saca a un pez de su elemento natural para asegurarle su futuro espiritual? Una vez pescado, nuestro pez tiene asegurada una suerte invariable: primero será *descamado* (despojado de su vestidura), a continuación será vaciado (despojado de su dinero), y finalmente será *cocido*, o mejor aún, «*frito*», sirviendo así de alimento a aquel o a aquellos que lo habrán *capturado*. El «*pichón*» moderno será asimismo «*desplumado*», «*limpiado*» y «*frito*». Para los lectores que ignoren el significado de estos términos especiales, la consulta de un diccionario de argot podrá serles de ayuda.

Pues bien, el «*anillo del Pescador*», atributo del sucesor de Simón-Pedro, *representa precisamente a este último tomando la red*. También aquí, una vez más, los símbolos hablan. *No se saca a un pez del agua por su bien, sino en provecho únicamente del pescador*, y con antelación puede decirse que está ya «*frito*».

Traduzcamos pues ahora el episodio evangélico antes citado. Jesús afirma ser «*hijo de los reyes de la tierra*», rehusa pagar el impuesto y pretende, por el contrario, cobrarlo. Partiendo de esa base, la solución al problema planteado por el peajero de Cafarnaúm es para él sencillísima. Simón descenderá hacia el lago, allí encontrará a un «*pichón*», perdón, a un «*pez*», en este caso a un individuo cualquiera, y percibirá de este último la suma exigida para la entrada en Cafarnaúm. Es muy sencillo, y a este tipo de tareas Simón está acostumbrado. La mano izquierda extendida con un gesto elocuente esperará las cuatro dracmas o la estatera que tiene el mismo valor, y la mano izquierda dejará asomar ligeramente la *sica* disimulada bajo el manto, ese terrible pu-

ñal palestino que dio nombre a los *sicarios*. Así, y sin haber abdicado de su carácter de «*hijo de los reyes de la tierra*». Jesús y Simón entrarán sin soltar un céntimo en la ciudad de Cafarnaúm.

Una prueba perentoria de que ahí se trataba de robar a un viandante, y no de realizar un milagro *es el hecho de que no es Jesús quien se encarga de procurarse la estatera*.

Hacer aparecer esa moneda bruscamente, de la nada, a la manera de un prestidigitador, sena un poder de un dios encarnado. No había necesidad alguna de complicarse la vida con caña de pescar, anzuelo, cebo, pez, etc. **Y**, no obstante, no fue Jesús quien realizó la operación. ¿Por qué? Pues porque era de estatura demasiado baja, estaba viejo, débil, y *no impondría suficientemente a la víctima eventual*. Y sena Simón, la «roca», el «duro», quien se encargaría de ello. Porque él era de estatura como para intimidar a esa víctima, y además estaba ya acostumbrado.

Y esto nos prueba todavía más que no se trata de un «pez» ordinario. Una última observación va a confirmarnos lo bien fundado de este punto.

Conocemos la sigla latina *ICHTYS*, transcripción en letras latinas del monograma griego de Cristo, compuesto por las primeras letras de las palabras «Jesucristo hijo de Dios, salvador» (en griego: *Iesous Christos Theou U ios Soter*).

Y es esa misma sigla latina *ICHTYS* (en griego: *Ikthys: pez*) la que va a desvelarnos el subterfugio que utilizaron los escribas anónimos del siglo IV para disimular la sórdida verdad del episodio del pez de la estatera.

Sabemos que Jesús divide a los hombres en dos categorías bien distintas. Los *corderos*, es decir, los «buenos», *los suyos* (*Mateo*, 15, 24; 25, 32-33, y *Juan*, 10, 2). A éstos les reserva su derecha, con la gloria eterna. Y los *cabritos* (las mismas referencias de los Evangelios), es decir, los «malos», sus *adversarios*. A éstos les reserva su izquierda, con la pena eterna...

Y por fin llegamos a la verdadera significación del *ICHTYS* latino. Porque fonéticamente equivale al hebreo *ish-thyss* (aleph-iod-schin y thau-iod-schin), que significan, palabra por palabra, «*hombre-cabrito*». Esos «hombres-cabrito» que serían durante cerca de un siglo víctimas permanentes de los zelotas, como nos muestra Flavio Josefo en sus *Guerras de Judea* y en sus *Antigüedades judaicas*.

No obstante, no podemos silenciar otra hipótesis en cuanto al pre-

tendido milagro del pez de la estatera. Se sabe que en la Palestina antigua (especialmente en la Decápolis), residía, al margen de la etnia judía, toda una población griega. Y las tradiciones funerarias exigían que los muertos de ésta se fueran al otro mundo con una moneda, un *óbolo*, entre los dientes, destinada a permitirles pagar a Caronte, el barquero de los muertos, quien les pasaría con su barca hasta el otro lado de la laguna Estigia y les evitaría así andar errantes infinitamente en un «mundo» intermedio.

Esa moneda tenía que ser, como mínimo, de un *óbolo*, moneda griega de poco valor. Pero las familias ricas, evidentemente, entre los labios de sus difuntos depositaban una moneda más importante.

Y se plantea aquí la cuestión: ¿el *hombre-cabrito* no sería simplemente un cadáver (impuro, eso sí) que se hallara en un depósito funerario en espera de su sepultura o incineración última, y al cual Simón-Pedro habría robado la moneda? Cuando uno tiene valor para atracar a los vivos, lo tiene también para despojar a los muertos.

Otro episodio de esa época, relatado por Flavio Josefo, nos confirmará todo lo precedente. En sus *Antigüedades judaicas*, en el libro XX, leemos esto, que se supone que se desarrolló en el año 63:

«Habiendo muerto Festus, Nerón dio el gobierno de Judea a Albinus, y el rey Agripa despojó del sumo sacerdocio a José para entregárselo a Ananus. Este Ananus, el padre, fue considerado como uno de los hombres más felices del mundo, *porque gozó tanto como quiso de esa gran dignidad, y tuvo cinco hijos, que la poseyeron todos después de él*, cosa que nunca había sucedido a ningún otro. Ananus, uno de esos hijos, del que hablaremos ahora, era un hombre audaz y emprendedor y de la secta de los saduceos que, como ya hemos dicho, son los más severos de todos los judíos, y los más rigurosos en sus juicios. Eligió el período en que Festus había muerto y Albinus todavía no había llegado, para reunir un consejo ante el cual mandó presentarse a *Santiago, hermano de Jesús, llamado Cristo de sobrenombre, y a algunos otros*, los acusó de haber contravenido la ley y los condenó a ser lapidados. Esta acción desagradó extremadamente a todos aquellos habitantes de Jerusalén que eran piadosos y que sentían un verdadero amor por la observación de nuestras leyes. Enviaron secretamente al rey Agripa esta noticia, para rogarle que ordenara a Ananus que no llevara a cabo nada semejante, y que lo que había hecho era inexcusable. Algunos de ellos se adelantaron hasta Albinus, que entonces había salido de Alejandría, para informarle de lo que había pasado y explicarle que Ananus no habría podido ni debido reunir a ese consejo sin su permiso. Él entró en esos sentimientos y escribió a Ananus con cólera y amenazas de castigo. Agripa, viéndolo tan irritado contra él,

le retiró el sumo sacerdocio, que no había ejercido más que cuatro meses, y se lo dio a Jesús, hijo de Damneus.

»Cuando Albinus hubo llegado a Jerusalén, empleó todos sus sentidos en *devolver de nuevo la calma a la provincia, por la muerte de una gran parte de esos ladrones*. En ese mismo tiempo, Ananías, que era un sacerdote de gran mérito, se ganaba el corazón de todo el mundo. No había nadie que no lo honrara, a causa de su liberalidad.» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XX, VIII, traducción de Arnauld d'Andilly.)

Es evidente que todo ese fragmento de Flavio Josefo sufrió modificaciones de mano de los monjes copistas, y además modificaciones poco inteligentes, porque:

a) se nos dice que Ananus y sus hijos se sucedieron en el sumo sacerdocio, y a la vez que a uno de ellos le sucedió un tal José. Hay, pues, contradicción;

b) se nos dice que Santiago, hermano de Jesús (es Santiago el Menor, porque el Mayor había muerto con Simón-Pedro en el año 47), fue lapidado con algunos otros por haber contravenido la ley judía. Pues bien, esa misma ley judía, de la que eran tan estrictos observadores los saduceos, prohíbe pronunciar varias condenas de muerte el mismo día. Fue contra eso contra lo que protestaron los habitantes de Jerusalén, y no contra el hecho de que se hubiera condenado a violadores de la ley, ya que el hecho de protestar sería violar asimismo esa ley. Santiago el Menor y «algunos otros» fueron, pues, juzgados *por otros motivos*. ¿Cuáles? Éstos son:

c) el último párrafo de esa cita nos dice que Albinus «empleó todos sus sentidos para devolver de nuevo la calma a la provincia, por la muerte de una gran parte de *esos ladrones*.» Pero ¿dónde se había hablado de «ladrones» en todo el texto precedente? En ninguna parte. Al menos no en el relato de los monjes copistas, porque en el de Flavio Josefo seguro que sí que se hablaba de ellos. Lo mismo que en los capítulos precedentes, ya que nos detalla las exacciones de los sicarios.

De hecho, el pasaje que los monjes copistas suprimieron cuidadosamente nos daba, en efecto, el relato de la ejecución de ese «Santiago (Jacobó), hermano de Jesús, llamado Cristo de sobrenombre»: no se trataba solamente de la violación de las costumbres *religiosas* de la ley judía, sino de una violación que entraba en el marco del derecho común puro y simple. En el pasaje eliminado por los copistas figuraba el término «ladrones», ya que se refieren a ellos a con-

tinuación. Pero nuestros copistas, más o menos ignorados, teniendo en cuenta la época (la alta Edad Media), que deletreaban costosamente línea por línea, siguiendo con el dedo, palabra por palabra, y que no leían con la misma facilidad que nosotros, no vieron que esa interpolación no encajaba en la continuación del texto.

A fin de evitar utilizar una traducción contemporánea, que podría reflejar ideologías y preferencias religiosas de los traductores, hemos tomado el texto de Flavio Josefo en la traducción de Amauít d'Andilly (1588-1674), traductor de varias obras religiosas, hermano mayor de Antoine Arnauít, el «gran Arnauít» defensor de los jansenistas contra los jesuítas, y de Angélique, su hermana, abadesa de Port-Royal.

Y es que en aquella época todavía no existía la crítica liberal del cristianismo, y Arnauít d'Andilly no sospechaba la importancia de su sinceridad en ese terreno. El texto que utilizamos tiene mucho más relieve de esta forma.

17.- La huida a Fenicia

«Aquel que ejerce la misericordia para con todos los hombres, gana la misericordia del Cielo.»

RABBAN GAMALIEL III, siglo III

Los desplazamientos de Jesús durante los cuatro años de su vida pública no son debidos al azar. Fueron necesariamente motivados por exigencias de seguridad. Al pretender restaurar un reino de carácter religioso, como heredero del trono de David, y al estar rodeado de *pelotas*, algunos de los cuales tenían muy mala reputación, si se tiene en cuenta su sobrenombre, forzosamente tuvo que estar vigilado por la policía romana, doblada por la de los tetrarcas idumeos.

Por eso, cuando vemos que los historiadores cristianos califican de «retiro» su viaje a Fenicia, no podemos evitar sorprendernos, a menos que demos a esa palabra su sentido militar de «retirada».

Porque, puesto que se encuentra en Jerusalén, la *Ciudad Santa*, donde, como ya hemos visto, todo judío de raza tenía derecho a entrar

en la penúltima nave, la de los hombres, cada día (y Jesús no se privaba de ello), en ese Templo que era el único lugar de culto regular, excluyendo cualquier otro, ¿cómo justificar que se fuera a «retirar» a Fenicia, estado cuya población había sido, desde siempre, hostil al pueblo hebreo, cuyos cultos eran esencialmente paganos, y donde, como inevitable consecuencia, la impureza ritual le estaba rodeando a cada momento?

De hecho, se trataba efectivamente de una retirada «militar», es 184 decir, de una huida, y precisamente a una región en la que no se les ocurriría ni por un instante suponer que Jesús podría haberse refugiado. De Jerusalén, donde se encontraba entonces, hasta Sidón, a través de Judea, la Samaría hostil, y Galilea, hay, en total, unos ciento noventa kilómetros *a vuelo de pájaro*.

Nunca sabremos el camino exacto que tomó Jesús, pero podemos suponer que se mezclaría, en unión de los discípulos que le acompañaron (que indudablemente serían los mismos de siempre: Simón, Santiago y Juan), con una caravana de peregrinos que se dirigirían a Fenicia para las ceremonias conmemorativas de la muerte y resurrección de Adonis.

Porque, si damos crédito a los trabajos de los exegetas e historiadores católicos, fue justamente en junio del año 29 cuando Jesús se refugió en Fenicia. Y llega allí exactamente para las ceremonias anuales, que tienen lugar, como veremos, en el solsticio de verano, cuando florece precisamente la «rosa de Damas», esa anémona *consagrada a Adonis*.

De todos modos, va a permanecer allí poco tiempo, unos diez días todo lo más, porque le reconocen:

«Saliendo de allí [de Jerusalén], Jesús se retiró a los términos de Tiro y de Sidón. Y he ahí que una mujer cananea de aquellos contornos comenzó a gritar, diciendo: "¡Ten piedad de mí. Señor, *hijo de David*! Mi hija es cruelmente atormentada por el demonio". *Pero él no le contestaba palabra*, y sus discípulos se le acercaron y le dijeron con insistencia: "Despídela, pues viene gritando detrás de nosotros..."» (*Mateo*, 15, 21-24.)

En *Marcos* encontramos precisiones sobre su deseo de permanecer oculto:

«Partiendo de allí (de Jerusalén), Jesús se fue al territorio de Tiro y Sidón. Entró en una casa, *no queriendo ser de nadie conocido*, pero no le fue posible *ocultarse*, porque, en oyendo hablar de él, una mujer cuya hija estaba poseída por un espíritu impuro entró y se postró a sus pies...» (*Marcos*, 7, 24-25.)

Así pues, deseaba que nadie supiera quién era, deseaba permanecer oculto. Extraña actitud para un dios encarnado, venido a proclamar la verdad a las multitudes, ésa de huir e introducirse «*en una casa*», y «*ocultarse*» allí.

Esa casa era probablemente la del misterioso hermano cuyo nombre se ignora y que vivía en Sidón, con el sobrenombre de *Sidonios*, el *sidonio*. ¿Sería ése el misterioso *hijo oculto*^!

Sabemos la continuación. Jesús no pudo permanecer más tiempo en Fenicia, porque había sido reconocido, y *huyó de nuevo*.

«Saliendo de nuevo de los confines de Tiro, se fue por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando los confines de la Decápolis...» (*Marcos*, 7,31.)

Pues bien, si examinamos el mapa de esas regiones (página 4), constataremos que Jesús intentó engañar a las gentes de Tiro. En efecto, desde esa ciudad se fue hacia el norte, bordeando el litoral del Mediterráneo, hasta Sidón, ciudad situada a unos cincuenta kilómetros *por encima de Tiro*. Así, los tirios pudieron suponer que se iba definitivamente de Palestina. Y si proporcionaron información sobre él a la gendarmería romana, esa información fue errónea, porque de Sidón, siguiendo una línea oblicua hacia el este, regresó entonces a Galilea, *pero atravesando la Decápolis*.

Todo eso es perfectamente normal por parte de un hombre a cuya cabeza se ha puesto precio, y que tiene a las legiones romanas en perpetua operación policial contra sus propias tropas. Pero ¿por qué ocultárnoslo,

La «retirada» a Fenicia, interrumpida por la intervención de la cananea y su indiscreción, se produjo, como hemos visto, en el momento de las ceremonias celebradas en honor a Adonis. Ese dios, que no es otra cosa que el principio del trigo y de la vegetación en general, poseía un culto muy antiguo. Los especialistas en historia de las religiones lo identificaron con el Osiris egipcio, y era también él quien, bajo los nombres de Eshmoun, o Aphiad, se veneraba en algunas regiones, mientras que en otros lugares se encontraba de forma idéntica, sólo que bajo el nombre de Dummuzi, Tammuz, Sandon y, por último, Adonis.

Israel, en los tiempos de esas tentativas de sincretismo religioso, que los profetas consideraban, horrorizados, como adulterios espirituales hacia Yavé, a veces había venerado a Tammuz:

«Luego me llevó a la entrada de la puerta del Templo de Yavé que

mira al norte. Y he aquí que allí se encontraban sentadas mujeres que lloraban a Tammuz...» (*Ezequiel*, 8, 14.)

Este lleva el nombre de «Pastor del Cielo» o de «Pastor Celeste», así como el de «Verdadero Hijo». Cuando desciende a la morada de los muertos, se convierte en el señor de ella, y entonces adopta el nombre de «Pastor de la Tierra». Y cuando tiene lugar su resurrección, cuando remonta de la fúnebre morada hacia la luz, los muertos remontan con él. Antes, cuando tuvo lugar su muerte (simbólica), su estatua fue lavada, embalsamada con aromas, envuelta en un lienzo carmesí. Por eso los especialistas en las religiones antiguas de Babilonia y de Asiría, en especial Edouard Dhorme, han podido sacar la conclusión de que:

«Muerte, resurrección, ascensión, nada falta en los misterios de Dumuzi...» (Cf. Edouard Dhorme, *Les religions de Babylone et d'Assyrie*.)

Y A. Moret, con otros numerosos autores, no vaciló en escribir: «Podemos dar por seguro que los fenicios depositaban en los *Adonis* la esperanza de una nueva existencia del hombre después de la muerte». (Cf. A. Moret, *Histoire ancienne de l'Orient*.)

Hay que admitir que los escribas anónimos que redactaron los Evangelios actuales, en el siglo IV y siguientes, nos ponen en presencia de dos conclusiones posibles:

a) o bien fue el propio Jesús quien, impresionado por las ceremonias de Adonis durante su corta estancia en Fenicia, orientó su fin de una manera semejante, provocando los acontecimientos y dando las instrucciones necesarias a aquellos que se ocuparían de su cadáver después de su muerte;

b) o bien ignoramos cómo sucedió en realidad, y fueron los escribas del siglo IV los que, al componer los Evangelios, tomaron los detalles de la religión de Adonis y de la de Mithra, que también encontraremos dentro de poco, a fin de rellenar el vacío de su documentación.

Porque Jesús también se compara a un *Pastor Celestial*, y se dice *Hijo único* de Dios; cuando desciende al Shéol rompe el imperio del Príncipe del Abismo, y libera a los muertos que estaban a la espera; la leyenda pretende que, en el instante de su muerte, se vio salir a éstos de sus tumbas y errar por Jerusalén. Por otra parte, se envuelve con aromas su cadáver. Resucita al tercer día y ocupa su lugar en el Cielo, cerca de Dios. Todo eso *igual que Tammuz y Adonis*, no falta nada, y el plagio es evidente.

Pues bien, de esa estancia de tres días y tres noches, con la consi-

guiente resurrección, sólo se nos habla en tres pasajes de los Evangelios. Él lo saca, *por analogía*, de la de Jonás en el vientre de un enorme pez marino, aunque sin conocer su *imposibilidad absoluta*. Y sorprende bastante, de parte del «hijo de Dios», que éste creyera y divulgara semejante estupidez: ¡un hombre viviendo tres días y tres noches en el estómago de un cachalote, y que saliera de allí fresco y despierto!

Veamos dichos textos de los Evangelios:

a) «La generación mala y adúltera pide una señal, pero no le será dada más señal que la de Jonás el profeta. Porque, como estuvo Jonás en el vientre de un gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra.» (*Mateo*, 12, 39-40.)²⁴

b) «Esta generación mala y adúltera busca una señal, mas no se le dará sino la señal de Jonás...» (*Mateo*, 16, 4.)

c) «Esta generación es una generación mala; pide una señal, y no le será dada otra señal que la de Jonás. Porque como fue Jonás señal para las gentes de Nínive, así también lo será el Hijo del Hombre para esta generación...» (*Lucas*, 11, 29-30.)

Cronológicamente, la permanencia de Jesús en Fenicia se sitúa entre a) y b). O bien a) es una interpolación posterior (y en *Mateo* son frecuentes), o bien es que ya pensaba en montar algo parecido a los misterios de Tammuz y de Adonis cuando fue a Fenicia. Si se hubiera tratado de una interpolación, la de a), lo que ésta habría pretendido sería evitar que el lector estableciera ninguna relación entre su encuentro con las ceremonias de Adonis y su ulterior afirmación en cuanto a su *resurrección*. Porque de ésta no se había hablado *nunca antes*. La idea no se le ocurre ni empieza a afirmarse hasta *después de su viaje a Fenicia*.

Por otra parte, por encima de Sidón, a la altura de la isla de Chipre, en la región de Aradus, Hamah, Emesis, las legiones romanas acantonadas en Fenicia habían establecido desde hacía mucho tiempo el culto a Mithra. Estaba ausente de Palestina (y con razón) pero reaparecía en Alejandría y cubría el mundo antiguo.

Se ha acordado situar en el siglo xiv *antes de nuestra era* la más antigua manifestación conocida de éste. Y el último documento que

²⁴ Este pasaje fue visiblemente interpolado ulteriormente, ya que rompe el texto y el discurso de Jesús. Basta con pasar del versículo 37 al 42 para constatar que el discurso sigue perfectamente y que la interpolación, del 38 al 41 inclusive, es evidente. En cambio, en 16, 4, el pasaje sobre Jonás está en su lugar.

trata sobre el Mithra occidental data del siglo v *después de Cristo*. Por lo tanto, ese dios reinó en el corazón de sus fieles durante mil novecientos años. Su desaparición coincidió con las medidas adoptadas por los emperadores cristianos a instigación de los padres de la Iglesia contra todo lo que no era cristiano, y cristiano ortodoxo. Pitagóricos, platónicos, gnósticos, seguidores de las diversas ramas cristianas independientes trabaron entonces conocimiento con la tolerancia mesianista y cristiana.

Mithra era, en efecto, el dios de las legiones. Esta religión, importada ya en el año 181 antes de nuestra era al corazón mismo de Roma, obtuvo el favor imperial. Cómodo, Diocleciano, Galerio, Licino, Juliano, Aureliano, fueron fervientes seguidores de Mithra.

Es posible que Nerón, nacido el 25 de diciembre, el mismo día que se festejaba el nacimiento de Mithra, fuera uno de los primeros emperadores que le rindieron culto.

Pues bien, Mithra nace en una *gruta*, unos *pastores* asisten a su nacimiento, es el arquero divino, que traspasa con sus flechas á las entidades del Mal. En la Cena de los seguidores de Mithra se descubre esta sorprendente frase:

«*El que no coma de mi cuerpo y beba de mi sangre de modo que se confunda conmigo y yo con él, no obtendrá la Salvación...*» (Citado por Martín Vermaseren: *Mithra*, pág. 86.)

Y se dice que Jesús declaró, durante la suya:

«*El que no coma de mi cuerpo y beba de mi sangre, no tendrá la vida eterna...*» (*Juan*, 6,53-54.)

Cuando los cristianos descubrieron el texto de la liturgia de Mithra, se enfurecieron. Tertuliano, fuera de sí, afirmaríá que eso era obra del Demonio, que, mil años antes, había parodiado la Cena para desvalorizar las palabras de Jesús.

Exactamente igual que en el caso de este último, a Mithra también le adoran inicialmente *los Magos, en Oriente*. Éstos lo hacen en su función de sacerdotes de la religión de Zoroastro, uno de cuyos aspectos es precisamente el culto a Mithra. Cuando Mithra asciende al Cielo, ocupa su lugar al lado de su padre. *Aura Mazda*, y éste declarará que «*orar a Mithra es orar a Aura Mazda*».

Que el lector compare esas palabras con: «Que todos honren al Hijo como honran al Padre...» (*Juan*, 5, 23), y con: «El Padre ha entregado al Hijo todo el poder de juzgar...» (*Juan*, 5, 22). La analogía es evidente.

Es imposible no admitir las interferencias del culto a Mithra en el cristianismo. Pero mientras el de Adonis pudo, *stricto sensu*, impre-

sionar a Jesús, el procedente de Mithra fue introducido (consciente o inconscientemente) más adelante, en el curso de los primeros siglos, por los redactores anónimos de los Evangelios.

Otros episodios demuestran, sin discusión posible, que Jesús, *al no poder ser rey en vida*, tanto por la presencia de las legiones romanas como a causa de la hostilidad de una parte de la nación judía, así como por la propia doctrina de su padre Judas de Gamala (que era la de todos los zelotas: «¡Dios es el único rey!...»). Jesús, que había rechazado el ofrecimiento de Tiberio de ser tetrarca cuando tuvo lugar la deposición de Filipo, Jesús, como decíamos, *ideó convertirse en rey después de muerto*, y eso fue después de encontrarse en Fenicia con las ceremonias de la muerte y resurrección de Adonis.

Así lo hacen pensar, primero, el hecho de reunir un cierto número de datos relativos al Mesías esperado (omitiendo otros, completamente imposibles de realizar), y también el hecho de esforzarse en hacer encajar algunos episodios de su vida pública con esos anuncios proféticos. Y también el hecho de adoptar usos y ritos esotéricos de cultos ya existentes. La *materia* y la *forma* eucarísticas, en primer lugar, del culto de Mithra. El bautismo por inmersión en las aguas (no obstante *impuras*) del Jordán, en segundo lugar, del induismo. Y es que, efectivamente, hace por lo menos veinte o treinta siglos que en la India y el Nepal las aguas de riachuelos o de ríos sagrados, como el Ganges, la «gran madre Ganga», sirven a los indios para purificarse de sus pecados, gracias a una inmersión en el curso de la existencia.

Así pues, cuando Jesús envió, en el año 27 de nuestra era, sus instrucciones a Juan, su primo, el futuro Bautista, sobre las relaciones entre el *agua viva* y la *vida futura* (*Apocalipsis*, 22, 17), no hizo sino parodiar la religión védica.

Y también en la *Apocalipsis*, cuando evoca las relaciones entre el *Mal* (la *Bestia*) y el número 666 (*Apocalipsis*, 13, 18), está copiando al taoísmo. El lector no tiene más que remitirse a *La Pen-sée chinoise*, de Marcel Granel, y a su sabio estudio sobre el cuadrado mágico de nueve casillas, el «*Lo chu*», perfectamente conocido por los geománticos que practican el / *Ching*. Constatará entonces que el 50 es el número del Logos (cf. las «cincuenta puertas de la Inteligencia», en la Cabala), y que el 666 es el número del Demonio, del Mal. Una vez más, Jesús no inventa nada. No obstante, todo eso implica que, efectivamente, poseyó y, por lo tanto, *recibió* una instrucción mágica, cosa que el mundo bien pensante siempre se ha negado con indignación a admitir, a pesar de la afirmación de los adversarios contemporáneos del citado Jesús.

18.- Los enigmas del último día

«Un tribunal que pronunciase una sentencia de muerte cada setenta años, merecería ser considerado como un tribunal asesino...»

RABBÍ ELEAZAR-BAR-ASARIA, siglo II

Daniel-Rops, en su libro *Jesús en son temps*, está de acuerdo con esta breve cronología de los últimos días vividos por Jesús:

— jueves, 6 de abril: la Cena (al atardecer), la detención en los Olivos;

— viernes, 7 de abril: (de noche) el proceso, la crucifixión, la muerte;

— sábado, 8 de abril: permanencia en la tumba;

— domingo, 9 de abril: la resurrección (al alba).

Vamos a estudiar ahora atentamente las aseveraciones de la tradición cristiana, y también a efectuar su crítica.

Y es que aquellos que redactaron en los siglos IV y V los Evangelios sinópticos, el de *Juan* y los apócrifos no disponían de todos los elementos necesarios para realizar una obra inatacable. Al carecer de comunicaciones, de bibliotecas fáciles de consultar, de relaciones epistolares tan cómodas como en nuestra época, les resultaba muy difícil, por no decir imposible, llevar a cabo una obra perfectamente sincronizada. En aquella época, teniendo en cuenta nuestros actuales métodos de verificación y de control, no era fabulador quien quería.

Además, ni siquiera eran judíos. Sus errores lo prueban superabundantemente. De las costumbres y de los ritos judaicos no lo saben todo, ni mucho menos. Aquí vamos a reproducir el tan pertinente análisis crítico de Auguste Hollard, en sus *Origines des Fêtes Chrétiennes*:

«La última comida que tomó Jesús en compañía de sus discípulos, el jueves, víspera de su muerte, dejó en el recuerdo de éstos una impresión imborrable; fue entonces cuando, por última vez, su Maestro bienamado pronunció la bendición mientras partía el pan, para luego repartirlo como símbolo de unión, y cuando llenó la copa y la bendijo, antes de pasarla a sus discípulos.

»No había nada allí que no fuera perfectamente conforme a las costumbres judías, incluidas hasta las fórmulas de las bendiciones, que se

decían así: "Bendito seas tú. Señor, nuestro Dios, Rey del Universo, que haces producir el pan a la tierra" y "Bendito seas tú, Señor, nuestro Dios, Rey del Mundo, que has creado la viña". Fue en el curso de esta comida cuando Jesús declaró a sus discípulos:

"Ya no beberé del fruto de la vid hasta que lo beba de nuevo en el reino de Dios". (*Marcos*, 14, 25.) Es ahí donde deberá tener lugar su próximo encuentro, de aquí allá no habrá ni ocasión ni tiempo de reunirse, porque el Reino está al llegar. Si Jesús tiene el presentimiento de que, antes de inaugurarlo, ha de pasar por la muerte, por otra parte no está seguro del todo. Algunos momentos después, en el huerto de Getsemaní, pedirá a Dios que le ahorre esa suprema prueba.

»Por eso Jesús no había podido pensar en fundar, a propósito de esa última comida y en conmemoración de su muerte, una "institución de la Cena" que, en todo caso, la perspectiva inminente de una cita celeste habría hecho bien superflua. *La última cena de Jesús no reviste ninguno de los caracteres de la comida pascual*, de no ser el himno final (*Marcos*, 14, 26 y *Mateo*, 26, 30), que, en todo caso, podría designar el *Hallel*. Pero no se encuentran en ella *ni las hierbas amargas, ni las cuatro copas, ni siquiera el cordero pascual, que habría simbolizado a Cristo mejor que cualquier otro elemento de la comida, y tampoco el pan ácimo, sino pan corriente (arton, en griego).*»

En *Marcos* (14, 22-23) y en *Mateo* (26, 26-27) leemos: «Mientras comían. Jesús tomó pan y, bendiciéndolo, lo partió y se lo dio, diciendo: "Tomad, éste es mi cuerpo". Tomando a continuación una copa, después de dar las gracias, se lo dio». Para ver en esta comida una *comida pascual* —*aunque se le parezca poco*— habría que admitir que esa copa de bendición que sigue a la distribución del pan era *la tercera del ritual pascual judío*. *Lucas* fue más clarividente e hizo comenzar la comida (22, 17) con la bendición de la copa. No puso lo de "mientras comían", que, efectivamente, perturba el orden de la comida, y acaba la comida con la distribución de una copa, que podría, en caso extremo, ser muy bien la cuarta ritual». (Cf. Guignebert: *Jesús*.)

Pero todavía nos esperan otras contradicciones. ¿Cómo admitir esos contrasentidos de parte de testigos oculares, como *Juan* y *Mateo*, y esa ignorancia del ritual judío tradicional, tan puntilloso, de parte de judíos piadosos como *Lucas* y *Marcos*'?

Para los sinópticos, es decir, para *Mateo*, *Marcos* y *Lucas*. Jesús celebró la Pascua anual antes de su suplicio, y les repartió el pan y el vino, transformados en carne y sangre místicas.

Para *Juan*, por el contrario, fue *en el momento en que se preparaba la Pascua*, en que se inmolaba a los corderos rituales en el Templo, cuya sangre teñiría el altar (animales que los padres de familia se llevaban a continuación a casa, para consumirlos en familia, *según un ritual muy concreto*), en ese instante preciso fue cuando, por un simbolismo esotérico evidente, hizo expirar a Jesús en la cruz.

Pues bien, tenemos una contradicción evidente. Para los sinópticos, la noche que precedió al día de la ejecución en el Góigota, Jesús instituyó la Cena, en medio de sus discípulos. Eso sucedió, pues, el jueves por la noche, y como, según la ley judía, el día comienza al ponerse el sol, era ya el comienzo del día 15 del mes de Nisán. En el transcurso de ese día era cuando debían sacrificarse en el Templo los corderos pascuales. Fue en el curso de la noche que siguió inmediatamente cuando fue detenido Jesús en el huerto de los Olivos, cuando fue juzgado y ejecutado; *por lo tanto, era el día siguiente, o sea, el viernes*. Entonces pasó en la tumba el día del sábado y resucitó el domingo por la mañana.

Por el contrario, según el relato de *Juan* se trataba, evidentemente, de una colación, de una comida, y el episodio del pan mojado en el vino y ofrecido a Judas es prueba de ello. Lo que no dice es que se tratara de una institución de la Cena, ni de una comida pascual, *en el sentido ritual y judaico del término*. La detención de Jesús tampoco se produjo la noche del día 15, sino la noche del 14 del mes de Nisán. A la mañana siguiente, los judíos no entraron en el Pretorio romano por miedo a impurificarse, y no poder consumir a la noche el cordero pascual. (Cf. *Juan*, 18,28.)

Y, por lo tanto, es en el momento en que esos corderos son inmolados en el Templo, a millares, cuando Jesús expira en la cruz. *Estamos en el mediodía del 14 de Nisán. Hay, por consiguiente, dos días de diferencia con los sinópticos*. Y, no obstante, esos sucesos, ¡oh milagro!, caen en los mismos días de la semana: el viernes tuvo lugar la ejecución, y el domingo la resurrección. El sentido de esos trucajes está claro. Porque el viernes es el día de Venus, alias Lucifer, y Jesús expira el día de su Adversario. De ahí la prohibición, durante siglos, de celebrar la Cena eucarística en platos o copas que tuvieran *cobre* en su composición, porque éste es el metal venusiano y luciferiano. El sábado, día del sabbat, del descanso, es el día que pasa en el silencio de la Tumba. Y el domingo, día del Sol, de la luz, tiene lugar, al alba, la resurrección.

Quien quiere probar demasiadas cosas, no prueba ninguna, dice la sabiduría popular.

Los acontecimientos, tal y como los cuentan los sinópticos *Mateo*, *Marcos* y *Lucas*, conducen a anacronismos imposibles de admitir, y demuestran que los anónimos que redactaron nuestros Evangelios en los siglos IV y V ignoraban la lógica más elemental.

Si no, ¿cómo admitir que el primer día de Pascua, que debía ser obligatoriamente consagrado al reposo, *tan inviolable como el del sabbat* (*Éxodo*, 12, 16), en una semana que constituía un verdadero «retiro» espiritual (*pp. cit.*, 12), se les hubiera podido ocurrir montar la detención de Jesús, la deliberación de los acusadores entre sí, y luego con Poncio Pilatos, la compra de un lienzo por José de Arimatea, y el

entierro de Jesús?

En su *Chronica Pascóle (initium)*, el autor antiguo Apolinar hace observar, con justa razón, que una ejecución capital en Jerusa-lén un día tan sagrado como el 15 de Nisán habría profanado la Fiesta pascual que se preparaba, y habría podido desencadenar un levantamiento más de las masas judías. Roma, que era muy prudente en estos puntos tan delicados, que había aceptado retirar y ocultar las insignias de sus legiones durante su estancia en Jerusa-lén, que había retirado los escudos de oro destinados al Templo por haber sido ofrecidos por incircuncisos, esta Roma, que había mostrado tantas veces su respeto al culto judaico, no iba a lanzarse a semejante provocación judicial.

Por otra parte, los judíos difícilmente habrían podido dispensarse de asistir al suplicio, ellos que (según los Evangelios) habían solicitado de Pilatos la detención de Jesús. Pero la ley dice de la Pascua, explícitamente: «[en ese día] no os ocuparéis de trabajo alguno». (*Números*, 28,18.)

Durante esos días sagrados, Jerusalén estaba invadida por millares de peregrinos. Jamás el Pretorio romano y el Sanedrín judaico habrían podido proceder en tal día al juicio de Jesús. Cuando, algunos años más tarde, también Simón-Pedro será detenido en el curso de la semana pascual (por otra sublevación más), Herodes Agripa tomará la precaución de aplazar su juicio para «después de Pascua». (*Hechos de los Apóstoles*, 12,4.)

Además, los propios sinópticos nos confirman que esa detención y el consiguiente juicio no podían tener lugar esos días: «Ellos (los príncipes de los sacerdotes y los escribas) decían: "Que no sea durante la fiesta, no vaya a alborotarse el pueblo..."» (*Marcos*, 14, 2 y *Mateo*, 26, 5.)

Aparte de eso, el interrogatorio de Jesús durante la noche pascual era imposible jurídicamente, y ya sabemos cómo se ceñían los fariseos y los doctores de la ley a esas sutilidades y a esos tabúes legales.

En efecto, en una ciudad sin alumbrado nocturno, que, al igual que todas las ciudades antiguas, disponía de un cubrefuegos draconiano (para paliar los incendios), era materialmente imposible reunir, inmediatamente después de la detención de Jesús, y *hacia la una de la madrugada*, a todo un Sanedrín, compuesto por setenta y dos miembros, todos ellos de edad avanzada, a los jefes de los *cohanim*, a los escribas, a los ancianos del pueblo y a los numerosos testigos.

Además, según la ley, el Sanedrín, para juzgar en materia criminal, 50/0 *podía reunirse de día, y jamás de noche* «porque las tinieblas enturbian el juicio del hombre». Por otra parte, en los asuntos criminales, cuando se reconocía la culpabilidad del acusado, *el veredicto no podía darse hasta el día siguiente*.

Por eso, según la ley, «*un proceso criminal no podía iniciarse jamás la víspera del sabbat semanal, o la víspera de una fiesta religio-*

sa» (cf. *Michna, Sanedrín IV*, en *Talmud de Babilonia*, Pág.32).

Y todavía hay más: no era posible que el 15 de Nisán, día análogo al reposo obligatorio de un sabbat. Simón de Cirene «viniera del campo», donde habría estado trabajando (*Marcos*, 15, 21, y *Números*, 28, 18), ni que se le obligara a ayudar a Jesús a cargar con la cruz, dado que ello habría constituido un trabajo.

Por último, la salida de Jesús, seguido de sus discípulos, después de la comida pascual (o de la «pretendida» comida pascual), descrita en *Marcos* (14, 26), es incompatible con la prescripción formal del *Éxodo* (12, 22), *que prohíbe rotundamente salir de la casa donde tiene lugar la comida pascual, hasta la mañana siguiente:*

«Que nadie de vosotros salga de la puerta de la casa hasta la mañana...»(£;coáo, 12,22.)

En las calles de Jerusalén no podía haber, deambulando, sino las patrullas romanas, que velaban para que una nueva sublevación no viniera a turbar la fiesta. Y todo judío (fácilmente reconocible por sus costumbres típicas) hubiera sido infaliblemente detenido como sospechoso.

Vienen ahora una serie de cosas inverosímiles y de contradicciones evidentes.

El principal motivo que justificaba la detención de Jesús era el de que decía ser *rey*. Eso daría lugar a la inscripción que el propio Pilatos redactó y que mandó clavar, según el uso de la época, encima de la cruz patibular. Y eso fue lo que el procurador le reprochó en el curso de su interrogatorio, y que Jesús no negó (*Marcos*, 15,2).

Pues bien, ése es el delito conocido como de rebelión. Y, para hacerse con Jesús, rodeado de los suyos, todos armados con las espadas que él les había recomendado que se procuraran, si era preciso a costa de vender sus mantos (*Lucas*, 22, 36), Pilatos ordena una verdadera expedición armada, que comprendía una *cohorte*, es decir, seiscientos veteranos, soldados *de élite* mandados por un *tribuno*, magistrado militar con categoría de *cónsul* (*Juan*, 18, 3 y 12). El contingente de levitas armados que el Sanedrín añade a ese pequeño ejército romano no está allí sino para manifestar la lealtad del judaísmo oficial.

Todo hace, pues, suponer que, al ser Pilatos el que ordena dicha expedición judicial, *a él será a quien llevarán a Jesús, una vez capturado*. Pues bien, ¡de eso nada! Jesús, según los anónimos redactores de nuestros Evangelios, será conducido ante las autoridades religiosas judías, y todo el proceso versará, de hecho, *sobre una acusación de blasfemia*.

En cada extremo habría podido sostenerse la hipótesis de que fue conducido antes a Herodes Antipas, al ser éste el tetrarca de Galilea y Perea, y al representar él allí el poder temporal, legitimado por el

acuerdo con Roma. Herodes Antipas se encontraba precisamente en Jerusalén en aquella época, en su palacio, y Jesús, por ser galileo, dependía de su autoridad.

Pero nuestros Evangelios nos dicen que Jesús fue conducido primero:

a) ante «Caifas, el sumo sacerdote» (Mateo, 26,57);

b) ante «el sumo sacerdote» (Marcos, 14,53);

c) ante «el sumo sacerdote» (Lucas, 22, 54);

d) ante «Anas, porque era suegro de Caifas, que era sumo sacerdote aquel año...» (Juan, 18, 13).

Al final, ¿ante quién compareció Jesús primero? ¿Ante Anas o ante Caifas?

Y Daniel-Rops observa, con embarazo: «Lo molesto es que el texto del IV evangelio es muy confuso en este punto. Leemos que primero condujeron a Jesús a casa de Anas, el suegro de Caifas, "sumo sacerdote aquel año" (18, 13). Viene a continuación una escena de interrogatorio, seguida de la negación de san Pedro, que parece ser la misma que los sinópticos sitúan en Caifas; luego, el versículo 24 señala que: "Anas envió a Jesús atado a Caifas, el sumo sacerdote". Para conseguir la secuencia lógica y a la vez la concordancia con los sinópticos, habríamos de situar el versículo 24 después de los versículos 13 y 14, lugar que, por cierto, ocupa en un viejo manuscrito siríaco y en Cirilo de Alejandría. ¡Pero entonces no se sabe ni palabra de lo que Anas dijo a Jesús!» (Daniel-Rops, *Jesús en son temps*, pág. 496.)

De hecho, e involuntariamente, unas páginas más adelante (en la pág. 501) Daniel-Rops nos demuestra que en el curso de dicho interrogatorio el pontífice de Israel no podía levantar en modo alguno una acusación de blasfemia contra Jesús. Por eso mismo, nosotros, por nuestra parte, en el episodio de la comparecencia de Jesús ante el Sinedrín vemos una secuencia inventada por los escribas anónimos del siglo IV, quienes, al ser griegos y antisemitas, intentaron liberar a Roma de la responsabilidad de la muerte de Jesús. En esta época el cristianismo era la religión oficial en el Imperio romano, y a toda costa había que tratar con miramientos al poder imperial.

En cambio, es muy posible que Jesús fuera conducido primero a presencia del tetrarca, dado que Herodes representaba el *poder temporal judaico*, mientras que Pilatos representaba el *poder temporal romano, la potencia ocupadora y protectora*, y por lo tanto *superior*.

Y, una vez más, la acusación que se levanta contra Jesús es la de pretenderse *rey*. Tenemos la prueba en este pasaje asociado a las actividades anteriores de Jesús:

«Aquel mismo día vinieron algunos fariseos a decirle: "Sal y vete de aquí, *porque Herodes quiere matarte*". Él les respondió: "Id y decid a esa raposa..."» (Lucas, 13, 31.)

¿Por qué Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y de Perea, quería ya

en aquella época matar a Jesús? Pues porque este último representaba la legitimidad davídica y real, después de su padre Judas de Gamala, y la manifestaba al pretenderse rey. Si no, ¿a qué venía ese odio del tetrarca? ¿Qué podían hacerle a él unas lecciones de piedad y de moral colectivas impartidas al pueblo? ¿En qué podía ofenderle a él el pretendido mensaje evangélico?

En fin, el caso es que Jesús compareció ante él después de su detención, y el relato que nos hacen al respecto contradice al precedente:

«Oyendo hablar de Galilea, Pilatos preguntó si aquel hombre era galileo, y habiéndose enterado de que era de la jurisdicción de Herodes, le envió a éste, que estaba también en Jerusalén por aquellos días.

»Cuando Herodes vio a Jesús, se alegró mucho, pues desde hacía mucho tiempo deseaba verle, porque había oído hablar de él, y esperaba verle hacer algún milagro. Le dirigió bastantes preguntas, pero Jesús no respondió nada. Estaban presentes los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que lo acusaban con violencia. Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y, después de haberse burlado de él, y *de haberle vestido con una vestidura luciente*, se lo devolvió a Pilatos. En aquel día Pilatos y Herodes se hicieron amigos, pues antes eran enemigos...» (*Lucas, 23,6-12.*)

Ahora bien, dice Daniel-Rops, una gran parte de los comentaristas estiman que esa vestidura era una túnica blanca, *análoga a la que los tribunos militares revestían para el combate*, o incluso que se trataba de la túnica blanca que los *candidatos a las elecciones* llevaban obligatoriamente en Roma; se trataba, entonces, de la *toga candida*.

Tanto en un caso como en el otro, Herodes quería demostrar así que consideraba a Jesús como un *jefe militar*, o como el *aspirante a una función*. La alusión es clara y refuerza nuestra tesis, a saber, que se persiguió a Jesús como rebelde, como pretendiente al trono, como un cabecilla guerrillero caído a continuación, por necesidad vital, en el bandolerismo, pero en ningún caso como un blasfemo. El proceso de Jesús es un proceso *en parte político, y en parte de derecho común*, sin más, pero ambos polos no podrían dissociarse.

Y esto va a demostrárnoslo ahora el análisis del acta de acusación.

19.- El acta de acusación de Jesús

¡Amó la maldición! ¡Que recaiga, pues, ésta sobre

SALMOS, 1Ü9, 17

Los disturbios diversos suscitados por la actividad mesiánica e integrista de Jesús, lo que nosotros denominaremos la «Gran Revolución», teniendo en cuenta su importancia ulterior en la historia del mundo, y que no acabarían hasta el término de la *era de Piscis*, duraron unos cuatro años, como máximo.

Para conseguir evolucionar libremente, seguido por un masa de varios miles de personas, partidarios suyos armados, acompañados por sus mujeres y sus hijos, como era costumbre en todo el Oriente Medio, y que vivían sin trabajar porque, al haberse salido de su vida habitual, se habían convertido poco a poco en gentes fuera de la ley (*barjonnas*, en acadio), y se alimentaban necesariamente de lo que cogían a su paso, a las buenas o a las malas (*Marcos*, 6, 36), era preciso que Jesús se beneficiara del temor o de la complicidad tácita de las poblaciones sedentarias y no «comprometidas» en nada.

Y lo mismo en Jerusalén, y el pasaje siguiente de los Evangelios canónicos lo demuestra de forma indiscutible:

«Aquel mismo día vinieron algunos fariseos a decirle: "Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte..."» (*Lucas*, 13,31.)²⁵

Y si nos remitimos a *Juan* (7, 30 y 7, 44), vemos cómo los milicianos del Templo se escabullen para no proceder a su detención, y a los sanedritas contentarse, bonachones, ante su explicación.

Es fácil comprender que esos pasajes fueron imaginados de principio a fin por los escribas anónimos del siglo IV con el único fin de intentar proporcionar una explicación a esa asombrosa y permanente impunidad.

Porque, en aquella época, era impensable que unos milicianos o

²⁵ Se trata de Herodes Antipas, evidentemente.

unos oscuros guardias pudieran valorar libremente una orden recibida de la autoridad legítima, decidir si ésta debía ser ejecutada o no por ellos. Y, por otra parte, durante veinte siglos, la desobediencia del soldado será castigada con la muerte, en todos los ejércitos del mundo.

Por lo tanto. Jesús gozó durante mucho tiempo de la benevolencia discreta de unos y de la neutralidad prudente e indiferencia hostil de otros.

Pero un buen día Roma agotó por fin su paciencia y decidió terminar con él, y entonces tuvo que ser imprescindible que el judaísmo oficial tomara partido. Es probable que Pilatos decidiera tomar rehenes, o incluso asestar golpes a la comunidad judía de forma indiscriminada, pues la creía, con razón, cómplice de Jesús. Y en cuanto al Sanedrín, también le tocó elegir.

Una frase de los Evangelios nos lo confirma:

«Uno de ellos. Caifas, que era sumo sacerdote aquel año, les dijo: ¡Vosotros no sabéis nada! ¿No comprendéis que vale más para todos que muera un solo hombre por el pueblo, y que no perezca *toda la nación judía!*...» (*Juan*, 11,50.)

Así pues, la actividad de Jesús y de su tropa de zelotas había terminado por poner a toda la nación judía en peligro de perecer.

Este hecho no sorprenderá a nadie si se recuerdan los relatos de Flavio Josefo en los que se ve a los romanos deportar y vender como esclavos a la población entera de algunas aldeas, culpables de haber prestado apoyo a la resistencia judía.

Ahora bien, un punto que absuelve al sumo sacerdote Caifas de todo cálculo egoísta es que el Evangelio de *Juan*, en ese pasaje, nos especifica que aquél pronunció esas palabras, no por sí mismo, sino en un verdadero delirio *profético*, es decir, bajo la inspiración divina, que le reconoce el propio evangelio en dicha circunstancia.

Es, con toda probabilidad, de esa frase, tan clara, tan sencilla, de donde Pablo, el «visionario», extrapoló la idea de que Jesús murió por la salvación espiritual (y no ya material) de todas las naciones (y no ya tan sólo de Israel).

Por lo tanto es evidente que fue para halagar al poder imperial, Roma, y a Constantino en particular, por lo que los escribas anónimos del siglo IV, que ya eran antisemitas, se empeñaron en presentar a los judíos como si éstos se hubieran encarnizado con Jesús, para perderle, y a Pilatos esforzándose por declararlo inocente, cuando con toda seguridad debió ser justo al contrario. Porque los hechos, y el espacio de tiempo en el que se insertan, desmienten el que los judíos hubieran querido hacer morir a Jesús.

Si lo hubieran deseado, les habría resultado muy fácil, y desde hacía ya mucho tiempo; los Evangelios lo confirman: «Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y no me prendisteis...» (*Mateo*, 26, 55.)

¿Cuál pudo ser el hecho patente, históricamente conocido, que hizo desbordar la copa e incitó a Pilatos a terminar con él? Existe una hipótesis que debemos tener en cuenta; vamos a estudiarla ahora:

En *Lucas* leemos esto:

«Por aquellos tiempos se presentaron algunos, que le refirieron el caso de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilatos con la de los sacrificios que ofrecían.» (*Lucas*, 13,1.)

Según la cronología adoptada por Daniel-Rops en *Jesús en son temps*, este episodio puede situarse en enero del año 30. Vamos a ver si esa fecha es válida, y, para eso, consultemos a Flavio Josefo en sus *Antigüedades judaicas*, libro XVIII:

«Los samaritanos no carecieron tampoco de disturbios, pues estaban incitados por un hombre que no consideraba grave el mentir, y que lo combinaba todo con tal de agradar al pueblo. Les ordenó que ascendieran con él al monte Garizim,²⁶ al que tienen como la más santa de las montañas, asegurándoles con vehemencia que, una vez llegaran allí, les mostraría unos vasos sagrados enterrados por Moisés, quien los había colocado allí en depósito. Ellos, creyendo que sus palabras eran verídicas, *tomaron las armas*, y, tras instalarse en un pueblo llamado Tirathana, adhirieron a cuantas gentes pudieron recoger, de forma que iniciaron la ascensión de la montaña en masa. Pero Pilatos se apresuró a ocupar con antelación el camino por el que debían efectuar la ascensión, y envió allí a caballeros y a soldados de a pie, y éstos, cargando contra las gentes que se habían reunido en el pueblo, mataron a unos en la refriega, pusieron a otros en fuga, y a muchos se los llevaron prisioneros, los principales de los cuales fueron ejecutados por orden de Pilatos, así como *los más influyentes* de entre los fugitivos.

»Una vez calmado este disturbio, el consejo de los samaritanos acudió a Vitelio, personaje consular, gobernador de Siria, y acusó a Pilatos de haber masacrado a las gentes que habían perecido; porque no era para rebelarse contra los romanos, sino para escapar a la violencia de Pilatos, por lo que se habían reunido en Tirathana. Después de haber enviado a uno de sus amigos, Marcelo, para ocuparse de los

²⁶ Cerca de Siquem.

judíos, Vitelio ordenó a Pilatos que volviera a Roma para dar cuenta al emperador de los actos de los que le acusaban los judíos. Pilatos, *después de diez años de permanencia en Judea*, se apresuró a ir a Roma, por obediencia a las órdenes de Vitelio, a las que no podía objetar nada. Pero antes de que hubiera llegado a Roma, sobrevino la muerte de Tiberio.» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, IV, 85-89).

Recapitulemos. Pilatos se convirtió en procurador de Judea en el año 25. Permaneció allí diez años, según nos dice Flavio Josefo. Por lo tanto la insurrección samaritana se sitúa en el año 35. Tiberio murió 17 días antes de las calendas de abril del año 37 de nuestra era, o sea, el 18 de marzo en el calendario juliano, y el 29 en el gregoriano. (Cf. Suetonio, *Vida de los Doce Césares, Tiberio*, LXXIII.) Pilatos estaba todavía en el mar cuando ese emperador murió. Por lo tanto fue a finales del año 36 cuando recibió la orden de presentarse en Roma para justificarse, y fue reemplazado por Marcelo.

Ahora bien, se plantea un problema. ¿Quién era ese misterioso desconocido que «lo combinaba todo con tal de agradar al pueblo», y que organizó dicha insurrección? Inmediatamente un nombre acude a los labios, el de Jesús, que, a lo largo de sus actividades, no economizó sus simpatías por el pueblo samaritano, con gran escándalo de los judíos de estricta observancia.

Y de nuevo tenemos otra artimaña de los escribas anónimos del siglo IV; la de presentarnos a unos *galileas*, en lugar de unos *samaritanos*, en el pasaje de *Lucas* ya citado (*Lucas*, 13, 1), a fin de disimular que fue otra vez Jesús quien organizó esa nueva insurrección.

Desgraciadamente, ésta fue la última. Debió encontrarse entre los fugitivos de los que habla Flavio Josefo. Consiguió llegar a Jerusalén y pasar allí inadvertido entre la muchedumbre que empezaba a acudir allí para la próxima Pascua, lo que aumentaba considerablemente la población habitual de la ciudad santa.

Y fue entonces cuando se produciría el ultimátum de Pilatos a los sanedritas, así como el consejo de Caifas, ya citado:

«¿No comprendéis que vale más para todos que muera un solo hombre por el pueblo, y que no perezca toda la nación judía?...» (*Juan*, 11,50.)

Si nuestra hipótesis es exacta, no sería pues en el año 34, como nosotros creemos personalmente, cuando habría sido ejecutado Jesús, sino en el 35. De todos modos, la cronología seguida por Daniel-Rops es pura fantasía, a menos que sea voluntariamente errónea. Algunas cronologías protestantes fijan dicha ejecución en el año 31, aunque precisando que la era común lleva un retraso de cuatro años, lo que nos sitúa de nuevo en el año 35. Lemaistre de Sacy, en su *Santa Biblia*, lo hace morir en el año 37. Como vemos, la fecha media se sitúa entre los años 34 y 36, dado que en el 36 Pilatos está en camino hacia Roma.

Admitiendo que la represión de ese procurador, en el monte Garizim, fue un error táctico, una torpeza, que habría motivado su reexpedición a Roma, la ejecución de Jesús no le fue jamás reprochada administrativamente. Y el mundo latino supo siempre a qué atenerse sobre los motivos reales y legales de su condenación.

Recordemos al emperador Trajano, que reinó del año 98 al 117, y que, al interrogar a un jefe mesianista que «*apeló al César*», le preguntó, cortándole la palabra: «¿Hablas de aquel al que Poncio Pilatos hizo crucificar?» He ahí un sobresalto que da mucho que pensar.

¿Habrá que citar a Maximino Daza, emperador que en los años 311 y 312 mandó fijar carteles en todo el imperio que dijeran los motivos legales de la condenación de Jesús? Recordemos los términos que utiliza el escritor latino, y cristiano ardiente, Minucius Félix, en su *Octavius*, para resumir las objeciones habituales: «Un hombre ejecutado por sus crímenes sobre el madero funesto de la cruz... adorar a un criminal y a su cruz... ¡No! Pasar un hombre por un dios... Y especialmente semejante culpable...» Pues bien, Minucius Félix es, con Tertuliano, uno de los primeros escritores cristianos *latinos*, en el siglo *III*. Hierokies, juez en Nicomedia bajo Diocleciano, encarnizado perseguidor de los cristianos, dice: «Un bandido...» Los verdugos romanos causan horror. Pero, teniendo en cuenta las costumbres comunes a todas esas terribles épocas, hay que recordar que el palacio imperial de Nicomedia se había incendiado misteriosamente y había quedado totalmente destruido. Después, hacia el año 303, en Siria, y en Asia Menor, cerca de Bagdad, en Seleucia, algunas personas habían intentado apoderarse del imperio, proclamando emperador al tribuno Eugenio. Pues bien, una gran cantidad de cristianos fueron capturados y encarcelados en el curso de esta persecución, en calidad de «rebeldes», según nos dice monseñor Duchesne en su *Histoire Ancienne de l'Eglise*, tomo II, pág. 14. Está muy claro.

Pero, concretamente, ¿qué podían reprochar con *certeza* los romanos a Jesús?

Antes que nada, debemos llamar la atención sobre el hecho de que Pilatos, procurador de Roma en esas regiones lejanas, representaba allí al cesar, en este caso a Tiberio, que no era precisamente un emperador bondadoso y candido. Además, Pilatos tenía como tarea esencial mantener el *orden*, pero el *orden romano* únicamente. Las acusaciones que se dice que los judíos llevaron ante el procurador contra Jesús no es posible que sean verídicas. Pilatos despreciaba a los judíos, como todo romano. Tenía para con ellos la mano dura, y Flavio Josefo nos dará numerosas pruebas de esta actitud.

¡Pedirle al procurador de Roma la muerte de un hombre porque éste pretendía ser «hijo de Dios» equivalía a hacerse echar *manu militan* fuera del pretorio! No olvidemos que numerosas familias romanas

pretendían haber salido de la cohabitación de una mortal con un dios, o a la inversa. Ese era concretamente el caso de Julio César, cuya familia pretendía haber nacido de los amores de Afrodita con un antepasado suyo. ¿Qué podía sostenerse todavía, como acusación, ante Pilatos? Todo lo que sigue, y que vamos a analizar. Pero en esos cargos que se le imputaban, el procurador no tenía nada que ver con los judíos. Su papel consistía en mantener y hacer respetar el *orden romano*, únicamente.

Pues bien, ese *orden romano* está definido, y de forma muy precisa, por las *leyes romanas*. Y quienquiera que violase esas leyes incurría en las penas que ellas implicaban, es decir, en los *castigos romanos*: azotes con vara, latigazos, «*flagra*», prisión, decapitación, crucifixión, etc. Y Jesús, efectivamente, no fue ejecutado según la ley judía, sino según la ley romana, por romanos, y por cargos exclusivamente romanos.

¿Cuáles eran los delitos, o quizás incluso los crímenes, que Roma podía reprochar a Jesús, en esas provincias en las que él resultaba ser, le gustase o no, necesariamente «*súbdito de César*», como mucho más tarde recordaría el emperador Juliano? Aquí están:

1. *Pretendere rey*: lo hizo; basta con releer atentamente *Mateo* (17, 24 a 26) para constatar que Jesús pretendía ser «hijo de rey». Y ante Pilatos, cuando éste le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?», Jesús respondería, con toda claridad: «Tú lo has dicho...» (o «Tú lo dices...») (*Mateo*, 27,11.)

Indudablemente, está el pasaje en el que se dice que Jesús se retira a la montaña al enterarse de que iban a intentar secuestrarlo para hacerle rey (*Juan*, 6, 15). Pero lo que Jesús rechaza es ser de manos de los romanos, los ocupantes aborrecidos, o incluso simplemente serlo, dado que la doctrina de su padre, Judas de Gamala, no admite otro rey que Yavé.

Sea lo que fuere, Pilatos seguro que no estaba al corriente de las sutilezas de todas esas doctrinas judías, expresadas en manuscritos que no poseía, y en una lengua que ignoraba; el hebreo. Oralmente todavía le resultaba peor. Por eso eran tan despiadado frente a cualquier agitación: «Por aquellos tiempos se presentaron algunos, que le refirieron el caso de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilatos con la de los sacrificios que ofrecían...» (*Lucas*, 13, 1-5). Este procurador de mano dura no apreciaba en absoluto a aquel Jesús que deambulaba del norte al sur y del este al oeste de Palestina, predicando una doctrina y un reino que no tenían lugar en el orden romano, y, sobre todo, arrasando tras de sí, en esa manía suya de deambulación, a todo ese tropel

de gentes vagabundas, en la que se incluían numerosos asesinos zelotas.

2. *Cobrar impuestos y diezmos, como un rey*: esto confirma la acusación precedente. El hecho de que fuera el mundo de los peajeros y de las prostitutas el que alimentaba una misteriosa caja de guerra, hizo a Jesús todavía más sospechoso a los ojos del procurador. Pero en general, someter a súbditos de César a una imposición es un acto, bien de rebelión, o bien de latrocinio. Dos crímenes castigados del mismo modo: con la *cruz*.

3. *Practicar la delincuencia*: porque los ataques contra los peregrinos y los mercaderes de ofrendas en el Templo de Jerusalén eran, de hecho, para el *orden romano*, actos delictivos. Y se repitieron como mínimo dos veces, si damos crédito a los Evangelios, en dos Pascuas diferentes. Por otra parte, en *Marcos* (6, 35) y, sobre todo, en *Lucas* (9, 12), vemos a esos militantes que le siguen alojarse y alimentarse en los pueblos en que se encuentran: «Despide a la muchedumbre, para que vayan a las aldeas y a las alquerías de alrededor, donde se alberguen y encuentren alimentos...» ¿Compraban? ¿Pagaban? ¿Con qué dinero? Porque esas gentes eran vagabundas, errantes, *que no trabajaban en absoluto*. ¿La hospitalidad oriental se ejercía de buen grado para con las «grandes compañías»? Es dudoso. Y si pagaban, era con el producto del *racket*. Tanto en un caso como en el otro, para los romanos había desórdenes y delitos. Tanto más cuanto que el tesorero del grupo, Judas Iscariote, era ya conocido como «*ladrón*» (*Juan*, 12,6).

4. *La toma de Jericó*: hay todavía otra escena extraña, descrita en *Lucas* (19, 11 a 28). Si la releemos atentamente, no podemos evitar un cierto malestar. ¿A qué enemigos hada Jesús alusión? ¿Quiénes eran aquellos a los que se debía degollar en presencia de ese misterioso hombre de estirpe real? ¿Debemos comprender que ahí, *en clave*, daba Jesús una consigna concreta a *sus fieles, que lo entenderían con medias palabras*? Y esto tiene lugar justamente antes de la subida a Jerusalén, y antes del asalto a la tercera nave, en la que se encuentran los cambistas de moneda y los mercaderes de ofrendas.

Semejante orden implicaría entonces la presencia de prisioneros misteriosos, ya en manos de sus seguidores desde su paso por Jericó. Y por consiguiente, ese cuarto parágrafo de nuestra acta de acusación se referiría a verdaderos homicidios y ejecuciones sumarias propios de todos los movimientos de este tipo.

Algunos hechos concretos confirman esta hipótesis. El segundo ataque contra los cambistas, los mercaderes y *los peregrinos* se sitúa, según *Juan*, poco antes de la cuarta Pascua, cuando comienzan a

afluir a Jerusalén los peregrinos habituales. (*Juan*, 2, 14.)

Nos encontramos, pues, a pocos días de la detención de Jesús *por la cohorte de los veteranos, al mando del tribuno* (*Juan*, 18, 3 y 12). A esa tropa, constituida ya por *seis centurias de soldados de élite*, se le añaden elementos de la milicia del Templo, para mostrar la buena voluntad del Sanedrín de cara a Roma. Y cuando haya sido efectuada dicha detención nos enteraremos, *por pura casualidad*, de que hay un tal Jesús-bar-Abba, «malhechor famoso, encarcelado con otros sediciosos, que en una revuelta habían cometido un homicidio». (*Lucas*, 23, 19, y *Marcos*, 15, 7.)

Es evidente que Pilatos no tenía por costumbre alargar las cosas, no era su estilo. La rapidez del proceso de Jesús, el corto lapso de tiempo entre la sentencia y la ejecución, lo demuestran más que sobradamente. Por lo tanto es también perfectamente evidente que la sedición y el crimen del que es culpable Jesús-bar-Abba, en compañía de otros sediciosos, son acontecimientos muy recientes, y que la condena a muerte de este último acaba de ser pronunciada también, lo mismo que la de los otros dos bandidos que serán ejecutados con Jesús.

Por otra parte, durante aquellos pocos días que precedieron al «retiro pascual» (*Éxodo*, 12), no hubo, con toda seguridad, sino una sola revuelta, la del Templo, en la que Jesús y los suyos atacaron a peregrinos, cambistas y mercaderes. Porque se pudo sorprender a Roma una vez con una sedición de ese tipo, pero no dos veces seguidas...

Por lo tanto fue en la que encabezaba Jesús donde fueron detenidos Bar-Abba y los otros sediciosos, y donde fue cometido el crimen que se le reprochaba. Pero sólo se nos habla de éste, mientras que había muchos otros sediciosos, y varios en prisión con él. Por lo tanto hubo, probablemente, otras víctimas, muertos o heridos, en el curso de ese alboroto. En consecuencia, al ser Jesús el jefe responsable de dicho ataque al recinto sagrado del Templo de Jerusalén, es Jesús quien carga con la responsabilidad de la sangre derramada por su tropa. Porque ese ataque a mano armada no lo impidió ni moderó antes. Lo suscitó, lo dirigió desde mucho antes de Jericó, y él mismo dio la señal, al golpear él primero, azotando con cuerdas previamente arrolladas a las gentes que se encontraban allí. Él o los cadáveres que quedaron sobre las losas del Templo jalonarían a partir de entonces el camino detrás de Jesús. Y para Pilatos, que representaba el *orden romano*, eso constituía claramente un delito, y la *ley romana* debía aplicarse con toda su severidad. Tanto más cuanto que probablemente le habían contado a Pilatos la actitud de Jesús *ante los cepillos del Templo*: «Jesús, habiéndose sentado frente al gazofilacio, observaba cómo la gente iba echando *monedas...*» (*Marcos*, 12, 41.), y algunos manuscritos ponen: «... y que muchos ricos echaban muchas», como el utilizado en la *Santa Biblia* de Lemaistre de Sacy, versión católica revisada por el

abad Jacquet; y las versiones protestantes de Segundo y de Oster-waid lo traducen también así. De modo que lo que Jesús observa no es una forma de echar monedas, en este episodio, sino las *cantidades*. Luego, si los cepillos están demasiado cargados, Iscariote y sus émulo encuentran el medio de aligerarlos.

5. *Practicar la brujería*: la ley llamada de las «Doce Tablas» implicaba, en algunos de sus artículos, la pena de muerte para quienquiera que practicase sortilegios, hechizos o *palabras mágicas*, maleficios contra personas, ganado o cosechas. (Sobre este último punto, véase el episodio de la higuera estéril: *Mateo*, 21, 19, y *Marcos*, 11,13.)

Pues bien, son innumerables las manifestaciones en las cuales Jesús profiere maldiciones contra las ciudades, las colectividades religiosas judaicas. «Ay de vosotros...» son términos que salen con frecuencia de los labios de Jesús. Y lo que es más grave, enseña ese tipo de cosas nocivas a sus lugartenientes, como el rito de las sandalias, en el cual se utiliza el polvo sucio de las simientes para maldecir una vivienda o una ciudad, sacudiéndolas entre sí (*Mateo*, 10, 14-15). Y por poco que hubieran tenido en sus manos una copia de la *Apocalipsis*, cuyo prólogo declara que Jesús es su autor (*Apocalipsis*, 1, 1), sólo los versículos 1 a 6 del capítulo 11 bastaban sobradamente para aplicarle la pena de muerte prevista por la ley de las «Doce Tablas».

Y lo que era peor todavía, en una época en que todo el mundo antiguo practicaba una gran tolerancia hacia todos los cultos, y donde sólo se condenaba el ateísmo (ése fue el único reproche que se le hizo a Sócrates), Jesús *condena a la pena del infierno* a todos aquellos que no comparten sus opiniones. Léase de nuevo *Mateo* (25, 31-46), y, sobre todo, la *Apocalipsis* en su capítulo 18, en el cual el incendio de Roma, si no es aconsejado abiertamente, es al menos «predicho» con destreza, y entonces se podrá determinar la dulzura y mansedumbre del jefe de los zelotas.

Y ante esas amenazas de *resonancias ocultas*, Pilatos no podría olvidar la ley de las «Doce Tablas».

Pero todos esos párrafos de un acta de acusación bastante completa son con toda seguridad secundarios ante el primero: *pretender ser rey*. Porque cuando Jesús se dice «hijo de rey» en *Mateo* (17, 24-26), reivindica implícitamente la sucesión de su padre.

Pues bien, en el caso de los condenados a la cruz, era habitual indicar el motivo por el que debían sufrir ese suplicio, y para ello clavaban en el tablero un cartel que decía cuál era el crimen. Y en el caso de Jesús, Pilatos mandó, por lo que parece, transcribir literalmente al la-

tín, al griego y al hebreo *aquello que constituía el motivo esencial de su crucifixión*: «Jesús de Nazaret, rey de los Judíos», añadiendo, quizás, alguna alusión a sus hechos delictivos, lo cual justificaba que fuera crucificado *cabeza arriba*.

A los judíos deseosos de hacer rectificar, por diplomacia y prudencia, esa inscripción, añadiéndole una precisión suplementaria, «Escribe que él ha dicho: Yo soy el rey de los judíos...» (*Juan*, 19, 21), Pilatos les responde bruscamente: «Lo que he dicho, dicho queda...» Lo cual demuestra que, para Pilatos, era evidente que Jesús había sido realmente considerado por los judíos como su rey legítimo, aunque fuera clandestino y en potencia, durante todos sus años de actividad, y que era demasiado tarde para que lo negaran.

Así pues, y tal como observaba justamente el doctor Culmann, exegeta e historiador protestante indiscutible, en su pequeño libro *Dios y el César*, Jesús fue condenado a la cruz como jefe zelota, y ese calificativo bastaba sobradamente para reemplazar a todos los otros delitos, habida cuenta de su gravedad.

Y es también muy probable que los dos «bandidos» que fueron ejecutados con él, a su lado, fueran también zelotas, miembros de su tropa, es decir, a los ojos de los romanos, malhechores. Quizá fueron también capturados en los Olivos, quizá fueron los que «sacaron la espada» y golpearon con ésta (*Lucas*, 22, 49). Porque, de otro modo, ¿por qué le habrían reprochado su impotencia para liberarse él milagrosamente, y también a ellos? Es altamente probable, asimismo, que, en su desesperación, se acordaran de sus afirmaciones de antaño, cuando en el último momento obtenían la victoria final, gracias a intervenciones sobrenaturales. Porque sólo en *Lucas* leemos que uno de ellos defiende a Jesús (23, 41); en *Mateo* y en *Marcos* los dos le injurian por su impotencia. *Lucas*, por otra parte, aporta una contradicción más, cuando Jesús le afirma al buen ladrón que *aquel mismo día estará con él*, en el Paraíso. Porque, en ese caso, ¿qué hay de la famosa estancia de tres días en el seno del Infierno?

Finalmente, vieron morir a Jesús mucho antes que ellos. Hacia el atardecer, los soldados les rompieron las piernas a golpes de maza, para acelerar esa asfixia de la que morían todos los crucificados, y que éstos evitaban el mayor tiempo posible apoyándose en las piernas. Todavía moribundos, los echaron al pudridero que era la «fosa infame», reservada a los cadáveres de los condenados a muerte, y de la que los Evangelios se guardan bien de hablarnos, porque ésa es, nada menos, la famosa tumba personal de que disponía José de Arimatea.

No obstante, es sorprendente el hecho de que se nos muestre en los

Evangelios a los soldados romanos dando de beber a Jesús, o permitiendo a un tercero que le dé de beber. Porque en una época en que la *crucifixión* y el *empalamiento* eran suplicios extremadamente corrientes, ninguna persona que estuviera familiarizada con esos tipos de ejecución podía ignorar que, haciendo tal cosa, se remataba al supliciado. Y así es, no hay ningún ejemplo de un crucificado o un empalado que no muriera inmediatamente después de haber bebido. Aunque podemos imaginar que el oficial romano responsable de la ejecución, el *exactor mortis*, había recibido órdenes secretas al efecto. Jesús, «hijo de David», se habría beneficiado en ese caso de un tratamiento de favor; así habrían precipitado discretamente su muerte, con el fin de evitarle la agonía en la «fosa infame».

Un pasaje del *Evangelio de los Doce Apóstoles*, manuscrito copto del siglo V, pero cuyo texto inicial parece ser que fue anterior al *Evangelio de Lucas*, según Orígenes (lo cual, según dice éste, lo convertiría en uno de los más antiguos evangelios conocidos), nos habla de esa «fosa infame», pero bajo la denominación de *pozo*:

«Condujeron a Píalos y al centurión al pozo de agua del huerto, pozo muy profundo... Miraron hacia abajo, en el pozo. Los judíos gritaron: "¡Oh, Pilatos! ¿No es ése el cuerpo de Jesús, que ha muerto?" Pero los discípulos dijeron: "Señor, los sudarios que tú tienes son los de Jesús! Ese cuerpo es el del ladrón que crucificaron con él..."» (*Evangelio de los Doce Apóstoles*: 15. "fragmento.)

De hecho, la creencia de la proximidad de un huerto fue lo que dio la idea a los escribas coptos del Bajo Egipto de hablar de un pozo con agua. El texto hebreo inicial no debía hablar sino de *shoat* (fosa, en el sentido de fosa-prisión o de fosa profunda), o de *béhr*, que tiene el mismo sentido, pero que puede designar también una *fosa de destrucción*, como en el versículo 24 del Salmo 55, por asociación de ambos términos, es decir, *béhr-shoat*.

No podemos finalizar este capítulo sin estudiar un personaje muy enigmático: José, el llamado de Arimatía, o también José de Arimatea. Es a él a quien la ingenua leyenda del *Grial* pone en escena desde el primer momento.

Ese José de Arimatía reviste, a merced de los diferentes relatos evangélicos, diversos aspectos. *Mateo*, (27, 57 a 61) nos dice simplemente que la tumba donde fue inhumado Jesús era de su propiedad. *Juan* (19, 38) nos dice que era discípulo de Jesús, pero «en secreto». *Marcos* (15, 43) hace de él un «ilustre consejero», y *Lucas* (23, 50) un «miembro del consejo», aparentemente del Sanedrín. En cuanto a su verdadero nombre, es decir, José-bar-X..., según el uso judaico, ése lo

ignoramos. Se le llama de Arimatía o de Arimatea. Ahora bien, en la geografía del Antiguo Testamento, en las obras de Flavio Josefo y en el Talmud, buscamos en vano una localidad de dicho nombre. Deducimos, pues, que Arimatea, al igual que Nazaret, es un nombre ficticio, que se ha puesto premeditadamente para ocultarnos *algo*.

Si descomponemos ese nombre extraño para devolverle (o darle) un cierto aire hebraico, nos encontramos en presencia de dos sílabas básicas: *ar* y *mat*, sílabas que encontraremos en hebreo, pero siempre en términos estrictamente relativos a la *muerte* y a las *sepulturas*:

aretz: significa campo, terreno;

har: significa fosa, agujero;

math: significa muerte.

Así por ejemplo, el nombre bíblico *Hatzarmoth* significa «patio de los muertos» (*Génesis*, 10, 26), y proviene de los mismos «soportes» filológicos.

Es por lo tanto evidente que el pseudo pueblo de Arimatía, inexistente en la época de Jesús, ve formarse su nombre basándose en un trivial barbarismo que reposa en el hebreo *har math*, que significa tanto un cementerio como una sepultura.

En una palabra, José de Arimatea es José el Sepulturero, el «guardián del cementerio», si Jesús fue inhumado en la necrópolis ritual de los Olivos (sudeste de Jerusalén), o el guardián de la «fosa infame», si fue inhumado en el Góigota.

De todos modos, el «ilustre consejero» es, en realidad, un hombre de baja clase, *en estado de impureza permanente ante los ojos de la ley judía, por estar obligado a manipular cadáveres sin cesar*.

Y estamos ya muy lejos de la leyenda del *Grial*, tallado en la esmeralda de 72 facetas desprendida de la frente de Lucifer durante su caída, y recogida por José de Arimatea después de la Cena.

Un último detalle viene a confirmar que José de Arimatea no era otro que José el Sepulturero.

En el *Evangelio de Bartolomé*, texto muy gnóstico que vemos que ya se cita en el siglo IV (lo cual indica que sería algo más antiguo), el propietario del huerto donde fue sepultado Jesús no se llama José, sino *Filogenes*, del griego *philos*: amigo, y *genos*: nacimiento, vida. O sea: el *Amigo de la Vida*.

Ahí está la confesión. A aquel que, por su oficio de cavar sepulturas, siempre se hallaba en estado de impureza, quisieron sustituirlo por un simple «hortelano», y le dieron un nombre absolutamente opuesto a su triste función. Pero, desgraciadamente, quien quiere probar demasiadas cosas, no prueba ninguna, como dice el proverbio.

Aquí está dicho texto:

«Ellas estaban de pie en el jardín de Filogenes, el hortelano (*Ké-pouros*) a cuyo hijo Simeón curó el Salvador cuando descendía de la montaña de los Olivos con los Apóstoles.» (*Evangelio de Bartolomé*, 2. "fragmento.)

También ahí encontramos la confirmación del hecho de que la tumba en que fue sepultado Jesús se encontraba en los Olivos, *puesto que fue ahí donde encontró a José el Sepulturero*, quien, debido a su oficio, vivía muy cerca del cementerio ritual, que a su vez no estaba situado muy lejos de los Olivos, como hemos visto.

Pues bien, ahora lo sabemos: José de Arimatea, en hebreo, es José *har-ha-mettim*, es decir, «*José de-la-Fosa-de-los-Muertos*». Lo cual evoca, curiosamente, una sola fosa *para numerosos muertos*.

Y esto está muy cerca de esa «*fosa infame*» en la que se precipitaba a los cuerpos de los ajusticiados, tanto más cuanto que, tal como observa Daniel-Rops en *Jesús en son temps*, los romanos crucificaban la mayoría de las veces al lado de un cementerio.

Lo que nos induce a sacar la conclusión de que la *fossa infamia* pudo muy bien hallarse en los Olivos, al lado del cementerio ritual.

20.- La maldición sobre Jerusalén

«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, y si tiene sed, dale de beber, porque así acumulas carbones ardientes sobre su cabeza...»

PROVERBIOS, 25,21;
y EPÍSTOLA DE PABLO A LOS ROMANOS, 12, 20

Este axioma, muy extendido entonces en Jerusalén, generalmente se resumía así: «Perdonad a vuestros enemigos, y así acumularéis sobre su cabeza carbones ardientes». Así comprendemos mejor, sobre todo a la luz de lo que va a seguir, hasta qué punto conoce bien Jesús todos los arcanos del ocultismo, y principalmente aquel que consiste en dejar que el adversario acumule las malas acciones con respecto a nosotros. Haciendo eso, y no respondiendo, no equilibramos la misteriosa balanza de la fatalidad, y más pronto o más tarde se producirá el desequilibrio, con la reversión del golpe hacia el adversario, quien verá volverse contra él, en bloque, todo lo que había acumulado en el curso de un período a veces bastante largo.

Esta táctica, tan eficaz como oculta, la practicaron los cristianos conscientemente contra el Imperio romano.

Pues bien, esta regla misteriosa Jesús la aplica en el momento de su crucifixión, si damos crédito a los Evangelios elaborados en el siglo IV, en griego, por griegos. Existen dos hipótesis: o bien la colocaron ahí para halagar una vez más a Roma, porque los verdugos eran legionarios romanos, y Jesús, en ese caso, no lo pronunció jamás; o bien el hecho es auténtico, y Jesús no hizo sino aplicar el conocido proverbio, pronunciando las célebres palabras: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen...» (*Lucas*, 23, 34.) En su obra: *Sinopsis de los Evangelios*, el padre Deiss nos dice que «la autenticidad textual de la frase de perdón es controvertida». (*Op. cit.*, tomo I, pág. 313.)

De todos modos, no sabremos jamás si la frase es auténtica o no, porque los Evangelios primitivos se perdieron, y Orígenes (siglos II y III) nos dice que, ya en su tiempo, el *Mateo* primitivo se desconocía. Si los encontráramos, es probable que revelaran unos textos medianamente diferentes a los elaborados por los escribas anónimos del

siglo IV, porque ya los apócrifos son prueba de ello. Incluso el propio Orígenes fue retocado por Rufino de Aquilea, y eso en el propio siglo IV, y el tal Rufino no oculta que corrigió a Orígenes cuando este último no le parecía bastante ortodoxo. Tiene la desfachatez de decírnoslo en su prefacio, y afirma que hizo como Jerónimo (santo), en la traducción que éste había hecho de las *Homilías*:

«Cuando en el texto griego (inicial) se encontraba algún pasaje *escandaloso*, pasó la lima, tradujo y expurgó, de manera que el lector latino no encontrara allí nada que se apartara de la fe...»

Y se plantea una cuestión: ¿cuáles eran esos pasajes «*escandalosos*» que no se podían poner ante los ojos de los fieles ya en el siglo V, so pena de destruir la leyenda?

Lo mismo sucedió con los Evangelios primitivos, y, bajo la pluma de falsificadores como Jerónimo o Rufino, el lector de nuestra época tiene la garantía de encontrar las falsificaciones más desvergonzadas. Júzguenlo:

En *Mateo* (27, 25) leemos lo siguiente:

«Y todo el pueblo respondió diciendo: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos..."

Esta frase se encuentra solamente en *Mateo*. Y *Mateo*, como sabemos, es un *pseudo Mateo*, porque el primero se había perdido ya en la época de Orígenes, muerto en el año 254. A pesar de eso, sobre esa frase, que es una abominable impostura (y vamos a demostrarlo), los cristianos han fundado durante veinte siglos su antisemitismo permanente; sobre esa mentira, *sobre esa falsedad*, se han justificado las matanzas, las violaciones, los saqueos, los actos de violencia contra los judíos.

Haremos observar a todo lector razonable que es impensable suponer que una multitud numerosa pudiera elaborar y clamar con todas sus fuerzas, *espontáneamente*, una frase tan complicada y que daba respuesta a una pregunta que les era imposible prever de antemano. Esa misma muchedumbre, normalmente, no podría hacer brotar de sus pechos, en un solo grito, sino un eslogan, un clamor, el que está acostumbrada a gritar: «Viva este... Abajo el otro...» Pero imaginar que, por una especie de comunión y de percepción mutua de sus pensamientos, los judíos, *uniformemente*, expresaron el mismo deseo, en los mismos términos, es totalmente irracional.

Esta frase, pues, no fue jamás pronunciada en esos términos por la masa judía congregada delante del palacio de Pilatos. Fue elaborada, de pies a cabeza, por nuestros falsificadores anónimos de los siglos IV y V, para justificar la cadena implacable de persecuciones y de desgracias que se abatieron sobre el desgraciado pueblo judío, cadena cuyo origen, ellos, mejor que nadie, podían justificar.

Y también para desviar la atención de una frase enigmática, con

la que se corría el riesgo de que se adivinara la fuente de esa serie inexplicable de desgracias. Frase que nuestros falsificadores también trugarían, prudentemente, a la vez, que harían desaparecer el texto inicial atribuido a Mateo,

Es una tradición popular común, en China, en el Tibet, en el Japón, en la India, desde hace siglos y siglos, que si un hombre tiene quejas de otro, y va a suicidarse, con fuego o de otra manera, frente a la casa de éste, la desgracia caerá sobre este hombre, por haber sido el causante de la muerte del primero.

Por ejemplo, cuando tuvo lugar la ejecución de Jacques de Mo-lay y de Geoffroy de Charnay, gran maestro y comendador provincial, respectivamente, de la *Orden del Temple*, que fueron quemados vivos en París, en la lie de la Cité (exactamente en el islote conocido como «isla de los judíos»), éstos emplazaron al papa y al rey de Francia a que comparecieran ante el tribunal de Dios dentro de aquel año, y esta terrible apelación fue escuchada: el papa, como si hubiera estado dirigida a él solo, murió «en los primeros cuarenta días». Y dentro del mismo año, a los nueve meses, murió a su vez Felipe el Hermoso.

Lo mismo sucedió en el caso de la destrucción de Jerusalén, en cuanto a Jesús.

En el capítulo 23 de *Mateo*, escena repetida por *Lucas* (13, 34), Jesús maldice en ocho ocasiones a *la población de Jerusalén*, porque bajo el término de escribas hay que adivinar el de *saduceos*; en cuanto a *los fariseos*, éstos fueron nombrados de forma muy precisa. Los *esenianos* quedaban entonces fuera, puesto que no residían en Jerusalén.

Llega la crucifixión. Jesús ha llegado al límite de su resistencia, su debilidad física va a hacerle expirar mucho antes que los dos bandidos crucificados con él. Es entonces cuando, igual que hizo Jacques de Molay, utilizará el misterio tenebroso de la última voluntad de un moribundo, para asumir su venganza, expresada ya en el curso de las ocho maldiciones citadas.

Leemos, en efecto, en *Mateo* (26, 45-50) y en *Marcos* (15, 33-37), lo siguiente:

«*Hacia la hora nona* exclamó Jesús con voz fuerte: "Eli, Eli, lama sabachtani...", es decir: "¡Dios mío. Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?..." [...] Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, expiró.»

En *Lucas se dice que gritó: «¡Eloí! ¡Eloí! Lama sabachtani.»*

De lejos, los judíos presentes supusieron que llamaba al profeta. Creyeron que, respondiendo a los reproches y a las mofas vengativas de los dos ladrones crucificados a su lado, haría una última tentativa para que el cielo acudiera en su ayuda.

En primer lugar observaremos lo falaz de semejante traducción. Ni

Eli ni *Eloí* pueden traducirse por «Dios *mío*». *Eli*, en hebreo, es *Dios*, en singular, como *Eloi*; el plural, reservado para expresar la majestad divina, es *Eiohim*. Pero todo esto únicamente en el caso de que puntuemos con los signos habituales *bajo las letras*, de manera que se pueda dar una pronunciación vocalizada, ya que el hebreo no posee, en su alfabeto, sino consonantes.

Así, las tres letras que expresan *Eli* (*aleph-lamed-hé*), puntuadas de forma distinta (aunque siempre *aleph-lamed-hé*) pueden significar *conjurar*, *maldecir*, lo cual es totalmente diferente, debemos admitirlo.

Pues bien, la frase «*¡Eli! ¡Eli! Lama sabachtani...*» es el primer verso del salmo 22. Los salmos son unos himnos en verso, no son todos del rey David, sino también de sacerdotes anónimos. Éste comienza así: «Para el maestro de coro. Sobre la "Cierva de la Aurora". Salmo de David.» Ello significa que este himno debe entregarse al maestro de canto, que debe cantarse sobre la música de un canto popular israelí, sin duda un canto de amor, llamado «Cierva de la Aurora», y, por último, que el propio David fue quien escribió la letra. Y veamos lo que aparece de forma muy clara: si leemos ese salmo entero, nos sorprende su carácter profético de la pasión de Jesús... pero es así sólo si nos limitamos a las traducciones católicas o protestantes. El texto hebreo inicial, en cambio, es muy distinto.

Donde habla de agujerear las manos y los pies, en realidad se trata del león, que, cuando es capturado, *ve sus patas atadas*, y la llamada del suplicante no tiene lugar solamente en ese momento del Calvario, sino de forma permanente, y tanto de noche como de día. De hecho, es el rey David quien habla y se dirige a su Dios.

Por consiguiente esa frase nos resulta sospechosa. Porque ¿qué plausibilidad hay en el hecho de que un hombre torturado, que está sufriendo todos los espantosos dolores de la crucifixión, con la espalda desgarrada por los terribles latigazos de plomo rozando contra la madera rugosa de la cruz, con las manos perforadas en el lugar más doloroso de su red nerviosa, con el perineo lentamente serrado por el ángulo agudo del apoyo pelviano que debía impedir a las manos desgarrarse, asfixiándose lentamente por ese descoyuntamiento en el patíbulo, con los huesos de los pies probablemente machacados por los mazazos asestados para remachar los clavos, que probablemente no ha comido ni bebido *desde hace cincuenta y cuatro horas*, repetimos, qué plausibilidad hay en el hecho de que expresara sus indecibles sufrimientos *declamando versos, versos sacados de un cántico tradicional*?

Un hombre al que se va a fusilar puede cantar, por el camino, el himno de su nación o de su partido; puede, frente a los ejecutantes, gritar por última vez un eslogan, que resuma su fe. Porque ese hombre no sufre físicamente. Pero un hombre en el potro de tortura no acudirá a la poesía para expresar sus dolores. Cuando haya llegado a ese grado

último, en el que la carne puede a menudo sobre el espíritu, ¡no se sentirá con alma de poeta! O bien no dirá nada, o gemirá de sufrimiento, o aullará su odio contra los verdugos. Y esto es lo que, según creemos, hizo Jesús.

Y entonces podemos intentar encontrar la *frase verdadera* que los escribas anónimos del siglo iv hicieron desaparecer, y vamos a verla ahora, terrible en su brevedad, terrible en sus conclusiones, terrible en su realización, cuarenta años más tarde.

Si tomamos los manuscritos mágicos más antiguos, titulados *Clavículas de Salomón*, cuyo texto más exacto que haya llegado a nosotros figura en el manuscrito de la biblioteca de Padua redactado por Pierre d'Abane, discípulo directo de Enrique-Cornelio Agripa, médico de Carlos V y ocultista célebre, quien a su vez lo tenía de su maestro Juan Tritemo, abad de Spanheim y de Wurtzburgo, leemos esto en el tercer día de la semana, o sea, el *martes*:

Aquel día, los *Nombres Divinos* diversos entre los que el mago elegirá aquellos que entienda que se refieran a su obra, incluyen, en especial, *El* y *Eiohim*, plural de *Eloí*.

Entre los nombres de los *espíritus* que gobiernan la región oeste del mundo, que según la tradición es la de los muertos, descubrimos a *Lama* y *Astagna*.

Por último, entre los doce nombres de los *Espíritus* que gobiernan *las doce horas del Día* y las doce horas de la Noche, encontramos *Tani*, a veces deformado y transcrito como *Tanic* o *Tanie*, en los célebres libros de magia de los buhoneros.

Y la frase hebraica puede entonces establecerse así:

«*¡ELi ¡EL.OÍm! LAMA ASTAGNA TANÍ...*»

Lo que equivale a: «*¡Conjuración! ¡Maldición! Por Lama, Astagna, Tani...*»

Evidentemente, los magos no utilizan todos los nombres ocultos de un mismo día, su memoria no se lo permitiría. Basta con conocer algunos. Parece ser que, cuando se trazan los célebres *Círculos Mágicos*, en el primero (que simboliza el plano divino) se colocan los nombres de Dios o «nombres divinos». En el segundo círculo se ponen los nombres de los espíritus o de los ángeles. En el tercero y último los nombres de los espíritus de la Hora, el Día y la Estación. *Hay, pues, una jerarquía en la presentación de dichos nombres*. Según la tradición, el *nombre divino* le da al mago poder sobre el mundo de los espíritus o de los ángeles; el *nombre angélico* le da poder sobre el mundo de los espíritus, y el *nombre de los espíritus* le da poder sobre el mundo contingente, el del Espacio y del Tiempo.

Pues bien, es muy curioso constatar lo que sigue, respecto a esa frase misteriosa, así restablecida:

1. Todas las *palabras* de esa frase pueden ser *nombres usados en la Magia*, y *están exactamente en el orden jerárquico de su empleo*.

2. Todos esos nombres dependen *únicamente de la tonalidad de Marte*, incluido el nombre del *Espíritu* que gobierna la *hora planetaria* en que se pronuncian esas palabras; el día es el *martes*.

3. Esa *hora es exactamente la octava*, que es la última hora que vivió Jesús, *que murió al principio de la novena*, por lo tanto es la hora en el curso de la cual pronunció esa frase.

4. Es la *octava hora del día*, y exactamente esa, *no otra*, porque la octava hora de la noche está gobernada por un *Espíritu* de *otro nombre (Tafrac)*.

5. Todos esos *nombres* no permiten sino causar *daño a los enemigos*. Podemos citar:

«Su naturaleza consiste en provocar batallas, mortandades, crímenes, incendios, causar muertes, enfermedades, *devolver* la salud (después), hacerse levantar durante un tiempo a dos mil soldados...» (Cf. *Heptamerón o Elementos de Magia*, por Fierre d'Abane, filósofo, Lieja).

O sea, todas las cosas que le ocurrieron a Jerusalén después, al cabo de poco tiempo: el levantamiento de los soldados, militantes del partido Zelota, con Jehan de Giscalá, la curación de los primeros «cristianos», que sucedería probablemente al envío previo de una misteriosa enfermedad, la guerra con Roma, el asedio de la Ciudad Santa, con todos sus horrores, tan bien descritos por Flavio Josefo, los crímenes entre facciones rivales en la ciudad asediada, las epidemias, etc. No falta nada. Está todo. Quizás incluso la alusión: «¿Crees que no podría invocar a mi Padre, quien pondría a mi disposición al instante más de doce legiones de ángeles?...» (*Mateo*, 26, 53), es decir, los «*dos mil soldados*» prometidos por el conjuro.

Pero el lector se preguntará el por qué de esa importancia concedida a las entidades del *martes*. M. Dupont-Sommer nos ha revelado en sus estudios sobre los manuscritos del mar Muerto, que el misterioso calendario solar del *Libro de los Jubileos*, opuesto vehementemente al calendario lunar del judaísmo de entonces, era utilizado por los zelotas, ala extremista de los esenianos, que se separó definitivamente del movimiento inicial.

En su libro *La Date de la Cene*, Anne Jaubert nos muestra que Jesús y sus discípulos utilizaron el calendario solar del *Libro de los Jubileos*, lo cual implica que eran esenianos o zelotas. Ahora bien, no siguen en absoluto los usos esenianos, y comen carne, beben vino, igual que los zelotas. Es fácil sacar la conclusión: si tienen las mismas costumbres, la misma liberación de los tabúes judaicos, el mismo calendario solar, desconocido por la gente judía normal, eso significa que nuestros «cristianos» eran realmente zelotas.

Pero sobre el *martes*, Anne Jaubert nos aporta esta valiosa re-

flexión, en la página 39 de su pequeña obra:

«Podemos preguntarnos si, en ese sistema, el *martes* no revestiría una importancia especial. La Pascua se inmolvaba un *martes al atardecer*. El 7.º día de Pascua era un *martes*. Y también lo era el 7.º día de la Fiesta de los Tabernáculos, antes de la introducción del 8.º. Tres de cada cuatro visiones de Ageo se situarían en *martes*, uno de los cuales era el 7.º día de los Tabernáculos. El único dato que poseemos del I-Hénoch es una visión en el 14.º día del 7.º mes (*martes*), y víspera de la Fiesta de los Tabernáculos.» (A. Jaubert:

La Date de la Cene, Gabalda, París, 1957.)

Así pues, si tal y como cuenta *Juan*, Jesús murió *en el momento en que se sacrificaba al cordero pascual*, en el calendario zelota, ese día era un *martes*.

De donde la doble elección de las entidades de ese día y de esa misma hora, por Jesús.

Por otra parte, los cristianos no ahorraron jamás ese mismo principio de la maldición. Sin llegar hasta las horribles consecuencias del texto de la Excomunión Mayor, citaremos simplemente a san Pablo:

7.^a *Epístola a los Corintios*, 5, 3-5: «...yo he condenado ya, como si estuviera presente, al que eso ha hecho: congregados en nombre de nuestro Señor Jesús, *entrego a ese hombre a Satanás, para ruina de su carne...*»

7.^a *Epístola a Timoteo*, I, 20: «...entre ellos Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar.»

En el primer caso, se trataba de un hombre joven, que se había casado con la viuda de su padre, por consiguiente con su madrastra. En el segundo caso, se trataba de cristianos ordinarios, que habían pasado a la gnosis, y que, probablemente, afirmaban que el mundo era la obra de un demiurgo imperfecto, y no la de un Dios supremo.

Pues bien, tanto en un caso como en el otro, encomendar a una criatura humana a las Potencias Infernales para su destrucción carnal y para hacerla morir, era un crimen castigado con la muerte por la ley romana llamada de las «*Doce Tablas*», porque se decía que eso era magia negra.

Sobre el carácter *totalmente mágico* de las últimas palabras pronunciadas por Jesús tenemos una última confirmación en el siguiente pasaje de los *Acta Pilati*, apócrifo copto, en su segundo fragmento:

«Entonces, en la sexta hora, la oscuridad se hizo sobre la tierra entera, hasta la hora nona. El sol se había oscurecido. Jesús gritó con voz fuerte: "*Aba... Abi... Adach... Ephkidru... Adonai... Aroa... Sabel...*»

Luel... Eloi... Elemas... Abakdanei... Orioth... Mioth... Uaath... Sun... Perineth... Jothat..."»

A eso es a lo que se llama «*nombres de poder*» en los libros de magia antiguos, y en los más conocidos se encuentran con frecuencia algunos de ellos. Por ser diferentes de la frase clásica, su presencia afirma el carácter encantatorio de las últimas palabras de Jesús. Y la continuación de ese manuscrito subraya todavía más la importancia de esa asombrosa tradición:

«En el momento en que el Salvador dijo esas cosas, el aire cambió, el lugar se oscureció, se abrió el abismo, el firmamento se conmocionó...» (*Op. cit.*, 2."fragmento.)

Por consiguiente, sí que se trataba de apelar a las fuerzas tenebrosas y caóticas.²⁷

De este breve estudio sacamos fácilmente una conclusión: las últimas palabras de Jesús fueron una maldición contra la ciudad que le había abandonado en su tentativa de liberación del yugo romano, y esa maldición, aunque fuera la última, no había sido la primera, como ya hemos demostrado. Pero, al estar asociada con el último suspiro de un moribundo, cayó de firme sobre la ciudad, del mismo modo que, trece siglos más tarde, las últimas palabras del gran maestro de los templarios asestarían un buen golpe a la monarquía francesa y al papado...

²⁷ Era precisamente porque Jesús esperaba una última ayuda, de orden sobrenatural o de orden humano (sus tropas), por lo que rehusó la bebida calmante que se ofrecía a los condenados a muerte (*Mateo*, 27, 34 y *Marcos*, 15, 23), y no por deseo de sufrir al máximo. *Quería permanecer lúcido*. Y la prueba es que sus dos guardaespaldas, los dos ladrones crucificados a su lado, hicieron lo mismo. Y de ahí sus injurias, cuando hubieron comprendido (*Mateo*, 27, 44; *Marcos*, 15, 42), porque también ellos habían esperado y creído en sus afirmaciones anteriores. Y nada ocurría...

21.- La ejecución de Jesús

«¿Por qué arremeter contra la flecha,
si el arquero está presente'!...»

PROVERBIO DE LAINDIA

¿Cuál fue la verdadera *Acta de Acusación* sobre la que se condenó a Jesús? En estas páginas hemos intentado reconstruirla, teniendo en cuenta cuáles podían ser las cosas que se le reprochaban de cara a las leyes del Imperio. Pero, de hecho, si durante un tiempo fue conocida, luego fue cuidadosamente destruida, o quizás ocultada en archivos a los que el vulgo no tiene jamás acceso.

Todos los exegetas católicos reconocen que el pretendido informe de Pilatos a Tiberio sobre la resurrección y la ascensión de Jesús es una burda falsedad. Clasifican entre los apócrifos los *Hechos de Pilatos* que hemos citado antes, porque eran descaradamente aduladores para con Jesús, lo cual, evidentemente, le retira toda verosimilitud. Pero conocemos el contenido de todos esos documentos. Constituyen la primera parte del *Evangelio de Nicodemo*.

Pero no sucede lo mismo con un tercero, que los cristianos citan, pero que no reproducen. En efecto, en el año 311 o 312, bajo el reinado del emperador Maximino Daza, fueron divulgados por todas partes, por todo el imperio, y especialmente en las escuelas, unos nuevos *Hechos de Pilatos*.

Veamos lo que dice de ellos, con bastante prudencia, Eusebio de Cesárea:

«Habiendo fabricado entonces unos *Hechos de Pilatos* y de nuestro Salvador, llenos de blasfemias contra Cristo, ellos (los funcionarios del Imperio) los enviaron, con la aprobación del soberano, a todo el país sometido a su poder, y, por medio de carteles, recomendaron que en todo lugar, en el campo y en las ciudades, fueran expuestos bien a la vista de todos, y que los maestros de escuela se cuidaran de dárselos a los niños, a guisa de enseñanza, y se los hicieran aprender de memoria...» (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, IX, V, I.)

Es muy probable que esos textos, bautizados por los escritores

eclesiásticos como *Hechos de Pilatos*, a semejanza de aquellos otros favorables a sus creencias, no fueran sino el *resumen del proceso de Jesús*, o quizás, incluso, simplemente el texto de la sentencia final por Pilatos.

Pero ese documento, que sería de gran valor por más de una razón, y que podría compararse con los *Hechos de Pilatos* halagadores para con Jesús, *no ha llegado hasta nosotros*. Sólo estos otros han pasado a través de los siglos.

Lo contrario hubiera sido extraño. Los procuradores, los altos funcionarios del Imperio, enviaban regularmente a Roma informes sobre los hechos importantes acaecidos en su jurisdicción. Así fue como Tácito nos dejó sus *Anales* y sus *Historias*. Allí vemos lo que pasa, tanto en Oriente como en Occidente, día a día. *Excepto todo cuanto se refiere a los hechos que se produjeron en Judea en la época de Jesús*. Los monjes copistas pasaron por ahí. Lo mismo sucedió con el informe de Pilatos a Tiberio sobre la gran revolución del año 33, cuyo jefe fue Jesús. Cuando los cristianos accedieron al poder, con Constantino, los archivos de la cancillería imperial debieron ser inmediatamente expurgados. Al convertirse en seguida en perseguidores de todo lo que no fuera cristiano, y cristiano ortodoxo, los dirigentes de la secta mesiánica no debieron tener escrúpulo alguno para con las piezas de archivo, ellos que enviaban a las minas a los filósofos y a los doctores gnósticos.

De la forma de ejecución de Jesús sacaremos todavía muchas informaciones de gran valor para el presente estudio.

En primer lugar, es imposible que fuera azotado con vara.

Según las leyes romanas, los delincuentes que debían sufrir la flagelación eran golpeados, bien con bastones (*fustis*), bien con varas (*virga*), o con látigos (*flagellum*). El bastón era un castigo reservado a los soldados, las varas estaban reservadas a los ciudadanos romanos, los látigos a los esclavos. Pero hacia finales de la República, las varas fueron abolidas para los ciudadanos, en virtud de la ley Porcia (cf. Cicerón, *Contra Yerres*, III, 29, y Tito Livio, X, 9).

De todos modos, los romanos condenados a muerte, que perdían por ese hecho su calidad de ciudadanos romanos (si lo eran), seguían siendo pasados por las varas. Ése fue el caso de Saulo-Pablo, antes de ser decapitado. Por el contrario. Jesús, al no ser ciudadano romano ni soldado que sirviera a Roma, no pudo ser pasado por las varas, tuvo que ser obligatoriamente y legamente flagelado *por látigo*.

Sólo que los escribas que redactaron los Evangelios canónicos en el siglo IV no habían asistido jamás a una crucifixión, porque ese suplicio había sido abolido por Constantino, a petición de los mandatarios del movimiento cristiano. Por eso, al ver siempre pasar a los lictores con sus haces de varas, supusieron que era con ellas con las que

habían golpeado a Jesús antes de ejecutarlo en la cruz.²⁸

Ahora bien, la crucifixión, postrero y definitivo suplicio, el más horrible según Plinio, iba siempre precedida por una flagelación con ayuda de los *flagella* (látigos), pero la crucifixión, en sí, comprendía también numerosos matices. Júzguenlo:

1. Era el castigo aplicado a los sediciosos, a los malhechores, a los esclavos rebeldes. Por esta causa, les atravesaban las *palmas de* las manos que habían rehusado la obediencia, la disciplina, la servidumbre, el trabajo. Para evitar que las manos se desgarraran bajo el peso del cuerpo, se hincaba un robusto clavo por debajo del perineo del hombre, y ese «soporte» añadía al supliciado el tormento del potro al de la crucifixión. Las mujeres eran crucificadas de cara a la madera, no por pudor, como imagina ingenuamente Daniel-Rops en *Jesús en son temps*, sino porque sus formas carnosas no permitían sentarlas sobre esa barra. Y así, crucificadas de cara al tronco, ese clavo de ángulos rudos hería la vulva y el perineo, y quizá también, en algunos casos, la vagina de la crucificada. Los pies eran traspasados a su vez, en castigo de la huida que generalmente acompañaba a la rebelión.

2. Si el condenado había cometido actos de violencia con ocasión de su captura, se rompía sus brazos a golpes con barras de hierro o a mazazos. Si había reiterado una tentativa de fuga, se le quebraban las piernas. La crucifixión, al descoyuntar al condenado sobre la cruz, causaba rápidamente un comienzo de asfixia. Para hacer durar el suplicio, los legionarios (que ejercían el papel de verdugos casi siempre), perforaban el costado derecho del condenado con una lanzada, asestada sobre el hígado, bajo las costillas. Se trataba de una especie de neumotorax, y así, al llegar el aire directamente al pulmón, retardaba la amenaza de asfixia y hacía durar el suplicio.

3. Si el condenado había agravado su caso con la violación de una mujer libre o de una virgen, el clavo destinado a servir de «soporte» era insertado directamente sobre sus partes sexuales, en lugar de serlo por debajo de éstas.

4. Si dicho condenado había agravado su caso con el crimen de incendio, (en esas épocas, el incendio de una casa acarrea a menudo el de toda la ciudad), en lugar de ser flagelado por los látigos de cuero con bolitas de plomo, lo era entonces por látigos compuestos por cadenas de hierro con bolitas de bronce y puestas previamente al rojo vivo en un brasero. A los primeros se les llamaba «*flagella*», a los

²⁸ Y así, por ejemplo, el escriba que dice ser *Mateo* nos cuenta que a Jesús le ofrecieron vino mezclado con hiél (27, 34). el que dice ser *Marcos* habla de vino mezclado con mirra (15, 23). *Lucas* ignora ese detalle, y *Juan* también... Ahora bien, el *Talmud* prescribía que las mujeres que ofrecieran una bebida calmante a los condenados a muerte, les presentarían vino en el que se hubiera disuelto *incienso*. Pero los escribas del siglo IV ignoraban el *Talmud*.

segundos «*flagra*» (ardientes). De todas formas, la flagelación, con un número de golpes ilimitado, tenía como finalidad romper en el condenado toda posibilidad de resistencia en el lugar de la crucifixión.

5. Había dos formas de crucificar. Los malhechores y los esclavos rebeldes eran crucificados *cabeza arriba*, mientras que los sediciosos lo eran *cabeza abajo*. La razón de este matiz era puramente simbólica. El sedicioso había cometido un sacrilegio contra la majestad imperial, *divinizada*, que encarnaba al Imperio romano por entero. Por eso se le mostraba *derribado*. En este último tipo de crucifixión se le clavaban al reo los pies, muy separados, en los dos brazos de la cruz. Los clavos se hundían en el espacio comprendido entre la tibia y el peroné, inmediatamente debajo de los maléolos y el tarso. Las manos eran clavadas por las palmas o por las muñecas (entre el cubito y el radio), o directamente en el carpo. Las manos debían estar cruzadas una sobre otra, detrás de la espalda, y eran clavadas, claro está, al otro extremo vertical de la cruz. Virgilio hace alusión a esta crucifixión cabeza abajo en su célebre verso:

«*Debellare superbos...*» *La Eneida*, VI, 5, 853), es decir, «Derriba a los soberbios...»

Esta particular crucifixión, *cabeza abajo* para los sediciosos y *cabeza arriba* para los malhechores, ha llegado a nosotros a través de Séneca. Demeunier, en su libro *L'Esprit des Usages* (París, 1790), y Fernand Nicolay en *Histoire des Croyances* (París, sin fecha), nos resumen a Séneca. Eusebio de Cesárea, que fue testigo ocular de semejantes ejecuciones, nos confirma estas dos particularidades:

«...; otros, por último, fueron crucificados, *unos de la manera usual para los malhechores*, otros de una forma peor, puesto que fueron clavados *cabeza abajo*, y se les dejó con vida hasta que perecieran de hambre en los propios patíbulos». (Eusebio de Cesárea, *Historia eclesiástica*, VIII, VIII.)

Por eso, cuando nos cuentan que hubo cristianas a las que colgaron por un pie, o por los pies, y por consiguiente con la cabeza abajo, eso significa que nos encontramos en presencia de mujeres convencidas de pertenecer a la secta y al movimiento mesianistas, y que Roma las consideró entonces como agentes de una sedición puramente política, y no como seguidoras de una religión particular.

Y aquí se nos plantea una cuestión, de respuesta muy grave. Jesús fue condenado como *sedicioso*, se le reprochaba pretender que era rey, incitar al pueblo a la revolución, cobrar diezmos y peajes indebidamente (*Lucas*, 23, 2). Ahora bien, los Evangelios nos lo muestran ¡*crucificado cabeza arriba!* Nos bastan como prueba los siguientes pasajes:

«Para indicar el motivo de su condenación, pusieron escrito *sobre su cabeza*: "Éste es Jesús, el rey de los Judíos..."» (*Mateo*, 27, 37.)

«Los que pasaban le injuriaban, moviendo la cabeza y diciendo: "[...] Si eres el Hijo de Dios, \baja de esa cruz!..."» (*Mateo*, 27, 39-40.)

«Luego, corriendo, uno de ellos fue a buscar una esponja, la empapó en vinagre, la fijó en una *caña* y le dio a beber...» (*Mateo*, 27,48.)

«E, *inclinando la cabeza*, entregó el espíritu...» (*Juan*, 19, 30.)

Los tres otros sinópticos nos dan las mismas precisiones.

Hay que entenderse de una vez por todas. ¿Fue crucificado como *sedicioso* (crimen político)? Entonces lo fue *cabeza abajo*, y los Evangelios no nos dicen la verdad. ¿Por qué esa mentira? Para evitar un nuevo exceso en la representación del Mesías. La crucifixión, suplicio infame en grado extremo, bastaba ya sobradamente.

Pero si fue crucificado *cabeza arriba*, como los dos bandidos que le acompañaban y que fueron capturados *con él*, en los Olivos, entonces no fue condenado como sedicioso, no era un crimen político lo que se le reprochaba, sino uno o varios crímenes de *derecho común*.

Y esta última observación la sostienen las propias Escrituras:

«Porque os digo que ha de cumplirse en mí esta escritura: "Fue contado entre los malhechores".» (*Marcos*, 15, 28, y (*Lucas*, 22, 37.)

Ahí Jesús muestra su deseo de realizar la palabra de Isaías, así citada. Pero, de todos modos, debemos recordar que son los escribas anónimos griegos los que hablan, cuatro siglos más tarde. Su entorno de bellacos era más que suficiente para que un romano poco indulgente, como era Pilatos, lo considerara a él también como tal, aun cuando Jesús no hubiera hecho sino ordenar, tolerar, insinuar, sin llevar nada a cabo por sí mismo.

Lo que nos lleva a pensar así son los nombres que la tradición da a los dos bandidos: *Dimas* y *Cystas*. Son dos nombres griegos: *Kistos* es la cesta, *Dimas* puede ser un término que designa los órganos sexuales. Pero también puede derivar de *dimakairo*, que significa «*que tiene dos espadas*».

Pues bien. Jesús había dado la consigna a los suyos de llevar todos una espada (*Lucas*, 22, 36), y si era necesario, de vender su manto para conseguirla. Estamos en la víspera de la detención. La noche en que ésta tiene lugar, todos van armados: «Entonces, viendo *aquellos que estaban con él* lo que iba a suceder, le dijeron:

"Señor, ¿herimos con la espada?...» (*Lucas*, 22, 49.)

Por consiguiente, en toda esa tropa de fieles que le rodea *las espadas son muy numerosas*. Ahora bien, pocos instantes antes nos enteramos de que no había más que dos.

Por lo tanto, es posible que esa expresión no designara dos espadas materiales, sino que fuera simplemente el sobrenombre de un jefe de banda mercenario, incorporado por Jesús entre los suyos para confor-

mar su propia guardia (no olvidemos que desconfiaba de los suyos, de sus hermanos en especial: *Juan*, 7, 10). En este caso, «*Dos Espadas*» sería un apodo, como más tarde, a un soldado profesional, se le daría el de «*Larga Espada*». Y los ignaros escribas abreviaron *Dimakairoi* en *Dimas*. Lo mismo pudo suceder con *Cystas* (o *Kistos*), que puede ser la deformación de *Ksifias*, «que tiene la forma de una espada». Si preferimos *kistos*, quiste, este sobrenombre designaría la maza o el garrote que acostumbraba a usar el segundo ladrón en sus agresiones, arma común a todo el Oriente Medio.

Fieles a la palabra dada, y en función del pago recibido, los dos bandidos permanecieron al lado de Jesús hasta el final, mientras que todo el resto de la multitud, discípulos y mercenarios, huía a través de una noche que ni las antorchas ni los faroles de las centurias de la cohorte conseguían disipar. Eso es lo que explicaría el pasaje del manuscrito copto: «...que te crucifiquen en el lugar donde te prendieron, con *Dimas* y *Cystas*, *los dos ladrones a los que se apresó contigo...*» (*Acta Pilati*, IX.)

Es quizás esa guardia mercenaria, compuesta por gentes sin confesión, pero que servían fielmente a quien les pagaba, lo que explica el temor de los judíos encargados de detener a Jesús: «Algunos de ellos querían apoderarse de él, pero nadie le puso la mano encima...» (*Juan*, 7, 44.)

Y fue probablemente a cambio de esa fidelidad (pues ellos habían jugado lealmente a este juego), por lo que reprocharon a Jesús que no hiciera un milagro a fin de liberarlos.

Los nombres de esos dos personajes misteriosos varían según los manuscritos que hablan de ellos. *Demás* o *Dismas* y *Gestas* o *Cystas* en los *Hechos de Pilatos* ya citados; *Titus* y *Dumachus* en los evangelios árabes llamados de la *Infancia*; *Zoathan* y *Chammatha* en algunos manuscritos de los evangelios canónicos; *Moab* y *Zandi* en algunos manuscritos medievales. Se dijo que eran galileos, e incluso miembros de la banda de Barrabás, como dice Daniel-Rops. Y eso es de lo más significativo...

Pensamos que los que están más cerca de la verdad son los nombres griegos, porque los escribas de esta lengua, en el siglo iv, corrían menos riesgo de desnaturalizarlos. Probablemente fueron los copistas coptos quienes los deformaron al transcribir y traducir los originales griegos. Pero, como podrá constatar el lector por lo que antecede, esos dos personajes tienen su importancia para el historiador, y pueden ser la clave de ciertos aspectos del enigma.

Los *Hechos de Pilatos* constituyen, como hemos dicho, la primera parte del célebre *Evangelio de Nicodemo*. Este famoso apócrifo, junto con la *Primera Epístola de Pedro* y otro apócrifo, el *Evangelio de Pedro*, es el único que nos dice que Jesús, después de su muerte, des-

cendió *in inferno* a predicar la palabra de Dios a los muertos que esperaban. Los Evangelios canónicos no hablan de este detalle que, al estar introducido en el «Credo», y mucho antes en el universal «*Símbolo de los Apóstoles*», hace de él un artículo de fe para el cristiano.

Los *Hechos de Pilatos*, que fueron citados por san Justino, mártir, en el siglo II y por Tertuliano en el III serían, pues, como vemos, muy antiguos. Como Justino murió en el año 165, esos *Acta Pilati* han de ser anteriores. De todos modos, el manuscrito copto que ha llegado a nuestras manos es del siglo iv.

Aun así, nos aportan con gran sencillez un detalle que en aquella época no pareció revestir importancia, pero que a nosotros nos parece muy válido, ya que justamente está desprovisto de un simbolismo excesivamente descabellado, demasiado frecuente entre los autores cristianos de aquellos tiempos.

Los Evangelios canónicos, a saber, *Mateo*, (27, 33), *Marcos* (15, 22), y *Juan* (19, 17), nos dicen que Jesús fue crucificado en el lugar llamado *Góigota*, en hebreo «cráneo» (calvario). *Lucas* (23, 33) dice simplemente: «al lugar llamado cráneo». Era un giba rocosa, alta y abrupta, que, efectivamente, tenía la forma de cráneo. Existía una leyenda que decía que bajo ese cráneo de roca reposaba Adán, y su cabeza estaba justamente bajo dicha colina.

Actualmente el *Góigota* consiste en una excrescencia de unos *cinuenta centímetros*, que se levanta del suelo en la basílica del Santo Sepulcro. En cuanto a la colina, ésta desapareció tras la toma de Jerusalén por Tito, con la nivelación de la ciudad (efectuado por prisioneros judíos), y luego con la construcción de una nueva ciudad sobre los cimientos de la antigua, por el emperador Adriano. Éste hizo recubrir todo el *Góigota* por un terraplén, y allí se plantó un bosque sagrado consagrado a Venus-Afrodita. Evidentemente, es imposible encontrar nada del antiguo lugar después de un conjunto tal de trabajos. Y menos aún cuando *el plano más antiguo de Jerusalén* data, aproximadamente, del año 595. La ciudad fue todavía assolada en el año 614 por Chosroés II, quien exterminó a sus habitantes, y luego, en el año 1214, por los mongoles, que la devastaron por completo.

Pues bien, los *Hechos de Pilatos* nos dicen que el procurador, en su sentencia, ordenó lo siguiente: «...Primero, ordeno que se te flagele, en virtud de las leyes imperiales, y luego, que se te crucifique *en el lugar donde te prendieron*, con Dimas y Cystas, los dos ladrones a los que se apresó contigo...» (*Op. cit.*, 9.)

Pero el lugar donde Jesús fue capturado no fue el *Góigota*, sino *Getsemaní*, en el huerto de los Olivos, al pie del monte de dicho nombre. Y por lo tanto debemos abordar este problema, porque es más importante de lo que parece a primera vista, y ya veremos por qué a continuación.

Daniel-Rops, que utiliza con enorme frecuencia en su libro *Jesús en son temps* los términos «debió», «puede suponerse que...», «es probable...», y que sitúa, en cabeza de una exhibición de ejecución puramente romana, a un «ujier del Sanedrín» (...), se abstiene de afirmar cosa alguna en cuanto al itinerario seguido por los condenados y su escolta militar. Vuélvase a leer el capítulo titulado «*Le chemin de Croix*» (el Vía Crucis), y se constatará su prudente incertidumbre. Sobre todo si se recuerda que no se comenzó a definir y precisar dicho itinerario *hasta el siglo IV* (otra vez...), *con la llegada de los primeros peregrinos de la historia*²⁹¹

La emperatriz Elena, madre de Constantino, mandó construir una basílica en el emplazamiento final de la peregrinación. Allí está todo agrupado, por el bien de los peregrinos, y para evitar dispersiones fatigantes e inútiles. Así, la tumba y el calvario están la una al lado del otro. A veinte metros, todo lo más, se halla el emplazamiento donde (a raíz de un sueño enviado por su ángel de la guarda) ella mandó efectuar excavaciones, para encontrar allí *intactas*, cuando ya habían pasado casi tres siglos, las tres cruces de Jesús y los ladrones. Después se recuperarían los clavos, la corona de espinas, la túnica de Jesús, el lienzo de la bienaventurada Verónica, y, para terminar, treinta y nueve sudarios, cada uno de ellos más auténtico que los otros. Hasta tal punto, que todos justificarían su existencia mediante numerosos milagros. De hecho, pues, nada falta en ese museo, ni siquiera el prepucio de Jesús, conservado en el Vaticano.

A partir de ese momento el peregrinaje está ya a punto, perfectamente organizado, puede decirse que todo está al alcance de la mano. Más adelante, los canónigos del Santo Sepulcro tendrán una idea genial: todo villano que acudiera en peregrinación al Santo Sepulcro recibiría de ellos la orden caballeresca, y así volvía convertido en caballero. Nuestro villano, provisto de un certificado firmado y sellado, sería así poseedor de la nobleza personal a su regreso a Europa. Cosa que, en aquella época, presentaba numerosas ventajas. Si su hijo y su nieto hacían lo mismo, su nobleza se convertiría en hereditaria, «*a la tercera fe*».

²⁹ 2. Daniel-Rops pretende que fueron los judíos quienes quisieron y *realizaron* la ejecución de Jesús. Parece ignorar que:

1.º) la *crucifixión* jamás fue un modo de ejecución legal en Israel, y no iban a innovarlo con Jesús, y menos en Pascua;

2.º) jamás tenían lugar dos condenas a muerte el mismo día: era contrario a la ley. Por lo tanto al Sanedrín no le era posible ejecutar a Jesús y a dos ladrones más al mismo tiempo.

De todos modos, Daniel-Rops, en *Jesús en son temps*, se muestra prudente en cuanto al itinerario seguido por la cruz: «A decir verdad, esa localización no es sino hipotética, pensemos en todas las ruinas que los siglos han acumulado en la ciudad santa, y en las masas de escombros que se amontonaron en las hondonadas... Es inútil conceder demasiada importancia a esos recuerdos, demasiado precisos...»

Pues bien, intentemos reconstruir un plano de Jerusalén de la época de Jesús, con la ayuda del descubierto en Madaba (Jordania), sobre un mosaico, y que data del año 595.

Del norte de la ciudad parte un camino que va, a través de Rama, hasta Samaría, y otro que conduce a Cesárea. Éstos se separan a unos sesenta metros de la Puerta del Norte, a la que en la Edad Media se denominó «Puerta Dolorosa». Un poco más allá, hacia el oeste, pasado el valle del Tiropeon, se abre la puerta de Efraím, de donde sale el camino hacia Joppe (Jaffa). A unos cien metros, aproximadamente, a la derecha del viajero, se levanta la giba rocosa del *Gólgota*. Afirmar con Daniel-Rops que se trata del camino de Damasco es un *lapsus calami* o un error geográfico. *Por otra parte, el cementerio antiguo no está allí*, se encuentra al otro lado del Tiropeon y del Cedrón, *a un kilómetro y medio aproximadamente, a vuelo de pájaro, al pie del monte del Escándalo, muy cerca de Getsemaní y del monte de los Olivos.*

Pues bien, Daniel Rops, en *Jesús en son temps*, nos dice lo siguiente:

«La costumbre —conservada todavía en numerosos países, y sobre todo en el Oriente— consistía en situar los cementerios a la puerta de las ciudades, y muy frecuentemente las ejecuciones capitales se efectuaban en medio de las tumbas. ¿No está el *Gólgota* a unos veinticinco metros del lugar donde José de Arimatea tenía su sepulcro? En el *Satiricen*, en el capítulo donde Petronio narra la historia cómica de la viuda inconsolable, ¿no vemos también cómo una crucifixión tiene lugar entre las tumbas? Hay que representarse el Calvario como uno de esos puntos siniestros, dominados por el espíritu de la muerte, y oliendo a cadáver, sobre los que rondan, al acecho del último suspiro de su pasado, esos "pájaros del Esquilmo" de los que habla Horacio (porque en Roma las ejecuciones se efectuaban por regla general en el cementerio de la puerta Esquilina), los buitres, tan familiares al cielo de Judea...»

Observemos, pues, que el lugar de la crucifixión de Jesús y de los dos ladrones exige la proximidad de un cementerio, porque ésa es la costumbre, y también porque la tumba donde fue inhumado provisionalmente así lo requería.

Nada de todo eso se encuentra en el *Gólgota*. La proximidad del Templo, lugar sagrado, que se encontraba apenas a trescientos metros a vuelo de pájaro, lo impedía, ya que un cementerio, lugar impuro por excelencia, y más aún si se acompañaba de un emplazamiento de ejecución, donde los cadáveres de los suplicados permanecían expuestos, habría profanado el lugar santo.

Por lo tanto, el *Gólgota* como lugar de la ejecución de Jesús debió ser escogido en el siglo IV por su nombre, por la leyenda que lo acompañaba, y también para comodidad de los peregrinos. En una época *en que no quedaba absolutamente nada de la ciudad que vio morir a Jesús*, en que la arqueología y sus disciplinas, dependientes de la historia, son totalmente inimaginables, en que la ingenuidad de los fieles no tiene límites, en que se preferirá siempre la fe pueril a la crítica racional, quedaba excluida la posibilidad de entregarse a semejante investigación. No existía ningún mapa de la Jeru-salén antigua. Era imposible que se apelara a la tradición oral, ya que los judíos habían sido deportados sin excepción tras la toma y la aniquilación de la ciudad. Durante varios siglos, hasta Constantino, se les había *prohibido acercarse a la ciudad de David*. ¿Cómo imaginar entonces que se haya podido recoger sobre el terreno tradición alguna? Los romanos y los griegos, que bajo Adriano, es decir, en el año 131, habían poblado la nueva ciudad, *Aelia Capitalina*, no encontraron allí ningún habitante. Escuchemos a Flavio Josefo:

«Todo el resto, las murallas, las casas, el Templo, los demolidores lo aplanaron tan bien, que no se reconocía rastro alguno de construcción. Y si hubiera venido alguien de otro país, se le hubiera mostrado eso y se le hubiera dicho: "Aquí había una ciudad", no lo habría creído...» (*Guerras de Judea*, VII, I.)

Así, pues, desde el año 70, toma de Jerusalén por Tito, hasta el 131, año de la fundación de *Aelia Capitolina*, es decir, durante un periodo de sesenta y un años, el lugar donde se había elevado la más prodigiosa ciudad de la historia de la humanidad no fue sino un campo de ruinas, *totalmente niveladas, sin ningún ser humano*.

Entonces, ¿dónde pudieron ser recogidas esas tradiciones orales?

Por el contrario, si nos trasladamos más allá de Jerusalén, al valle de Josafat, exactamente a Getsemaní, *en la encrucijada* de los dos caminos que conducían, uno a Jericó, y el otro a Betfagé y Betania, nos encontramos en el lugar donde Jesús fue *«capturado, con Dimas y Cystas, los dos ladrones...»*, según los *Acta Pilati*.

Nos hallamos menos lejos del palacio de Pilatos de lo que estábamos en el *Gólgota*, estamos muy cerca del cementerio, donde se encontrará la tumba necesaria para su sepultura, estamos en el jardín de

los Olivos, donde «*fue capturado...*», y, sobre todo, en esa encrucijada, por donde pasa infinitamente más gente que en aquel lugar apartado que era el *Gólgota*.

Pues bien, los romanos crucificaban siempre «para ejemplo», lo que implicaba que los condenados fueran expuestos al máximo a la vista de los viandantes. Y esa *encrucijada* se impondrá *inconscientemente* al mundo cristiano futuro como una verdad esotérica, ya que *siempre, más tarde, se erigirá un calvario en una encrucijada*. Es el símbolo de la elección entre el Bien y el Mal, símbolo del «doble camino» que separa el mundo de los muertos, es en la encrucijada del Hades donde vela el Can Cerbero. Una de sus tres cabezas hace frente al recién llegado; dejará pasar al alma de un muerto, y prohibirá el paso a esa fúnebre morada a todo vivo. Las otras dos, giradas en sentido contrario, evitarán un eventual regreso de los muertos hacia la Vida. La de la izquierda prohibirá a los muertos que hayan bajado a los Infiernos el regreso a ésta, la de la derecha "impedirá a las almas de los Campos Elíseos una tentativa semejante.

Además, en el *Gólgota, que dominaba Jerusalén*, los vientos regulares habrían bajado el olor de los cadáveres de los crucificados hasta la ciudad. Mientras que en el valle del Cedrón, situado muy por debajo de la ciudad, y en el viejo cementerio próximo a los Olivos no podía temerse este inconveniente. Todo esto subraya el interés de ese lugar como emplazamiento de las ejecuciones por crucifixión, con la larga exposición de los restos de los suplicados.

Hay, en el mismo orden de ideas, un argumento suplementario a favor de la ejecución de la crucifixión en dicho lugar.

Es el camino de Jericó, que va hacia la izquierda en esa encrucijada. Tiene aproximadamente treinta y cinco kilómetros, y en esa distancia desciende unos mil metros. El paisaje es desértico y siniestro: rocas áridas, numerosas grutas a un lado y a otro, en unas altitudes desoladas. Al caer la noche, el matiz rojizo del paisaje hace todavía más escalofriante esta desolación.

El recorrido es peligroso desde hace ya mucho tiempo. Está poblado, para enorme peligro del viajero, por hienas, chacales, salteadores de caminos, y también criminales. Fue allí donde, a sabiendas, situó Jesús la parábola del buen samaritano, justificando así sus relaciones (que en Judea causaban escándalo) con los habitantes de Samaría.

Y allí, erigidas en la encrucijada de donde sale un camino más peligroso que ningún otro, de cara a la región donde se ocultan y acechan los bandidos de los caminos, las tres emees de infamia constitu-

yen una especie de desafío y también de réplica por parte del *orden romano* a la rebelión zelota, así como a la delincuencia pura y simple, que a menudo va asociada a aquélla.

Por otra parte, nada nos prueba que el bosque y el monte de los Olivos no constituyeran, cerca de Jerusalén, lo que el bosque de Bondy constituyó, durante tan largo tiempo, a las puertas de París. Esto justificó, sin duda, la importancia de la expedición en el curso de la cual fueron capturados Jesús y los dos ladrones: la cohorte y su tribuno, o sea seis centurias de veteranos, mandadas por un magistrado militar con rango de cónsul y una tropa de auxiliares destacada por el Sanedrín, de doscientos soldados como mínimo. Ese monte de los Olivos y su bosque eran quizás, entonces, una especie de *Cour-des-Miracles* (Corte de los Milagros) a cielo abierto.

Era, efectivamente, una posición estratégica ideal para la vigilancia y un eventual asalto de Jerusalén. Flavio Josefo nos da un ejemplo en sus *Antigüedades judaicas* (libro XX, VIII), al recordarnos a ese «egipcio» que se había atrincherado allí con un verdadero pequeño ejército, y que fue derrotado por el procurador Antonius Félix hacia el año 58 de nuestra era, que se le adelantó en el ataque. Era, realmente, una posición clave:

«Desde allí (el *egipcio*), era capaz de tomar Jerusalén por la fuerza, de reducir a la guarnición romana y al pueblo de forma tiránica, sirviéndose de las gentes armadas a las que dirigía...» (Flavio Josefo, *Guerras de Judea*, versión eslavona, II, 5, y *He-c/105,25,8-12*.)

Sobre la importancia de ese grupo insurrecto, los *Hechos* nos hablan de 4.000 sicarios, mientras que Josefo da la cifra, sin duda exagerada, de 30.000. Pero aunque sólo fuera por la posibilidad de albergar a 4.000 combatientes, el monte de los Olivos justificaba la importancia de su ocupación por orden de Pilatos: un tribuno, seiscientos soldados de élite, doscientos milicianos como mínimo, sólo para la captura de Jesús y de su tropa.

Pero entonces se impone una conclusión:

Si Jesús no fue crucificado como un sedicioso político, es decir, cabeza abajo, si fue crucificado como un simple malhechor, cabeza arriba, el lugar de la crucifixión subraya este hecho.

El Sanedrín reprochaba quizás a Jesús sus ultrajes, sus herejías dogmáticas, su desprecio de las costumbres religiosas más imprescriptibles, pero Roma, a quien todo esto no le preocupaba lo más mínimo, le reprochaba algo muy distinto: latrocinios, crímenes, *rac-ket*, como ya hemos demostrado, a lo que se añadía la magia nociva.

Por consiguiente, al crucificarlo entre dos ladrones, capturados con él, en una encrucijada del camino que se dirigía hacia la región en la que proliferaban las bandas idénticas, a la vez a guisa de ejemplo y de desafío, Pilatos no hizo sino reforzar el carácter de derecho común puro (y no político), por el que condenó a Jesús al más infamante de

los suplicios.

Sin duda Isaías lo había predicho: «... porque fue contado entre los impíos...» (*Isaías*, 53, 12.)

Lo cual parece implicar, por la citada profecía, que esa decadencia del Mesías estaba decidida y era querida por el propio Dios. Y todo el capítulo 53 parece, efectivamente, describir de forma extraordinaria las peripecias de la Pasión. Que el lector tome, pues, su Biblia, y relea esos pasajes. Una vez hecho eso, tomaremos de nuevo la palabra.

Los manuscritos de Isaías que poseíamos antes del descubrimiento de los del mar Muerto *databan de la Edad Media*. Es decir, que para todo historiador escrupuloso y precavido, son sospechosos. Tan sospechosos que al lector le bastará con tomar la Biblia e *Isaías*, y leer todo el capítulo 52, *pero sólo hasta el versículo 12*. Luego, saltando todo lo que sigue, que reanude la lectura en el versículo 1 del capítulo 54, y constatará que uno puede prescindir muy bien del trozo saltado; más aún, todo encaja de una forma perfecta.

¿Qué otra cosa pensar, sino que los versículos 13 y siguientes del capítulo 52, y el capítulo 53 por entero, fueron interpolados en una época muy posterior y para justificar el fin infamante de Jesús? Interpolados, o interpretados de forma más que liberal. Quizás ésa es la razón de todas esas persecuciones medievales contra las comunidades judías. Haciendo eso, se apoderaban de sus riquezas y de sus bienes, se destruía sus libros religiosos, y no se dejaban subsistir sino las copias «arregladas». *Los manuscritos del mar Muerto están ahí para demostrarlo.* Hasta nuestros días no se han descubierto más que dos libros de *Isaías*. Uno es propiedad del monasterio de San Marcos, en Jerusalén, monasterio ortodoxo. Tiene el mismo número de capítulos que nuestras copias medievales. El de la Universidad Hebrea comienza en el capítulo 10 y llega hasta el final clásico. Pero las diferencias entre esos dos documentos de antes de nuestra era y nuestros manuscritos medievales *son considerables*.

Así, por ejemplo, donde estos últimos escriben, hablando del Mesías: «Del mismo modo que muchos se asustaron de él, porque su aspecto estaba denariado desfigurado para un hombre, hasta no tener figura humana...» (52, 14), el manuscrito del monasterio de San Marcos (el del mar Muerto) dice: «Por mi Unción, su apariencia es más que humana...» (52,14.)

Debemos reconocer que la diferencia es muy grande, y que ese Mesías de *Isaías*, así descrito, de rostro resplandeciente y terrible, como el de Moisés al bajar del Sinaí, no se parece en nada al rostro entumecido de Jesús, al salir del pretorio camino a su crucifixión.

Que nosotros sepamos, el manuscrito de *Isaías* del monasterio de San Marcos no se ha publicado traducido, ni tampoco el de la Univer-

sidad Hebraica. ¿Lo serán un día? En caso afirmativo, será conveniente controlar cuidadosamente la traducción del versículo 12 del capítulo 53. Tiene su importancia en el problema de la ejecución de Jesús.

Por último, ha quedado citado un documento que plantea todo el problema de la autenticidad del relato evangélico de la crucifixión de Jesús. Es el propio texto de la sentencia abreviada, que figuraba sobre la cruz, y que se atribuye al mismo Pilatos.

Ahora bien, ¿por medio de quién conocemos el texto del letrado que Pilatos mandó clavar en lo alto del poste patibular, según la costumbre romana?: Por medio de los escribas que redactaron los Evangelios a partir del siglo IV. Pero ¿era realmente ése el texto que figuró en lo alto de la cruz? Podemos perfectamente ponerlo en duda, porque:

— no es posible que Pilatos hubiera escrito que Jesús era originario «de Nazaret», puesto que dicha localidad no existía en su época, sino que sería creada hacia el siglo vm, para satisfacer a los peregrinos. El texto de la *Vulgata* de san Jerónimo, *texto oficial de la Iglesia católica*, no lo dice. Lo que dice es *nazareas*, o sea, *nazareno*, que significa «consagrado al Señor» (*nazir*);

— por otra parte, Pilatos no pudo aplicar dicha cualidad a Jesús porque:

a) ése no era, evidentemente, motivo de condena a los ojos de la ley romana, y no se le podía reprochar a Jesús tal cosa;

b) Jesús no fue jamás nazareno, dado que dicha consagración le prohibía beber vino, comer carne, acercarse a las gentes ritualmente impuras según la ley judía, y, menos aún, acercarse a un cadáver y tocarlo. Cosas todas ellas de las que no se privó durante toda su vida. Por esos motivos. Jesús no fue jamás ni *esemano* ni *nazareno*.

Partiendo de esa base, el texto condenatorio atribuido a Pilatos por los evangelistas es un texto falso.

Sustituyó a otro, que ése sí que era real, pero infamante, y que justificaba el hecho de que Jesús fuera crucificado *cabeza arriba*, a la manera de los malhechores, y no cabeza abajo, como los rebeldes, lo cual habría sido su caso, de habersele acusado solamente de llamarse «rey de los Judíos».

Por otra parte, es muy probable que el letrado que acompañaba a toda ejecución en cruz fuera primero colgado al cuello del condenado, quien lo llevaría así desde la prisión hasta el lugar de ejecución. Sus brazos eran entonces extendidos lateralmente, y atados a la viga transversal, que descansaba sobre su nuca, a la manera de un yugo. Eso era todo lo que llevaba el condenado, pues el poste vertical permanecía en el emplazamiento habitual de las crucifixiones, clavado en tierra.

Pero *Mateo, Marcos y Lucas* nos dicen que un tal Simón de Cirene fue requerido por los soldados para llevar la cruz de Jesús, quien, al estar demasiado debilitado, no podía soportarla. En cambio *Juan* (19, 17) ignora la existencia de ese Simón de Cirene. Para él, *que se encontraba allí, cosa que subraya* (19, 26), Jesús «llevando su cruz, llegó al sitio llamado *Calvario*, que en hebreo se llama *Góigota*» (*op. cit.*, 19, 17). Pues bien, como ya hemos visto, no llevaba toda la cruz, sino el travesano.

La viga vertical, por otra parte, no era muy alta; generalmente la víctima tenía los pies a unos treinta centímetros del suelo. La cruz tenía habitualmente la forma de T (tau griega); la viga vertical tenía, en su parte superior, una espiga, y la transversal se fijaba a ésta a través de una hendidura por la que penetraba la citada espiga.

Esto nos induce a suponer que el letrero que justificaba la ejecución solía clavarse detrás de la cabeza del crucificado, dado que la cruz no tenía prolongamiento alguno por encima de ésta.

En los casos de numerosas crucifixiones simultáneas, las cruces patibulares legales eran reemplazadas entonces por árboles, y la víctima era clavada a ellos, no ya en forma de T (*tau*), sino de Y (i griega).

Si volvemos a la tesis oficial de Jesús crucificado en el Góigota, y examinamos ese lugar a la luz de los descubrimientos arqueológicos, nos veremos inducidos a constatar que ese lugar todavía responde menos a la imagen del Jesús oficial que su crucifixión en el monte de los Olivos.

En primer lugar, señalaremos el hecho de que en el curso del año 1968 se descubrió, al norte de Jerusalén, enterrado a ras del suelo, el esqueleto de un crucificado, cuyos huesos del pie izquierdo todavía estaban perforados por un clavo.

Pues bien, los arqueólogos que exploran el suelo de Tierra Santa resultan ser de confesión cristiana, protestantes o católicos en general, y son muy escasos los de confesión judía. La conclusión de dicho descubrimiento es fácil de adivinar: *se guardó en un primer momento silencio absoluto sobre esa exhumación*. Pero ¿qué temían? Jamás se dijo nada sobre que Jesús hubiera sido crucificado *al norte de la Ciudad Santa*. La única dificultad estriba en sostener que Jesús fue crucificado en el Góigota o, por el contrario, en el monte de los Olivos. Y crucificados en los alrededores de Jerusalén los hubo a millares ya sólo en el curso del último asedio de la Ciudad Santa.

Por otra parte, en los Olivos, la proximidad del cementerio judío oficial (y ritual), una cierta indulgencia de Pilatos para con un condenado de raza real, todo eso puede hacer plausible la inhumación de

Jesús en una tumba correcta, propiedad o no de ese enigmático José de Arimatea.

Pero en el Góigota, eso no sólo es imposible, *sino que en su proximidad no hay ningún cementerio judío ritual*, sino algo peor.

En efecto, unas recientes excavaciones han permitido sacar a la luz, en ese sector:

a) *hornos de incineración*, reservados, evidentemente, a los griegos y a los romanos, deseosos de ver regresar sus cenizas a su patria en la urna funeraria tradicional, y por lo tanto partidarios, en vida, de la incineración postuma, cosa vilipendiada por el judaísmo;

b) *osarios*, que no podían ser sino las clásicas fosas comunes reservadas a los judíos indigentes, o análogas a la «*fossa infamia*» destinada a recibir los cadáveres de los judíos condenados a muerte. Porque, aunque los romanos restituían bastante fácilmente a su familia los cadáveres de los ejecutados, los judíos encerraban a éstos en «fosas infames», tapadas con una *reja*. Cuando los cuerpos habían sido totalmente descarnados por las ratas o los chacales, cuando no quedaba de ellos más que el esqueleto, los devolvían a la familia.

Así, ahora queda planteado el problema con toda nitidez:

— o el cadáver de Jesús fue inhumado en el Góigota, lugar oficial de su ejecución, y en ese caso fue encerrado a continuación en la «*fosa de infamia*», y entonces no hay nada de la tumba honorable, y *en ese caso es que, efectivamente, fue crucificado como malhechor* (En su carta a Fotino, el emperador Juliano declara que Jesús tuvo por tumba la muy legal «*fossa infamia*».)

— o bien fue inhumado en una tumba honorable y ritual, y en ese caso fue crucificado muy cerca, es decir, en el monte de los Olivos. Y a partir de ese momento la frase terrible de los *Acta Pilan* adquiere todo su relieve. *Fue detenido con, y al mismo tiempo que, los dos bandidos «capturados con él»*. Y uno se pregunta entonces qué podía tener en común un pretendido «dios encarnado» con asesinos y ladrones como Simón-Pedro y Judas Iscariote (su hijo), y con vulgares bandidos anónimos, como los dos ladrones.

De todos modos, hay que tener en cuenta que Jesús ya se esperaba la «sepultura infame», puesto que preveía que, de ser capturado por los romanos, sería crucificado. Tenemos la prueba en la parábola de los Viñadores (*Lucas, 20*), en que éstos, después de haber dado muerte a los *servidores* enviados por el amo de la viña (es decir, a los *profetas*), matan al *hijo* del amo de la viña (Jesús, rey legítimo, si no legal), *v arrojan su cadáver fuera de ésta, sin darle sepultura*.

Sobre *Getsemaní* es posible que podamos obtener algunas precisiones útiles para concluir este capítulo, pues esta palabra, en hebreo,

significa prensa de aceite. Pues bien, es evidente que hay pocas posibilidades de que ésta pudiera albergar y ocultar a un grupo tan numeroso como el que acompañaba a Jesús (sólo los *apóstoles* y los *discípulos* representaban ya, sin nadie más, un centenar de hombres). Por lo tanto había allí *otra cosa*, y esa «otra cosa» nos va a precisar qué era un antiguo evangelio apócrifo. En el *Evangelio de los Doce Apóstoles* (que Orígenes consideraba más antiguo que aquel «según Mateo») hay un fragmento catalogado como 4 bis en la traducción del doctor Revillout, conservador del Louvre. Y en ese fragmento, que ha llegado a nosotros muy mutilado, se nos precisa que en los Olivos «estaba la casa de Irmeel, que era donde él vivía» (*op. cit.*).

De hecho, no se trata de Irmeel, sino de Ierahmeel, nombre hebreo que significa «Amado por Dios» (cf. *Diccionario rabínico* de Sander).

Sin duda, ese hombre era secretamente partidario de los guerrilleros zelotas, y les ayudaba lo mejor que podía, albergándolos, ocultándolos y dándoles provisiones. Pero en ese caso, la existencia de semejante dominio, en el que estaba incluida la prensa de olivas, justificaba el hecho de que Pilatos hubiera hecho tal despliegue de tropas: una *cohorte*, es decir, seis centurias de veteranos, mandada por su *tribuno* (que tenía rango de *cónsul*), y a la que se había añadido un destacamento de soldados del Templo en número proporcional. Si evaluamos en unos doscientos a estos últimos, y sumamos los seiscientos de la *cohorte*, no estamos lejos de los ochocientos combatientes.

¿A quién se le haría creer que ese pequeño ejército no tenía otro objetivo que la detención de un iluminado inofensivo que pretendía ser «hijo de Dios», y que predicaba simplemente el perdón de las ofensas y el amor universal? Si todavía nos quedaran dudas, nos bastaría con releer este pasaje del *Evangelio de los Doce Apóstoles* ya citado, que nos revela (aunque involuntariamente, sin lugar a dudas), que se produjo realmente un combate entre judíos y romanos, antes de que dicha batalla acabara con la captura de Jesús, jefe oficial del movimiento zelota, finalmente abandonado por los suyos:

«Pilatos se acordó... Fijó su atención en el centurión que estaba en pie a la puerta de la tumba, y vio que tenía un solo ojo (porque le habían saltado el otro *durante el combate*), y que lo tapaba con su mano todo el tiempo, para no ver la luz...» (*Evangelio de los Doce Apóstoles*, 15.º fragmento).

Observaremos que ese centurión no había perdido un ojo en *un* combate, sino en *el* combate, y que la herida era muy reciente. Ahora bien, aunque se pueda reprochar a los Evangelios apócrifos sus excesos en el plano de lo sobrenatural y de los milagros, no se pueden pasar por alto detalles tan sencillos e inocentes. Una cosa así no se inventa, y es más concebible la presencia de un tuerto así y en tales cir-

cunstancias, que la de un centinela ya ciego que recobraría milagrosamente la vista en el instante mismo de la lanzada al costado de Jesús. Pero existe un nexo entre las dos historias, dado que la segunda fue elaborada para hacer olvidar la primera.

22.- La pseudo resurrección

«Incluso una sirvienta cananea del país de Israel está segura de heredar el mundo futuro...»

TALMUD, tratado *Kethuboth*, 111a

Cuando tomó cuerpo la creencia en la resurrección, fue necesario precisar el momento en que Jesús abandonó la tumba. Diversos motivos apoyaban el principio de una permanencia de tres días enteros en el seno de esta última.

Durante el Cautiverio de Babilonia, los judíos deportados no habían traído de allí solamente los nombres de los ángeles, su alfabeto cuadrado y muchas teorías procedentes directamente de la vieja religión de los Magos, sino también la creencia en la resurrección futura de los muertos, tal como Zoroastro la había definido. Y según esa tradición, el alma no abandonaba definitivamente el cadáver hasta tres días después de la muerte aparente. Por cierto que esa doctrina la asimiló el islamismo popular.

Según el *Talmud de Jerusalén*, «el alma permanece tres días junto al cadáver, intentando entrar de nuevo en él. Y no se aleja definitivamente hasta que el aspecto del cuerpo empieza a modificarse». Es, pues, la descomposición en sus inicios lo que arroja definitivamente al alma lejos de su envoltura primitiva.

Esto lo confirma el episodio de Lázaro muerto. Cuando Jesús da la orden de apartar la piedra del sepulcro. Marta, la hermana del muerto, le hace observar: «Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días *ahí...*» (*Juan*, 11,39.)

Por eso, para no *traumatizar psíquicamente* al difunto, diversos textos recomiendan no proceder a la sepultura del cuerpo antes del tercer día después de la muerte aparente. Por ejemplo, el *Testamento de los Doce Patriarcas*, el *Midrash Kohelet*, el *Libro de Rabbi Juda I*.

Por otra parte, nuestros anónimos redactores de los Evangelios, en los siglos IV y v, tenían un enorme interés en sustentar sus palabras con algún paralelismo que probara de forma conmovedora la realidad de las profecías mesiánicas. Y es probable que el entorno de Jesús, para quien los fines de su misión eran puramente políticos y materia-

les, se esforzara particularmente en ello.

Así, cuando el salmo 22 evoca, según ellos, la Pasión de Jesús, efectúan ligeras rectificaciones en el texto hebreo tradicional para hacerle decir lo que no dice.

En el texto hebreo del versículo 17 leemos esto: «He aquí que me rodean perros, una banda de malvados me cerca, *como a un león, atan mis manos y mis pies...*»

En el texto latino de la *Vulgata* de san Jerónimo leemos: «*Foderunt manus meas et pedes meos...*» Y traducen por «perforar» las manos y los pies, en lugar de «lacerar al atarlos». Es evidente que al león que se capturaba para los parques de fieras reales, en el mundo antiguo, incluso en tiempo de David, se le ataba, pero no se le perforaba las patas a través de la red utilizada para su captura.

El episodio del asno y la pollina, en cambio, era perfectamente realizable. Zacarías, el profeta, lo había predicho: «He aquí que viene tu rey, [...] montado en un asno, hijo de una pollina...» (*Zacarías, 9, 9.*) Y durante su entrada en Jerusalén, rodeado y seguido por la multitud de sus partidarios. Jesús, rey legítimo de Israel, descendiente e «hijo de David», no tendrá más que montar sobre un asno que sigue a su madre, para realizar la profecía. Es muy sencillo: basta con preparar antes al uno y a la otra. Y cualquiera habría podido hacer lo mismo.

El salmo 22, versículo 19, declaraba: «se reparten mis ropas entre ellos, y echan a suertes mi túnica...» Y todos se extasiaron candidamente ante el hecho de que los verdugos de Jesús actuaran así. Pero ¿olvidamos que hasta la Revolución francesa, en toda Europa, la venta de las ropas de todo condenado a muerte al ropavejero más próximo era el privilegio del verdugo? ¿Olvidamos que en los campos de batalla de la Edad Media, al día siguiente al combate, los muertos aparecían despojados de todo su equipo y de sus armas?

Pues bien, el salmo 16, versículos 10 y 11, dicen:

«Porque no abandonarás mi alma al Seol, no dejarás a tus fieles en el Abismo, *tú me darás a conocer* el camino de la vida, la plenitud de la alegría que se goza en tu presencia, las delicias eternas de las que uno se deleita a tu diestra...»

De ese texto no se puede aplicar nada al *Verbo eterno*, puesto que el versículo implica que el beneficiario de los gozos anunciados *no los ha conocido todavía nunca*.

Por otra parte, el mismo texto latino de la *Vulgata* está en contradicción con el *texto hebreo original*, pues la versión latina dice así:

«No permitirás que *tu bienamado* vea la *corrupción...*» en lugar de «No dejarás a *tus fieles* en el Abismo...». Podemos asegurarle al lector que son palabras muy diferentes.

Así pues, *una vez pasados tres días* no podía hablarse ya de resurrección, dado que se suponía que entonces el alma había sido arrastrada ya muy lejos en la noche del Más Allá.

Por otra parte, *antes de tres días podía dudarse de la muerte real*; el episodio de la hija de Jairo (*Mateo*, 9, 18 y 23-25), que había muerto «*hacía un momento*», y a la que Jesús declara viva: «No está muerta, *duerme...*», permitiría sostener un argumento idéntico para el caso de la resurrección de Jesús.

El herbario mágico del vudú africano y antillano incluye drogas vegetales que permiten hacer creer en una muerte real, y que no es sino aparente. La víctima es debidamente inhumada en el cementerio del pueblo, y al cabo de veinticuatro horas se va a desenterrarla clandestinamente. La transportan en secreto a un pueblo muy alejado, y el beneficiario de la operación posee así un robot humano, totalmente embrutecido, del que hará uso a su antojo. El *Código penal* haitiano tiene previstas unas penas extremadamente severas y graves para semejantes prácticas de otros tiempos. Lo mismo existe en Brasil y en Venezuela, y este hecho es indiscutible.

Sin duda por prudencia, al sospechar la posibilidad de una artimaña de este tipo, fue por lo que el legionario romano, siguiendo unas órdenes secretas, asestó un golpe de lanza definitivo a Jesús.

«Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero, y al otro que estaba crucificado con él. Pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua...» (*Juan*, 19, 32-34.)

Observemos, de paso, que el entusiasmo irracional jamás tiene medida. Así, por ejemplo, la leyenda pretende que ese soldado, «que era ciego», recuperara milagrosamente la vista por virtud de esa agua que brotara del costado de Jesús crucificado. Es difícil imaginar que Roma hubiera confiado la vigilancia de los condenados a muerte a soldados, *uno de los cuales era ciego*.

Otra leyenda bíblica había militado en favor de la permanencia de tres días en el sepulcro. Era la del profeta Jonás, engullido por un gran pez, y que, tras haberse mantenido milagrosamente con vida en el estómago de dicho cachalote, a pesar de los espasmos y del jugo gástrico, había sido devuelto a la playa al cabo de tres días.

Indudablemente, conocemos algunos casos raros de marineros caídos al mar y engullidos por uno de esos gigantes cachalotes que siguen a los barcos. Un hecho se produjo a comienzos de la segunda mitad del siglo XX. Pero la víctima, un marino inglés, a pesar de que se había arponeado y abierto inmediatamente al animal, estaba muerta cuando se la pudo extraer del estómago. Y la epidermis y la dermis ya no existían, corroídas por los ácidos gástricos del pez. De modo que no cabe en la cabeza la posibilidad de una permanencia de «*tres días y tres noches*» (*Jonás*, 2, 1) de dicho profeta, con o sin milagro. Deja-

remos esa historia a los crédulos y a los niños de catecismo.

Naturalmente, estamos oyendo ya a quienes se aterran a la tradición religiosa, que dirán que todo eso es «simbólico». Es curioso constatar cuántos militantes religiosos se han vuelto «simbolistas» desde hace medio siglo. Parece que hayan olvidado los anatemas y las excomuniones dogmáticas que fueron formuladas, no hace aún mucho, contra los partidarios de un esoterismo de las Escrituras.

Sea lo que fuere, la leyenda de Jonás el profeta, aberrante o no, fue el tema predilecto sobre el que se fundó en gran parte el de la resurrección de Jesús. Claro que se apoyaba en sus propias palabras; *él garantizaba su carácter histórico real*:

«La generación mala y adúltera pide una señal, pero no le será dada más señal que la de Jonás el profeta. *Porque, como estuvo Jonás en el vientre de un gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra...*» (Mateo, 12,39-40.)

Detengámonos un poco y construyamos nuestro silogismo. Si la aventura de Jonás es un tema esotérico y simbólico, entonces la resurrección también es un tema esotérico y simbólico. *Pero si la resurrección es un acontecimiento histórico real, entonces la aventura de Jonás es un hecho histórico y real.* Dado que este hecho es totalmente imposible, lo mismo sucede con su paralelo.

Si los escribas anónimos que redactaron los Evangelios y todos los relatos maravillosos, en los siglos iv y v, hubieran conocido mejor las leyes naturales, si hubieran sido algo más que unos fanáticos ignorantes, no habrían escrito jamás semejantes disparates. Bernabé, uno de los cuatro «padres apostólicos», junto con Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna y Hermas de Cumes, nos enseña que «la liebre adquiere cada año un año más, y cuantos más años vive, tantas más aberturas tiene...», y «Este animal, la hiena, cambia de sexo todos los años, y es alternativamente macho y hembra», «Como ese animal, la comadreja, que concibe por la boca...» (Bernabé, *Epístola*, 10, 7 a 9.)

Por último, los cristianos de los primeros siglos vivían en un ambiente pagano que les había acostumbrado inconscientemente a los temas de resurrección de los dioses. Y no podían por menos que hacer resucitar también a su divinidad particular propia.

Por otra parte, la profecía de Oseas se lo decía claramente:

«Nos hará revivir dentro de dos días, al tercer día nos hará resurgir, y viviremos ante él...» (Oseas, 6, 2.)

Oseas, hijo de Beerí, de la tribu de Isacar, la de los grandes videntes de Israel, profetizó bajo los reinados de Jeroboam, de Ozías, de Johatán, de Acaz y de Ezequías, todos ellos reyes de Judá, es decir, en el siglo IX antes de nuestra era. Es evidente que su profecía se refiere a los patriarcas, a los muertos que permanecerán «a la espera del Mesías», y que lo que dice sobre la acción de este último debe desarrollarse en el Más Allá, en el Seol.

En una palabra, el Mesías, *muerto en el mundo de los vivos, dará una vida sobrenatural a los muertos que están a la espera de su llegada desde hace siglos*, cuando él mismo haya penetrado en el Seol, después de haber muerto, a su vez, como ellos.

Eso es lo que el profeta Oseas quiere anunciar con sus palabras. Pero, en el caso del Mesías, no se trata en modo alguno de regresar a una vida humana corriente, en el mundo de los vivos. Eso es lo que se sobreentiende con la frase: «...nos hará resurgir, y viviremos ante él...». Algunos traductores emplean la palabra «resucitar» en lugar de «resurgir». Y entre ellos, en especial, Lemaistre de Sacy.

Pero con toda certeza los cristianos de la primera época comprendieron la «resurrección» en el sentido de Oseas. Fueron los escribas de los siglos IV y V de nuestra era los que imaginaron una resurrección puramente *carnal y terrestre*. Nos basta como prueba el hecho de que la tradición gnóstica del *docetismo* negara que Jesús hubiera poseído un cuerpo humano normal, y pretendiera que, ya en vida, no hubiera sido sino una *materialización* momentánea, provisional, del Eón Jesús, descendido del Pleromio para enseñar a los hombres el camino de la Salvación, en una palabra: una «apariencia».

Y a esto se añade otra tradición, que vamos ahora a estudiar:

Juliano, sobrino de Constantino, nacido en el año 331, fue proclamado emperador en el año 361 y murió en el 363. Había sido educado en la religión cristiana. Después de haber efectuado varias constataciones concluyentes, la abandonó, para dedicarse a cultos esotéricos, y se apasionó por la teurgia, e incluso por la magia de los antiguos santuarios paganos. De donde procede el sobrenombre de *Apóstata* que le dieron los cristianos.

Cuando marchó para combatir a las tropas de Sapor, rey de Persia, en el curso de una carga de caballería fue mortalmente herido por un venablo que le fue lanzado por la espalda. Se cargó esto en el haber de un prisionero bárbaro medio loco. Pero ¿dónde se ha visto que los prisioneros de guerra acompañen a las cargas de caballería, y menos con venablos en sus manos? De hecho, en los medios cristianos circulaban numerosas alusiones a su muerte cercana, y no sentían embarazo alguno al hablar de ello, con medias palabras.

En los *Hechos de Teodoro*, el sacerdote Teodoro declara a un funcionario imperial: «Tu tirano [Juliano], que espera que los paganos resulten vencedores (las tropas de Juliano), no podrá triunfar. Perecerá de tal manera que nadie sabrá quien le ha matado... ¡Y no regresará al país de los romanos!...»

En los mismos *Hechos de Teodoro* se ve a un tal Libanius preguntando a un profesor cristiano: «¿Y qué hace ahora el hijo del carpintero?» A lo que el cristiano responde: «El Amo del Mundo, a quien tú llamas irónicamente el hijo del carpintero, está preparando un féretro...»

En el año 362, Juliano llega a Antioquía, procedente de las Galias y de su querida Lutecia. No disimula su intención de exhumar una tumba antes de emprender su guerra contra los persas. A partir de ese momento, en los medios cristianos las amenazas contra él no llevan disfraz:

«Nuestros dardos han hecho diana. Te hemos acribillado a sarcasmos, *como otras tantas flechas*... ¿Cómo te las arreglarás, valiente, para afrontar los proyectiles de los persas?...»

Los cristianos rezaban y celebraban oficios para que se produjera la derrota del emperador. Dos de sus comensales, Félix y Julianus, habían muerto al mismo tiempo, a comienzos del año 363, y anunciaban sin disimulos: «Ahora le toca a Augusto...» Este hecho nos lo recuerda el historiador latino de origen griego Amiano Marcelino en su *Historia*, (XXIII, 1).

La partida para la guerra contra los persas data de marzo del año 363. Antes, en el 362, en el mes de agosto, al enterarse de que los judíos de una cierta secta iban a ir en peregrinación a una tumba de Makron, en Samaría, «para adorar allí *como un dios*» a «*un muerto*» que había «*resucitado*». Juliano estableció inmediatamente la distinción entre el cuerpo de Juan el Bautista, del que se pretendía que había sido enterrado por sus discípulos cerca de Sebasta (la antigua Sichem de la Biblia), y el de Jesús.³⁰

Es evidente que aquel al que denomina «el muerto», el que los judíos «adoran como un dios», y del que pretendían que había «resucitado», no es Juan el Bautista, que fue decapitado, a quien nadie en Israel adoró jamás como un dios, y de quien jamás se ha pretendido que hubiera resucitado. A quien Juliano designa con esas palabras es a Jesús.

Tanto más cuanto que la leyenda del Bautista precisaba que lo que sus discípulos habían conseguido llevarse a Samaría era solamente *su cabeza*, y lo que había en Sebasta era un esqueleto completo. Por lo

³⁰ El Bautista, como hemos visto en el capítulo 13, murió en *Maqueronte*, a orillas del mar Muerto, y fue con toda certeza inhumado allí. Es evidente que la contusión con *Makron*, en Samaria, fue intencionada. Tenía como finalidad borrar las huellas de la permanencia del cadáver de Jesús en dicho lugar.

tanto, no era el del Bautista.

Y entonces da las órdenes necesarias para que se haga abrir la tumba, quemar los restos y lanzar sus cenizas al viento. De modo que, si había restos, antes cadáver, y ahora esqueleto, *es que no se había producido ninguna resurrección carnal*. Al hacer esto. Juliano firmó su sentencia de muerte. No tardó ésta en sorprenderle, precedida por todas las amenazas alusivas a ella, y que hemos citado antes.

Evidentemente, los cristianos pretenderían entonces que lo que Juliano mandó profanar fueron los restos del Bautista. Desafortunadamente, existe un testimonio de aquella época, que pronto vamos a abordar. Por el momento daremos las razones de la inhumación en Samaría.

Cuando los mesianistas hubieron recuperado el cadáver de Jesús, previamente envuelto en mirra y áloes antiputrefactantes por José de Arimatea, se lo llevaron en secreto. El motivo de esa elección es sencillo. Desde el año 325 antes de nuestra era, *la ruptura entre el reino de luda y el reino de Samaría era definitiva*. No había peligro de que los fariseos enviaran allí a recuperar el cuerpo ni a efectuar investigación alguna. Y, dadas las relaciones que Jesús había mantenido con las gentes de allí (cosa absolutamente contraria a la ley judía), podían contar con numerosas complicidades.

Pero hemos de preguntarnos cómo pudo producirse la sustracción del cadáver de Jesús, hecho que, de poderse probar, aniquilaría todo el dogma de la resurrección, y, con él, *todo* el cristianismo.

De una manera muy sencilla, como vamos a demostrar.

La gran astucia de los exegetas que examinan periódicamente en sus obras el «misterio de la resurrección» consiste en descartar de entrada todas las explicaciones llamadas «racionalistas», que, según ellos aseguran, no resisten a un examen. Una vez efectuado ese allanamiento de dificultades (y es considerable), examinan punto por punto todos los detalles de la citada resurrección, *en su tradición ortodoxa, evidentemente*.

A continuación concluyen que las apariciones de Jesús después de su muerte no resultan en modo alguno de las creencias en la aparición de espectros, en las semimaterializaciones de fantasmas, que conocían y en las que creían todos los pueblos de entonces. Demuestran, y con razón, aunque basándose sólo (y teniendo únicamente en cuenta) *en textos sin valor histórico real*, que Jesús «resucitado», comiendo y bebiendo, cambiando de rostro y de aspecto, dotado de un cuerpo al que se podía tocar y palpar, no presentaba ninguno de los caracteres de las citadas apariciones fantasmales. A partir de entonces, la cosa está hecha. Transfieren la discusión a un plano en que la verdad no tiene ya lugar, en que la leyenda es la reina, y *será sobre esa leyenda sobre la*

que se discutirá en lo sucesivo.

Vamos, por lo tanto, a estudiar nosotros el problema, y desembocaremos en conclusiones diametralmente opuestas.

En las *Antigüedades judaicas* de Flavio Josefo, en el libro XVI, capítulo VII, leemos lo siguiente:

«1. Herodes,³¹ que hacía grandes dispendios, tanto para el exterior como para el interior de su reino, se enteró muy pronto de que el rey Hircano, uno de sus predecesores, había abierto la tumba de David y había tomado de allí tres mil talentos, pero que quedaban aún muchos más, que serían sobradamente suficientes para sus suntuosos gastos. Hacía mucho tiempo que proyectaba esta empresa. De modo que una noche, habiendo hecho abrir la tumba, entró en ella, tomando todas las precauciones para que la ciudad se enterara lo menos posible, pero acompañándose de sus amigos más seguros.

»No encontró, como Hircano, sumas de dinero puestas en reserva, sino muchos ornamentos de oro y joyas, y se lo llevó todo. Se esforzó por profundizar más en su búsqueda, y avanzó más en el interior de los sarcófagos que guardaban los cuerpos de David y Salomón.

»Pero dos de sus guardias *pericieron por el efecto de una llama que, por lo que se cuenta, brotó del interior a su entrada*. Él mismo retrocedió, asustado. Como monumento expiatorio a su terror, levantó a la puerta del sepulcro un monumento de mármol blanco, de elevado precio. El historiador Nicolás, contemporáneo suyo, menciona esta construcción, pero no el descenso del rey a dicha tumba, porque se daba cuenta de que este acto le hacía muy poco honor...»

Es evidente que mencionar la construcción de dicho monumento expiatorio es confesar implícitamente la violación de la sepultura. Y Josefo reconoce, respecto al historiador Nicolás, que: «En el transcurso de toda su obra, no cesó de exaltar desmedidamente las acciones honestas de este rey, y de excusar del mismo modo sus fechorías...»

Por otra parte, sabemos por los historiadores eclesiásticos que cuando el emperador Juliano, llamado el *Apóstata*, quiso proceder a la reconstrucción del Templo de Jerusalén, cada mañana, al reanudar su trabajo, los obreros vieron con terror brotar llamaradas en cuanto daban los primeros golpes con el azadón.

³¹ Se trata de Herodes el Grande, que murió en el año 4 antes de nuestra era. y no de su hijo, Herodes Antipas, ante quien comparecería Jesús.

Y el historiador Amiano Marcelino, un latino del siglo iv, muy bien informado e imparcial, nos dice que: «Unos peligrosos globos de fuego, que se elevaban del seno de la tierra, con ataques redoblados, quemaron a los obreros y en varias ocasiones hicieron inaccesible el lugar...»

El sentido está muy claro (él mismo precisa: «*Ferere locum exustis...*»). Se trata de cargas de explosivos, que detonaban y explosionaban, dando la impresión de globos de fuego. La percusión de los azadones sobre el fulminato mezclado con la arena era lo que causaba dichas explosiones, y esas cargas eran preparadas, evidentemente, la noche anterior, por obreros cristianos, discretamente introducidos en los equipos de trabajo, que conocían los emplazamientos del trabajo al día siguiente, y de quienes no se podía sospechar.

Y en el libro de Josué leemos, refiriéndose a la toma de Jericó:

«El pueblo clamó y los sacerdotes hicieron sonar sus trompetas. Cuando el pueblo oyó el sonido de las trompetas, lanzó grandes gritos, y la muralla se derrumbó. Entonces el pueblo subió a la ciudad, cada uno ante sí...» {*Josué*, 6, 20.)

Por otra parte, en las *Guerras de Judea* de Fia vio Josefo leemos lo siguiente, que quizás explicará el hecho:

«Los romanos, que habían empezado a construir el terraplén el 12.º día del mes de Artemision, lo acabaron con grandes dificultades el 29.º día (los días 30 de mayo y 16 de junio del año 70). Como habían colocado aparatos de asedio, Juan, excavando por debajo de tierra, llegó hasta el terraplén, introdujo por debajo madera seca y resinosa con azufre, le prendió fuego y se fue. *Al incendiarse la madera, la tierra se reblandeció, y, con un ruido de trueno, los terraplenes se hundieron con las torres (torres de madera). Porque primero se elevaba humo con el polvo, y la llama no podía quemar porque estaba cubierta. Pero una vez el suelo estuvo reblandecido y desmoronado, la llama ardía. Y a los romanos les invadió el pánico al ver repentinamente salir fuego de bajo tierra, y un abatimiento profundo cayó sobre ellos...*» (*Op. cit.*, libro V,7.)

Está muy claro. Nos encontramos apenas a cincuenta kilómetros, a vuelo de pájaro, de Alejandría, *capital indiscutible de la alquimia en aquella época*. Y los iniciados en esta ciencia, que fue la madre de la química moderna, conocían el secreto de la pólvora, y del o de los fulminatos, de mercurio o de plata. Y eso tanto si eran egipcios, hebreos o griegos. *VA fuego griego* era en el mar lo que la pólvora en tierra.

Volvamos a la visita de Heredes a la tumba de David. Es evidente

que la puerta de bronce se abría *hacia el interior*, que es el sentido normal de todas las puertas. Y una llama «*brotó del interior a su entrada...*» (*op. cit.*) La explicación es muy sencilla. Si se espolvorea *de antemano, por prudencia, con polvo y fulminato* los primeros metros del pasillo cerrado por la puerta de bronce, al abrir ésta o al poner el pie sobre el fulminato mezclado con arena, la pólvora se encenderá y el fuego saltará al rostro de los profanadores. Ése es el principio de las minúsculas bombas infantiles llamadas «bombas argelinas», o «petardos», en las que algunos granos de sílex mezclados con un poco de fulminato la hacen detonar al más mínimo choque.

En el peor de los casos, las gotas de resina encendida que caerían de las antorchas de los guardias al suelo bastarían para incendiar la pólvora. Todo eso es muy sencillo en nuestros días. Pero en aquella época, en aquel mundo ignorante y profano, parecía milagroso.

Volvamos, pues, a la «resurrección de Jesús» tal como la cuenta *Mateo*:

«Pasado el sábado, *al alba del primer día de la semana*, vino María Magdalena con la otra María a ver el sepulcro. Y sobrevino *un gran terremoto*, pues un ángel del Señor bajó del cielo y, acercándose, hizo rodar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Era su aspecto *como el relámpago*, y su vestidura blanca como la nieve. Los guardias temblaron de miedo y *se quedaron como muertos...*» (*Mateo*, 28, 1-2.)

Observaremos en primer lugar que la escena se desarrolla en un momento en que los judíos no habían podido salir aún de Jerusalén, y nadie podía estar en el sepulcro, excepto los guardianes. Porque el *sabbat* no terminó *hasta la puesta del sol*. Y en ese minuto preciso, una vez pasado el sábado según la ley judía, se entró en el domingo, pero dado que era de noche nadie tenía nada que hacer fuera. Y al alba las dos mujeres no temían ser observadas en el Góigota, pues era aún demasiado temprano.

Su llegada atraería la atención de los guardianes, ya fuera por desconfianza, o por galantería, dado que se trataba de dos mujeres jóvenes, tanto María de Magdala como María, hermana de Eleazar. Ahora bien, José de Arimatea (ahora conocemos su verdadero nombre) fue quien había preparado el entierro de Jesús; José de Arimatea, que era «discípulo de Jesús» (*Mateo*, 27, 57). Traduzcamos: que era, también, un *zelota*, ya que *Juan* (19, 38) añade esta precisión: «discípulo de Jesús, *aunque en secreto*, por temor de los judíos...». Otro comparsa, Nicodemo, a quien *Juan* reconoce asimismo como discípulo de Jesús, pero en secreto, porque iba a ver a Jesús «de noche» (*Juan*, 3, 1; 7, 50), había llevado una mezcla de aproximadamente cien libras de mirra y de áloes (*Juan*, 19, 40). Es decir, cincuenta kilos de resinas. En semejante saco hay sitio para disimular la cantidad de pólvora y de fulminato necesarios para hacer saltar la piedra de lado, sin romperla. Por-

que ésta *rueda* (*Mateo*, 27, 60; *Marcos*, 15, 46), y ese ligero detalle simplifica aún más la operación de abertura del sepulcro.

Es evidente que José de Arimatea, que no es sino un simple sepulturero, guardián del *recinto de los muertos*, no está al corriente del secreto de la pólvora. Lleva simplemente el saco que contiene las resinas antiputrefactantes y el explosivo. Pero Nicodemo, fariseo, un fiel de Jesús, «pero en secreto, que no iba a su encuentro sino de noche» (*Juan*, 3, 1), es también *uno de los jefes de los judíos* (*op. cit.*, 3, 2), y era él el proveedor del grupo (*Juan*, 19,39).

En cuanto a los guardianes, es evidente que una explosión de improviso, con las llamas y la detonación, la trepidación del suelo y el ruido, eran motivos más que suficientes, en aquella época, para dejarlos «como muertos...», anonadados por el miedo y el asombro. En cuanto volvieron en sí, se largaron a toda prisa, tanto para ponerse a cubierto como para llevar la noticia de tal prodigio a los sanedritas, en Jerusalén. A continuación, los fieles encargados de la operación de traslado del cadáver se acercaron e hicieron lo necesario. Y lo hicieron tan bien, *con tanto respeto para con ese muerto que había sido su rey y su guía*, que tomaron incluso la precaución de doblar cuidadosamente el sudario manchado de sangre y de agua, *cosa que un ángel no habría hecho, evidentemente*. Y la prueba de que hubo por lo menos dos hombres efectuando esta exhumación reside en el hecho de que las bandas estaban en el suelo, mientras que el lienzo estaba plegado. El que había manipulado las primeras, manchadas de sangre y de agua, las había tirado con asco, por ese motivo, ya que implicaban para él un exceso de impurificación ritual a los ojos de la ley judía (estaba ya el hecho de tocar un cadáver). El segundo había tomado más precauciones con el lienzo, que había doblado y colocado aparte (*Juan*, 20, 3-7).

El traslado del cadáver fue facilitado por la exigüidad del tamaño de Jesús, tan pequeño que un asno podía servirle de montura, mientras que un hombre de estatura normal, para evitar el ridículo de semejante situación, habría montado sobre la pollina que estaba allí con su hijo, tal como nos cuentan los Evangelios (*Lucas*, 19, 35 y *Juan*, 12,14).

Y los exhumadores tomaron discretamente el camino de Samaría donde Jesús había tenido siempre amigos, con el cadáver probablemente disimulado dentro de un saco, y con la cobertura de los cincuenta kilos de mirra y de áloes repartida alrededor de su cuerpo para quitarle toda forma humana. Una carreta, forraje, dos personajes de los que se ignoraba que habían sido partidarios de Jesús, como ya hemos visto antes, todo eso no tenía nada de sospechoso.

De Jerusalén a Betel, ciudad situada en la frontera misma de los dos reinos, había unos veinte kilómetros. De Betel a Sebasta, lugar de la inhumación definitiva, había que contar unos treinta más. El recorrido era, por lo tanto, de cincuenta kilómetros en total. Distancia tri-

vial para aquellos caminantes infatigables que son los orientales. *Pero Betel estabai ya en territorio samaritano.* El recorrido peligroso sólo era, pues, de veinte kilómetros, de hecho, y no representaba sino tres o cuatro horas de marcha todo lo más. Si se efectuaba al amanecer, teniendo en cuenta la hora de la salida del sol en Jerusalén y la latitud de aquella ciudad, esa operación de traslado del cadáver de Jesús habría quedado terminada, en Sebasta, a las cuatro de la tarde, todo lo más. Pero desde las nueve y media se encontraban ya en territorio samaritano.

Ahora bien, los judíos de Judea, fieles a la ortodoxia tradicional, así como los galileos, rehusaban penetrar en un territorio impuro para ellos, debido a la herejía samaritana. Y cuando iban de Judea a Galilea, tomaban el camino de Jericó, atravesaban el Jordán para penetrar en Perea, y dejando a mano derecha el camino de Filadelfia, subían hacia Pella, en la Decápolis, para de allí, pasando por Escitópolis, llegar a Galilea.

Es decir que aquellos que se llevaron el cadáver de Jesús no corrían en absoluto el riesgo de encontrar, y menos tan temprano, a judíos informados de la ejecución de Jesús, ya que los que venían de la frontera samaritana hacia Jerusalén no estaban todavía al corriente del caso, y, en sentido inverso, los raptos habían adelantado a cualquier caravana que tomara la misma dirección que ellos.

Pero el lector se preguntará: ¿y los romanos? Por parte de éstos los exhumadores de Jesús tampoco arriesgaban nada, porque el procurador, Pilatos en persona, había autorizado la recuperación del cadáver y la inhumación de éste por sus fieles. Para ellos no había delito alguno.

En efecto, no habían violado una sepultura para saquearla ni para extraer restos orgánicos destinados a las invocaciones malignas. Habían procedido a una exhumación, a la que seguía un traslado. ¿Qué había más normal? Es posible, incluso, que cuando se hubieran encontrado suficientemente lejos de Jerusalén hubieran dispuesto el cuerpo públicamente, como en una ceremonia oficial. Devolvían un muerto a su pueblo, eso era todo. Ahora bien, el respeto a los muertos, aunque fueran paganos, era una obligación legal en Israel: «Si tú cumples hacia mí un acto de bondad después de mi muerte, es una bondad de fidelidad...» (*Talmud: Génesis, R. 96,5.*)

Un cadáver no sepultado recibía el nombre, en hebreo, de *met mitzva*, es decir, «cadáver que es una obligación religiosa». Se concedía al entierro una importancia tal, que incluso un sumo sacerdote u otra persona santificada (*cohen*, por ejemplo), o un *nazir*, debía proceder a ello con sus propias manos si no encontraba a nadie disponible, de no ser él, y aunque a todos estos personajes les estuviera prohibido man-cillarse con el contacto de un cadáver. (*Talmud: Sifré Números, 26,*

9a.)³²

Y, a este respecto, al «retrato» de Jesús puede añadirse este rasgo, que lo sitúa una vez más en una perspectiva nueva.

Conocemos todo el respeto que se debía a los padres en la religión judía. El quinto mandamiento, dictado por Yavé a Moisés en el Sinaí, decía:

«Honra a tu padre y a tu madre, y así tendrás larga vida sobre la tierra que Yavé, tu dios, te concede...» (*Éxodo*, 20, 12.)

Y poseemos fragmentos del *Talmud*, muy explícitos a este respecto. Pues bien, no sólo Jesús no siente respeto por los padres en vida, sino que tampoco lo siente cuando están muertos. Júzguenlo:

«Otro discípulo le dijo: "Señor, permíteme ir primero a sepultar a mi padre". Pero Jesús le respondió: "Sigúeme, y deja a los muertos sepultar a sus muertos".» (*Mateo*, 8, 21.)

Así pues, para Jesús, aquellos que, piadosamente, procedían a los funerales y al entierro decoroso del cadáver de su padre o de su madre, aquellos eran «muertos» espirituales. Para ser, a sus ojos, un discípulo celoso había que dejar el cadáver de su padre descomponerse lentamente en la casa familiar.

Pero el destino le devolvería duramente el golpe, ya que, mucho más tarde, el emperador Juliano mandaría abrir, cerca de Sebasta, aquella tumba en la que reposaba el cuerpo de aquel al que él llama «el muerto», «al que los judíos adoran como un dios», del «que pretenden que resucitó», y haría quemar sus restos y dispersar sus cenizas al viento.

De que se trataba realmente de la tumba de Jesús, *conocido como tal en aquella misma época*, en el año 362, nos basta como prueba el texto del *Contra Celso*, atribuido falsamente a Orígenes.

Decimos falsamente, y vamos a probarlo:

Existe un *Discurso Verdadero*, que todavía se denomina *Contra los Cristianos*, y que tiene como autor a un tal Celso. La historia conoce a tres:

1. *Celsus Cornelius Aulus*, médico y erudito, que vivía bajo el reinado de Augusto, es decir, del año 31 antes de Jesucristo al 14 de nuestra era. Evidentemente, no se trata de éste.

2. *Celsus*, filósofo epicúreo (y no platónico), que vivía en Roma bajo los Antoninos, y al que la Iglesia atribuye el *Discurso Verdadero*. Habría redactado este texto hacia el año 180, y entre el 246 y el 250 Orígenes lo habría refutado en su *Contra Celso*.

³² Hay que señalar una contradicción importante entre el Evangelio de *Lucas* y los *Hechos*, redactados por el mismo. En el evangelio es José de Arimatea, alias el «sepulturero», quien baja a Jesús de la cruz y lo mete en una tumba. En los *Hechos* (13. 29) son «los judíos» quienes lo desclavan y lo depositan en una sepultura.

3. *Celsus*, amigo del emperador Juliano, su compañero de estudios en las escuelas de Atenas, alumno, amigo, admirador de Libanio, y a quien Juliano nombró gobernador de las provincias de Capadocia, y Cilicia, y pretor de Bitinia. Él es el autor del terrible *Discurso Verdadero*.

Lo citan Amiano Marcelino, Libanio y, en nuestra época, el escritor católico Paúl Allard en su obra *Julien*.

Si el *Discurso Verdadero* tenía como autor al precedente, si fue escrito en el año 180, ¿cómo es que los cristianos esperaron setenta años para responder a él? ¿Por qué los escritores cristianos de finales del siglo II y comienzos del III no hablan de él? Porfirio, Melitón — obispo de Sardes —, Apolinar de Hierápolis, Atenágoras y Arístides ignoran ese escandaloso libro. ¿Por qué?

Porque fue escrito, para justificar lo que había decidido el emperador Juliano, por su amigo, el tercer Celso. Y no fue Orígenes (muerto en el año 254) quien le respondió con el *Contra Celso*, sino un autor anónimo, que se ha convenido en llamar el *pseudo Orígenes*. Y la prueba reside en este pasaje:

«Creed que aquel de quien os hablo es realmente el Hijo de Dios, aunque haya sido *atado vergonzosamente, y sometido al suplicio más infamante, y aunque, recientemente, haya sido tratado con la última ignominia...*» (Pseudo Orígenes, *Contra Celso*.)

Ese «*recientemente*» designa evidentemente la apertura de la tumba que estaba cerca de Sebasta, en Samaría, y la incineración del esqueleto, mezclado con esqueletos de animales, y luego la dispersión de sus cenizas al viento. Ahora bien, esto tuvo lugar en agosto del año 362, por orden del emperador Juliano.

Así pues, la tumba de Sebasta, abierta en aquella época, no era en modo alguno la tumba del Bautista (como hemos demostrado en el capítulo 13), sino *la tumba de Jesús*, ya que Juan el Bautista no fue sometido al «*suplicio más infamante*» (la cruz), pues tuvo la muerte honrosa de la decapitación, reservada habitualmente a los ciudadanos romanos. Y tampoco se sostuvo jamás que fuera el «*Hijo de Dios*», título reservado a Jesús por sus seguidores.

Por último, y siguiendo con el tema de la existencia de un cadáver, que justifica la de una tumba, tenemos todavía un testimonio que data de los primeros años del siglo V, del año 408 al 411.

Juliano, obispo de Halicarnaso, durante una correspondencia que mantuvo con Severo, obispo de Antioquía, y durante tres años, sostuvo la teoría de la incorruptibilidad absoluta y permanente del cuerpo de Jesús.

En cambio, para Severo de Antioquía ese cuerpo había sido corruptible como todos los cuerpos humanos, y eso hasta que fue a sentarse a la diestra de su Padre, al cielo, es decir, hasta la Ascensión.

Severo veía claramente el peligro de la doctrina de Juliano de Halicarnaso. Si el cuerpo de Jesús había sido siempre incorruptible, no habría podido sufrir, ni ser herido por la flagelación, por el suplicio de la cruz, por la lanzada final. Y entonces todo eso no había sido sino apariencia, ilusión. Juliano de Halicarnaso se acercaba al docetismo y al marcionismo en sus excesos doctrinales. Además, si el cuerpo de Jesús había sido incorruptible desde su formación no habría existido resurrección en el sentido exacto del término, ni encarnación en el sentido humano de la palabra.

Severo tenía un argumento que, para él, era válido. Si se había tomado la precaución de envolver el cadáver de Jesús con mirra y áloes antiputrefactantes, era que se temía la corrupción natural, común a todos los humanos.

Pero de toda esa discusión sutil entre nuestros dos obispos resulta que el problema que seguía planteándose *a principios del siglo quinto* era saber si el cadáver de Jesús, en su tumba, había esperado o no a su ascensión para tornarse incorruptible.

Pues bien, semejante discusión establecía forzosamente (y de forma imperativa teniendo en cuenta la autoridad espiritual de esos participantes) *la existencia de un cadáver de Jesús...* Y en aquella época, los escribas anónimos que redactaban los manuscritos de los nuevos Evangelios, en griego (que, por cierto, son los únicos que han llegado hasta nosotros), afirmaban ya que los discípulos o las santas mujeres habían encontrado el *sepulcro vacío*, y *que ya no estaba allí el cadáver de Jesús*, pero el sudario y los lienzos se habían encontrado, plegados separadamente. Y unos ángeles se habían hecho responsables de ello.

La Iglesia, al ver venir el peligro, reaccionó inmediatamente a su manera. Las cartas de Juliano de Halicarnaso y de Severo de Antioquía, las copias que se habían hecho de ellas y que circulaban por ahí, todo ello debía ser quemado por los cristianos en cuanto cayera en sus manos, *pero sin enterarse de lo que decían, so pena de excomunión mayor.*'

Pero la verdad histórica velaba. Y no todo se perdió. Lo que quedó ha sido publicado y ya no corre el riesgo de ser destruido.

En el *Atlas biblique pour tous*, del padre Lúe H. Grollenberg (Ed. Sequoia, París-Bruselas, 1965, con *imprimatur* del 8 de marzo de 1960), leemos lo siguiente en la página 177:

«En 1952 fueron descubiertos en el monte de los Olivos, cerca del

"Dominus Flevit", unos emplazamientos de tumbas de contemporáneos de Cristo, una parte de los cuales reproducimos aquí (foto en la página 41); en ellos se encontraron gran número de osarios, es decir, de pequeños cofres que contenían los huesos de los muertos que, previamente, habían estado sepultados en las cámaras funerarias. A menudo está escrito sobre ellos el nombre del difunto, a veces en griego, y a veces en arameo. En el monte de los Olivos se encontraron, entre otros, los de Jairo, Marta, María, *Simón Bar Jona*, *Jesús*, Salomé, Filón de Cirene.»

De esos descubrimientos pueden sacarse diversas conclusiones, en función de tres hipótesis:

a) *Si los osarios son falsos*, es que fueron fabricados en una época en que presentaban interés. No podía tratarse sino de atraer a los peregrinos, y esto nos daría la época más lejana, es decir, mediados del siglo IV todo lo más, bajo el reinado de Constantino. Ahora bien, si se presentaba a los peregrinos un cofre de piedra que hubiera contenido los huesos de Jesús, eso significaría que la leyenda de la resurrección, con «desaparición» del cadáver y la pretendida tumba vacía, todavía no había sido elaborada. Y esto confirmaría el valor de la discusión entre Juliano de Halicarnaso y Severo de Antioquía, obispos en el año 402. Y también que en esa época se admitía que Simón-Pedro, el «*barjonna*», había muerto en el año 47 en Jerusalén, y no en el 67 en Roma.

b) *Si los osarios son auténticos*, es más grave todavía. Eso significaría que Jesús murió y fue inhumado como todos los hombres, que no hubo resurrección, volatilización ni transubstanciación de su cuerpo carnal, dado que los huesos fueron conservados, según la costumbre judaica, mucho tiempo después de haberlos sacado de la tumba inicial. La misma observación es válida en lo que respecta al cadáver de Simón-Pedro.

c) *El Jesús cuyo osario se encontró no es Cristo*. En este caso, ¿de qué Jesús se trataba? ¿Cómo imaginar que todos los otros personajes pertenecieran al entorno, e incluso a la familia, del Jesús oficial, y que mezclaran allí con ellos a un Jesús extraño? Suponiendo que se tratara de otro Jesús *de la misma familia*, ello confirmaría la tesis del *hermano gemelo*, del *taoma*. Y entonces no habría nada ya de la concepción milagrosa del hijo *único* de Dios por obra del Espíritu Santo...

Conclusiones todas ellas en las que el padre Grollenberg no pensó cuando reveló su descubrimiento.

23.- Apariciones y Ascensión de Jesús

«Leí, comprendí, rechacé.

JULIANO, emperador

Es evidente que si, en el año 362, los cristianos iban todavía a adorar, cerca de Sebasta, en Samaria, el cuerpo de Jesús, era que la creencia en una «Ascensión» corporal, *en carne y hueso*, no había sido elaborada aún. Lo que imaginaban fácilmente era que *su espíritu y su alma*, asociados en una forma evanescente, habían ascendido al Pleomio, para ocupar allí su lugar a la derecha de Dios.

Esta opinión no excluía el culto que pudiera rendirse a los restos corporales de Jesús, en una tumba muy material. Y la discusión de Juliano de Halicarnaso y de Severo de Antioquía, obispos de lo más regulares, lo demuestra de forma indiscutible.

No fue hasta mucho después de la profanación de la tumba por orden del emperador Juliano, y después de la destrucción de los restos de Jesús, cuando se elaboró la leyenda de la ascensión corporal, *en carne y hueso*. Pero como entonces no existían los medios necesarios para poder sincronizarlo todo cuidadosamente, las fuertes contradicciones en que incurrieron opusieron definitivamente a los redactores anónimos.

Por ejemplo, según *Lucas*, discípulo de Pablo, que redactó el libro de los *Hechos de los Apóstoles* (1, 1 a 11), Jesús permaneció cuarenta días en compañía de sus discípulos, después de su desaparición del sepulcro. Esa larga permanencia es incompatible con las apariciones o materializaciones que enumera Pablo en su *Primera Epístola a los Corintios* (15, 3 a 11). Ahora bien, las epístolas de Pablo son anteriores, evidentemente, a la redacción de los *Hechos* por su secretario, *Lucas*.

Por otra parte, el relato de los *hechos* no concuerda tampoco con el del evangelio redactado por el mismo *Lucas* (24, 50-53), que también le precede. Según *Lucas*, Jesús condujo a los once discípulos a Betania, cerca de Jerusalén, el mismo día de su resurrección, o todo lo más tarde al día siguiente o al otro, y los abandonó para subir a los cielos.

Otros textos cristianos contradicen también la tesis de la prolongada permanencia de la que hablan los *Hechos*. Así, en la *Epístola de*

Bernabé (primer cuarto del siglo n), la Ascensión siguió inmediatamente a la Resurrección. Júzguenlo:

«No son los sabbats actuales los que rne gustan, sino aquel que hice y en el cual, poniendo fin al universo, inauguraré el octavo día, es decir, otro mundo. Por eso celebramos con gozo el octavo día, en que Jesús resucitó, y en que, después de haberse manifestado, subió a los cielos...» (*Epístola de Bernabé*, 10, 8-9.)

En el *Evangelio de Pedro*, el ángel dice a María de Magdala y sus amigas, que acababan de constatar que la piedra había sido desplazada y que la tumba estaba vacía: «"¿Por qué habéis venido? ¿A quién buscáis? ¿No será a aquel que fue crucificado? Ha resucitado y se ha ido. Si no lo creéis, inclinaos y ved el lugar donde había sido depositado; no está, porque ha resucitado, y *se ha ido al lugar de donde había sido enviado...*" Entonces las mujeres, asustadas, huyeron...» (*Evangelio de Pedro*, 56-57.)

Tertuliano, por su parte, está en posesión de una tradición todavía diferente: «Después de dos días, *al tercero*, en que resucitó gloriosamente de la tierra, fue recibido en el cielo, de donde venía...»

Otro texto, igual de antiguo, la *Epístola Apostolorum* (62, 51), hace coincidir, en el mismo día. Resurrección y Ascensión. En esta epístola Jesús, después de haber dado las últimas instrucciones a los suyos, les dice: «"He aquí que después de tres días y tres horas Aquel que me ha enviado vendrá para que me vaya con Él..." Y en cuanto hubo pronunciado esas palabras, retumbó el trueno, la tierra tembló, y una nube arrebató a Jesús...» (*Epístola de los Apóstoles*, 62,51.)

Hay un hecho patente: en el siglo II la Iglesia no celebraba más que la Pascua y Pentecostés, pero no la Ascensión. Lo que prueba que, para el mundo cristiano de entonces, *Pascua* (la Resurrección) *coincidía con la Ascensión*.

A finales del siglo IV, la iglesia de Jerusalén celebra la Ascensión cincuenta días después de Pascua, *es decir, el día de Pentecostés*. Y en la misma época, san Paulino sólo menciona como grandes fiestas cristianas Navidad, la Epifanía, Pascua y Pentecostés.

Por lo tanto, a principios del siglo v, y por consiguiente después de la discusión de Juliano de Halicarnaso y Severo de Antioquía, y después de la decisión brutal de la Iglesia de hacer destruir todo rastro de dicha controversia, será cuando Juan Crisóstomo (muerto en el año 405), y Agustín (muerto en el año 430) podrán aportarnos los rastros de una Ascensión, festejada y celebrada cuarenta días después de la resurrección de Pascua, como en la actualidad.

Es una lástima que Juliano el Apóstata mandara destruir el cadáver de Jesús en Samaría, en agosto del año 362, pues de lo contrario la Iglesia no se hubiera atrevido a ir tan lejos en la construcción del mito.

Nos encontramos pues ante varias afirmaciones diferentes en cuan-

to a la duración del período en que Jesús, resucitado, se apareció a sus discípulos y a las mujeres que le seguían:

a) un día, según *Lucas* en su evangelio (24, 1 a 53);

b) un día, según *Pedro* (evangelio, 56-57);

c) un día, según *Tertuliano* (160-240);

d) un día, según la *Epístola Apostolorum* (62, 51);

e) ocho días, según la *Epístola de Bernabé* (10, 8-9);

f) cuarenta días, según *Lucas* en sus *Hechos de los Apóstoles* (1,3).

En *Mateo*, el período en cuestión no está determinado, pero puede deducirse del lapso de tiempo necesario para ir de Jerusalén a Galilea, donde Jesús había dado cita a sus discípulos (28, 10). Eso representa, aproximadamente, 150 kilómetros por la vía romana de la época. Es decir, tres días de camino. *Mateo* sería, pues, partidario de tres días. *Marcos* tiende a dar el mismo lapso de tiempo que *Lucas* en su evangelio, es decir, de un día todo lo más. *Juan* (20 y 21) tendería a limitar el mismo período a nueve o diez días.

De todas esas falaces contradicciones resulta, no obstante, que el tiempo que se dice que Jesús se apareció de improviso a sus discípulos fue muy corto.

Pero todavía hay otras más sorprendentes aún. Porque existen dos tradiciones referentes al lugar en que se produjeron dichas apariciones de Jesús.

Las apariciones en Galilea corresponden en la tradición común a *Mateo* y a *Marcos* (excepto la parte apócrifa, que todo el mundo reconoce como tal, después de 16, 8), al apéndice de *Juan*, representado por todo su capítulo 21, asimismo apócrifo, y al *Evangelio de Pedro*.

Las apariciones en Judea, por su parte, corresponden a *Lucas*, a *Marcos* en su final apócrifo (16, 9 a 20), y a *Juan*, exceptuando su apéndice (21 completo).

Resulta que tenemos los *testimonios* de los *discípulos directos* de Jesús (*Mateo*, *Marcos* y *Juan*), y de un discípulo directo de Pablo, que es *Lucas*, y no están de acuerdo, al menos en el caso de los tres primeros, en lo referente a la *provincia* en que obtuvieron esa confirmación pasmosa de la resurrección de su maestro. Convendremos en que esa contradicción es cuando menos incomprensible. Porque, a fin de cuentas, si para volver a verle tuvieron que recorrer como mínimo 150 kilómetros a pie para llegar hasta Galilea, ese hecho no es como para olvidarlo, ni para confundirlo con una aparición sobre el terreno, en la misma Jerusalén...

Todas esas contradicciones fueron la obra ulterior de escribas anónimos, empeñados en redactar unos textos que necesariamente debían elaborar la leyenda de la resurrección de Jesús y hacer olvidar que era el hermano gemelo, el *taoma* (en hebreo: gemelo) convertido en *Tomás* (apóstol que jamás existió bajo dicho nombre, que no es hebreo),

que había sido el comparsa, el «barón» de esta superchería. Cosa que vamos a estudiar ahora.

Jesús tenía un hermano gemelo. Hemos encontrado el texto cop-to del siglo IV, el célebre *Evangelio de Bartolomé*, en el cual le saluda así: «Salud a ti, mi gemelo, segundo cristo...» Y fue ese gemelo el autor de las pseudo apariciones.

Peor aún, las pseudo y escasísimas «apariciones» se revestían de un sorprendente lujo de precauciones.

Así, por ejemplo, mandó decir a sus discípulos que, para constatar su triunfo, hicieran más de cien kilómetros a pie, para ir hasta Galilea, donde se ignoraba todavía su muerte a manos de los romanos, y así le era posible manifestarse sin correr el riesgo de ser detenido de nuevo.

Y esta consigna la expresa de manera hartamente curiosa, en boca de uno de los ángeles que esperan, en su lugar, en el sepulcro, la llegada de las mujeres:

«Id a decir a sus discípulos y a Pedro *que os precederá* a Galilea. Allí es donde le veréis, tal como os ha dicho...» (*Marcos*, 16,7.)

¿El les *precederá*? ¿De manera que también él hará el camino a pie? Si ha resucitado, si está dotado a partir de aquel momento de un cuerpo glorioso, el famoso «cuerpo de resurrección» de los teólogos, vive ya en otra dimensión, y entonces se desplaza casi instantáneamente.

Por otra parte, al abandonar el sepulcro, en Jerusalén, abandonó su sudario y los lienzos que lo completaban. De modo que Jesús está, entonces, *completamente desnudo*. Y se plantea un problema muy importante, que jamás ha sido abordado, que nosotros sepamos, por la crítica liberal. Ese «cuerpo» nuevo, de tres dimensiones, que no es sino la «espiritualización» del antiguo, pero que no obstante le permite comer, beber, respirar (cosa que un espectro no haría), ese «cuerpo» perfecto, ¿cómo va vestido? ¿Se fue Jesús de la sepultura *totalmente desnudo*, o los dos ángeles le llevaron ropas conforme a la ley judía? ¿Le dieron un *cuffieh* para la cabeza, una túnica de lino, un manto adornado en sus ángulos con las borlas rituales, dos cinturones, uno de cuero y el otro de lana, y para los pies sandalias?

¿O debemos admitir que el «cuerpo glorioso» exteriorizaba por sí mismo un «simulacro» de vestidura destinado a velar el citado «cuerpo glorioso»? En caso afirmativo, esta explicación contradice al principio de «restitución» del privilegio adámico inicial, ya que el *Génesis* nos dice: «El hombre y la mujer estaban desnudos, pero no sentían vergüenza alguna». (*Génesis*, 2, 25.) Y si el *Cristo glorioso* se hallaba en la obligación de vestirse, era que todavía no había recuperado todos los privilegios de Adán.

Además, en el exterior reviste otro aspecto, no le reconocen. Así, por ejemplo, en el huerto, delante de la tumba vacía, María de Magda-

la lo toma por el hortelano (*Juan*, 20, 15). En el camino de Emaús aborda a dos de sus discípulos, habla con ellos largo rato mientras camina a su lado, y éstos tampoco le reconocen. *Y no se da a conocer hasta que no se encuentran en el interior de la casa.*

La razón de todas esas precauciones es fácilmente comprensible. El gemelo, el misterioso *taoma*, se parece a Jesús igual que un gemelo se parece a otro. Si se mostrara a cara descubierta, él, que siempre se había mantenido apartado, sería reconocido, tanto entre los judíos como entre los legionarios romanos, que lo detendrían de nuevo, y entonces ya no habría posibilidad de ningún «milagro». En cuanto a presentarse como triunfador «postumo» ante Pilatos, Herodes o Caifas, ¡todavía menos! Por otra parte, *nuestro gemelo circula disfrazado*, y ésa es la razón por la cual, en el exterior, tanto en el huerto como en el camino, ni María de Magdala ni los discípulos que se dirigían a Emaús lo reconocieron. Pero en el interior era distinto, allí estaba a cubierto.

En lo que respecta a sus «desapariciones» repentinas, no es necesario para eso atravesar murallas. Lo que se pone en el vino de la copa común, el «*bang*», que utilizan frecuentemente los narradores anónimos de las *Mil y una noches* para turbar y luego adormecer al héroe de sus cuentos, ese «*bang*» es perfectamente conocido en Palestina y en todo el Oriente Medio, en aquella época. Y, en su defecto, un fakir podría hacer uso de su poder hipnótico, simplemente.³³

Pero este papel es muy peligroso. De modo que se abreviará la permanencia del pseudo Jesús resucitado. Y rápidamente, en pocos días, nuestro gemelo organizará su «ascensión», con la ayuda de los comparsas habituales: Pedro, Santiago y Juan. Y los «quinientos hermanos» cuyo testimonio evoca Pablo (*Primera Epístola a los Corintios*, 15, 6) quedan deslumbrados, y con razón, puesto que, una vez más, se hace uso de la pirotecnia de la época. Y así nuestros Evangelios podrán afirmar que «*una nube lo sustrajo a su vista*».

Pero el lector se preguntará qué se hizo de aquel gemelo después de la comedia de la resurrección.

Pensamos que muy hábilmente, y como ya hemos señalado anteriormente, se utilizó una estratagema para hacerle franquear las fronteras de Palestina, sin correr el riesgo de que fuera detenido. Efectivamente, en el segundo fragmento del *Evangelio de Bartolomé* se relata una escena hartamente extraña. Se desarrolla después de la resurrección de Jesús, y se dice que éste vendió a Tomás a un mercader de esclavos:

³³ El *banj*, o *baña*, está sacado de una variedad de beleño llamada por los árabes «*se-kamm*», es decir: la embriagadora. Crece en todo el Egipto y en la península del Sinaí. Es la *Hyoscyamus muticus*. Puede ser un alucinógeno o un narcótico, según la dosis.

«Kepha (Pedro) dijo al mercader: "Éste es nuestro señor, ven a hablar con él de aquello en lo que tú consientes".

»Entonces el mercader dijo a Jesús: "Salud, hombre poderoso y venerable, pareces un hombre importante y bien nacido".

»Y el mercader miró el rostro de Tomás. Lo encontró más maduro que Mateo. Dijo: "Recibe el precio de éste, y dámelo..." Jesús le dijo: "Dame tantas libras de oro por él". Y el mercader consintió. Dijo a Jesús: "Escríbeme la venta". Jesús escribió: "Reconozco vender a mi hombre..."»

El fragmento acaba ahí. Es evidente que no es Jesús resucitado quien vende a Tomás, recibe a cambio «x» libras de oro y redacta el acta de venta. Pero es muy posible que fuera Simón-Pedro, *con el asentimiento* del misterioso *taoma*.

Porque los esclavos no tenían existencia legal. No eran más que bienes propios, al mismo título que animales domésticos, ganado, aves de corral, etc. El mercader o el amo, al pasar la frontera, declararían sólo tantos esclavos varones y tantas esclavas hembras, y pagarían el peaje proporcional a esa verdadera fortuna viviente y móvil, sin más. *Pero esos seres no poseían ya ninguna identidad civil.* Como Nerón no había abolido todavía las crueles costumbres antiguas, el mercader o el amo temían derecho de vida y muerte sobre sus esclavos; y si estaban enfermos los podían abandonar al borde del camino, o echarlos fuera de la ciudad.

Pero a cambio de esto el *taoma* podrá pasar tranquilamente las fronteras de las tetrarquías, sin tropiezos, y sin nada que temer. Después, si tema valor para ello (y a los zelotas eso era algo que no les faltaba), se escaparía, a pesar de los terribles castigos reservados a los esclavos fugitivos y capturados. Y aún le quedaría otra posibilidad: la de que un judío de su secta lo comprara, a su vez, en su lugar de destino, si la comunidad zelota de allí había podido ser prevenida. Y *eso no era en modo alguno imposible.*

Observaremos, por cierto, que la sustitución del misterioso gemelo permitía obtener «apariciones» de un Jesús de tres dimensiones, que comía y bebía (y con razón), cosa que, efectivamente, un fantasma no habría podido realizar. Porque el hecho de comer y deglutir sobreentienden la existencia de órganos de digestión, y éstos implican órganos de evacuación.

Pues bien, después de la supuesta «ascensión» de Jesús al cielo, ya no hay más apariciones, o, mejor dicho, «materializaciones» en *tres dimensiones*.

Una vez desaparecido el *taoma* misterioso, cesan los prodigios de ese tipo. Cuando Saulo, en el camino a Damasco, pretende haber oído *la voz* de Jesús, que salía de una gran luz, no hay ninguna materialización en tres dimensiones.

Y en la continuación de la historia del cristianismo, las *muy escasas* apariciones de Jesús a extáticos o a místicos en trance siempre son subjetivas. A veces tienen lugar en sueños. *Nunca más se verá aparecer a Jesús, sentarse a una mesa, comer y beber, hacer tocar sus manos y sus pies. Y es fácil comprender por qué.*³⁴

Sin duda, los ritos y el culto cristiano durante tantos siglos han constituido una *forma-pensamiento*, un *egregore*, que poco a poco ha revestido el tamaño, el rostro, la juventud del Jesús ideal, imaginado por las multitudes creyentes. Y ese Jesús egregórico no se parece en nada al Jesús histórico analizado en esta obra, eso es bien evidente. Puede incluso ser visto por algunos extáticos dotados de clarividencia. Como *forma-pensamiento*, poderoso aglomerado psicomagnético como todos los *egregores*, puede reaccionar y manifestarse. La metapsíquica posee en este campo una experiencia y unas constataciones ya tan antiguas como inexplicables.

Pero dichas manifestaciones, que pertenecen a una «dimensión» muy mal conocida de nuestro universo, no proceden en absoluto de las realidades contingentes. Y cuando leemos, de la pluma de Louis-Claude de Saint-Martin, que los *Reales-Cruces*, último grado de los *Elegidos-Cohén*, evocaban en el curso de ceremonias mágico-teúrgicas a aquel a quien denominaban el «Reparador», el sentido común se subleva. Porque si Jesús es realmente el Logos Creador, si es el Hijo del Altísimo, ¿cómo imaginar que obedezca a encantamientos, a llamadas y a fumigaciones, y que observe dócilmente todo lo sagrado de los círculos evocatorios?

Por el contrario, si no existe en esa otra misteriosa «dimensión» sino un simple *egregore*, una *forma-pensamiento* lentamente constituida en el curso de los siglos por la piedad de millones de creyentes, entonces la realización de tales fenómenos ocultos es muy posible, porque lo que los discípulos de Martínez de Pasqually creían materializar y hacer actuar en el curso de sus evocaciones no era otra cosa que eso. Magnetizada por las técnicas rituales de la teurgia martinezista, la *forma-pensamiento* se había perceptible a los operadores, tanto más cuanto que en los últimos grados de los *Elegidos-Cohén* las fumiga-

³⁴ No ignoramos que el papa Pío XII, que había visto ya renovarse, *para él solo*, el milagro de Fátima, es decir, el sol girando en remolinos en el cielo (!?), afirmó que, cuando estaba enfermo. Jesús se le había aparecido a la cabecera de su cama, para cuidarlo y enseñarle. Cosa que el cardenal Tisserand, advertido del prodigio, había confirmado, burlón: «¿Por qué no? ¡Son cosas de su edad!»

ciones rituales se completaban con potentes alucinógenos, como el *datura*, la *adormidera negra* y la *adormidera blanca*. El manuscrito de la *Instrucción secreta de los Reales-Cruces* está ahí para probarlo.

Por último, y en lo que concierne a la pseudo ascensión de Jesús, las múltiples contradicciones de los Evangelios canónicos le retiran toda plausibilidad. Júzguenlo:

1. Para *Mateo* (28, 16-20), Jesús deja a sus discípulos en Galilea, en la montaña. Y no se habla de ninguna ascensión.

2. Para *Marcos* (16, 6-20), se trata de una cita en Galilea, y hay una ascensión, pero no se nos dice dónde.

3. Para *Lucas* (24, 50-53), hay una ascensión, pero esta vez tiene lugar en Betania (Judea), cerca de Jerusalén.

4. Para *Juan* (21, 1-25), Jesús deja a sus discípulos en Galilea, pero no en la montaña, sino al bajar de la barca de pesca de Simón-Pedro, a orillas del mar de Tiberíades, y no se habla de ninguna ascensión.

Pues bien, entre la ascensión en Betania y la ascensión en el Tiberíades o en la montaña (de Gamala), hay 110 kilómetros a vuelo de pájaro, y unos 150 por carretera.

¿Cómo imaginar que los apóstoles no hubieran podido acordarse del lugar exacto donde se separó de ellos Jesús, después de semejante caminata a pie? ¿Cómo imaginar que dos de los cuatro evangelistas olvidaran tal prodigio: la ascensión de Jesús por los aires, delante de ellos?

Por lo tanto los hechos no debieron producirse como se nos cuenta, de forma tan contradictoria e incoherente. Si aún lo dudáramos, bastaría con revisar un versículo de *Mateo* que suena un poco raro: «Los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, y, *viéndole*, se postraron, *aunque algunos vacilaron*. Y, acercándose Jesús, les dijo...» (*Mateo*, 28,16-17.)

Y el relato acaba con la promesa que les hace: «Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación del mundo...»

Así pues, al verle a *plena luz*, en la cima de la montaña, por respeto hacia su rey legítimo se posternan. Pero, no obstante, le miran muy discretamente, y *lo que ven les inspira dudas*. No es exactamente el Jesús habitual, hay diferencias; el maquillaje de las pseudo llagas no es perfecto; algunos estigmas de la pasión están ausentes; o quizás el gemelo no es un sosias exacto.

De donde esa duda discreta, esa reticencia cortés, pero significativa.

24.- La Redención

«Yo quiero piedad, y no sacrificios, y el conocimiento de Dios, más que holocaustos, dijo el Eterno...»

OSEAS, 6, 6

Víctor Hugo planteó bastante bien el problema: «La Redención es *Dios-Justo* haciendo sufrir a *Dios-Inocente* para desagaviar a *Dios-Bueno...*»

Algo así como si un profesor indulgente, harto de castigar a alumnos insolentes y alborotadores, y desconsolado por esa causa, un buen día administrara delante de ellos una corrección magistral al único alumno respetuoso y dócil, a fin de poder levantar, a continuación, todos los castigos a los alumnos malos, hilarantes ante dicho espectáculo.

Pero, argüirá el lector creyente, es Dios mismo quien, en su amor infinito, sustituye al hombre, se sacrifica y sufre en su lugar. Está bien, admitámoslo. Entonces será a sí mismo a quien el bondadoso profesor administrará la corrección, ante los ojos y el enorme regocijo de los malos alumnos, que estarán desternillándose de risa.

Plantear este problema significa ya por sí solo señalar sus inverosimilitudes.

La noción de la caída de las almas y de su elevación hacia la Fuente Primera era ignorada por el judaísmo clásico, y en especial por los saduceos. Esta noción era propia de la gnosis alejandrina, y parece ser que después se filtró a los esenianos.

La elevación hacia el Pleromio, a través de las esferas y a pesar de los arcontes dependía de un ritual de forma teúrgica y de una ascesis. Y era obra del alma misma, ayudada por el cuerpo, cierto, pero de

hecho sólo de ella. En ningún caso un sacrificio humano sangriento podía liberar a la comunidad humana en su totalidad. Hubiera sido indigno del Dios Supremo exigir un acto así de bárbaro, y hubiera sido injusto en grado extremo liberar a aquellos que no habían hecho nada por ello, y, lo que era peor, que no les importaba tampoco lo más mínimo.

Los profetas de Israel habían expresado con bastante claridad esta noción. Júzguenlo:

Veamos primero un fragmento del *Deuteronomio*, resultante de las consignas dadas por Dios mismo a Moisés, en la cumbre del Sinaí, según la tradición del Antiguo Testamento. Nos parece extravagante negarle a éste una importancia *capital*. Entre Dios hablando, según se nos dice, a Moisés, y las extrapolaciones de Pablo en sus epístolas, hay un considerable margen. Veamos ese pasaje:

«Los padres no morirán a causa de los hijos, ni los hijos morirán a causa de los padres: cada uno morirá sólo por su propio pecado...» (*Deuteronomio*, 24, 16.)

Veamos ahora lo que dice Jeremías:

«En aquellos días no se dirá ya: "Los padres comieron uva agria y por eso los hijos tuvieron dentera". Porque, ciertamente, cada uno morirá por su iniquidad. Aquel que haya comido la uva agria será el que tendrá dentera...» (*Jeremías*, 31, 29-30.)

«¡Señor! Tú eres grande en consejo y poderoso en obras, tú, cuyos ojos están abiertos sobre todos los caminos de los mortales, para dar a cada uno según su conducta y según el mérito de sus acciones...» (*Jeremías*, 32, 19.)

Veamos ahora Ezequiel:

«La palabra de Yavé me fue dirigida en estos términos: "¿Qué tenéis que vais repitiendo por el país de Israel esta sentencia mordaz: 'Los padres han comido uva agria y por eso los hijos tienen dentera?' [...] No debe encontrarse ninguno más entre vosotros, en Israel, que repita ese proverbio.

»[...] Morirá la persona que peca, y sólo ella. Un hijo no debe pagar nada de la iniquidad de su padre, ni un padre pagará nada de la iniquidad de su hijo. Sobre el justo estará su justicia, y sobre el malvado, su maldad.

»Y el propio malvado, si se enmienda, observa mis leyes y practica la justicia y el derecho, permanecerá con vida, no morirá. [...] Si el justo descuida la justicia y obra la iniquidad, imitando todas las abominaciones que comete el impío, ¿vivirá? Todas las obras justas que ha realizado serán olvidadas; morirá por la infidelidad y sus pecados.

[...]

»Por eso juzgaré a cada uno de vosotros según su propia conducta...» (*Ezequiel*, 18, 1-3, 20-22, 24,30.)

En cuanto al Nuevo Testamento, observaremos que la propia patrología lo confiesa: el pecado original, *que no se halla en el Símbolo llamado de los Apóstoles*, tan sospechoso también de inautenticidad, no fue enseñado por los Padres sino de viva voz, y no en sus escritos. Por mucho que lo busquemos en los Evangelios, no lo encontraremos. Jesús vino exclusivamente a salvar a los hombres de sus propios pecados, y éstos deben redimir sólo estos últimos. El único pasaje que san Agustín encuentra en todos los Evangelios que pueda servirle para citarlo en apoyo de su opinión personal sobre el tema (cf. *Contra Julianum*) es un versículo de *Lucas*, de lo más equívoco y ambiguo:

«El hijo del hombre ha venido a buscar y salvar a los que estaban perdidos...» (*Lucas*, 19, 10.)

No se nos precisa el motivo de dicha perdición, ni su naturaleza: individual o colectiva.

Pues bien, lo que ignoramos con demasiada frecuencia es que el propio Jesús jamás pretendió lo contrario. Jamás se presentó como objeto de un holocausto expiatorio *stricto sensu*. Jamás declaró que su muerte dolorosa tendría como efecto liberar las almas de las garras del demonio. Que el lector se tome la molestia de releer atentamente todas las palabras que ponen en boca de Jesús los anónimos redactores del siglo iv, y podrá constatar este hecho de manera absoluta.

Indudablemente, en varias ocasiones hace alusión a una muerte próxima, y de forma violenta, y dolorosa en grado sumo. Parece ser que obtuvo confirmación de ella tras la evocación del Tabor, en que Moisés y Elías le revelaron su cercano fin. Pero ¿qué había en ello de extraño? Había heredado la responsabilidad del movimiento zelota, lo había conducido, gobernado, y, por ese hecho, era buscado por los romanos por *rebelión a mano armada* (la orden que dio a los discípulos de vender, si era necesario, parte de sus ropas para procurarse espadas, en *Lucas*, 22, 37 y 49, es una prueba).

Por consiguiente, no cabía duda sobre cuál iba a ser su suerte. Como todos los otros jefes zelotas anteriores capturados por Roma —su abuelo Ezequías, su padre Judas de Gamala—, lo que le esperaba era la crucifixión, con la flagelación preliminar, tal como estaba prescrito por la ley romana.

Pero Jesús no asociaría jamás ese fin a la noción de sacrificio liberador de la raza humana. Y menos aún dado que era racista totalmente, y se interesaba única y exclusivamente por los hijos de Israel, y nada más. A lo largo de las Escrituras sus propias palabras son suficientemente explícitas (ya las hemos citado, y no volveremos a repetir las).

Y fue como mínimo quince años después de su ejecución cuando un hombre, que jamás lo había conocido en vida, un hombre llamado Saulo, y más tarde Pablo, imaginaría la asociación simbólica de dicha muerte con la de las víctimas animales sacrificadas cada día en el altar del Templo de Jerusalén.

Sin duda se nos presentará, como objeción, las palabras que pronunció durante la Cena: «El que no coma de mi carne y beba de mi sangre, no tendrá la vida eterna...» Pero esta frase está sacada de una liturgia que, *en la época de Jesús, se remontaba ya a catorce siglos atrás*. Es la de los fieles de Mithra: «Quien no coma de mi carne y beba de mi sangre, no vivirá...»

Esta constatación enfurecería a Tertuliano, en el siglo ni, y para salir airoso el célebre fanático afirmaría que eso era una estratagema del Diablo, que, habiéndose enterado por su presciencia de los futuros detalles de la Cena, se había apresurado a establecer, mucho tiempo antes, una imitación de esas palabras. Lamentable explicación.

Lo que es cierto es que la Cena primitiva no se pareció en nada a una misa de hoy, ni en su forma ni en su espíritu. Y lo que es probable es que fueran los escribas anónimos del siglo IV quienes introdujeron la frase tomada de la liturgia de Mithra, y justo en una época en la que este culto había quedado definitivamente proscrito, so pena de muerte, en una época en la que el populacho fanático e ignorante, seguro de su impunidad, y si era necesario alentado por los poderes públicos, saqueaba y llenaba de basuras los santuarios de Mithra, cuando no añadía también los cadáveres de los sacerdotes de Mithra salvajemente asesinados, para profanarlos mejor. *Los descubrimientos de las excavaciones están ahí, para probarlo*. ¿Hay que recordar el linchamiento de la pitagórica Hypathia, en el año 415, en Alejandría?

Así pues, la noción de un Jesús calmando con sus sufrimientos, libremente aceptados, la cólera de su Padre celestial (es decir, *de sí mismo*, ya que le es *consustancial y coeterno*), apareció con el tiempo, y se impuso gracias a este último, como un hecho consumado, a pesar de su carácter totalmente irracional, y teológicamente insostenible.

Está, además, desprovista de toda lógica, en contradicción con las Escrituras del Nuevo Testamento, que nos afirman que liberó *en una sola vez* la totalidad de las almas pasadas, presentes y futuras. Por otra parte, cada una de esas almas debe ganarse, *ella misma*, su propia salvación individual, si no quiere condenarse. Algo así como si un regimiento amotinado obtuviera una amnistía general, pero que al mismo

tiempo todos y cada uno de los soldados que lo constituía tuvieran que comparecer delante del consejo de guerra para ser allí de nuevo juzgados individualmente.

Vemos hasta qué punto la gnosis, operativa y ascética, de las antiguas escuelas alejandrinas estaba alejada de esa noción de una única y exclusiva víctima expiatoria, propia del cristianismo ordinario, al condicionar la salvación del alma al acceso progresivo a las esferas superiores, tanto por medio de la teurgia como de la ascesis, esta última a la vez física y moral, sin omitir la unión de esta alma con un *daimon parearos*, es decir, con una chispa divina individualizada. Porque:

«Si tú estás hecho de Vida y de Luz, y *lo sabes*, volverás un día a la Vida y a la Luz...», nos dice Hermes Trismegisto.

Queda la noción de un pseudo «hijo» de la Divinidad, una especie de *dios segundo*, que habría recibido de ésta el gobierno general de la Creación, después de haber sido su Autor directo. Lo que da a entender que el Dios Supremo no puede hacerlo todo por sí mismo, que necesita un colaborador.

Ahora bien, nos parece muy difícil presentarse como el salvador de Israel, anunciado por los últimos profetas manifestados, identificándose con el Dios Supremo, con el Eterno al que todos invocan.

Porque los diversos salvadores y liberadores del pueblo elegido tuvieron cada uno de ellos su anunciador, y no hubo un solo salvador de Israel, sino muchos, de Moisés a Zorobabel, pasando por Josué, David, etc. Así pues, por el hecho de que las sagradas escrituras mencionen periódicamente la venida de uno de esos liberadores, no habrá que imaginar que el último sea necesariamente un avatar de la Divinidad Suprema. En el espíritu de los profetas, esos salvadores no son sino hombres predestinados, y nada más.

¿Habrá que admitir que Jesús fue uno de ellos? Imposible, puesto que no liberó a Israel de la tiranía romana ni de los reyezuelos idumeos; más bien al contrario, su venida coincidió con la disgregación progresiva, que acabó por la dispersión general, después de la destrucción de Jerusalén.

Por otra parte, nos parece impensable el hecho de apelar sin cesar al Antiguo Testamento y a sus profetas cuando, por pretender reiteradamente su propia divinización, se convierte de modo permanente en su desmentida. Porque, sin la garantía del Antiguo Testamento, ¿cómo justificar el Nuevo Testamento?

Pues bien, el evangelio atribuido a Juan, y que es en realidad un ensamblaje de textos cristiano-gnósticos, que eran a su vez malos plagios del *Corpus Hermeticum*, ese evangelio nos afirma esto:

«Al Principio era el Verbo, y el Verbo estaba *en Dios*, y el Verbo era *dios...*» (*Juan*, 1,1.)

Observamos que el texto griego original establece una diferencia

entre «el Dios» (se sobreentiende «supremo»), y «un dios», calificativo que muestra así el carácter inferior y subordinado del segundo. En las lenguas vulgares modernas no se puede plasmar esa diferencia si no es mediante el uso de una mayúscula y de una minúscula.

Sea lo que fuere, dado que los cristianos pretenden justificar su religión por el hecho de que ésta constituiría la realización del Antiguo Testamento, veamos unos textos que lo desmienten categóricamente, con antelación:

«Sabed que soy Yo quien soy Dios, y que fuera de mí no hay otro Dios...» (*Deuteronomio*, 32, 39.)

«Antes de Mí no fue hecho ningún Dios, y después de Mí no habrá ningún otro...» (*Isaías*, 43, 10.)

«Yo, Yo soy Yavé, fuera de mí no existe ningún salvador...» (*Isaías*, 43, 11.)

«Soy Yo, Yo quien borra tus culpas, por Mi amor, y entonces no me acordaré más de tus pecados...» (*Isaías*, 43, 25.)

«Así dice Yavé, vuestro redentor...» (*Isaías*, 43, 14.)

«Nuestro redentor, el que se llama Yavé de los Ejércitos...» (*Isaías*, 47, 4.)

«Entonces todos sabrán que Yo soy Yavé, tu salvador, y tu redentor, el Fuerte de Jacob.» (*Isaías*, 49, 26.)

Hemos subrayado al principio de este capítulo el carácter totalmente irracional de esta «redención», tal como nos la presentan, para cualquier persona sensata.

Acabamos de demostrar que, a pesar de las numerosas afirmaciones llenas de audacia, ni siquiera se adecuaba al Antiguo Testamento.

Si añadimos a esto el poco caso que Jesús y los suyos hacían de las prescripciones rituales, esa diferencia se agrava todavía más, y nos parece más presuntuoso todavía afirmar que el Nuevo Testamento no es sino la realización del Antiguo.

25.- La ejecución de Judas

«No hay que hacer sufrir a los envidiosos o a los que nos lo parecen. Hay un cierto tipo de desesperación que se manifiesta en una forma de la envidia y que merece piedad...»

MAURICE MAGRE, *L'Amour et la Haine*

En los diferentes versículos de los Evangelios en los que se menciona a Judas Iscariote, se le llama hijo de Simón. Ese Simón tiene a veces su nombre completado con un sobrenombre; le llaman el Cananeo o el Cananita, por ser de Cana. Pero en hebreo *Kana* significa celo, fanatismo, intransigencia. También se le llama el Zelota. Y en griego *violos* significa asimismo celoso, fanático. También se le llama *Iscariote*, como a su hijo. Y la versión bíblica católica de Lemaistre de Sacy, en su índice onomástico, nos precisa que dicho término significa «criminal» en hebreo. Así pues, eso nos decide: Simón, el padre de Judas Iscariote, es un *sicario*, uno de esos terroristas del integrismo judío de la época, y sobre los cuales Flavio Josefo nos proporciona numerosos detalles en sus *Guerras de Judea* y en sus *Antigüedades judaicas*.

Pero ¿ese Simón es el mismo que el Simón Kepha, es decir, Simón-Pedro, de los Evangelios? Casi seguro que sí. Hay una relación evidente entre el sobrenombre de *Kepha* y el carácter despiadado propio del sicario, porque *kepha* significa «punta de roca», aguja de piedra, en hebreo. Es ése el término utilizado por *Jeremías* (4, 29): «Trepan sobre las rocas», y por *Job* (30, 6): «Viven en las cuevas de la tierra y en las puntas de las rocas...»

Pero hay un pasaje del Evangelio de Juan que lo precisa de forma aún más categórica:

«Y dijo Jesús a los Doce: "¿Queréis iros vosotros también?" Respondióle *Simón-Pedro*: "Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Ungido, el santo de Dios". Respondióle Jesús: "¿No he elegido yo a los Doce? ¡Y uno de vosotros es un Diablo!" Hablaba de *Judas Iscariote*,

hijo de Simón, porque era él, uno de los Doce, quien había de entregarle...» (*Juan*, 6, 67-71.)

En esos versículos se habla de *Simón-Pedro*, y cuando se precisa quién es el padre de Judas, se le presenta como tal, no se trata de ningún otro Simón. *El Cananeo, el Zelota, el Iscariote*, siempre es el mismo. Lo que confirma que no hubo doce discípulos en el estado mayor mesianista, sino sólo ocho, o quizás incluso siete nada más. Pero volvamos a Judas.

Leemos lo siguiente en *Mateo*, y únicamente en su evangelio:

«Viendo entonces Judas, el que le había entregado, cómo era condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: "He pecado, entregando sangre inocente". Dijeron ellos: "¿Qué nos importa? Allá tú". Y arrojando las monedas de plata en el Templo, se retiró y fue a ahorcarse...» (*Mateo*, 27, 3-5.)

En los *Hechos* encontramos otros detalles, pero éstos mucho más curiosos:

«...acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, y era contado entre nosotros, habiendo tenido parte en este ministerio. Éste, pues, adquirió un campo con el salario de su iniquidad, y habiendo caído de cabeza, reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas...» (*Hechos*, 1,16-18.)

En primer lugar observaremos que, en *Mateo* (27, 7), se nos había precisado que, con las treinta monedas de plata arrojadas por Judas en el Templo, los sacerdotes habían comprado un campo a un alfarero. En los *Hechos* lo había comprado el propio Judas, que luego murió de un accidente, en el curso del cual sus entrañas se desparrramaron.

Pero, ¿cómo quedamos? ¿Se ahorcó o murió accidentalmente? Vamos a responder a esto: ni lo uno ni lo otro. *Judas fue ejecutado* como traidor, según un ritual perfectamente judaico, aunque muy particular. Había traicionado a la causa sagrada del mesianismo, había entregado a manos de los romanos al rey de Israel, al Hijo de David, al Ungido, había guiado a aquéllos hasta el refugio secreto del monte de los Olivos, el lugar donde se encontraba la prensa de aceite que le había dado nombre: Getsemaní. Él había sido el causante de la derrota final, del fracaso de todo lo que se había preparado; juzgúese:

En *Juan* leemos esto, que es muy claro:

«Judas, el que había de traicionarle, *conocía también el sitio*, porque Jesús y sus discípulos *a menudo se reunían allí*.» (*Juan*, 18,2.)

De modo que, cuando Jesús, a pesar de su cansancio, abandonaba por las noches Jerusalén para, en los primeros tiempos, ir a dormir a

Betania, a casa de Simón el Leproso, en la morada de Lázaro,³⁵ de Marta y de María, Getsemaní es el *lugar secreto de reunión*. Más adelante, cuando Betania será conocida y no pueda ya salir a dormir fuera de Jerusalén, bajo riesgo de ser capturado de noche, será a Getsemaní a donde Jesús irá a dormir. *Hasta el día en que Judas revelará ese escondrijo*. Continuemos:

«Judas, pues, habiéndose puesto en cabeza *de la cohorte*, y de los alguaciles enviados por los sumos sacerdotes y por los fariseos, vino allí con linternas, antorchas y *armas...*» (*Juan*, 18, 3.)

«*La cohorte*, pues, *el tribuno* y los alguaciles de los judíos prendieron entonces a Jesús y le ataron...» (*Juan*, 18,12.)

Sin duda el texto griego inicial emplea la palabra griega *quiliarca* (*chiliarcos*), y los historiadores oficiales, por prudencia, quisieron hacer de él un oficial subalterno, al mando de un pequeño destacamento. Pero un *quiliarca* mandaba a mil hombres, un «millar», y por eso, para obtener una correspondencia jerárquica exacta, fue por lo que san Jerónimo, en su *Vulgata*, tradujo muy correcta e inteligentemente *quiliarca* por *tribuno*.

A esas seis centurias de veteranos, al mando de un tribuno con rango de cónsul, el Sanedrín, para demostrar su «colaboración» leal, no podía por menos que enviar un refuerzo de unos doscientos soldados del Templo. La proporción nos parece correcta. Esta milicia del Templo tenía su arsenal en el recinto de éste. Allí estaban depositadas las armas de guerra propiamente dichas: arcos, flechas, dardos, lanzas, escudos. Para la simple vigilancia del Templo y de sus naves y recintos, los elementos en servicio disponían de una espada y de un garrote, la terrible *cachiporra* de todo el Oriente Medio.

Pero el hecho de mencionar (*Juan*, 18, 3) que esa tropa fue allí *con armas* escapó en toda su importancia al escriba oficial del siglo IV. Porque esa precaución que él revela, *a pesar suyo*, demuestra claramente que la pretendida «detención» no fue ni más ni menos que una verdadera *expedición*. El tribuno de las cohortes, magistrado militar *con rango de cónsul*, no se desplaza con una decuria por escolta. Y no va a efectuar un simple arresto en compañía de un grupito de cabos de varas. Eso habría sido algo así como si el comisario general de policía fuera a detener en persona a un delincuente común en un pequeño coche patrulla.

Por lo tanto, fue para guiar a los romanos, y *sólo a ellos*, para lo que Judas se puso en cabeza del pequeño ejército de 800 hombres que

³⁵ Los escribas del siglo IV omiten decirnos, sin embargo, por qué Jesús consiguió resucitar a Lázaro, y en cambio dejó que Simón, su padre, siguiera roído por la lepra.

se dispone, de noche, a rodear el monte de los Olivos. Y ése será su crimen, inexplicable a los ojos de todos los demás: haber entregado al rey legítimo de Israel, al Ungido, al Hijo de David, no a una secta rival como era el judaísmo oficial, sino a los romanos, a los aborrecidos ocupantes. Volvamos al texto de *Juan*:

«*Los judíos* le buscaban durante la Fiesta (de los Tabernáculos) y decían: "¿Dónde está?" Y había entre la muchedumbre gran murmullo acerca de él. Unos decían: "Es hombre de bien". Mas otros decían: "No, embauca al pueblo". Sin embargo, nadie hablaba libremente de él, por temor a los judíos.» (*Juan*, 7, 11-13.)

¿Qué significa eso? Nada serio.

Pero si sustituimos «los *judíos*» por «los *romanos*» todo está clarísimo. Y se comprende por qué Judas se pondrá en cabeza de la cohorte para mostrarles por fin aquel al que buscan desde hace tanto tiempo: *a Jesús, jefe de la Revolución judía del año 33...*

Porque es evidente que los judíos, por su parte, conocían perfectamente a Jesús. Él mismo lo proclama: «*Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar, y no me prendisteis...*» (*Mateo*, 26, 55.) Sí así era, ¿de dónde íbamos a sacar que lo andaban buscando?

Pero los romanos, en cambio, no le conocían. Al mantenerse aparte de la vida judía, no podían, *en su calidad de gentiles*, penetrar más allá del recinto reservado a éstos en el Templo. No podían tener acceso a la nave en la que, cada día, los judíos podían escuchar a Jesús predicando la restauración del Reino de Dios, ese reino en el que, según la doctrina de su padre, Judas de Gamala, no habría sino un solo amo, un solo rey, el dios de Israel, Yavé. Y esa doctrina la predicaba también él, a su vez: «...uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos...» (*Mateo*, 23, 8.)

Es muy probable que, al abandonar el Templo, por la noche, lo hiciera mezclado con la muchedumbre que bajaba de las cinco naves superpuestas, y, por prudencia, rodeado por los suyos, por su guardia, como siempre. Quizá llevaba incluso una de esas máscaras de yeso, pintadas y con postizos, de las que nos habla Luciano de Samóstata, y que utilizará su hermano gemelo. La exigüidad de su estatura le ayuda a pasar todavía más desapercibido, y así los legionarios romanos estarán mucho tiempo sin poder identificarlo. Será necesaria, por último, la traición de su sobrino, Judas Iscariote, para señalarlo formalmente, en los Olivos, al tribuno y a la cohorte de veteranos que habían rodeado el monte.

Porque únicamente los centinelas que, de lo alto de la ciudadela Antonia, vigilaban de lejos el Templo, estaban en condiciones de observar, desde hacía largo tiempo, agrupaciones considerables y sospechosas en la nave de los hombres. «Subleva al pueblo...», le reprocharían los sanedritas (*Lucas*, 23, 5 y 14). Pero, por orden de Roma, Pila-

tos no habría podido enviar allí a nadie, porque a cualquier espía no judío le habría dado muerte la milicia del Templo, sin que Roma pudiera hacer nada por evitarlo.

De todos modos, fue por eso por lo que Judas Iscariote, para darlo por fin a conocer a los romanos, se puso en cabeza de la cohorte, quizá llevando él mismo de las riendas el caballo del tribuno.

Y esta traición los sicarios no se la perdonarían.

Afirmar que Judas fue ejecutado por los discípulos no dejará de suscitar numerosas protestas. ¿Cómo suponer que esos hombres melencólicos y barbudos, andrajosos e iluminados, todo dulzura y perdón, se erigieran en justicieros? Es que la prensa, el cine, la radio, la televisión, nos han acostumbrado a un modelo especial de «cristiano». Y ese «modelo» no concuerda con la verdad histórica.

¿Cómo hacer coincidir a ese tipo de iluminado inofensivo con el del *sicario* descrito por Flavio Josefo? La respuesta es muy sencilla. Basta con recordar esa hipocresía pasmosa con la que se nos intenta hacer creer que fue el Espíritu Santo quien cegó a Elymasbar-Jesús en Pafos, y no Pablo y sus compañeros; que fue el Espíritu Santo el que mató a Ananías y a su esposa Safira, en Jerusalén, y no Simón-Pedro y sus jóvenes; que fue el Espíritu Santo quien paralizó a la hija de Simón, pedida en matrimonio por un noble romano, y no el propio Simón; que fue el Espíritu Santo quien incendió Roma, como había sido anunciado en el Apocalipsis (¡y tardaba un poco!); y que también fue, una vez más, el Espíritu Santo quien incendió Bizancio la noche en que Juan Crisóstomo, exiliado por orden de la emperatriz Eudoxia, abandonó, loco de cólera, dicha ciudad.³⁶

Y, no obstante. Judas fue ejecutado y no se suicidó. Vamos ahora a proporcionar las pruebas:

Sabemos que los miembros de las corporaciones judaicas, tanto talladores de piedra como carpinteros,³⁷ no frecuentaban las sinagogas ordinarias: *poseían las suyas propias* (cf. Gérard Nahon: *Les hébreux*). Eso indica que poseían tradiciones quizá *particulares*, o al menos en algunos campos.

Quizá Simón llevaba el sobrenombre de «piedra» (mucho antes del regreso de Jesús, como ya hemos visto) porque había trabajado en canteras de piedra *cerca de Cafarnaúm, donde se encontraba su casa*. (Marcos, 1,29.)

Esas tradiciones corporativas fueron pasando, sin que se sospechara su importancia, por las corporaciones romanas y luego cristianas, hasta desembocar, a menudo deformadas y degeneradas, a la masonería.

³⁶ En el año 404.

³⁷ Porque era una sola corporación.

ría especulativa medieval. En el siglo xvii, en Gran Bretaña, esta última dio nacimiento a la francmasonería especulativa moderna.

Y vamos a descubrir, en el seno de sus tradiciones más secretas, un tipo de ejecución del *traidor* que va a llevarnos de nuevo hasta Judas.

En efecto. Simón tenía su vivienda familiar en Cafarnaúm, a la entrada del valle de Genezaret (*Marcos*, 1, 21 y 29). Pero más al sur, entre Tiberíades y Séforis, existen varios kilómetros de cavernas *que fueron explotadas como canteras*. En la época de Jesús, los proscritos, los rebeldes, los malhechores y los canaítas o zelotas, encontraban allí un refugio seguro contra la policía de Herodes o la romana. Algunos conseguían caer en el olvido. Y el rabino Simeón-bar-Jokai, de quien la tradición dice que fue quien dictó el *Zohar* a sus discípulos, vivió allí durante dieciséis años. Simón, llamado «la piedra», al habitar en esa región donde las canteras de piedra tenían tanta importancia, quizá debía a ellas su sobrenombre, o quizás incluso era también «Simón el Cantero».

En 1746, Carlos Eduardo Estuardo, pretendiente al trono de Inglaterra, hijo de Jaime Estuardo y nieto de Jaime II, fue vencido en Culloden (Escocia) por el duque de Cumberland, tercer hijo de Jorge II, y príncipe de la casa de Orange.

Los historiadores han descrito abundantemente las atrocidades de las tropas inglesas para con las tropas escocesas, y el duque de Cumberland entró en la Historia con las manos más ensangrentadas que un carnicero de bajos instintos.

Los jefes de la tentativa jacobita comparecieron ante la Cámara de los Pares. Los más importantes, Kilmarnock y Balmerino, fueron castigados más severamente. La sentencia habitual que se aplicaba a los *traidores*, a los desleales, a los rebeldes, decía:

«Seréis *colgados por el cuello*, pero no hasta que os sobrevenga la muerte, porque deberéis ser *abiertos vivos*. *Vuestras entrañas serán arrancadas*, luego quemadas ante vuestros ojos. Vuestras cabezas serán a continuación separadas de vuestros cuerpos, cortados en cuatro partes que se pondrán a disposición del rey.»

El rey Jorge II, por vergüenza o por miedo, ante el siglo que le contemplaba (porque estamos en el siglo xviii, Catalina de Rusia ha suprimido la tortura, Voltaire está al acecho...), no se atrevió a hacer ejecutar esa sentencia tan atroz, y los condenados fueron simplemente decapitados.

Pues bien, todos eran masones, pero masones de esa francmasonería jacobita de *obediencia católica*, y que se insertaba *desde hacía siglos* en la masonería operativa de Escocia. Su jefe era el gran maestro Charles Radclyffe, lord Derwentwater. Pero frente a ellos se erguía la recién llegada francmasonería inglesa de *obediencia protestante*,

nacida en Londres en 1715. Y como en el caso de Cazotte, se trató del proceso a francmasones juzgados por francmasones. Hubo una traición de la que no se habló oficialmente, la que habían cometido los masones jacobitas escoceses, convertidos en soldados de los jesuitas. Y la sentencia primera fue la que las tradiciones masónicas cuentan que fue aplicada a *los asesinos de Hiram*. Véamosla:

En el ritual masónico del grado «*Ilustre-Elegido de los Quince*» se encuentra la ejecución de los dos últimos asesinos de Hiram. El primero había sido tratado en el grado precedente: «*Maestro-Elegido de los nueve*», y la muerte de los dos últimos cierra el tema general de la venganza. Veamos el relato ritual:

«Seis meses después de la muerte de Hiram y de su asesino, Abyram Akiroph, uno de los intendentes de Salomón, llamado Ben-Acar, al efectuar una búsqueda por el país de Goth, tributario de Salomón, se enteró de que Sterkin y Osterfult, los otros dos asesinos de Irma, se habían refugiado allí, creyéndose a salvo. En cuanto Salomón lo supo, escribió inmediatamente a Malla, rey de Goth, y le hizo saber su deseo de castigar ese crimen.³⁸

»En consecuencia. Salomón eligió a quince de los más dignos y más celosos maestros, entre los cuales se contaban los nueve que habían ido en busca del primer asesino, Abyram Akiroph. Partieron el 15 del mes de Tammuz y llegaron el 28 del mismo mes al país de Goth³⁹ Entregaron la carta de Salomón a Malla, rey del país, quien, asustado por esta noticia, dio de inmediato las órdenes pertinentes para que se buscara a esos dos bandidos y fueran entregados a los israelitas, sintiéndose muy feliz de desembarazar a sus Estados de semejantes monstruos.

»Se emplearon cinco días en llevar a cabo las más exactas pesquisas. Por último, dos de los "Quince" fueron los primeros que descubrieron a los dos asesinos de Hiram en una caverna denominada "*Bendicar*". Fueron encadenados juntos y cargados de pesadas placas, sobre las que se grabó el crimen del que se les hacía culpables y el tipo de castigo que les estaba reservado.

»Llegaron a Jerusalén el 15 del mes siguiente, y fueron conducidos ante Salomón quien, después de haberles reprochado la negra fechoría de la que eran culpables, ordenó que les llevaran a la torre de Achyar, hasta el momento de su ejecución.

»Al día siguiente, hacia las diez de la mañana, *fueron colgados a*

³⁸ Es posible que el reino de Goth, desconocido en la Biblia, sea el mismo que el de Goh, citado en *II Samuel*, 21, 18.

³⁹ Obsérvese que el desarrollo de la venganza ritual tiene lugar durante 1: decreciente de la luna del mes de Tammuz.

un poste por el cuello, con los brazos y las piernas atados por detrás. Su cuerpo fue abierto crucialmente, desde el pecho hasta el pubis. Permanecieron en este estado durante ocho horas. Lentamente las entrañas fueron descendiendo, los insectos y las moscas se hartaron con su sangre y con el jugo de sus vísceras.

»Sus gritos y sus gemidos eran tan lamentables, que conmovieron incluso el corazón de los verdugos. De modo que les cortaron la cabeza y arrojaron sus cuerpos por encima de las murallas de Jerusalén, donde sirvieron de pasto a los cuervos y a los animales salvajes.»

Dejemos los detalles de esta historia, sin fundamento histórico seguro. Constatemos simplemente que, por el canal de las corporaciones judaicas, por el de la famosa «*ruta del estaño*», una tradición judicial concerniente al castigo de los *traidores, rebeldes a su soberano*, pasó, del Israel antiguo y de sus corporaciones, a la Escocia medieval, en sus corporaciones.

Esta tradición implica que el *traidor a su rey, colgado por el cuello a un poste*, con los brazos y piernas atados por detrás, con lo que el cuerpo quedaba vuelto hacia abajo, *era a continuación rajado por el vientre, a fin de que las entrañas escaparan por allí, por su propio peso, lentamente.*

Pues bien, si damos crédito a *Mateo* y a los *Hechos*, Judas Iscariote murió *colgado y perdiendo sus entrañas*. No son ésas unas operaciones que pueda realizar fácilmente un solo hombre. Le ayudaron. Y ahí no vacilamos en reconocer la mano de los *sicarios* una vez más. Porque los *Hechos* contradicen a *Mateo* en la tesis del suicidio. Un hombre que compra un campo con el beneficio de una operación, aunque sea delictiva, no se abre las entrañas accidentalmente, sin que le ayuden. Y si además se cuelga, todavía menos. Así pues, Juda-bar-Simón, llamado Iscariote, hijo de Simón-Pedro, sobrino de Jesús, nieto de María, fue ejecutado por los discípulos, lisa y llanamente.

Pero el lector creyente dirá: ¿qué prueba que los apóstoles y los discípulos tomaran parte (o incluso ejecutaran) en un crimen tan salvaje, sea cual fuere su carácter justiciero? Si ha quedado bien probado que se trató de un *rito de venganza* muy preciso, si se ha demostrado que ese rito era el propio de los miembros de las corporaciones judaicas, quedaría aún por demostrar que los apóstoles eran miembros de éstas.

Hemos previsto esta objeción, y tiene respuesta.

En los mismos *Hechos de Tomás*, citados en el capítulo 6 con referencia al misterioso gemelo de Jesús, cuando Tomás, alias Judas, es vendido a un mercader de esclavos (ya hemos explicado por qué), el

citado Tomás, para estar bien seguro de que el comerciante lo compra, precisa que posee un oficio, cosa que, en el caso de un esclavo, aumenta su valor. Y declara *ser carpintero*, como su hermano gemelo Jesús, que sabía tallar columnas, mármol, piedra, etc. Es, por lo tanto, *carpintero y cantero*, y sabemos que esos dos oficios, en Judea, no constituían sino una sola y única corporación.

Conclusión: Jesús no fue «oficialmente» sólo carpintero, sino también *cantero*, dado que era la misma corporación. Sin duda nunca practicó mucho esas dos profesiones. Pero oficialmente lo era. Y como en Israel todo hombre debe poseer un oficio, eso constituye para él una justificación civil.

Por otra parte, igual que en la antigua Francia y en toda la vieja Europa, el hijo debe permanecer en la corporación de su padre. No puede salirse de ella (y tampoco tiene interés en hacerlo, puesto que hereda sus astucias en el oficio, sus herramientas de trabajo, su reputación). De modo que podemos sacar la conclusión de que su padre. Judas de Gamala, también poseía oficialmente esa doble calificación. *Y eso implica que los hermanos de Jesús también la poseían*. La pesca no era sino un medio accidental de subsistencia, igual que la caza. (En nuestros días, la caza o la pesca furtiva es un complemento alimentario para ciertos trabajadores agrícolas.) Así pues. Simón debe su sobrenombre de «piedra» a algún episodio de su vida obrera o a una identidad de carácter con su propio oficio.

Y, nueva conclusión, si los jefes del movimiento zelota, Jesús y sus hermanos, son miembros de la corporación de los carpinteros y canteros, es probable que reclutaran a sus fieles en ese mismo medio. No olvidemos que las corporaciones judaicas tenían sus sinagogas particulares, lo cual implica que estaban «aparte» de la población judía corriente. En hebreo eso constituía la clase de los «*separados*». De los cuatro mil o cinco mil hombres que formaban la mano de obra de Jesús (*Mateo*, 14, 21 y 15, 38), ¿cuántos pertenecían a dicha corporación?

Y esa pertenencia a la corporación implica, en consecuencia, el uso de un ritual concreto para la ejecución de un traidor, asesino de su señor. Y por consiguiente fueron realmente los discípulos los autores de una represión así de salvaje⁴⁰

⁴⁰ Esto explicaría el carácter judaico absoluto de los primeros grados, llamados «de venganza», en la francmasonería escocesa. Habría existido una *transmisión real*, desde los tiempos más remotos, de donde el papel de los *puñales* en esos grados, en recuerdo de la *sica* de

La traición de Judas Iscariote y su ejecución por los otros miembros del estado mayor de Jesús pesaron sobre el cargo de su padre, Simón, a quien con toda seguridad le retiraron mucho de la confianza común.

Y, por cierto, ¿por qué confió Jesús su madre a Juan, y no a sus otros hermanos, hijos de María al igual que él: «Simón, Santiago y Judas...» (*Mateo*, 13, 55)? Porque al fin comprendió la traición de los suyos; se habían deshecho de él, y *harían callar a Judas* para que no quedara ninguna huella de esta traición general. Recordemos que ya habían querido encerrarlo como loco (*Marcos*, 3, 21). Sus familiares habían ido para eso.

Pretender, por otra parte, que Judas traicionó a su tío y su rey por treinta monedas de plata es una explicación que carece de valor. Judas era ladrón (*Juan*, 12, 6), sin duda de profesión; era un salteador de caminos, como la mayoría de los *sicarios*, según dicen los Evangelios. «Como guardaba la bolsa, robaba lo que se metía dentro de ella.» (*Juan*, 12, 6.) Hubiera podido continuar así todavía durante mucho tiempo, porque esa bolsa se llenaba a la medida de sus necesidades.

Si traicionó fue, sin duda, por dos razones.

La primera fue que Jesús probablemente había efectuado una especie de reconversión del movimiento después de la evocación del Tabor. Una entidad misteriosa había tomado posesión de él. O una evolución interior le había conducido a rechazar esa guerra despiadada y sin cuartel, donde todo estaba perdido de antemano, frente a la potencia de Roma. O bien había envejecido («próximo a la vejez», nos dice san Ireneo), y ya no tenía más esperanza. En cambio Judas era joven, y ni el odio a los romanos ni las locas esperanzas habían muerto en su corazón.

La segunda fue que, al ser hijo de Simón, el cual era hermano de Jesús, tras la designación de su padre como sucesor del Hijo de David, la realeza teórica de Israel pasaba a su descendencia. Él, Judas, ladronzuelo de los caminos, sicario sin celebridad, se convertía, a la muerte de su padre, en el jefe del mesianismo judío. Y ya a la muerte de su tío. Jesús, se convertía en el «delfín».

¿Por qué Simón rondaba *solo* después de la detención de Jesús, lo más cerca posible del lugar de la audiencia judicial? ¿Era por fidelidad (su triple negación lo hace poner en duda), o por temor a que Jesús fuera finalmente liberado y regresara a pedir cuentas a Simón, y a su hijo Judas?

Quizá no fue necesario nada más para decidir suprimir a este último (con beneficios además, ya que, con seguridad, a la cabeza de Je-

los zelotas. Y el ritual manuscrito del grado de caballero: Kadosh, de 1756, lo prueba más que sobradamente.

sús los romanos le habían puesto precio, y la cantidad debió de ser bastante superior a treinta dinares), quizá no necesitó de nada más para decidir la supresión de ese jefe que había entrado en la desviación doctrinal y táctica.

¿Pensaría también en suprimir a Simón, su padre, más adelante? No es improbable. *Las Antigüedades judaicas* y las *Guerras de Judea* relatan esos odios familiares sin piedad, en el seno de las familias dinásticas del Oriente Medio. Sea lo que fuere, la espantosa muerte de Judas Iscariote no indignó a su padre Simón, sino que dejó que se hiciera lo que, a los ojos de todos, era un acto de justicia, si no lo aprobó también él.

Pero no se acabaron ahí las consecuencias de los sucesos relacionados con la muerte de Jesús.

He conservado para el final del capítulo el texto de un documento esencial para mi tesis: Judas Iscariote *ejecutado como castigo a su traición*. Ese texto parece demostrar que volvió contra él a todo el estado mayor de Jesús, sin duda con su padre incluido. Porque ¿acaso al actuar así no había puesto en peligro a todos los discípulos, que pudieron ser apresados por los romanos? En todo caso, veamos el texto. Está sacado del *Evangelio de Bartolomé*, apócrifo copto del siglo V, y figura en su primer fragmento:

«Y Jesús se volvió entonces hacia el hombre que le había entregado, es decir, hacia Judas Iscariote. Y le dijo: "¿En qué te has beneficiado, Judas, por haberme entregado?... Yo he sufrido todos los dolores por salvar a una criatura, pero tú Judas, ¡ay de ti!... ¡Doble anatema sobre ti! ¡Que la maldición caiga sobre ti!..."»

»Porque la herencia de Judas es con el Diablo... Se ha borrado su nombre del Libro de la Vida. *Se ha quitado su destino de entre el número de los vivos...* Se ha destruido su panegírico, se ha lacerado su estrella... Satanás ha recibido su juicio con él, cuando se va, despreciado por todos. Le han quitado su episcopado. Le han robado su corona. Unos extraños se han apoderado de sus penas. Se ha revestido de maldición. Ha sido impurificado como el agua corrompida. Le han robado sus vestiduras de gloria. Han apagado la llama de su astro. Han dejado su casa desierta. *Sus días han sido abreviados. Su vida ha terminado.* La paz se ha alejado de él. El dolor ha venido a su encuentro. Las tinieblas le han invadido. El gusano lo ha heredado. Lo han cubierto de podredumbre. *Los ángeles que siguen al Señor lo han rechazado...*

«Ésas son las cosas que el Salvador dijo sobre Judas, que estaba en el fondo del Amenti. Entonces el Salvador resucitó de entre los muertos al tercer día...» (*Evangelio de Bartolomé*, primer fragmento.)

De ese texto se desprende una especie de excomunión (análoga, sin

duda, al terrible *herem* judaico, figura que precedió a la ulterior excomuniación romana), que fue lanzada contra él, y que, para mayor seguridad, fue seguida por la ejecución mediante ahorcamiento (rito judicial regular de la ley judía), acompañada de la eventración con la *sica*.

En ese texto vemos cómo la violencia aumenta de secuencia en secuencia, y podemos seguir línea por línea la exaltación del odio del que habla, objeto perseguido a fin de conferir mayor fuerza a este extraño texto. Pero también encontramos en él la confesión implícita de la ejecución de Judas. Hay que ser tan ciego como el infortunado Elymas-bar-Jesus en Paros,⁴¹ para no constatarlo. En cuanto a los «ángeles» de los últimos versículos (*ángelus* en latín, *aggelos* en griego, significan *mensajero*), en ellos veremos simplemente a «enviados», elegidos para esta tarea vengativa.

Falta la fecha de la ejecución de Judas. Podemos situarla, en virtud mismo del texto, en los tres días siguientes a la muerte de Jesús, de lo que da fe la última frase.

Parece ser que la esposa de Judas, que según otro evangelio apócrifo era la nodriza del hijo de José de Arimatea, también fue suprimida. Por eso es por lo que el texto dice que su casa quedó desierta, o mejor aún: «*Han dejado su casa desierta*». Por consiguiente, no dejaron allí a ningún ser viviente. Pero como se nos precisa que su mujer amantaba al hijo de José de Arimatea, *eso prueba que acababa de ser madre*. Por lo tanto deducimos que el hijo de Judas y de su esposa debió perecer también.

Aquí abrimos un paréntesis. *El Evangelio de Bartolomé*, en uno de sus fragmentos, especifica que José de Arimatea fue a recoger a su hijo a casa de Judas Iscariote después de ser apresado Jesús en el monte de los Olivos. Pero, fiel a la tendencia a lo maravilloso de la mayor parte de los apócrifos, cuenta que fue a petición del propio niño, que no podía soportar la maldad de la mujer de Judas.

Un niño que mama todavía de su nodriza no tiene semejantes escrúpulos de conciencia. No habla todavía, o apenas. Traduzcámoslo pues: José de Arimatea, *prevenido de lo que iba a pasar en casa de Judas*, se adelantó al grupo de *sicarios* designados por los discípulos para hacer justicia al traidor y a los suyos, y llegó a tiempo para recoger, antes de su llegada, a su propio hijo.

¿Cómo se llamaría el hijo de Judas Iscariote? Observaremos que el *Evangelio de Bartolomé* lo presenta en masculino, por lo tanto se tra-

⁴¹ Hechos, 13-8

taba de un varón. El árbol genealógico de su padre permite suponer que se llamaría Simón, en virtud de una especie de costumbre familiar, que la genealogía permite constatar; existe un ritmo en los nombres:

<i>Ezequías-bar...</i>	Capturado y crucificado por orden de Herodes es padre de:
<i>Judas-bar-Ezequías,</i>	alias Judas de Gamala, Judas de Galilea, Judas el Gaulanita, jefe de la Revolución del Censo, quien es padre de:
<i>Simón-bar-Judas,</i>	alias Simón-la-Piedra, Simón el Zelota, Simón el Cananeo, Simón Iscariote, quien es padre de:
<i>Judas-bar-Simón</i> <i>Simón-bar-Judas,</i>	alias Judas Iscariote, quien es padre de: el niño del que nos habla el <i>Evangelio de Bartolomé</i> , hermano de leche del hijo de José de Arimatea, alias José del recinto de los muertos, el sepulturero. Pero, recordémoslo, ese nombre de Simón no es sino una <i>suposición</i> .

¿Cómo murieron la esposa de Judas y su hijito? En primer lugar debemos recordar que estamos tratando de tradicionalistas fanáticos, partidarios de esa «cuarta secta» fundada por Judas de Gamala, y señalada por Flavio Josefo. Son integristas puros.

Y partiendo de ese hecho podemos estar seguros de que también ahí, en la ejecución de la joven esposa de Judas Iscariote y de su hijo, aplicaron el «ritual» habitual en semejante circunstancia. Exactamente igual que en el caso de Iscariote, ya que todo eso estaba destinado a servir de ejemplo.

Ese ritual estaba ya definido en los Salmos (69, versículos 26 y 109, versículos 8 a 12). Ahí se prescribe que su morada quedará *desierta*, y *cáela* en *ruinas*. Probablemente se llevarían a la mujer y al niño, e incendiarían la casa.

¿Cómo debió perecer la esposa de Judas? Una frase de Jesús nos pondrá sobre la pista, al evocar discretamente ciertas costumbres del

Oriente Medio:

«¡Ay entonces de las embarazadas y de las que estén criando en aquellos días!...» (*Lucas*, 21, 23.)

El último caso es el de la joven esposa de Judas. En efecto, en el caso de las primeras, cuando tenía lugar el saqueo de las ciudades ocupadas, era costumbre general de todos los pueblos de esas regiones rajarles el vientre desde el pubis al esternón, y luego partir en dos el útero.

En cuanto a las segundas, o bien hacían lo mismo, y al niño le aplastaban la cabeza contra una pared, o lo arrojaban bajo la rueda de un carro, o bien (si los vencedores tenían tiempo) lo machacaban en uno de aquellos grandes morteros tan usuales en aquellas tierras. También se dio el caso de adultos que fueron machacados en morteros de su tamaño. (// *Reyes*, 8, 12 y 15, 16; *Amos*, 1, 13; *Isaías*, 13, 16 y 14, 21; *Nahum*, 3, lü; *Oseas*, 10, 14; 14, 1.) o bien utilizaron un medio empleado por los guerreros de Antíoco IV, rey de Siria, llamado Epífano (el Ilustre), quien entre el año 174 y el 164 antes de Cristo persiguió a Israel, fue vencido por los macabeos, y murió loco furioso; ese método consistía en colgar a los niños por el cuello de un cordón atado al cuello de su madre, quien era ahorcada a su vez en su propia casa, con el fin de hacerla definitivamente impura, debido a los cadáveres.

«Colgaban a los niños del cuello de sus madres en todas las casas donde los encontraban...» (*I Macabeos*, 1,61.)

Esta crueldad no era nada extraña en Israel, y en el Antiguo Testamento vemos cómo a los presuntos culpables se les da muerte junto con sus esposas, hijos, servidores y esclavos, e incluso con sus animales domésticos, ganado, etcétera.

Esa tradición persiste todavía en dichas regiones. Durante la revolución egipcia, en El Cairo, cuando los sublevados invadieron el palacio del ex rey Faruk, mataron a todos los animales domésticos que la reina y el rey tenían para su solaz, y reventaron los ojos a los poneys de las cuadras reales.

Si estuviéramos seguros de que Judas compró realmente el campo con la recompensa que recibió por la captura de Jesús, podríamos levantar otra hipótesis distinta a la señalada antes. Los apócrifos nos muestran a su esposa reclamándole dinero sin cesar. Por ella se habría convertido Judas en ladrón, a expensas de la bolsa común de todos los discípulos. Era muy joven, evidentemente, y ella también.

Y entonces la compra de un campo, el hecho de residir en una casa en Jerusalén (o cerca), y no ya en Galilea, en casa de su padre Simón,

en Cafarnaúm, mostraría a un Judas deseoso de liberarse del ambiente mesianista. Podríamos entonces imaginar que entregó a su tío Jesús, «Hijo de David», y rey de Israel, sólo para poner fin a una lucha terrible y sin esperanzas, y para escapar por fin a ese papel de *sicario* y vivir a partir de entonces una vida apacible, cultivando su campo y gozando de la vida familiar por fin conseguida.

De todos modos, la llegada de los *sicarios* puso fin a su sueño, fuera el que fuese, y la implacable venganza mesianista se cobró tres cadáveres más.

26.- Jesús y las mujeres

«Todos aquellos que han llegado a los límites más extremos de la voluptuosidad con la criatura más amada, han tenido la sensación más o menos contusa de que rozaban algo divino, de que se acercaban al mayor misterio del mundo...»

MAURICE MAGRE. *L'Amour et la Haine*

Hay un problema que raramente ha sido abordado por los historiadores más liberales en sus estudios sobre Jesús, y es el de su vida de hombre. Sea por timidez, por miedo a reacciones hostiles, o por ceguera dogmática previa, lo cierto es que parece que el solo hecho de aludir a ello constituya un escándalo.

Pero la religión judía hacía del matrimonio y de la procreación legítima un deber que muy pocos israelitas se atrevían a desobedecer. Sin duda se citará a los esenianos, pero Jesús no fue jamás eseniano; su comportamiento verbal, el hecho de beber vino, de admitir los sacrificios animales, su desprecio de la limpieza corporal,⁴² así como el hecho de infringir los usos más formales de la tradición mosaica en ciertos campos, demuestran que nunca fue eseniano. Todo lo más, estamos casi seguros de que fue miembro de aquel extremismo salido de esa secta, y que se convertiría, como señala Dupont-Sommer, en la gran corriente política extremista constituida por los zelotas.

Sobre el matrimonio necesario y obligatorio, citaremos la propia ley judía:

«El que no se casa, vive sin gozo, sin bendición y sin bien...» (*Talmud: Yebamoth*, 62 b.)

«La casa de un hombre, es su esposa...» (*Talmud: Yoma*, 11.)

«Casad a vuestros hijos ahora que todavía los tenéis bajo vuestra mano. De los dieciséis a los veintidós años, o mejor aún, de los dieciocho a los veinticuatro...» (*Talmud: Kidduchim*, 30 a.)

Por regla general, el amor mutuo debe justificar el matrimonio, esa

⁴² *Mateo*. 15. 1-3 y *Lucas*, 11, 37-42.

regla es muy explícita. El matrimonio por interés, el efectuado entre esposos mal avenidos, el matrimonio forzado, por causa de los padres, todos ellos están condenados por la ley judía.

El divorcio se toleraba por causas graves, pero era deplorable:

«Quienquiera que repudie a su mujer en su juventud, el propio Altar derrama lágrimas por ella. Porque Él (Dios) odia el repudio...» (*Talmud: Malachim*, 2, 13s y 16.)

En principio, lo único que se admitía para justificar la repudiación de una esposa era la infidelidad.

De todos modos, Jesús no se casó nunca. O al menos no ha quedado ningún rastro de esa unión, si es que hubo una. Sin duda Juan, el «discípulo bienamado», fue el único de todos que se quedó soltero. Una tradición eclesiástica cuenta que, a su muerte, se pudo constatar que sus órganos sexuales habían permanecido como los de un niño de apenas seis años. Esto tendería a representarlo como anormalmente constituido, dado que sexualmente era impotente. Quizás era una tara congénita, o quizá fue consecuencia de las prácticas mágico-psíquicas de las que trataremos en seguida, pero, en todo caso, era una tara religiosa, que impedía cualquier unión legal según la ley judía.

Si murió efectivamente en Éfeso en el año 96 de nuestra era, debía tener unos treinta años en la época en que se sitúa la ejecución de Jesús. Pero en su propio evangelio hay un pasaje que suena un poco extraño, y ése es el único evangelio que cita el hecho:

«Uno de sus discípulos, el amado de Jesús, estaba recostado en el seno de Jesús. Simón-Pedro le hizo señal, diciéndole: "Pregúntale de quién habla". Y este discípulo, reclinándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: "Señor, ¿quiénes?...» (*Juan*, 13,23-25.)

En los banquetes antiguos, los hombres estaban reclinados en caires, y la esposa, o la «compañera» del banquete, disponía de un asiento a su lado, en el que se sentaba. En Grecia, a esas compañías ocasionales, análogas a las *geishas* del Japón, se las llamaba «sombras». El tipo superior era la *hetaira*, la «leona» de aquellos tiempos. Tan sólo cuando se acercaba el final de la comida se tendían las mujeres al lado de los hombres, y los servidores extendían coberturas sobre las partes inferiores de los cuerpos.

Entre los judíos, la comida pascual se celebraba también así: cada uno de los convidados debía tenderse «como un rey», y toda la familia se encontraba presente, mujeres y niños incluidos. El elevado carácter moral de esta comida pascual excluía, en cambio, cualquier equívoco, cosa que, evidentemente, no solía suceder siempre entre los griegos o los romanos.

Pero, cosa extraña, la Cena supuestamente pascual de Jesús y sus discípulos no incluía a ninguno de los miembros de sus familias, ni las esposas ni los hijos. Y por eso, precisamente, no era una comida pascual ritual. Lo que demuestra que no fueron judíos los autores de los

Evangelios canónicos, sino griegos anónimos del siglo IV, que ignoraban las costumbres judaicas, y quizás incluso aborrecían a las mujeres.

Pero cuando esto se vuelve ya más que sorprendente es cuando vemos que un joven, que, como hemos visto, *carecía de los caracteres viriles*, se recostaba sobre el seno de Jesús, que según san Ireneo contaba ya cincuenta años, en lugar de la esposa ausente. El porqué de esa extraña actitud permanece inexplicado, a menos que tengamos en cuenta la acusación de homosexualidad sostenida recientemente por varios historiadores, entre los cuales se cuenta un pastor metodista.

Pero nosotros no sostendremos esa hipótesis, y pronto veremos por qué. De ese laberinto mendaz construido por los escribas anónimos del siglo IV parece desprenderse, sin embargo, que Juan, también «hijo de Zebedeo», no fue sino un hermano mucho menor de Jesús. Y no olvidemos las extrañas palabras pronunciadas por ese mismo Jesús:

«Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que se han hecho a sí mismos tales por amor del reino de los cielos...» (*Mateo*, 19, 12.)

Es probable que algunas prácticas psíquicas (videncia, profetismo, etc.), el uso de ciertos productos con los mismos fines, utilizados ya desde la adolescencia, desvirilizaran poco a poco, sin intervención quirúrgica, a quien hiciera uso de ellos.

Casi todos los productos clasificados bajo el nombre de «estupeficientes» son, en efecto, *afrodisíacos* para las mujeres, y *desvirilizantes* para los hombres.

Como el profesor Maier observa: «En la mujer, la embriaguez cocaínica, incluso ligera, desencadena una irritabilidad sexual irresistible».

En el hombre, por el contrario, la excitación del simpático tiene más bien como efecto provocar una vasoconstricción local que entorpece la función. Jean Cocteau resumió así la oposición:

«En el hombre la droga no adormece al corazón, adormece al sexo. En la mujer despierta al sexo, y duerme al corazón». Pero la fórmula es demasiado esquemática para ser exacta, biológicamente hablando. A largo plazo, las dos acciones desembocan en una misma atonía sexual.

Pues bien, en todo el Oriente Medio se conocía ya, en aquella época y desde hacía siglos, el hachís; el antiguo Egipto usaba el opio en tiempos de Ramsés II; griegos y romanos conocían los efectos de la adormidera, llamada en griego *mékon*.

Esa atonía sexual pudo ser inicialmente la causante de las formulaciones doctrinales que desembocaron en la proliferación de todas las

sectas cristianas llamadas encratistas: *tatianistas*, *encratistas*, *continentes*, *severianos*, *apotácticos*, *sacóforos*, etc., sectas caracterizadas por el horror al matrimonio y a la procreación. Encontramos un eco de ellas en la exaltación de la castidad y de la continencia común a todo el conjunto de la corriente patrística.

A esas sectas cristianas se opondrían otras sectas asimismo cristianas, y a las que se clasificaría bajo el nombre general de *gnósticos licenciosos*: *carpocratianos*, *nicolaítas*, *barbelitas*, etc. Estos últimos serían los que justificarían la acusación de inmoralidad y de prácticas orgiásticas que escandalizaron tanto a los padres de la Iglesia oficial como a los autores latinos, como Cornelius Pronto.

Pues bien, esas prácticas licenciosas estuvieron muy extendidas. Veamos algunas citas que darán luz al lector:

«Tras una larga comida, cuando los vinos con los que se han embriagado comienzan a excitar en ellos los fuegos del desenfreno... las antorchas caídas se apagan. Entonces, libres de la importuna luz, se unen al azar, en medio de las tinieblas, en escandalosos enlaces...» (Minutius Félix, *Octavius*, VIII-IX.)

San Pablo evoca con embarazo esos «ágapes» especiales en su *Primera Epístola a los Corintios* (11,17).

«Entre vosotros, el ágape proporciona a vuestros jóvenes la ocasión de acostarse con cristianas...» (Tertuliano, *De Jejuniiis*, 17.)

«Muchas de ellas deberán pasar después por la abonadora...» (Tertuliano, *De virginibus velandis*, XIV.)

La sodomía entre hombre y mujer no era desconocida en esos medios. San Cipriano la estigmatiza:

«No hay, entre esas hermanas, ninguna que pueda ser defendida ni que pueda probar que es virgen, pues aunque se la reconociera como tal en las partes comunes a las mujeres, pudo haber pecado en otras partes del cuerpo...» (Cipriano, *Epístolas*.)

Orígenes el Impuro (a quien no hay que confundir con Orígenes Adamanteus, el «gran Orígenes») y sus discípulos enseñaban la legalidad «religiosa» de la sodomía entre esposos, a fin de evitar el riesgo de procreación, a causa de la cual un alma se hundía en la Materia. ¡Era la aplicación de esos principios, llevada al límite más extremo! Y Pablo, horrorizado, estigmatizará semejantes costumbres:

«Es ya público que entre vosotros reina la impudicia, ¡y una impudicia tal, que no se encuentra ni entre los paganos! Hasta el punto de poseer uno de vosotros la mujer de su padre...» (Pablo, *Primera Epístola a los Corintios*, 5,1.)

Como las ceremonias de vigiliatías tenían lugar en locales muy mal iluminados, por la noche, san Jerónimo conjura a las jóvenes a que no se alejen de su madre ni a la distancia de una uña: «...*transver-sum unguen...*» (Jerónimo, *Ad Loetam, De institutionefiliae*.)

«La mayor ocupación de ciertos clérigos consiste en procurarse di-

recciones de mujeres ricas...» (Jerónimo, *Cartas*, XXII.)

De donde su amargo juicio:

«¡Esposas sin bodas, concubinas sin sombra de religión, cortesanas y hermanas voluptuosas, que buscan hermanos de placer, y que, pasando por castas y vírgenes, tras una comida exquisita, sueñan con apóstoles!...» (Jerónimo, *Cartas a Eustaquio*, XXII.)

Algunos clérigos y algunas «vírgenes consagradas al Señor» vivían como *agapetas*, es decir, en pareja, y san Jerónimo dirá de ellos:

«No tienen sino una sola casa, a menudo un solo dormitorio y una sola cama...» (Jerónimo, *Cartas a Eustaquio*, XVIII.)

Sucedía a menudo que esas vírgenes, llamadas *sub-introducta* (sub-introducidas), quedaban inevitablemente embarazadas. Y san Jerónimo las estigmatizaba:

«¡Míralas cómo miden sus pasos! ¡Admira su tocado, sencillo y modesto! ¡Pero la preñez traiciona su vida íntima!; algunas piden a los venenos la esterilidad, y otras matan su fruto antes de su nacimiento...» (Jerónimo, *Cartas a Eustaquio*, XXII.)

Juan Crisóstomo (347-407) censurará todavía más esos desenfrenos, corrientes en la gran masa cristiana, en dos de sus tratados:

Contra las vírgenes de Dios que cohabitan con hombres y Contra aquellos que introducen a vírgenes.

Todo eso durará todavía largo tiempo. Y en el año 741, san Bonifacio, arzobispo de Maguncia, denunciará al papa Zacarías:

«...a los diáconos que, de noche, se acuestan con cuatro o cinco concubinas, e incluso más. Y una vez se han convertido en sacerdotes u obispos, continúan con ese tipo de vida, diciéndose autorizados por Roma». (Cardenal Boronius, *Anales eclesiásticos*, año 741.)

Era preciso que esa masa cristiana, sincera, fiel en su fe, pero refractaria a la continencia, si no a la castidad, hallara en alguna parte motivo de justificación. Es obvio.

Y es en este punto donde volvemos a Jesús:

El propio Pablo tenía consigo a una concubina, y lo dice claramente: «¿No tenemos derecho de llevar con nosotros a una hermana *en calidad de mujer*, como los otros apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas? ¿O solamente Bernabé y yo no tendremos derecho a hacer uso de ello?...» (Pablo, *Primera Epístola a los Corintios*, 9, 5-6.)

En su *Vulgata* latina, san Jerónimo emplea el término *mulier*, que designa, efectivamente, a la mujer carnal, la esposa.

Ahora bien, poco antes del descubrimiento de los célebres manuscritos de Qumram, a orillas del mar Muerto, se habían exhumado fortuitamente unos manuscritos igual de valiosos. Esto sucedía en Khenoboskion, en el Alto Egipto. Se encontraba entre ellos un *Evangelio de Tomás* que no se conocía sino por citas que de él habían hecho Clemente de Alejandría y Orígenes a principios del siglo III.

De todos modos, no poseíamos los originales de estos autores, sino

que tan sólo los conocíamos a través de traducciones ulteriores, en manuscritos del siglo v.

El manuscrito hallado en Khenoboskion estaba redactado en copto, y era del siglo IV. Pero existían fragmentos de un papiro que figuraba entre los descubiertos en 1897 en Oxyrhynchus, en el Medio Egipto, y que no se había podido atribuir a ningún autor por estar demasiado incompleto. Ese texto, redactado en griego, era del siglo III, y contenía unos versículos típicos, que no se volvieron a encontrar hasta el *Evangelio de Tomás*, descubierto en Khenoboskion en 1947. Pudo entonces establecerse que, ya en el siglo III, el *Evangelio de Tomás* existía en su redacción completa.

Pero, dado que Clemente de Alejandría y Orígenes, que murieron en el año 220 el primero, y en el 254 el segundo, citan a ese *Evangelio de Tomás* como un texto muy antiguo ya en su época, podemos admitir que su redacción inicial debe situarse, por lo menos, en la segunda mitad del siglo II, con una fecha media que podía fijarse en los alrededores de los años 175-180.

Por lo tanto nos hallamos en presencia de un texto que puede clasificarse poco después de aquellos otros citados también por Clemente de Alejandría y Orígenes, el *Evangelio de los Hebreos* y el *Evangelio de los Egipcios*, que esos autores consideraban como los más antiguos apócrifos conocidos.

Veamos ahora el muy canónico *Evangelio de Marcos*. Jesús acaba de expirar en la cruz:

«Había también unas mujeres que miraban de lejos. Entre ellas estaban María de Magdala, María, madre de Santiago el Menor y de Josés, y Salomé, las cuales, cuando él estaba en Galilea, le seguían *le servían*, y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén...» (*Marcos*, 15,40-41.)

Lucas (8, 3) nos dice que esas mujeres «*le asistían con sus bienes*», es decir, con su dinero, puesto que habían abandonado sus casas. No se trataba ya de hospitalidad.

Pero he aquí que, en el *Evangelio de Tomás*, encontramos de nuevo a esa Salomé, y en el papel que Pablo daba a su compañera en la *Epístola a los Corintios*:

«Salomé dijo; "¿Y tú quién eres, hombre? ¿De quién has salido para *haberte metido en mi cama y haber comido en mi mesa*'?...". Y Jesús le dijo: "Yo soy aquel que se ha producido de Aquel que es su igual. Me han dado lo que es de mi Padre". Y Salomé respondió: "¡Soy tu discípula!..."» (*Evangelio de Tomás*, 65.)

De esas palabras, del tono adoptado por la tal Salomé, se desprende que gozaba de una situación social materialmente superior a la de Jesús.

El término griego que en *Marcos* (15, 40-41) han traducido por *servir*, significa también *asistir*, como en *laucas*.

No nos extrañemos. En la Historia han sido muy numerosas las mujeres que ayudaron económicamente al hombre al que amaban en sus empresas políticas, y el ejemplo de Corisanda de Gramont, que ayudó a Enrique de Navarra en su conquista de la corona de Francia, está en la mente de todos.

A esa Salomé la encontraremos también en el *Evangelio de los Egipcios*, y los versículos subrayarán que de lo que se trata en el texto antes citado, y en la alusión a Jesús entrando en la cama de Salomé, es, efectivamente, de sexualidad:

«Y María-Salomé preguntó al Señor: "Maestro, ¿cuándo acabará el reino de la Muerte?" Y Jesús respondió: "Cuando vosotras, mujeres, no concibáis más hijos... Cuando hayáis depuesto el vestido de vergüenza y de ignominia, cuando los dos se conviertan en uno, cuando el varón y la hembra estén unidos, cuando ya no haya ni hombre ni mujer, entonces terminará el reino de la Muerte..." Y Salomé prosiguió: "¿Entonces he hecho bien. Maestro, de no concebir?..." Y Jesús respondió: "Come de todos los frutos, pero del de la amargura (la maternidad) no comas..."» (*Evangelio de los Egipcios*, citado por Clemente de Alejandría en *Stromates*, III, IX, 66, y por Clemente de Roma [muerto en el año 97] en su segunda *Epístola a la Iglesia de Corinto*.)

Más adelante, en el mismo texto. Jesús responderá a Salomé:
«He venido a destruir la obra de la mujer...»

Teniendo en cuenta esos dos textos sorprendentes, quizá no sea inútil dar algunas precisiones sobre la posición de la ley judía en el terreno de la procreación:

Observaremos que, en el caso de una pareja casada:

1. La obligación de la procreación cesaba en cuanto la pareja había engendrado a dos hijos: niño y niña.

2. Los procedimientos de anticoncepción, bien conocidos en el mundo antiguo, tan sólo los podía utilizar la mujer, que no estaba sometida a las mismas exigencias legales que el hombre. Éste no podía emplearlos.

3. *Su utilización*, justificada por motivos de orden médico —psíquico o genético—, se inscribía entonces en la orden de la propia ley, y se convertía en un deber legal.

4. La necesidad o la decisión de evitar la procreación no anulaba en absoluto el deber moral y religioso (porque eso era) de la satisfacción sexual legítima. El Talmud la denomina «el gozo por excelencia» (en hebreo: *ein simha elah simha chel huppa*).

5. Las prácticas abortivas eran toleradas hasta el tercer mes de gestación. Los doctores de la ley consideraban que antes del primer trimestre del embarazo el germen no era sino *nephesh* (cuerpo), y que la *ruah* (el espíritu) y el *neshamah* (el alma) aún no se le habían unido.

Fuera del matrimonio legal, y en el caso de un simple concubinato

no reconocido por la ley, esas reglas eran todavía más elásticas, no cabe duda.

Tal como hemos dicho, el mundo antiguo conocía perfectamente los anticonceptivos mecánicos, generalmente utilizados por las mujeres de costumbres libres: bailarinas, músicas, cortesanas, etcétera.

Lo mismo sucedía con los procedimientos de aborto, y el uso de las plantas abortivas, como la ruda, la artemisa, el ajenjo, y sobre todo la temible sabina, no tenía ningún secreto para las parteras de aquella época.

Es decir, que la decisión de Salomé de no tener hijos no tenía en sí nada de extraordinario.

¿Quién era esa Salomé? Una mujer rica, evidentemente, pero ¿mesianista y zelota convencida, o simplemente admiradora de Jesús? Misterio... Pero del hecho de que se haya querido disimular ulteriormente que había sido la concubina de Jesús, y que éste hubiera sacado de ella el máximo de lo que un hombre puede sacar de una mujer, tenemos como prueba suficiente el silencio absoluto de Eusebio de Cesárea respecto a ella. Buscaríamos en vano cualquier tipo de evocación de ella en su *Historia eclesiástica*. Cita simplemente, bajo el reinado de Herodes el Grande (o sea, en el año 6 *antes de nuestra era*): «Salomé, hermana de Herodes, mujer de Alexas» (Eusebio de Cesárea, *Op. cit.*, I, VIII, 13). Y quizá sea por el mismo motivo por lo que los padres de la Iglesia *citan siempre a Herodías, y jamás a Salomé*, como la bailarina que exigió la muerte del Bautista. Hay silencios muy reveladores.

Para concluir, es evidente que Salomé, mujer rica según parece, no fue solamente la discípula de Jesús, no le sirvió y le siguió tan sólo, como reconoce Marcos. También le abrió su cama y su mesa, y ese hecho tan humano nos lo revela el *Evangelio de Tomás*. Comprendemos ahora los motivos de su desaparición...

Es de suponer que en el siglo n esto no constituía escándalo alguno, ya que estaban mejor documentados sobre el *Jesús de la Historia* que ahora, y era ése el episodio que los cristianos de la gran iglesia consideraban como justificativo de la existencia de una concubina junto a sus clérigos, de los siglos i al v.

Por eso Salomé, corazón fiel, acompañaría a Jesús hasta la cruz,⁴³ justificando así la palabra de Salomón:

«El amor cubre todas las faltas...» (*Proverbios*, 10, 12), sea cual fuere el misterio que cubre su personalidad.

⁴³ Recordemos que su pequeño «*osario*» figura entre los descubiertos cerca del «Dominus Flevit», en los Olivos, en la misma tumba que contenía los de otros comensales de Jesús.

Permanece en pie un enigma, el de la identidad de la mujer que vierte sobre los pies de Jesús un perfume de elevado precio que contenía un jarro de alabastro, y que seca a continuación con sus cabellos, después de haberlos «cubierto de besos» (*Lucas*, 7, 38).

No podía tratarse, contrariamente a la leyenda que voluntariamente se alimentó, de María de Magdala, porque ahora ya sabemos quién era (véase capítulo 10).

Tampoco podía ser Salomé, porque el tono de ésta es el de una mujer altanera, rica, acostumbrada a mandar; eso es lo que se desprende de la frase que nos cuenta el *Evangelio de Tomás*, en el versículo 65. Sobre esa otra mujer, los Evangelios canónicos nos proporcionan algunas precisiones:

Mateo dice de ella: «una mujer» (26,6-7).

Marcos dice lo mismo: «una mujer» (14,3).

Juan declara que se llama «María» (11, 2 y 12, 3).

Lucas dice de ella: «una mujer de mala vida» (7, 37), y la expresión griega inicial dice «una pecadora de la ciudad».

Evidentemente, el *Evangelio de los Egipcios* y la *Pistis Sophia* la llaman Salomé: María-Salomé. Pero no es ella la mujer del jarro de alabastro.

La *María* que, según *Juan* (12, 3), vierte el precioso perfume es hermana de *Marta* y de *Lázaro*, el «resucitado» a quien Jesús profesa un profundo afecto.

Viven en Betania, modesto pueblo situado en las afueras de Jerusalén.

Nada de eso evoca a la rica Salomé ⁴⁴

Pero conservaremos todo el derecho a asombrarnos de que Jesús, que sitúa a las prostitutas en cabeza del «reino de Dios», experimente asimismo satisfacción en alojarse en casa de una de ellas, contrariamente a la ley religiosa judía.

¿Y qué pensar de su hermana Marta? ¿De qué vive? No se nos dice.

¿Y qué hay de ese Lázaro, tan querido a Jesús, que tolera, contrariamente a la ley judía, que al menos una de sus hermanas sea «una mujer de mala vida»? ¿Y él, de qué vive?

Decididamente, si a esto sumamos los dos «Ishkarioth», padre e hijo. Simón y Judas, es obvio que Jesús, «hijo de Dios», frecuenta a gentes harto sorprendentes.

⁴⁴ Observemos, de paso, que la ley judía dejaba disponer a la mujer libremente de su fortuna si era la *única heredera* de su padre; de la renta que le *debían sus* hermanos si, existiendo ésta, habían heredado del padre; de su fortuna, si era *viuda sin hijos*. Y éste era el caso de Salomé, viuda de su primo Filipo Antipas.

¿Qué pensará su «Padre celestial», él, que había ordenado a Moisés: «Que entre las hijas de Israel no haya ninguna prostituta...»? (Deuteronomio, 23,18.)

Volvamos ahora, para terminar, a la misteriosa Salomé.

Hemos constatado que el tono de ésta en el *Evangelio de Tomás* dejaba adivinar una mujer rica, acostumbrada a mandar y que, finalmente, y en vista de todo eso, se pregunta cómo ha podido abrirle su cama y su mesa a un hombre como Jesús. Es, pues, indiscutiblemente, de un rango social elevado. Pero ¿quién puede ser?

Tenemos los nombres de algunas de las mujeres que seguían a Jesús y a los doce y «los asistían con sus bienes» (*Lucas*, 8, 3). En primer lugar hay una que se llama Susana, después una tal Juana (lochannah, en hebreo), «esposa de Chuza, intendente de Herodes» (se trata de Heredes Antipas).

Y de inmediato se nos ocurre una pregunta: ¿cómo pudo abandonar esta mujer a su marido para seguir a ese auténtico «maquis» ambulante que Jesús arrastra tras de sí, sin que Chuza, alto funcionario del tetrarca de Galilea, la hiciera volver a casa de grado o por fuerza? Y tanto más cuanto que está así mezclada con otras mujeres.

Segunda pregunta: cuando Heredes Antipas, despojado de su etnarcado, es exiliado y condenado a vivir en Vienne, en las Galias, en el año 39, es decir, cuatro o cinco años todo lo más después de la ejecución de Jesús, Herodías le acompaña a su exilio. Sabemos eso por Flavio Josefo y Eusebio de Cesárea. Pero ni el uno ni el otro nos dicen nada sobre lo que se hizo de Salomé, la hija de Herodías.

Tercera pregunta: los *Hechos de los Apóstoles* (1, 14) no nos hablan de ninguna de esas mujeres *nominalmente*. El texto dice «las mujeres», pero sabemos que, además de Salomé, Susana y Juana había otras. Ahora bien, fuera cual fuese su importancia pasada, no se dice nada de ellas. ¿Por qué?

Cuarta pregunta: ¿por qué Atanasio de Alejandría (295-373), Juan Crisóstomo (340-407) y Eusebio de Cesárea (265-340), no nos hablan sino de Herodías como «la bailarina» que pidió la muerte del Bautista, y silencian a Salomé, contradiciendo así formalmente a los Evangelios canónicos que, no obstante, no desconocen?

Acuden a nuestra mente una serie de hipótesis que pueden servir de respuesta a esas cuatro preguntas:

1. Chuza, intendente de Heredes Antipas, permite a su esposa Juana (lochannah) seguir a Jesús y a sus tropas, porque es *la doncella de Salomé*.

2. Herodías se va sola con Heredes Antipas al exilio a las Galias porque Salomé es mayor de edad desde hace tiempo,⁴⁵ y por lo tanto

⁴⁵ Cuando tuvo lugar este exilio, en el año 39, ella contaba ya como mínimo 44 años de edad.

es libre

3. Los *Hechos* no nos hablan ya de Juana y de Susana, porque abandonaron el movimiento zelota a la muerte de Jesús, tras el incumplimiento de las promesas de éste, o porque fueron detenidas por los romanos en el lugar de la crucifixión como seguidoras del dicho Jesús, y estaban pudriéndose en el fondo de las mazmorras de la *Antonia*, o porque estaban muertas. Pero nada de eso le sucedió a Salomé, a quien su rango y su nacimiento preservaban.

4. Atanasio de Alejandría, Juan Crisóstomo y Eusebio de Cesárea no hablan de Salomé y transfieren todo el relato a Herodías, precisamente para hacer desaparecer a Salomé de la historia, habida cuenta de su papel un tanto particular al lado de Jesús. A eso se le llama «hacer el trueque».

Y no será esta confesión implícita lo que minimizará nuestra hipótesis: la misteriosa Salomé era, muy probablemente, la hija de Herodes Filipo y de Herodías, que luego, con el nuevo matrimonio de su madre, se convertiría en la hijastra de Herodes Antipas.

Y también aquí, en este problema histórico, podemos decir que la realidad supera a la ficción: la nieta de Herodes el Grande, que había hecho crucificar a Ezequías, convertida en la tierna amiguita del nieto de este último: Jesús, pretendiente al trono de Israel.

Esto no pudo sino agravar las malas intenciones de Herodes Antipas para con el tal Jesús, ya que los celos son cosa bastante humana.

Si recordamos que Daniel Massé afirmó en una de sus obras que de sus investigaciones personales (y era juez de instrucción) podía sacar la conclusión de que existía un parentesco por alianza entre la familia de María, madre de Jesús, y la de Herodes, las relaciones entre su hijastra Salomé y Jesús, «hijo de David», aparecen ya infinitamente menos sorprendentes que a primera vista.

Lo que parece corroborar que, en efecto, existieron algunos lazos, tanto familiares como de intereses, entre los miembros de la dinastía herodiana y los de la descendencia davídica, cuyos representantes auténticos a principios de nuestra era fueron Judas de Gamala y luego su hijo primogénito Jesús, es que Flavio Josefo nos dice que, cuando tu-

Desde el año 33 era viuda de su primo Filipo, hijo de Herodes Antipas, que no le había dado hijos. Salomé murió hacia el año 73 de nuestra era, después de haber contraído nuevas nupcias con su primo Aristóbulo III y de haber sido madre de tres hijos. No obstante, ignoramos cuál es el origen de la fecha en la que se sitúa su muerte, año 73, fecha que avanzan ciertos diccionarios enciclopédicos. Así, habría vivido por lo menos 78 años, lo cual era mucho para aquella época.

vo lugar la estancia de Arquelao en Roma, poco después de la muerte de Herodes el Grande, los judíos habían entrado en insurrección y, entre los rebeldes, «había parientes de Arquelao, a los que César (Augusto) hizo castigar por haber combatido contra su pariente y su rey...» (Flavio Josefo, *Antigüedades judaicas*, XVIII, X, 297 y *Guererras de Judea*, II, 1, manuscrito eslavón.) Entre éstos se contaba, en especial, Achiab, primo de Herodes el Grande, tío de Arquelao, y tío abuelo de Salomé (*op. cit.*).

Pues bien, Daniel-Rops, en *Jesús en son temps*, nos precisa que la insurrección política montada contra Arquelao (aparte de las de puro bandolerismo, montadas por bandas diversas), *estaba dirigida por Judas de Gamala*. Y si miembros de la familia herodiana, parientes de Arquelao, se incorporaron a una insurrección, no podía tratarse, evidentemente, sino de la *política* de Judas de Galilea, y no de cualquiera de las otras, de simple derecho común, encabezadas por malhechores anónimos. Sin duda es ahí, en esa afiliación al partido de los «hijos de David» de elementos de la familia de Arquelao, donde se halla la génesis de las ulteriores relaciones entre Jesús, «hijo de David», y Salomé.

Porque no debemos olvidar que ella también es de la gran familia idumea. Salomé es la nieta de Herodes el Grande, la sobrina de Arquelao, hija del mismo Herodes, y *sobrina nieta de aquel Achiab* que en el año 5 antes de nuestra era se incorporó, con otros miembros de la familia, a las filas de los insurrectos conducidos por Judas el Gaulanita.

Otro argumento aboga en favor de esta hipótesis:

Sabemos que en el Israel antiguo jamás se puso un nombre doble, ni masculino ni femenino. Únicamente en el mundo cristiano se vio aparecer varios nombres seguidos y asociados: María Teresa, María Juana, Juan Francisco, etcétera.

Pues bien, en el *Evangelio de los Egipcios* y en *Pistis Sophia*, ambos salidos de un original hebreo, a Salomé la llaman María-Salomé, es decir, en esa lengua: Myrhiam-Shaloma. Pero, tal como hemos dicho antes, no podemos considerar Myrhiam como el equivalente de María, ya que eso daría un nombre compuesto, cosa totalmente desconocida en aquella época.

Por lo tanto debemos considerar y traducir María, alias Myrhiam, *como nombre común, y no como nombre propio*. Y como esa palabra significa «princesa» en hebreo, se trata, efectivamente, de la «*princesa Salomé*» y no de una «María-Salomé». Es un *título*, y nada más.

No olvidemos que, en los manuscritos antiguos, no hay ni puntuación, ni guiones, ni mayúsculas, y que jamás se ponen puntos y aparte. Todo está transcrito seguido, sin ninguna secuencia.

Por otra parte, esas relaciones entre el entorno de Jesús y la dinas-

tía idumea están subrayadas por otros textos canónicos:

«Había en la iglesia de Antioquía profetas y doctores: Bernabé y Simeón, llamado Niger, Lucio de Cirene, *Menahem, hermano de leche del tetrarca Heredes, y Saulo.*» (*Hechos*, 13,1.)

Estamos en el año 45. Ese Menahem es nieto de Judas de Gama-la, sobrino de Jesús. Saulo tiene un hermano, que se llama Costo-baro, y no son de origen judío, sino idumeo, y principes de la familia de Heredes. Y Menahem, cuyo nombre significa, en hebreo, «Consolador», y en griego se dice igual (*parakíetos*), fue anunciado por Jesús, su tío (*Juan*, 15, 26). Él sería quien alzaría de nuevo el estandarte de la revolución en los años 63-64, bajo el procurador Gessius Floros.

Volvamos a Salomé. Era viuda de Heredes Filipo desde el año 33, y *no había tenido hijos*.⁴⁶ Se volvió a casar, esta vez con Aristóbulo III, y éste recibió de Nerón, en el año 54, el reino de la Pequeña Armenia, y luego, en el año 60, una parte de la Gran Armenia, y por último, en el 70, se convirtió en rey de Chaléis. Al ser protegido y amigo de Nerón, poseía una suntuosa mansión en Roma. Pues bien, en el año 58 Pablo, ex Saulo, se encontraba en Corinto, donde redactó su *Epístola a los romanos*. Al final siguen los saludos a numerosas personas, y especialmente éstos, muy significativos: «...*Salud a los de la casa de Aristóbulo, salud a Herodión, mi pariente, salud a los de la casa de Narciso, que están en el Señor.*» (*Op. cit.*, 16,10-11.)

Así pues, Saulo-Paulo hizo prosélitos donde sabía que los había: en la mansión romana de Aristóbulo y de Salomé, y *se dice pariente de Herodión* (el «pequeño Herodes»), *que es su hijo primogénito*⁴⁷ También los hay en el palacio de Nerón, ya que en su *Epístola a los filipenses* terminará así: «Todos los santos os saludan, y principalmente *los de la casa de César.*» (*Op. cit.*, 4,22). Y escribe esto desde Roma mismo, en el año 62.

Salomé, por lo tanto, permanece fiel al recuerdo de Jesús, pues ella también ha sido víctima de la leyenda mesiánica, y se ha convertido, después de su segundo matrimonio, en protectora de aquellos a quien desde entonces se denomina «cristianos», tanto en su casa como en aquellas de la alta sociedad romana donde puede tener acceso.

Algunos no dejarán de sonreír ante nuestra tesis, o puede que incluso se burlen de ella, porque, en el fondo, les molestará terriblemente. No obstante, es menos inverosímil de lo que podría suponerse a primera vista. Aparte de todo lo que acabamos de descubrir, y que a

⁴⁶ La *María-Salomé* del *Evangelio de los Egipcios* y de *Pistis Sophia* tampoco

⁴⁷ Salomé tuvo a continuación otros dos hijos: Agripa y Aristóbulo.

partir de ahora ya no puede seguir pasándose por alto en el debate, ¿hay que recordar a aquella emperatriz de la Europa central que un buen día se fugó con un violinista, a aquella reina que se hizo comunista, o a aquellas princesas a las que unos amores tumultuosos y destacadas convirtieron en estrellas? El corazón tiene razones que la razón ignora, diremos. Nos limitaremos a subrayar, una vez más, que toda la historia de Jesús, «hijo de David», no es sino la continuación de una guerra sin piedad, suscitada a la vez por intereses *políticos* y *dinásticos*, conducida por los herederos legítimos del trono de Israel, tanto contra los usurpadores idumeos como contra los ocupantes romanos, y quizás no sea necesario mezclar en ello amores románticos.

Igual que el Jesús «*de la Historia*» está muy lejos del «Jesús carpintero», la Salomé *histórica* también está muy lejos de la del teatro y el cine...

27.- Epílogo: La hoguera

«El Tiempo altera y borra la palabra del
hombre, pero lo que se confía al fuego
perdura indefinidamente...»

RITUAL MASÓNICO, Incineración del
testamento filosófico

Estamos en el 11 de marzo de 1314, y es lunes.⁴⁸ Hace ya muchos meses que en Francia se han ido encendiendo las hogueras por todas partes. Bien mediante torturas, presiones psicológicas, mazmorras y cadenas o bien por la amenaza del fuego eterno, lo cierto es que los inquisidores han obtenido 207 confesiones formales. Ahora no queda ya por decidir sino la suerte del gran maestro y de los principales oficiales mayores.

La mañana de ese día, en París, Jacques de Molay, gran maestro del Temple, Godofredo de Gonaville, comendador de Poitou y de Aquitania, Godofredo de Chamay, comendador de Normandía, y Hugo de Payrando, gran visitador de la Orden, son sacados de sus calabozos de la fortaleza del Temple y conducidos a la Cité. Allí, la comisión cardenalicia, compuesta por Arnaldo de Farges, sobrino de Clemente V, Amaldo Novelli, monje de Ctteaux, convictorista de Francia, Nicolás de Fréauville, hermano predicador, antaño confesor y consejero del rey, Felipe de Marigny, familiar suyo, arzobispo de Sens, con algunos otros obispos y decretistas, habían hecho levantar una tarima delante

⁴⁸ El 11 de marzo en el calendario juliano. Los historiadores difieren a la hora de fijar la fecha. Maillard de Champbure, que es a quien nosotros seguimos, estableció que el 11 de marzo de 1314 era la fecha exacta. Sin duda, el hecho de que aún no se hubiera inventado la imprenta, la escasez de calendarios privados, el inicio del año en Pascua por aquellos tiempos, que era fiesta *móvil*, hacían muy fluctuante la cronología de la época. Pero dado que sabemos de fuente *cierta* que Molay y su compañero murieron un *lunes, víspera de san Gregorio*, es fácil verificar y constatar en un «calendario perpetuo» y un santoral que *únicamente el lunes II de marzo de 1314* responde a esas exigencias.

del atrio de Notre-Dame, a fin de dar lectura pública a las confesiones y a la sentencia final.

Hacen subir a ella a los templarios, y se les manda arrodillarse. Uno de los cardenales toma la palabra y empieza la lectura. Cuando pronuncia la sentencia, que condena a Molay y a sus hermanos a cadena perpetua, es decir, a ser «encerrados a perpetuidad», teniendo como único alimento «el pan de dolor y el agua de tribulación», los representantes de Felipe el Hermoso se sobresaltan.

Se había precisado que dicha gracia era consecutiva al hecho de haber «confesado ingenuamente sus faltas». Pero en ese instante, y cuando menos se lo esperaban los jueces, el gran maestre y el comendador de Normandía se levantaron, y, cortándole la palabra al cardenal, y dirigiéndose tanto a la comisión inquisitorial como a la multitud, declararon que todo lo que habían confesado en sus interrogatorios era falso. Sostuvieron que habían admitido dichas confesiones tan sólo por deferencia y confianza hacia el papa y el rey, quienes, a cambio de esas confesiones, les habían prometido la libertad, y protestaron enérgicamente contra la sentencia de los cardenales, principalmente contra el arzobispo de Sens, Felipe de Marigny, y los acusaron a todos de hacer caso omiso de la palabra del papa y del rey.

Es fácil comprender los motivos del cambio de opinión de Molay y de Charnay. Las confesiones no les costaban nada, en cambio la libertad lo era todo. La libertad representaba, primero, la reanudación, luego la prosecución, y, quién sabe, quizás la realización de la gran empresa templaria. Y ahora, no quedaba nada de la libertad. Y en su lugar había algo mucho peor que la muerte: la lente descomposición, física y moral, en una mazmorra, encadenado a un muro a veces chorreante, solo, en semioscuridad, y en medio de un silencio más pesado que el de una tumba. Y sólo quedaba una esperanza: una muerte liberadora, precipitada por la desnutrición y la disentería crónica. Para ese anciano que era Molay (contaba ochenta y un años), que no esperaba ya nada de la vida, lo mismo que para Charnay, que se le acercaba mucho en edad, la elección estaba hecha. La mazmorra podía durar años. En cambio, los ejemplos y la costumbre demostraban que el hecho de desmentir las confesiones y retractarse acarrearía *ipso facto* la muerte en la hoguera. Dolorosa, cierto, pero breve a pesar de todo, y, a fin de cuentas, mucho menos terrible que irse pudriendo lentamente en el secreto de un calabozo tenebroso, cuando fuera la vida se exalta llena de luz para tantos otros seres.

Para Molay y para Charnay la decisión está ya tomada. Sus miradas se han cruzado cuando ha sido pronunciada la frase fatídica, y se

han comprendido. Y es la voz del gran maestro la que se eleva: «Monseñores, mi hermano y yo protestamos contra el uso que se hace aquí de mis palabras de ayer, las cuales no tuvieron otro objeto que el de dar satisfacción al rey de Francia y al papa, nuestro señor. Y si por esas cosas, reconocidas por todos nosotros para su placer y nuestra obediencia, debemos ir a consumimos en alguna prisión, entonces declaramos enérgicamente que los citados rey y papa nos habían asegurado de antemano, y casi jurado, que ningún daño, fraude o violencia nos resultaría de ello. Siendo así que esto no se ha cumplido, declaramos entonces que nuestras confesiones, obtenidas tanto por tortura como por astucia y engaño, son nulas y no válidas, y no las reconocemos ya como verídicas...»

Reina el estupor. De inmediato los cardenales entregan de nuevo a los prisioneros al prevoste de París, que está allí presente para representarlos al día siguiente. Se conduce, por lo tanto, de nuevo a los cuatro condenados a sus calabozos del Temple. Al mismo tiempo se lleva la noticia a Felipe el Hermoso, quien inmediatamente reúne a su consejo, sin llamar a él a ningún eclesiástico. Deciden que, al atardecer, el gran maestro y el comendador de Normandía serán quemados en la isla del Palacio, entre el jardín del rey y los Agustinos. Lívido de furor, el rey precisa que serán quemados «a fuego lento». Quizás ha adivinado la razón de su retractación.

Inmediatamente, a la isla de los Judíos, llamada así porque allí habían quemado ya a varios rabinos y talmudistas testarudos, que se obstinaban en negar la divinidad de Jesús, llevan y amontonan la leña necesaria para hacer dos piras idénticas. Las cantidades que se quemarán serán relativamente mínimas, a fin de hacer durar el suplicio, conforme a «los deseos del rey, nuestro señor».

Se clavan en tierra dos sólidas vigas de encina. Estos maderos han sido sacados de las empalizadas de amarre sumergidas en el agua del río. Al estar embebidos de agua desde hace muchos meses, no se corría el riesgo de que se encendieran, y los condenados, estrechamente sujetos a ellas por cadenas, no podrán desatarse en el curso de la combustión.

A las nonas, todo está a punto. Las campanas de Notre-Dame tocan lentamente a muerto. A la hora de las vísperas, el cielo, ya gris, se ensombrece todavía más; unas nubes cargadas de lluvia pasan rápidamente sobre la ciudad, empujadas por un viento frío que viene de Normandía. Las orillas del Sena están repletas de gente. Un rumor ininterrumpido, como el zumbido de un monstruoso insecto, se eleva hasta los centinelas que vigilan de pie en las atalayas del viejo Louvre.

De pronto el rumor se acrecienta; bordeando la orilla izquierda de la isla de La Cité, acaba de aparecer un cortejo. El gran prevoste, precedido por sargentos a caballo, viene seguido por un fuerte destacamento de hombres armados a pie, que rodean una carreta de heno tira-

da por un caballo. Apenas se distinguen vagamente las siluetas de dos hombres, tendidos y atados en el suelo de la carreta. Detrás de los últimos arqueros, y cerrando la marcha, hay un último destacamento de sargentos a caballo.

Bajan a los condenados y los trasladan en barca al islote, donde les espera ya el verdugo y sus ayudantes. Éstos atan fuertemente a Molay y a Charnay con largas cadenas a cada una de las vigas, y a su alrededor amontonan los leños, hasta la altura de las rodillas. Después de haber echado una última mirada hacia la ventana donde sabe que Felipe está mirando, el gran prevoste se gira y hace una señal al verdugo; al mismo tiempo, un trompeta a caballo, a su lado, toca «*fuego*». Tanto en la isla como en las orillas del río, todos han comprendido, y los ejecutores, antorcha en mano, han prendido ruego a los ángulos de cada una de las piras. Como habían tomado la precaución de untar con aceite algunos de los maderos, el fuego prende rápidamente. Se eleva el humo, y, con él, un olor penetrante se va extendiendo poco a poco, primero sobre la isla, luego sobre el río, hasta llegar a las orillas. Es entonces cuando, en medio del crepúsculo que ya oscurece insidiosamente La Cité, un clamor se eleva. En un primer momento se cree que las llamas que brotan de los vestidos encendidos de los dos suplicados son la causa; pero no, no son gritos de dolor lo que sale de las hogueras. ¡Es la voz del héroe de San Juan de Acre, la voz que, erigiéndose en estandarte de batalla, veintitrés años antes, el atardecer del 5 de abril de 1291, arrastraba a la carga templaría en el estruendo de los cascos de sus corceles! Y, *trescientos contra diez mil*, el escuadrón blanco y negro, con el gonfalon «plata y sable» en cabeza, arrollaba las líneas egipcias...⁴⁹

Pero en este momento no es ya sino la voz de un hombre que va a morir, la voz de Jacques de Molay, último gran maestro de los templarios.

Instantáneamente, el rumor popular ha enmudecido. El pueblo contiene la respiración, porque lo que clama esa voz es algo terrible, ines-

⁴⁹ El estandarte del Temple, llamado «Beauséant» («Bien sentado»), era «*mitad oro. mitad subte*», es decir, blanco y negro, con lo que recordaba los colores de sus escuadrones: éstos estaban compuestos por *caballeros* (cota de armas y manto blancos), y *escuderos* (cota de armas y manto negros). El nombre de «beauséant» (*beau*: bien, bello, y *séant*: que sienta bien, asentado...) le había sido aplicado como mote por los *Hospitalarios* y *Teutónicos*, a causa de la disposición de sus dos colores, y por celos de los Templarios, que eran los únicos a los que se permitía llevar la *Cruz roja* de las Cruzadas sobre su manto, privilegio que les había sido concedido por el papa Eugenio III, a petición de san Bernardo.

perado, imprevisible para esas almas sencillas, doblegadas por el temor al báculo y al cetro. Y el verbo sacrilego acaba de percutir contra las murallas del Palacio, abofeteando mejor a ese Capelo rencoroso, agazapado en la tronera de aquella estrecha ventana como no podría estarlo en un guantelete de justa. Y la voz truena:

«Clemente, y tú también Felipe, traidores a la palabra dada, ¡os emplazo a los dos ante el Tribunal de Dios!... A ti, Clemente, antes de cuarenta días, y a ti, Felipe, dentro de este año...»

Reina un silencio de muerte, no se oye sino el crepitar de las hogueras.

Y así será. El papa morirá de disentería y de vómitos en Roque-maure, en el valle del Ródano, el 9 de abril de 1314, veintiocho días más tarde. Y Felipe el Hermoso morirá el 29 de noviembre de 1314 en Fontainebleau, arrojado de su caballo, como sucede en la degradación de los caballeros traidores, ocho meses más tarde. El verbo y la llama dieron a conocer de qué lado estaba la razón.

Pero el fuego ahora ha ganado altura; las ropas andrajosas se han encendido, y dos siluetas se retuercen bajo las llamas. Los gritos y gemidos son demasiado sordos para llegar hasta la multitud, muda en su silencio horrorizado. El fuego ha alcanzado ya las piernas y asciende, lamiendo los torsos ya desnudos; barbas y cabellos han desaparecido. Los cuerpos, irreconocibles, adosados a las vigas con las cadenas al rojo vivo, se convierten poco a poco en informes masas carbonizadas, y de los dos fuegos crepitantes, el humo, ahora negruzco, lleva en oleadas malolientes hasta las dos orillas del Sena el olor de la carne y la grasa quemadas.

Ya tarde, cuando los cuerpos no fueron más que pobres restos lentamente carbonizados, el pueblo «se abalanzó hacia las hogueras», a pesar de algunos guardias que se habían quedado allí, según nos dice el abad Velly en su *Historia de Francia*, «y recogió ceniza de los mártires para llevársela como una preciosa reliquia. Todos se persignaban y no querían oír nada más. Su muerte fue bella, y tan admirable e inaudita, que todavía hizo más sospechosa la causa de Felipe el Hermoso...»

Los Compañeros, carpinteros y talladores de piedra, especie de tercera orden corporativa protegida por los Caballeros del Templo, que se habían introducido entre la muchedumbre en grupos de tres o cuatro, oyeron la voz de Molay como una sentencia. Eso significaba para ellos a la vez una orden para avanzar y una esperanza. Por eso las catedrales de Francia se quedarían como estaban, y sus torres inacabadas. Pero el pensamiento vengativo se abriría camino pacientemente, de siglo en siglo. Por *tres veces* la descendencia del rey se extinguiría

con tres hermanos. Los Capelos con Luis X El Obstinado, Felipe V el Largo y Carlos IV el Hermoso. Los Valois con Francisco II, Carlos IX y Enrique III. Los Borbones con Luis XVI, Luis XVIII y Carlos X. La *Jacquerie* de 1358 preludiaría la Revolución *jacobina* de 1789; *Los Jacques* (Jaimes), conducidos por *Jacques Bonhomme*, vengarían un día a Jaime (*Jacques*) de Molay. Y de esa *torre del Templo* donde fueron «interrogados» los jefes de la Orden, es de donde, una mañana de enero de 1793, partiría el vigésimo segundo sucesor de Felipe el Hermoso hacia su último viaje.

Y así, por un extraño misterio del verbo, el destino, obsesivo y monótono, hizo resonar incesantemente a lo largo de la historia de Francia el nombre del último gran maestro de los Templarios...

La abolición de la Orden fue decidida por el Concilio de Vienne, en el valle del Ródano, en el año 1311. Y exactamente cinco siglos más tarde, en 1811, la fortaleza del Templo, en París, fue arrasada.

¿De qué habría sido ésta testigo? ¿Había caído un nuevo velo sobre el mortal secreto que guardaba desde el 11 de marzo de 1314?

Durante mucho tiempo se contó una leyenda. Decía que cada año, en la noche en que había sido decretada la abolición de la Orden, un espectro vestido con el manto blanco que llevaba la cruz roja grabada, armado con su escudo «plata y sable» y con su lanza, se aparecía a medianoche en la cripta del Templo, en París. Y entonces se oía una voz sepulcral que preguntaba:

«—¿Quién quiere liberar Jerusalén?

»—Nadie —respondía el eco a través de las columnas de la cripta—. Porque el Templo ha sido destruido...»

5 de febrero de 1967-26 de febrero de 1970

NOTA

El lector no habrá dejado de observar la repetición de un cierto número de citas de escrituras o de traducciones de términos. Pero el autor así lo ha considerado necesario. En efecto, durante más de quince siglos un verdadero «lavado de cerebro» dogmático ha impregnado, a las buenas o a las malas, el psiquismo hereditario del hombre occidental, y a menudo, sin que éste se diera cuenta, lo ha vuelto más o menos refractario a la crítica, e incluso a la lógica más evidente. ¡El propio autor reconoce no haber escapado a él antaño! Por eso en esta obra ha creído necesario subrayar ciertos textos esenciales, repitiéndolos. Y pide excusas por ello al lector.



